

GERTTY RUDRAW

LA COMPAÑERA
ELEGIDA
DEL ALFA

LA COMPAÑERA ELEGIDA DEL ALFA



GERTTY RUDRAW

© Copyright 2024 - Todos los derechos reservados.

No es legal la reproducción, duplicación o transmisión de ninguna parte de este documento, ni por medios electrónicos ni en formato impreso. La grabación de esta publicación está estrictamente prohibida y no se permite el almacenamiento de este documento a menos que se cuente con el permiso por escrito del editor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o con lugares, eventos o localizaciones es pura coincidencia.

✿ Creado con Vellum

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)

CAPÍTULO 1



LEILANI

—¿Chris? ¡Ya tengo los anillos!

Mi voz resuena por toda la sala de estar. Una sonrisa florece en mis labios cuando capto el aroma a sándalo y escucho el agua correr. Está en la ducha.

Cerrando la puerta suavemente detrás de mí, me quito la chaqueta de cuero marrón y la arrojo sobre el sofá. Lo siguiente en desaparecer son mis botas, falda y camisa, hasta que me quedo solo con la lencería rosa fucsia que a él le encanta. Una sonrisa traviesa juega en mis labios mientras me dirijo de puntillas al dormitorio principal de la residencia privada de mi pareja, sosteniendo la caja del anillo entre mis dientes como si fuera una flor.

Normalmente soy más reservada en mis... deseos, lo prometo, pero hoy estoy feliz. En unas pocas horas, seré Leilani Anderson, Luna de la Manada Colmillos Negros y esposa del Alfa Christian. La idea de tener su apellido me hace sentir tan emocionada que bien podría ser una loba adolescente en celo.

La Manada Luna Azul y los Colmillos Negros han estado enfrentados durante demasiado tiempo. Comenzó con pequeñas escaramuzas, pero estas se convirtieron en un conflicto casi tan potente como el que todas las manadas comparten con la Manada Luna Oscura y su despiadado alfa, cuya alegría depende únicamente de nuestra miseria.

El deseo de paz llevó a mi padre a la puerta del Alfa Ken, donde encontré a Christian, mi pareja. Estaba medio borracho al comienzo de las conversaciones de paz, pero lo suficientemente sobrio como para gruñir "mía" desde el otro lado de la habitación. Nuestro vínculo es un regalo de la Diosa, como suele decir mi madrastra a mi padre. La mujer rara vez me elogia o habla bien de mí, pero adora el suelo por donde pisa Chris. Según ella, o es demasiado bueno para mí, o soy una perra con suerte.

Creo que tengo suerte de tener a un hombre como Christian como mi pareja. Es cariñoso, comprensivo y amable. Aunque nunca he sido realmente exigente con el tipo de hombre que quiero en mi vida, Christian rápidamente se convirtió en todo lo que podría haber deseado y más. Él estaba listo para realizar el rito de emparejamiento solo un mes después de empezar a cortejarme formalmente, pero nuestros padres llegaron a un acuerdo. El rito solo se llevaría a cabo después de que Christian asumiera el manto de alfa cuando su padre estuviera listo para dar un paso atrás.

Pero eso no hizo nada para detener el romance que florecía entre Christian y yo. Los besos nunca

eran suficientes, los tímidos roces no hacían más que aumentar el hambre voraz, y mi primer orgasmo fue una chispa que encendió una llama ardiente dentro de mí. Él fue mi primer beso, mi primera vez en todo. Christian se convirtió en mi vida y ahora... estoy adicta a él.

La ducha está corriendo cuando me deslizo silenciosamente en el dormitorio y me recuesto en la cama, con las piernas separadas, jugando con los tirantes de mi sostén. Chris sale del baño casi inmediatamente, pero se detiene en la puerta cuando me ve.

—Llegaste temprano.

Dejando caer mi cabeza hacia atrás sobre su almohada, dejo que mi dedo recorra la curva de mi pecho a través del sostén, y sus ojos verdes siguen el movimiento. —Apresuré la prueba. No podía esperar para verte.

La ducha deja de correr y se escuchan pasos ligeros acercándose a la puerta del baño. Me incorporo de golpe cuando una voz familiar dice: —Estoy demasiado adolorida para caminar.

El temor aprieta mis entrañas, acompañado de algo más violento cuando el pomo de la puerta gira. Medio segundo después, un brazo se envuelve alrededor del torso de Christian, y un anillo brilla en su dedo bajo la suave luz. —¿Cuándo le dirás a Lei que la boda no se realizará? Casi me da lástima.

La rabia de mi loba amortigua mi audición. Mis dientes anhelan violencia. Mi visión se torna roja. Mis ojos se elevan para encontrarse con los de Chris. Sus vivaces ojos verdes carecen de su calidez habitual hoy. Las líneas afiladas de su rostro hacen que su belleza sea más letal que cualquier arma, atrayendo mi mirada hacia los labios que me han besado y profesado amor cada noche desde que descubrimos que éramos pareja.

Huele a otra mujer. Huele a sexo. Sé lo que es esto, pero no puede estar pasándome a mí. —¿Qué es esto? —pregunto, con la voz temblorosa.

La mujer —mi mejor amiga, Georgia— se tensa, y el olor de su miedo llega hasta mí. La ignoro mientras me deslizo fuera de las sábanas, poniéndome de pie con piernas temblorosas y poniendo distancia entre nosotros, porque no confío en mí misma para no matarla.

Parpadeo para contener el ardor en mis ojos. —¿Cuánto tiempo?

Christian me mira intensamente, como si quisiera desarmarme y ver cómo se rompe mi corazón. Apenas lo reconozco, de pie al otro lado de la habitación en los brazos de una mujer que no soy yo. ¿Lo peor? Sus ojos verdes están fríos, divertidos. —Nuestra primera pelea.

Odio que pronuncie esas palabras venenosas con el mismo tono íntimo que usa cuando está dentro de mí.

Nuestra primera pelea había sido la última. Sucedió hace años. Ambos estábamos bajo mucha presión después de ser brutalmente atacados por la Manada Luna Oscura. Las bajas fueron grandes. Perdí a mi madre y no pude superar el dolor durante mucho tiempo. Él fue comprensivo al principio, dándome todo el espacio que necesitaba, pero había un límite de tiempo que un lobo podía estar lejos de su pareja sin reaccionar violentamente.

Dije que no, pero no importó. Su lobo me deseaba y él perdió el control. Se disculpó durante días después, y lo perdoné. —Yo estaba de luto y tú estabas... ¡Diosa, te estabas acostando con

Georgia! —Las lágrimas se acumulan en mis ojos—. ¿Por qué?

Los labios de Chris se tensan mientras cada rastro de diversión desaparece de su rostro. —Ella será una mejor luna. Tú eres demasiado frágil.

Un sollozo amenaza con escapar de mi garganta. Miro de él a Georgia y de vuelta. Hay una finalidad en sus ojos que no entiendo hasta que dice: —Yo, Christian Anderson...

—No te atrevas, maldita sea...

—Alfa de los Colmillos Negros...

Doy un paso adelante cuando sus últimas palabras me golpean: —...te rechazo.

El dolor me atraviesa como una lanza y grito, extendiendo desesperadamente la mano buscando algo, cualquier cosa, para anclarme, porque de repente estoy cayendo en un abismo tan oscuro y sin fondo, que moriré si nadie me atrapa.

Christian lo hace, y sus manos levantándose del suelo y sosteniéndome cerca de su corazón firme es lo último que recuerdo.

* * *

Despierto a un tipo diferente de oscuridad: un vacío completo. No puedo sentir la presencia habitual de Fiona en mi mente. Cuando abro los ojos, lo primero que veo es la mirada de desaprobación de mi padre. Su boca llena —mi boca— se mueve, y pasa un rato antes de que sus palabras tengan sentido para mí.

—¿Cómo pudiste?

Intento incorporarme, pero cada músculo de mi cuerpo duele. Quiero decirle lo que Christian ha hecho —que me rechazó a pesar de ser el bastardo que me ha estado engañando durante años— pero mi lengua está demasiado pesada para levantarla. Todavía estoy tratando de sacar las palabras cuando él empuja una foto frente a mi cara.

Mis cejas se fruncen mientras la miro. Una mujer semidesnuda con una sonrisa medio aturdida y ojos vidriosos monta sobre un hombre desnudo. Sus dedos acarician los miembros de otros dos hombres. Es una orgía. No hay sorpresa ahí. Los lobos a veces se entregan a los tipos de sexo más primitivos y extremos... pero lo que no logro comprender es por qué mi cara está colocada en su cuerpo. Diablos, mis pechos ni siquiera son tan grandes.

—Esa... esa no soy yo, papá.

—¡Díselo a los cientos de lobos que recibieron esto! ¡Años de trabajo, destruidos! —grita, y me encojo, retrocediendo contra las almohadas para escapar de su ira. Sus ojos color miel se oscurecen de enojo—. Lo has arruinado todo, Leilani. —Arroja la fotografía hacia mí, y cae sobre mi muslo. Los labios de mi padre se tensan con decepción mientras su fuerte mandíbula se aprieta—. Vístete. Al Beta Manuel no le gusta la tardanza.

Me obligo a sentarme. —¿Beta Manuel? Papá...

—La noticia del rechazo de Christian ha cruzado las fronteras. Es solo cuestión de tiempo antes de que nuestros enemigos lleguen a nuestra puerta. Manuel se ha ofrecido a emparejarse contigo, a pesar de... —Sus labios se curvan con disgusto mientras señala la foto—. A pesar de eso. Es una propuesta tan buena como la de Christian.

La foto se arruga en mis dedos. —¿Me estás emparejando con un hombre que tiene tantas concubinas como chaquetas? ¿Un hombre de *tu* edad? —Mis piernas tiemblan cuando tocan el suelo, y hago una mueca de dolor—. No me emparejaré con él. Christian...

—...está terminando sus ritos de emparejamiento mientras hablamos.

Me quedo paralizada, los recuerdos de encontrarlo con Georgia me asaltan. No tiene sentido. A Georgia ni siquiera le gusta Chris. Ha dejado claro en múltiples ocasiones que piensa que es demasiado guapo, demasiado dulce, demasiado vanidoso. Todavía estoy tratando de contener las lágrimas cuando mi padre se vuelve hacia mí. —Las criadas se unirán a ti pronto para ayudarte a prepararte. Esto es tu culpa. Permitiste terminar en esta posición. Recuerda eso, y lleva una sonrisa cuando aparezcas.

* * *

Se necesitan cinco copas de valor líquido para estar en la misma habitación que Chris y Georgia. Todavía puedo oír los mensajes de felicitación y las risitas tímidas de Georgia, pero el calor del alcohol me impide arrancarle el corazón o morder un pedazo del cuello de mi pareja. ¿Ni siquiera pudo darme algo de tiempo para superar su rechazo y aceptarlo antes de emparejarse con alguien más?

Unos dedos nudosos y carnosos me pellizcan la barbilla, girando mi cabeza a izquierda y derecha. La sonrisa del Beta Manuel se ensancha, y puedo ver su asquerosa lengua a través de los agujeros de sus dientes faltantes. —Eres tan hermosa como siempre, Leilani. —Un brillo siniestro ilumina su mirada mientras baja hacia mi escote y se desvía más abajo por mis caderas.

Me toma tres intentos quitarme su mano de encima, y cuando retrocedo, mi hombro golpea el de mi padre. Le lanzo una mirada suplicante, pero él no la reconoce mientras Madeline, mi madrastra, se deshace en elogios sobre el traje de Manuel, ese horror exagerado y sin gracia.

Miro fijamente sus labios agrietados, imaginándolos sobre mi piel, y una sensación caliente sube por mi estómago, junto con las ganas de vomitar. Mi respiración se vuelve más rápida y la habitación comienza a dar vueltas. Tropiezo de nuevo, casi cayéndome con mis tacones, pero el beta de mi padre, Morris, me estabiliza con una mano en mi hombro.

Incluso ese ligero toque me sofoca. Las miradas se vuelven hacia nosotros, y la atención se siente como un puño agarrando mi cuello y ahogándome. Las palabras "puta", "zorra", "orgía" y "follada" han estado volando por el aire desde que entré, pero parecen hacerse más fuertes con cada segundo que pasa.

El Beta Manuel se acerca a mi lado, su mano en mi cintura se siente como una marca. Veo a la gente lanzar miradas en nuestra dirección, y ni siquiera tratan de ocultar su risa. Sé lo que están pensando, porque yo también lo estoy pensando. El Beta Manuel puede ser mayor que mi abuelo, pero no morirá pronto. Pasaré la mejor parte de mi vida encadenada a él, despertando con sus

dientes amarillentos, su cabello calvo y su piel flácida. Su estómago abultado es más grande que mi trasero, y una mirada reacia a su entrepierna habla volúmenes sobre la dirección de sus pensamientos.

Nunca he odiado tanto a Chris como en este momento.

—Nunca pensé que eras tan inocente como actuabas.

Me giro para mirar a los ojos grises del Beta Manuel. —¿Disculpe?

Su mano gorda viaja por mi columna y descansa en mi trasero. Lo agarra con más fuerza de la que creía posible de él, y mis ojos pican de dolor. —¿Cuántos hombres te han tenido mientras me ignorabas todos estos años? —Su pulgar separa mis nalgas y trato de alejarme mientras continúa deslizándose hacia abajo, acercándose a mi ano—. ¿Eres virgen aquí? Tal vez follé esto primero, antes de probar tu coño de puta.

Mis puños se aprietan, y miro a mi padre. Sus hombros están rígidos, sugiriendo que escuchó y vio, pero no hace nada. Madeline tampoco se mueve. Morris aparta la mirada, pero no antes de que vea la disculpa en sus ojos.

Miro al otro lado del salón para ver a Georgia besando a Christian, cuyos ojos están fijos en donde su beta me toca, su mirada tan posesiva como si todavía tuviera algún derecho sobre mí. La ira que se enciende en mi corazón es todo lo que necesito para poner mi mano en la muñeca del Beta Manuel y arrancarla de mi trasero. Miro fijamente sus pequeños ojos grises y susurro: —La próxima vez que me llames puta será el día que te corte la lengua... y la polla.

Si mi arrebato es suficiente para cambiar la opinión del Beta Manuel sobre casarse conmigo, sería un milagro. Pero dudo que se eche atrás ahora, sin importar lo que haga. Ha deseado tenerme en su cama durante tanto tiempo que prácticamente está babeando ante la idea.

—Everclear —le digo al camarero, cuyas cejas se arquean ante mi pedido—. No lo diluyas. —Si voy a pasar más tiempo con el Beta Manuel, necesitaré algo más fuerte de lo que estoy acostumbrada.

Va a prepararme la bebida y de repente una voz chillona dice:

—Supongo que podría llamar a esto una doble felicitación para nosotras, Lei.

Me pongo tensa cuando Georgia se apoya en la barra a mi lado. Sé que debería ignorarla, pero no lo hago. La miro y odio lo feliz y hermosa que se ve mientras me roba a mi pareja.

—Podríamos llamarlo así, pero tú eres la verdadera ganadora aquí, Georgia. ¿Qué se siente robarle la pareja a tu mejor amiga y aferrarte a él como una maldita sanguiuuela, a pesar de saber que nunca será tuyo?

Georgia se ríe, acariciando suavemente el brazo de Chris, aunque sus ojos están llenos de furia.

—Oh, Lei, no hagas eso. Ambas sabemos que la razón por la que estoy aquí en lugar de ti es porque no pudiste mantener las piernas cerradas.

Mi sangre comienza a hervir, y justo cuando empiezo a contemplar el asesinato una vez más, el camarero regresa con mi vaso. Me lo bebo de un trago, haciendo una mueca y conteniendo una

tos mientras lo empujo de vuelta por la barra para que me lo rellene.

—Sé que fuiste tú quien editó esas fotos. Eres una maldita psicópata...

Las palabras se me atascan en la garganta cuando la parte posterior de mi cuello se eriza con la sensación de que alguien me está observando. El peso de su mirada quema a través de mi piel. Giro la cabeza y escaneo el suelo, buscando a quien me está mirando.

Mi corazón da un vuelco cuando mis ojos se fijan en dos destellos azul eléctrico en la oscuridad. Está tan escondido en las sombras que no puedo distinguir el resto de su rostro, pero sus ojos son como cables vivos, y su mirada se siente como si me estuviera electrocutando.

Incapaz de resistir la atracción de sus ojos, abandono mi vaso y camino hacia él. Cuanto más me acerco, más claros se vuelven sus rasgos, y sé con certeza que no es de aquí. Nunca lo he visto antes. Unos ojos como los suyos son inolvidables.

Cuando estoy a solo unos metros del desconocido, él sale de las sombras. Durante un minuto entero, lo miro con los ojos muy abiertos. Tal vez sea el alcohol, pero nunca he visto a un hombre tan hermoso que me aterrorice. Su belleza es una tormenta: cruda, indómita, brutal y precisa, como un cuchillo directo al corazón. Me despoja de todo sentido, de toda fuerza, y mis rodillas tiemblan.

Dos piscinas gemelas de azul se deslizan desde mi cabello rojo hasta mis cejas, mi nariz, mis labios, mi cuello, mi escote. Se toma unos momentos para observarme, y siento algo parecido a la decepción ante su mirada clínica. Me consideraría, en una escala del uno al diez, un diez. En mis días malos, como hoy, soy un sólido nueve. Pero este hombre me mira como si fuera un mueble.

Cierra la distancia que queda entre nosotros, y mi pulso salta de una manera que tiene que ser poco saludable. Huele tan jodidamente bien que quiero lamer su piel, y Diosa, ¡es enorme! Sus brazos son tan grandes que podría aplastar mi cuello sin intentarlo. Los músculos se marcan a través de su chaqueta negra a medida mientras me extiende una mano.

—Leilani Stone.

Mi nombre sale de su lengua con tanta facilidad que pensarías que nos conocemos bien, o tal vez incluso que somos mejores amigos. Una contradicción andante, este tipo. Miro su gran mano y los oscuros y rizados pelitos que salpican su piel bronceada, y aunque me gustaría comprobar cuánto más grande es su mano comparada con la mía, y cuán dura o suave es, no la tomo. Pongo mi mirada más dura, lo cual se va al traste, porque estoy babeando por este hombre ahora mismo... diablos, estoy tan borracha.

—No creo que nos hayamos conocido antes.

Sus labios, pecaminosamente esculpidos con el único propósito de la seducción, se curvan en una sonrisa cruel. El vello de mi piel se eriza cuando desliza su mano de vuelta a su bolsillo. Huelo el peligro cuando inhalo su aroma oscuro y almizclado, pero como soy una tonta, no hago ningún movimiento para alejarme de él.

—No, no nos hemos conocido.

Mi estómago se tensa. Su voz es como una caricia en mi piel, directa a mis partes más sensibles.

¿Qué tan borracha estoy?

—¿De quién eres invitado? —Tal vez sea amigo de Christian.

Levanta un hombro y lo deja caer.

—Tuyo.

Mi cabeza se siente caliente.

—¿Mío?

Sus ojos sostienen los míos intensamente.

—Tuyo, Leilani. —Las mariposas estallan en mi vientre y mis mejillas arden. Se ríe de mi reacción demasiado obvia, y el sonido va directo a mi centro. Apartando la sensación, agarro un vaso de vodka de la bandeja de un sirviente, pero antes de que pueda llevarlo a mis labios, unas manos cálidas rozan las mías.

Jadeo ante la quemazón de su toque, y me toma un momento darme cuenta de que se ha apoderado del vaso.

—Has bebido demasiado esta noche. Un poco más y estarás vomitando las tripas.

Frunciendo el ceño, lo miro fijamente, con la visión borrosa.

—¿Cuánto tiempo llevas observándome?

Se inclina tan cerca que su nariz roza mi mejilla. Mi corazón se acelera y contengo la respiración mientras sus labios rozan mi oreja.

—Seis años.

CAPÍTULO 2



ASHER

Peleas. Caos. Violencia. Vivo para esas cosas, y esta boda apesta a las tres.

No fui invitado, por supuesto. Soy el enemigo, pero las fotos despertaron mi curiosidad. El odio alimenta mi deseo de no dejar piedra sin mover cuando se trata de investigar a mis enemigos. Mi plan había sido atacar la boda y destruir la oportunidad de paz entre las manadas. Estaba en marcha hasta que me enteré del cambio de planes... y del cambio de novia.

Con una sola mirada a la mujer en las fotos, supe que no era la frágil princesita de Mardoc Stone. Después de todo, la he visto desnuda antes. Me pregunto si ella sabe que el joven alfa, Christian, tiene una sección en su galería llena de desnudos de ella que ha recopilado a lo largo de los años: después de follársela, durante, antes y sin su consentimiento.

También hay otras en su galería de desnudos y conquistas: Georgia Moore —ahora Anderson—, su mejor amiga; Madeline Stone, su madrastra; Camille Davis, su doncella de mayor confianza desde su nacimiento. Está claro que hay algo perturbador en Christian Anderson, pero difícilmente soy yo quien para hablar.

De pie entre las sombras, observo a Leilani Stone. Su vestido es horroroso. Me pregunto si es consciente de ello mientras se pavonea como un pavo real perdido. Aun así, es innegablemente la más hermosa de aquí, incluso con el rímel corriendo por sus mejillas mientras se entrega a más alcohol.

Como si sintiera el peso de mi mirada, su cabeza gira en mi dirección. Me tensó. Las fotos no hacen justicia a esos ojos. Son de un raro tono ámbar, que recuerda a un incendio forestal descontrolado. Y ese fuego cautiva mi alma, prendiéndola al instante.

Un gruñido resuena en algún lugar a mi alrededor, y me toma un momento darme cuenta de que el sonido provino de mí, de mi lobo. Mis fosas nasales se dilatan con la necesidad de oler su cuello, y cierro los ojos, tratando de calmar mis nervios y a mi lobo. No es posible que la mocosa consentida de los Blue Moons tenga este efecto en mí.

Aun así, la quemazón en mi pecho se intensifica, y por primera vez desde que perdí todo lo que apreciaba, mi corazón comienza a acelerarse. Mi sangre bombea con más fuerza, más rápido, y empeora cuando sus cejas oscuras se fruncen. Ella... ¿me ve? *Joder*.

Observo cada paso que da en mi dirección, ignorando la maldita atracción que siento hacia ella. Representa todo lo que desprecio: su familia, su padre, su pareja, su manada. Además,

normalmente no me meto con pelirrojas. Están locas, y dudo que ella sea diferente, pero no puedo controlar la dirección de mis pensamientos.

Apenas escucho las palabras que dice. Estoy tratando de sacar su aroma de mis fosas nasales; es demasiado dulce. Despierta un hambre primaria dentro de mí, del peor tipo. Es un aroma que promete placeres prohibidos y un sabor de la hija del enemigo, y que me condenen si no puedo resistir esta tentación.

—¿Cuánto tiempo llevas observándome?

Me inclino, porque no puedo evitarlo. Siento que sus músculos se tensan cuando mi piel roza la suya. El contacto va directo a mi polla, y reprimo un gruñido. —Seis años.

Durante seis años, observé a Mardoc Stone, Christian Anderson y Leilani Stone. Es una lástima que Ken Anderson muriera de una enfermedad antes de que mis planes comenzaran, pero supongo que es justo que su hijo cargue con el peso de mi venganza. Después de todo, él fue quien apretó el gatillo, junto con Mardoc.

Ella retrocede, sus ojos color avellana escudriñando los míos, y después de un momento, suelta una risa. Hago una pausa al ver un hoyuelo en su mejilla izquierda. —Estás bromeando —Avanzando, tropieza con la cola de su vestido, y su muñeca se proyecta hacia adelante buscando apoyo. Sus dedos se aferran a mi brazo con fuerza mientras se sostiene. —Lo siento —murmura, arrastrándose hacia abajo con una fuerza sorprendente mientras lucha por mantener el equilibrio—. Normalmente puedo aguantar el alcohol.

Cuando sus delgados dedos presionan contra mi pecho, instintivamente agarro su muñeca. —Eres la primera novia que conozco que está tan borracha antes de que comience la ceremonia —Suelto su muñeca—. Camina conmigo.

Hace una mueca y murmura algo ininteligible para sí misma, pero me sigue de todos modos. Una vez que llegamos al balcón, me sonríe dulcemente. Me maravillo de cómo la suave luz de las estrellas enfría fácilmente sus ardientes ojos ámbar. —Te diré algo —Señala a través de la ventana al anciano encorvado que está hablando con su padre—. Me quedo atrapada con eso si sigo adelante con esta boda. Por un maldito largo tiempo —Frunciendo el ceño, sus ojos vuelven a los míos—. Pareces el apuesto príncipe que aparece para llevarse a la novia antes de que se vea obligada a casarse con un ogro. Sácame de aquí y te daré... —Hace un puchero, pensando lo suficientemente fuerte como para lastimar su linda cabecita.

Me río entre dientes. —¿Crees que soy apuesto?

Sus ojos se agrandan, sus pupilas se dilatan y sus mejillas se vuelven de un intenso tono rojo. —Si dijera que sí, ¿me llevarías lejos de aquí?

Mi sonrisa de respuesta no es completamente falsa. —Esfuézate un poco más, princesa, y podría considerarlo.

La decepción opaca su brillante mirada ámbar. —Tengo oro. ¿Qué te parece mi peso en oro? ¿Fajos de billetes en moneda humana? Podría conseguirte un camión lleno de eso... —Sus palabras se desvanecen cuando nota mi reloj y mis gemelos de oro. Después de un momento de silencio, llega a la misma conclusión a la que cualquiera llegaría. No necesito su oro ni su dinero.

Solo hay una cosa que quiero, una cosa por la que he vivido desde que asesinaron a mi familia, y la voy a conseguir ya sea que ella me ayude o no. La imagen de la sangre salpicando la alfombra y empapándola de gore hace que mi sangre se caliente. Mi agarre en su muñeca se aprieta, haciéndola estremecerse. Dejo que mi aura se deslice lo suficiente para impregnar el espacio entre nosotros, y el sudor brota en su frente. —No tienes idea de quién soy. Sería una tontería cambiar los demonios que conoces por los que no conoces. ¿Realmente quieres arriesgarte?

Espero oler el miedo que veo en sus ojos, pero su mandíbula solo se tensa con determinación. Las siguientes palabras que salen de sus labios rojos y provocativos me sorprenden. —Cualquier cosa es mejor que este... dolor. Y ya no tengo nada más que perder. Ya no.

Inclino la cabeza, observándola cuidadosamente. —Siempre hay algo que perder, y estás muy equivocada. No soy tu salvador.

Sus ojos se endurecen, y si no fuera por el olor a alcohol y su piel sonrojada, pensaría que está sobria. —En solo un día, perdí a mi pareja, mis esperanzas, mi futuro. Casarme con el Beta Manuel marcaría el comienzo del fin de mi vida. Ha tenido seis parejas elegidas antes que yo. Todas están enterradas dos metros bajo tierra. Esa es la única forma de escapar de él. Se rumorea que las encerró en su sótano, las golpeó hasta someterlas, las mató de hambre y las encadenó cuando se rebelaron. Conocí a Marilyn, la última. Solo tenía diecinueve años, ya estaba rota y era madrastra de quince hombres que constantemente la miraban lascivamente. —Se estremece, el disgusto curvando su labio superior—. Preferiría morir que vivir así. Soy una rebelde. Siempre lo he sido.

Lo sé. Ella no tiene idea de cuánto sé, cuán equivocada está al pensar que soy un mal menor que el beta pervertido con el que se supone que debe casarse. Tengo cadenas en mis mazmorras con su nombre grabado en ellas. He afilado dagas y espadas con el único propósito de despedazar a su padre y a su pareja miembro por miembro, pero solo después de haberla hecho gritar y sufrir tanto como mi hermana antes de morir.

Mis dedos encuentran un mechón suelto de cabello rojo y lo colocan detrás de su oreja. Me pregunto qué tan fácil sería romper su delicado cuello y arrojar su cuerpo a la fuente de afuera. Mis dedos se deslizan desde su oreja hasta su cuello, y siento su pulso, fuerte y rápido. Un solo movimiento es todo lo que necesito para matarla y terminar con esto.

Pero dudo. Es la forma en que me mira con ojos grandes y esperanzados. Con tanta confianza infantil. Es una tonta ingenua y confiada. No la culpo por ello. A menos que te hayas quemado, pensarías que el fuego es la fuerza más hermosa de la naturaleza. Querrías tocarlo con tus manos desnudas.

Su respiración se entrecorta cuando mi pulgar roza su pulso, y me permito mirar hacia abajo donde su pecho presiona contra el mío. Joder, es impresionante. Drustan, mi lobo, aúlla emocionado, y mis dientes ansían hundirse en su succulenta piel y marcarla como mía.

Me detengo, sobresaltado por la destructiva ola de emociones que me recorre. El deseo de poseer, consumir, arruinar a esta mujer es un anhelo monstruoso, una sed que arde más caliente que cualquier infierno. Me niego a aceptarlo. La Diosa no me castigaría de esta manera.

—¿Qué será entonces? No estoy pidiendo un salvador. Todo lo que necesito es tiempo. Dame algo de tiempo, y te daré lo que quieras. —Su voz es entrecortada, impaciente, desesperada.

—No recordarás esta conversación por la mañana —murmuro, los engranajes de mi mente ya cambiando. Siempre puedo matarla más tarde—. Ni esto.

Acercando mis labios peligrosamente a los suyos, agarro la parte posterior de su cuello y nos giro para que estemos ocultos en la esquina del balcón y su espalda esté presionada contra la pared. Ella jadea, el aroma de su miedo provocando mis fosas nasales mientras lucha contra mi agarre. —¿Q-qué estás haciendo?

—¿Asustada? Hace solo un par de segundos, te me insinuaste.

Ella me enseña los dientes, y me golpea la realización de que podría ser la criatura más hermosa que jamás haya visto, aún más cuando está enojada. —Suéltame ahora mismo, o gritaré. —Se retuerce contra mí, pero todo lo que hace es empujar sus succulentos pechos contra mi pecho—. ¿Quién eres? ¿Qué quieres?

Hilarante, esta chica. —Muchas cosas, princesa, pero ahora mismo... a ti.

Lo dejo caer: la máscara de caballerosidad, la suave sonrisa divertida, el encanto que hace que cualquier mujer que quiero entre en mi cama. Dejo que vea años de ira y odio, el deseo de venganza, el inquietante frío que ha carcomido lo que queda de mi corazón. Dejo que vea el abismo de oscuridad que acecha bajo mi piel, y una nueva ola de su miedo me inunda. —Eres tú —susurra, con voz teñida de terror.

Ella se lanza hacia adelante en un intento de golpear su frente contra la mía, pero soy más rápido. Agarro sus mechones rojos y los tiro hacia atrás con fuerza. Un suave gemido se escapa de su bonita boca, y mi estómago se tensa. En este ángulo, podría fácilmente reclamar sus labios tan viciosamente como la odio. Ella se somete al dolor mientras me mira con fuego ardiendo en sus ojos. Me pone duro. Joder, sé que he perdido la cabeza. —Haré lo que pediste, Leilani Stone. Te alejaré de todo esto, y a cambio, tu vida será mía. Para poseer. Para tomar.

El peso de la pistola metida en mis pantalones presiona fuertemente contra mi pierna. Un solo disparo entre sus cejas es todo lo que se necesitaría. Solo uno, y su sangre pintará las paredes.

Pero no saco el arma. Mi cuerpo me traiciona, y antes de que pueda soltar el grito que se está formando en su garganta, mis dedos rodean su cuello, cortando su flujo de aire. Ella golpea mi mano, jadeando por aire. —Mi padre... te... encontrará.

Apretando más fuerte, murmuro: —Cuento con ello.

Sus ojos se enrojecen y una sola lágrima se desliza por su mejilla mientras jadea: —Él... te... mata- —No puede terminar las palabras antes de quedar flácida en mis brazos. Habría tomado más tiempo si estuviera sobria, pero supongo que tuve suerte.

Ella se desploma hacia adelante, inconsciente, y la atrapo. No pesa prácticamente nada. Miro su rostro por más tiempo del que debería, recordándome por qué necesito hacer esto. Tiene que morir, pero con su cara presionada contra mi pecho, los ojos cerrados, su respiración lenta y sus rasgos inocentes, no puedo evitar pensar que podría estar cometiendo un error.

* * *

—Joder, Ash. ¡Este no era el plan! —Talon se pasa los dedos por el pelo, y mi gamma, Cayden, parece positivamente enfermo—. ¿Qué hacemos con ella? Mardoc no dejará pasar esto. Mátala e iremos a la guerra como estaba planeado. Mantenla y... —Talon se detiene, mirándome con incredulidad—. ¿Realmente lo estás considerando?

Ni siquiera sé qué demonios estoy pensando, pero suavizo mi expresión mientras me recuesto en la silla. —Una guerra traería derramamiento de sangre-

Talon me enseña los dientes, sus ojos marrones destellando en dorado. —Hemos sacrificado todo por esta causa. Moriríamos por ti, Alfa, si lo desearas. ¡No puedes tirar años de preparativos por una pelirroja bonita y sus tetas respingonas!

Un gruñido de desagrado retumba en mi pecho y las garras pinchan mis dedos, pero mantengo un exterior sorprendentemente calmado. —No me interrumpas de nuevo, Talon. *O si no...*

Su piel bronceada palidece, y baja la cabeza en sumisión. Cayden se tensa junto a la pared. Me doy cuenta de que mi aura se ha intensificado. Suspirando, la contengo de nuevo. Se ha vuelto cada vez más difícil controlarme desde que conocí a Leilani Stone. —La hija de Mardoc es una carta salvaje, lo admito, pero esta es la única forma en que podemos ganar sin sacrificar más vidas inocentes.

Sangrando profusamente, huérfano y destrozado, tropecé con la Manada Luna Oscura cuando tenía dieciséis años. Me tomó un año entero poder hablar, y aún más tiempo librarme de las pesadillas y... la oscuridad que respondía. Ser obligado a ver cómo violan y matan a la madre y hermana de uno haría eso a un niño. A veces todavía escucho los rugidos de mi padre mientras perdía la cordura y la vida en esa batalla. Todavía escucho los gritos de rabia y desesperación mientras lo quemaban vivo. Todavía veo los ojos de Mallory —mis ojos— mientras gritaba por mí y por Madre, hasta que no pudo más. Hasta que le arrancaron la garganta y la luz en sus ojos se apagó con ella.

La nuestra no fue la primera manada atrapada en el fuego cruzado de la lucha por el poder. Como hay significativamente menos hombres lobo que humanos, establecimos nuestras manadas más allá del alcance de su gobierno. Ellos no se metían en nuestro camino, siempre y cuando nos mantuviéramos fuera del suyo. Pero eso significaba que teníamos recursos limitados. Nuestros antepasados lucharon por el más pequeño pedazo de tierra, agua y caza, creando rivalidades que han durado generaciones. Pero no era inaudito que manadas más pequeñas formaran alianzas para aniquilar amenazas mayores.

Mardoc Stone y Ken Anderson eran los alfas de dos manadas que se aliaron contra nosotros. Su error fue dejar un sobreviviente. Mardoc dudó en apretar el gatillo, justo el tiempo suficiente para que yo escapara. Debería haber sabido que eso significaría su perdición. Nunca he sido un hombre que perdone.

Con el enfoque de un hombre hambriento, planeé mi venganza, y la Manada Luna Oscura, que heredé de mi padre adoptivo, se convirtió en mi única familia. A lo largo de los años, hemos perdido mucho, pero también hemos ganado un número inimaginable, colocándonos en la cima de la cadena alimenticia. Se necesitó una racha interminable de despiadada y salvaje brutalidad para proteger y expandir esta manada, y mis acciones me han ganado el título de Alfa Oscuro —un título que podría estar a punto de perder porque mi lobo desea a la mujer equivocada.

Rechinando los dientes, levanto la mirada hacia Talon. —Envía un mensaje a Mardoc Stone. Dile que su preciosa hija está en mi posesión. —A Cayden, le digo—: Haz que Enya haga los preparativos para el rito de apareamiento. Nada lujoso.

Cayden frunce el ceño. —¿Rito de apareamiento?

Paso los dientes por mi labio inferior. —¿Qué mejor manera de poner a Mardoc de rodillas que encadenar a su hija a mí para siempre?

CAPÍTULO 3



LEILANI

Tengo un sabor desagradable en la boca y un dolor de cabeza de los mil demonios. La luz del sol se cuela por la ventana, tan brillante que casi me ciega. Gimiendo, busco a tientas las sábanas y me las echo sobre la cara, ignorando el leve sonido de metal arrastrándose por el suelo. —¿Camille? Las cortinas...

No hay respuesta. Qué raro. Mi doncella suele estar aquí antes del amanecer, haciendo suficiente ruido como para despertar a los muertos. Estirándome, intento alcanzar las persianas, pero algo frío y áspero tira de mi muñeca hacia atrás. Ahí está de nuevo ese maldito sonido metálico.

Abro los ojos de golpe al sentir los fríos eslabones de una... ¿cadena? Me incorporo de un salto, pero mis pies no se mueven. ¿Qué demonios...? Jadeo al ver el grillete alrededor de mi muñeca derecha. Hay otra cadena atada a mi tobillo. Frenética y confundida, miro a mi alrededor, y mi corazón se detiene cuando no reconozco dónde estoy.

El dolor de cabeza empeora mientras intento, sin éxito, recordar la noche anterior. Todavía llevo puesto mi vestido de novia. Quizás la boda siguió adelante y el Beta Manuel me tiene confinada en esta habitación. ¿Por qué no puedo recordar nada? ¿Cuánto bebí anoche?

El pomo de la alta puerta de hierro gira, y chirría miserablemente al abrirse. Una mujer vestida con uniforme —una camisa blanca lisa y pantalones azules— y con el ceño fruncido entra con una bandeja. Alcanzo a ver a los guardias fuera antes de que la puerta se cierre tras ella. —¿Dónde está el Beta Manuel? Me gustaría hablar con él.

Ignora mi pregunta y coloca la bandeja con comida y agua en el taburete más cercano a mí. Sus ojos arden con un odio tan intenso que me estremece. —Esto es todo lo que vas a recibir hoy, y es mucho más de lo que mereces —su marcado acento norteco hace que las palabras suenen aún más crueles de lo que hubiera imaginado posible.

Bruscamente, me quita las sábanas de encima, sosteniéndolas como si llevaran la peste. Cuando repito mi pregunta, me mira como si estuviera loca. —Aquí no hay nadie que se llame Manuel, niña. Agradece que el Alfa Oscuro estuviera de buen humor ayer, o ya estarías de camino a las profundidades del infierno.

Nadie me había expresado tanto odio antes. Es desconcertante. Pero lo que es aún más inquietante es la mención del Alfa Oscuro. Debo haber oído mal. —¿D-dónde estoy? —tartamudeo.

—En la Manada de la Luna Oscura.

Durante la hora siguiente a su partida, me siento a los pies de la cama, observando mi entorno con una calma sorprendente. Solo hay una ventana, con barrotes y demasiado pequeña para trepar por ella. Los grilletes de mis cadenas son de hierro, al igual que la puerta, lo que los hace irrompibles, al menos para mí. Los muros de ladrillo son tan gruesos que golpear uno con el puño solo me deja los nudillos destrozados.

Las cadenas me limitan hasta el baño, nada más. El triste armario está vacío. No hay objetos aquí que puedan servir como armas potenciales. No puedo invocar a mi loba, ni siquiera para hacer crecer mis garras. La bandeja que sostiene mi desayuno podría cortar la piel de un humano si lo golpeará con suficiente fuerza, pero se necesitaría más que eso para derribar a los corpulentos guardias fuera de mi puerta.

No puedo escapar.

Para la segunda hora, mi frustración se transforma en una rabia desesperada. Intento persuadir a los guardias para que me quiten las cadenas con el pretexto de querer tomar un baño. No me responden.

Así que empiezo a destrozar la maldita habitación, arrojando todo lo que puedo levantar contra la pared y la puerta, y gritando: —¡Déjenme salir!

Para la cuarta hora, mi prisión está hecha un desastre, mis nudillos y muñecas sangran, y mi pecho se agita con sollozos de pánico. No puedo recordar nada de anoche después de pedir otra copa de Everclear. ¿Cómo puedo estar aquí? La Manada de la Luna Oscura es territorio prohibido, situado a varias horas de casa. ¿Sabe mi padre que no estoy? ¿Sabe que el alfa psicótico me tiene? Después de ver esas fotos mías, ¿le importa? ¿Cómo llegué aquí siquiera?

Corro hacia la puerta de nuevo, logrando patearla antes de que las cadenas me jalen de vuelta. El dolor explota en mi muñeca y gimo: —Maldita sea —acuno mi mano contra mi pecho y fulmino la puerta con la mirada. Tal vez si la miro lo suficientemente fuerte, pueda quemar agujeros a través del hierro.

Pasos pesados resuenan en la distancia. Mis oídos se agudizan al escuchar la voz de un hombre, tan profunda y fría que me hace estremecer. —Pueden retirarse.

Un latido después, la puerta se abre. Veo primero sus botas, negras e impecables. Mi mirada sube hacia un par de pantalones blancos a medida que serían del gusto de un empresario humano, no de un hombre lobo. Sigo observándolo: un cinturón de diseñador, camisa polo negra y brazos enormes. Tiene un tatuaje de manga completa: una escritura que se curva formando la silueta de un dragón negro. Mandíbula afilada, sin barba. Una nariz arrogante.

Sus ojos claros examinan la habitación y la destrucción que he causado con total indiferencia. —Has sido traviesa, Leilani.

Parpadeo. Conozco esa voz, ese rostro, esos ojos. Con un dolor punzante, un recuerdo de anoche emerge: un traje negro y el tenue aroma a invierno, colonia y algo más oscuro. Algo prohibido. *Sí. Cástate conmigo.* Mis mejillas arden y mi ira se desvanece momentáneamente mientras lo miro. —Me secuestraste.

Él simplemente dice: —Difícilmente podemos llamarlo así, ya que lo estabas suplicando. Te salvé.

Extiendo mi muñeca encadenada y dolorida hacia adelante. —¿A esto le llamas salvarme?

Me mira realmente por primera vez desde que entró en la habitación, y su mirada sigue vacía. —No podía estar seguro de que no estaba trayendo un animal salvaje a mi casa —Inclinando la cabeza hacia la habitación destrozada, murmura—: Resulta que eres completamente salvaje.

Mis labios se retraen en una mueca ante el insulto. —Quítamelas. Llévame de vuelta.

Se arrodilla con un movimiento grácil y yo instintivamente retrocedo. Dedos fríos agarran mi muñeca y me jalan hacia adelante. Un grito se escapa de mi garganta mientras caigo de rodillas frente a él.

Suavemente, casi hipnóticamente, dice: —No estás en posición de hacer exigencias, princesa —Acaricia con un dedo elegante mi muñeca magullada con sorprendente delicadeza, y una calidez, inesperada e inquietante, se despliega en la boca de mi estómago—. Pórtate bien, y esto terminará rápido. O no. No me importa un desafío.

Mi garganta se cierra dolorosamente y mis puños se aprietan. —No voy a jugar este juego contigo. No estaba en mi sano juicio. Sabías eso y te aprovechaste por completo. Libérame ahora, antes de que mi padre se entere de esto.

Se ríe sombríamente y los finos vellos de mis brazos se erizan. Otra caricia deliberada en mi piel desnuda me hace estremecer. —¿Ves lo asustado que estoy? Estoy temblando. Convulsionando, incluso —En un segundo, su sonrisa desaparece, reemplazada por una mirada en blanco, y se endereza, arrojando mi mano en mi regazo como si la idea de tocarme le disgustara—. Enya.

No me había dado cuenta de que no estábamos solos hasta que la criada de antes da un paso adelante. A diferencia de antes, parece mansa y sumisa. Su cabeza se inclina sumisamente y su mirada permanece fija en el suelo. —Alfa —responde dulcemente. Apostaría toda mi herencia a que se están acostando.

—Limpia este desastre —Cuando dice "desastre", creo que se refiere a mí. Para confirmar mi sospecha, me mira con desprecio—. Los colores de la manada servirán para el vestido de novia.

Mi columna se endereza mientras repito: —¿Boda?

Fríamente, responde: —Sí, nuestra boda.

El pánico aprieta mis entrañas. —Preferiría morir.

Sus labios se curvan en una sonrisa divertida que no llega a sus ojos. En una fracción de segundo, sus dedos se envuelven alrededor de mi garganta, apretando con una facilidad aterradora. Mis pies se levantan del suelo mientras el sonido de mi ahogo llena la habitación. Los huesos de mi cuello crujen. Mis pulmones arden con la desesperada necesidad de aire. Las lágrimas se acumulan en mis ojos, nublando mi visión mientras miro fijamente sus ojos. Brillan con algo oscuro, algo parecido a la curiosidad, como si quisiera desarmarme y reclamar mi alma. —Eso se puede arreglar. Solo di la palabra, y te romperé el puto cuello.

Intento alcanzarlo, arañando mis dedos por su rostro perfecto, desesperada por herirlo de

cualquier manera posible. Mis uñas solo lo rasguñan, y las heridas sanan inmediatamente. —Eres... un... hombre... muerto —jadeo.

Aprieta más fuerte, esperando una respuesta que no le daré. Soy Leilani Stone. Nunca suplicaré. Nunca le rogaré nada a un bastardo como él. Bien podría matarme ahora mismo.

—Inténtalo de nuevo.

—Vete al infierno —intento gruñir, pero sale como un patético gemido cuando su agarre se aprieta lo suficiente para que mi vista se oscurezca. No puedo tomar ni un solo aliento, y el miedo puro me invade cuando siento que mis músculos comienzan a debilitarse. La palabra traicionera sube por mi garganta contra mi voluntad—. Por favor.

—Asher —añade—. Dilo.

Una lágrima solitaria rueda por mi mejilla. —Por favor... Asher.

Por un breve momento, algo parpadea en sus ojos, una emoción que no puedo ubicar. Sus ojos se ensanchan una fracción y su agarre se afloja. Toso, ahogándome con el aire, pero aún no ha terminado conmigo.

—No tengo nada contra ti, Leilani, al menos no personalmente. Pero debes entender que los pecados del padre a menudo los heredan sus hijos. Expiarás cada daño que tu padre causó, y un día, cuando yo decida que es suficiente, cuando cada miembro de esta manada que lleva las mismas cicatrices decida que es suficiente, tal vez te deje ir —Se pasa los dientes por el labio inferior, y odio lo caliente que me hace sentir eso—. O vivir.

—¿Cada daño que *mi padre* causó? —pregunto incrédula, mi voz ganando fuerza con cada palabra—. ¿Tienes idea de cuántos lobos hemos perdido por tu crueldad? —Odio que mi voz se quiebre tanto como odio las lágrimas que corren por mis mejillas—. ¡Nos atacaste sin provocación y Padre se defendió! ¿Por qué tengo que expiar yo? ¡No me vengas con esa mierda, imbécil egoísta!

Asher se burla. —O eres despistada, o estúpida —Con eso, me suelta, y caigo fuertemente sobre mi trasero. Está fuera de la puerta antes de que pueda recuperarme lo suficiente como para lanzarle maldiciones.

* * *

Con los moretones ocultos bajo el dobladillo de mi vestido, bajo las escaleras. Mi corazón late más rápido con cada paso más cerca del sonido de la música, hacia el salón donde tendrá lugar mi boda con un hombre que no conozco. Tengo tan mala suerte. Pensar que ayer mismo estaba preocupada por despertar al lado del Beta Manuel todos los días. Se me ocurre un pensamiento más divertido y me río un poco.

Había pensado que el Beta Manuel era un monstruo, así que corrí directamente a los brazos del peor monstruo de todos.

Me detengo al pie de las escaleras cuando más de cien pares de ojos me devuelven la mirada, algunos con desprecio, otros con curiosidad. No reconozco a nadie, pero está terriblemente claro

que ellos me conocen, y no soy bienvenida aquí.

Tragando saliva, limpio mis palmas sudorosas contra mi vestido de terciopelo verde. En circunstancias normales, lo encontraría hermoso. Demonios, no me había reconocido cuando me miré al espejo, pero había estado demasiado abrumada por el giro que ha dado mi vida para apreciar el trabajo de Enya en mí.

Un movimiento en la esquina llama mi atención, y levanto la vista de mi vestido para encontrar a Asher caminando hacia mí. La visión de él se siente como un puño alrededor de mi corazón, y de repente me quedo sin aliento por todas las razones equivocadas.

Su esmoquin de terciopelo verde —a juego perfecto con mi vestido— abraza cada centímetro de su cuerpo, acentuando sus anchos hombros y su figura imponente. Incluso en una sala llena de cientos de personas, sigue destacando. No es su altura, aunque mide al menos un metro noventa y ocho. Es simplemente *él*: el aura bestial que exuda al caminar, su belleza cautivadora, la carnalidad perfeccionada. Es inquietante que no pueda apartar mis ojos de él. Apenas han pasado cuarenta y ocho horas desde que dormí en la cama de Christian, y sin embargo no puedo despegar la mirada de este desconocido.

Unos mechones de su cabello negro engominado caen sobre su frente, y mis dedos se mueven involuntariamente para volver a colocarlos en su sitio. Me pierdo en sus ojos. Quizás por eso no me doy cuenta de lo cerca que está hasta que levanta la mano. —Ven.

No lo hago. Me quedo mirando fijamente su mano, considerando lo que significaría tomarla. Mi mirada se desvía hacia el centro del salón, donde un anciano con túnica espera para officiar el rito y unirnos, para condenarme a una eternidad de esto. De *él*.

A regañadientes, mi mirada vuelve a mi novio y su mano extendida. Entre nosotros, hay un muro de energía chispeante y furiosa. Es una mezcla de odio y violencia que se está gestando... y algo más, me doy cuenta cuando su mirada recorre desde mis rizos hasta el colgante que le hizo poner a Enya —una especie de reliquia familiar. Sus ojos se deslizan más abajo, absorbiendo cada curva y hendidura de mi cuerpo, y por un momento, creo que su mirada se calienta. —No tenemos toda la noche, princesa.

Trago saliva, mis dedos de repente fríos. —Yo... no puedo...

Un guardia me empuja bruscamente y tropiezo, cayendo sobre Asher en busca de apoyo. Su brazo rodea mi cintura, enderezándome. Intento alejarme de él, pero me atrae más fuerte hacia su abrazo. —No pongas a prueba mi paciencia. Quieras o no, esto va a suceder. —Coloca un rizo suelto detrás de mi oreja, y la suavidad de su toque me asusta—. Es inconcebible que te deje ir.

Asher acaricia el arco de mi oreja y, a pesar de mí misma, me estremezco. —Tú, Leilani Stone —murmura íntimamente, enviando escalofríos por mi columna—, podrías ser la carta ganadora que aún no he jugado. Pero no confundas tu valor con poder. Este juego... —Sus ojos se encienden, las profundidades azules tornándose tormentosas—. Es mío. Y por extensión, tú también lo eres. —Se inclina, y ahogo un jadeo cuando sus labios rozan la parte superior de mi oreja—. En el gran esquema de las cosas, no eres más que una herramienta para la venganza. Eres solo la debilidad de Mardoc.

Las lágrimas pican mis ojos, pero no las dejo caer. —No voy a ser tu esposa.

—Eso sigues diciendo, aunque no recuerdo haberte dado opción. Resiste —susurra, y mi piel hormiguea con consciencia—, y lo haremos por las malas.

Suelta mi cintura, y la adrenalina estalla en mis venas, activando mi respuesta de lucha o huida. Salgo corriendo. Juro que oigo su risa sorprendida mientras corro por el salón, sumergiéndome entre la multitud para perderlo.

No llego muy lejos antes de que unas grandes manos me agarren y me levanten del suelo como si no pesara nada. Grito mientras Asher me arrastra al centro de la sala por la muñeca, casi dislocándome el brazo. —¡Suéltame!

Los invitados se ríen de mí. Brindan por mi angustia. Me miran con desprecio, ignorando mis gritos y forcejeos mientras soy llevada de vuelta al epicentro de mi destrucción.

El anciano se aclara la garganta. —Toda unión bendecida por la...

El gruñido de Asher resuena por el salón. —Déjate de dramatismos, Barón, y comienza el maldito ritual.

Se saca una daga antigua mientras la luz de la luna llena se derrama por las ventanas y Asher fuerza mi muñeca hacia adelante. Mi piel arde cuando la hoja corta profunda y certeramente en mi palma. El anciano repite la misma acción en la palma de Asher, y cuando nuestras heridas se tocan, dejo de luchar. Una calidez se extiende por mí, embriagadora y eufórica. Suspirando en un éxtasis temporal, miro a los ojos de Asher y lo encuentro observándome con asombro.

De repente soy muy consciente de su proximidad. Está imposiblemente cerca, su aroma delicioso nublando mis sentidos. Sus labios se ven tan suaves desde este ángulo. Él también está mirando mi boca. Me muerdo el labio inferior. No sé por qué lo hago. Estoy siendo controlada por una fuerza demasiado poderosa para luchar. Me atrae hacia Asher, y a él hacia mí.

El anciano está hablando, pero ninguno de nosotros escucha una sola palabra. Una voz dentro de mí me insta a reclamar lo que es mío. Me rindo ante ella, poniéndome de puntillas, y aun así, Asher es demasiado alto para que lo alcance.

Agarro su cuello y lo jalo hacia abajo sin pensarlo. Él me lo permite. Él también quiere esto. Puedo notarlo porque está respirando con dificultad y sus ojos están centelleando. Cierro los ojos cuando siento su aliento haciéndome cosquillas en la piel. Un centímetro más y finalmente probaré esos labios tentadores...

Asher aparta bruscamente su mano de la mía, y el hechizo se rompe. El calor y la deliciosa calidez en mi centro se vuelven fríos. Mis sentidos vuelven a mí justo a tiempo para registrar algo frío posado en la punta de mi dedo. Mi cuerpo tiembla con la presión de demasiadas emociones a la vez.

—¿Juras tú, Leilani Stone, ser sus ojos y oídos, su fuerza y confidente, su igual y compañera en este vínculo forjado en amor y respeto, por el resto de tu vida?

Miro al anciano con los ojos muy abiertos. Un rotundo "no" se asienta en la punta de mi lengua, pero nunca llego a decirlo, porque Asher hace un sonido impaciente y empuja el anillo de esmeralda en mi dedo. —Ella acepta. Yo acepto. Termínalo, Barón. Ahora.

El anciano Barón palidece, y tartamudea por un momento antes de lograr pronunciar las palabras.

—Por el poder que me confiere la Diosa Luna, os declaro alfa y luna. Podéis sellar vuestro vínculo con un beso.

Asher no me besa. Se aleja de mí, y los guardias me guían de vuelta arriba. Me devuelven a mi habitación, ahora ordenada, y las cadenas son colocadas nuevamente en mi muñeca y tobillo derechos. No me molesto en luchar. Estoy demasiado aturdida pensando en qué demonios pasó allá abajo. Casi lo besé. Lo deseaba y lo habría hecho si él no lo hubiera impedido. Incluso ahora, mi centro se tensa al pensar en lo cerca que estuvieron mis labios de los suyos.

He sentido esto antes. El recuerdo es claro como el día: el momento en que descubrí que Christian era mi pareja. No tiene sentido. Todavía tengo la marca de Christian en mi hombro. La siento incluso ahora, pulsando débilmente. Sabría si Asher fuera mi pareja.

Demasiado inquieta para dormir, me mantengo despierta, esperando que el mismo diablo haga acto de presencia. Si es tan despiadado y cruel como dicen que es, intentará consumir nuestro matrimonio. Me obligará. Prefiero estar lista para luchar como si mi vida dependiera de ello — porque así es— que dejar que me pille desprevenida.

Pero no hay necesidad de pelear, porque Asher no viene.

CAPÍTULO 4



LEILANI

Paso toda la noche leyendo. Es lo único que me ha mantenido cuerda durante los últimos tres días. No recibo visitas de mi padre ni de mi captor. Todo lo que obtengo es una Enya silenciosa que me trae comidas y hace comentarios que me dan ganas de arrancarle los ojos.

De vez en cuando, la marca de Christian en mi hombro se inflama y un dolor paralizante me consume, durando más de una hora. Está teniendo relaciones con Georgia, y yo tengo que sufrir porque no se me dio la oportunidad de aceptar su rechazo.

Todo esto me ha dejado emocionalmente agotada. He estado esperando que mi padre aparezca, pero está claro que no va a suceder. He sido una idiota al pensar que me elegiría a mí sobre la manada por una vez. Harta de todo, lanzaría el libro contra la ventana y me cubriría la cabeza con las sábanas, llorando hasta quedarme dormida.

Un dedo recorre mi pantorrilla, sacándome del sueño. Mis párpados revolotean, pero estoy demasiado cansada para mantenerlos abiertos. La cama se hunde a mi izquierda y esos dedos lentamente suben mi camisón. —¿Te gusta suave? —pregunta bruscamente una voz demasiado familiar, y nunca he tenido un despertar más brutal que cuando unas manos grandes agarran mis muslos y los separan—. Las fotos dicen lo contrario.

Hay un demonio de ojos azules flotando sobre mí. Grito.

Una mano me tapa la boca, y Asher hace un sonido estrangulado. —Tienes miedo, pero estás enredando tus piernas alrededor de mí —mi mirada se dirige a su torso tonificado y sin camisa, y me horrorizo al descubrir que mis muslos están, de hecho, alrededor de él, manteniéndolo cerca. Asher chasquea la lengua—. La pretensión realmente no es tu fuerte.

Le muerdo la palma en represalia, incluso mientras mis caderas ondulan contra la dulce dureza entre sus piernas. Sus ojos se oscurecen y los cierra, murmurando entre dientes. —Mierda, eres una provocadora —cuando vuelve a abrir los ojos, están claros—. Me arrastraste a este miserable sueño, Leilani. Despierta.

No entiendo lo que está diciendo.

Mi piel se calienta más con cada segundo que se inclina sobre mí, con cada centímetro de su piel tatuada que veo, con la creciente erección que se acomoda entre mis muslos. Mis senos están pesados y mis pezones anhelan atención. La humedad se acumula entre mis muslos y me muevo

con más fuerza, tratando de entender por qué la presencia de este arrogante y asesino idiota me descompone de esta manera.

La mano contra mis labios se retira abruptamente mientras Asher se acomoda entre mis muslos, agarrando cada uno como un tornillo. La vista de Asher de rodillas con la luz de la luna atrapada en su cabello me vuelve casi loca de lujuria. Esto es más caliente que cualquier cosa que haya sentido antes. Estoy en llamas, y solo Asher puede apagarlas.

—Asher... —murmuro, levantándome sobre mis codos y observando cómo levanta mi vestido hasta que mis bragas de encaje azul quedan a la vista—. No deberíamos... —me muerdo el labio inferior, gimiendo mientras sus manos rodean mi cintura, jugando con los pequeños lazos a los lados de mi camisón—. No quiero esto.

Sus ojos son como trozos de hielo, agrietándose en los bordes. —Yo tampoco.

Nos miramos así por un minuto. Me muevo primero, pero Asher es más rápido. Mis labios chocan con los suyos en el mismo momento en que sus dedos rozan mi piel. Siento que mis bragas se aflojan mientras su lengua se hunde en mi boca, deslizándose contra la mía ardientemente con una experiencia que solo podría venir de la práctica. Me enloquece pensar que alguien más lo tuvo antes que yo. El pensamiento es vil porque ni siquiera me agrada, pero no me detengo en ello. Es difícil hacerlo cuando sus labios dejan los míos, dejando un rastro de besos por mi cuello hasta que sus dientes están peligrosamente cerca de mi punto de pulso. —Hueles tan bien que es irreal.

Mi ropa desaparece rápidamente, casi como por arte de magia. Sus ojos azules miran mi cuerpo desnudo con un sentimiento demasiado suave para que yo pueda interpretarlo. Hago una pausa en mi exploración de su pecho, insegura. —¿Qué?

Una mano grande y tatuada se extiende entre nosotros. Mi respiración se entrecorta cuando se toma su tiempo sosteniendo cada pecho y pasando su mano por mi vientre, deteniéndose justo antes de mis pliegues. Manteniendo mi mirada, su dedo se desliza hacia abajo, separándolos. Me muerdo con fuerza el labio inferior para contener un gemido. No rompe el contacto visual mientras empuja un dedo dentro de mí. —Anderson fue un tonto.

Otro dedo entra en mí, llenando el calor hueco y doloroso en mi centro. Y luego, los curva. Gimo, apretando con fuerza alrededor de sus dedos.

De repente, me levanta, dándome la vuelta para que mi cara presione contra el colchón. Asher agarra mi cintura, arqueándome contra su longitud. —Asher —susurro—. Esto no es...

Algo suave —un trozo de tela— pasa por mis labios, silenciándome, y empuja mi cabeza más hacia el colchón con una orden gruñida: —No hables, o lo recordaré.

Su agarre se vuelve duro e implacable, y grito contra la tela mientras su miembro se hunde en mí. No importa que esté tan mojada que pueda sentir mis jugos goteando por mis muslos. Aún duele. Es demasiado grande, y no estoy lista.

Me inclino hacia adelante, tratando de alejarme, pero Asher atrapa mis manos, atrapándolas detrás de mí. Su siguiente embestida me deja cubierta de sudor y lágrimas. Es demasiado. No puedo respirar. Intento ajustarme y relajar mis músculos internos a su alrededor, pero cuando aprieto de nuevo, se pone más duro, más grande dentro de mí.

Se ríe un poco, envolviendo su brazo alrededor de mi cintura y empujando más profundo dentro de mí. Me doy cuenta de que aún no está completamente dentro de mí. Voy a morir esta noche a manos de Asher.

Para la sexta embestida, un sonido extraño sale de mi boca, uno que no reconozco. Christian nunca me trató con brusquedad. Siempre era suave, tratándome como si fuera frágil, delicada. Me respetaba, al menos mientras no se acostaba con otras mujeres. Me preguntaba qué quería y cuándo lo quería. Nunca tomaba más de lo que creía que podía ofrecer, y cuando yo era lo suficientemente atrevida como para pedirle que fuera más fuerte, más profundo, que me asfixiara, que me faltara el respeto con sus labios y su miembro, aun así me hacía el amor con delicadeza.

Mi deseo por algo más intenso eventualmente murió. Amaba a Chris. El sexo con él siempre era hermoso, aunque un poco aburrido, como algo sacado de las dulces novelas románticas que leía.

Esto es algo diferente... algo monstruoso. Un hambre como nada que haya sentido antes se abre en la boca de mi estómago, y me empuja contra Asher, tomando el resto de su longitud dentro de mí. Mis paredes internas arden con dolor y placer y Asher gruñe, soltando mis manos. En su lugar, agarra mi cabello, envolviéndolo alrededor de su puño y levantándose por él. Le gusta mi cabello, pienso.

Mi espalda choca contra su pecho, y otro empujón brutal hace que me tense lo suficiente como para ver estrellas. Gimo, pero la tela en mi boca lo ahoga. Agarra uno de mis senos y lo amasa mientras continúa embistiéndome con una venganza brutal. Reconozco con cada fibra de mi ser que me odia. Me odia tanto como me desea... y me está castigando por ello. Me hace sentir mareada. No debería gustarme eso. No debería excitarme más y humedecerme más. No debería hacer que alcance mi otro pezón y lo pellizque al compás de sus movimientos.

Hay algo seriamente mal conmigo esta noche. Algo tan fuera de control que sé que no puedo ser yo. Esto tiene que ser una maldición. Estoy bajo un hechizo y... y anhelo el final, mi desenlace. Quiero, no, *necesito* esto.

Fruto mi pulgar sobre el botón enrojecido mientras Asher se hunde en mí, empujando más allá de paredes que me hacen sentir una sensación que nunca antes había experimentado. La presión en mi intimidad me hace llorar. El sonido de su miembro embistiéndome cambia, y casi se siente como... *mierda*. Creo que grito cuando el fluido sale de mí y —

La conciencia se ondula sobre mí, y soy violentamente sacada del sueño.

Mis ojos se abren a la suave luz de luna que se derrama en mi habitación. El sudor gotea de mi frente sobre las sábanas ya empapadas. Fue un sueño. Por supuesto que lo fue. No hay manera de que estuviera en esa situación con Asher.

Entonces me doy cuenta de dónde están mis dedos. Horrorizada, aparto mi mano de mis pliegues, pero ya está cubierta de fluidos resbaladizos. —Demonios —maldigo, totalmente asqueada conmigo misma. Mis entrañas palpan con una necesidad desesperada de liberación.

—No te detengas por mí.

Doy un grito ahogado, incorporándome de golpe al oír la voz de Asher. Una mirada salvaje en dirección al sonido, y lo veo apoyado contra la puerta. Es una postura casual, pero todo en él

grita dominación. Su presencia hace que el calor se extienda por mi piel, y me duele tanto por la más mínima fricción que me vendría si tan solo tocara mi mejilla.

—¿C-cómo entraste? —tartamudeo, tirando de las sábanas sobre mí como si eso pudiera ocultar el aroma de mi excitación.

—Esta es mi casa —se separa de la puerta y saca las manos de sus bolsillos. Está vestido una vez más con atuendo formal humano, como si acabara de regresar de una reunión de negocios. Incluso lleva una corbata negra para completar el look totalmente negro—. ¿Terminaste?

La vergüenza hace que mis mejillas ardan. —¿Eh?

La mirada de Asher baja lentamente a mis dedos, y luego a mis muslos bajo la sábana. —Usa tus palabras, Leilani. ¿Terminaste? ¿Esos diminutos dedos tuyos te dieron tanto placer como los míos?

Mi boca se seca mientras la mortificación me atraviesa. Me observó... mientras yo... me observó, y de alguna manera sabe que estaba soñando con él. Respirando pesadamente, digo lo primero que se me viene a la cabeza, intentando deshacerme de la sensación no deseada que se despliega en mi pecho.

—Christian. Estaba soñando con él, no contigo. Y no eran solo sus dedos —estoy divagando sin sentido. Sé que lo estoy haciendo, pero las palabras siguen saliendo de mí.

Asher asiente, su expresión desprovista de emociones. —Ya veo.

Y entonces, desaparece. Un momento está a medio camino de la habitación, y al siguiente, una mano se cierra sobre mi tobillo expuesto y grito cuando me arrastra hasta el borde de la cama y se coloca entre mis muslos. —¿Qué demonios te pasa? ¡Quítate de encima!

Me mira furioso y sus labios se retraen en un gruñido feroz que revela afilados caninos. —Te reto a que digas una mentira más a tu esposo y alfa. Te *reto*.

Mi mano se lanza hacia adelante, pero soy demasiado baja para alcanzar su rostro. Así que golpeo su pecho con toda la fuerza que puedo reunir, lo cual no significa nada, porque Asher está hecho de algo más fuerte que el adamantino. —¡No eres mi alfa, y preferiría tener a Christian en mi cama que a ti! ¡Nunca podría desearte! —Eso suena a mentira incluso para mí, pero mi rabia habla más rápido de lo que puedo pensar.

Asher me mira con una calma inquietante, pero siento su ira en sus dedos temblorosos. —Nunca es mucho tiempo, especialmente cuando estás atrapada bajo el mismo techo que yo. Miéntete a ti misma todo lo que quieras si eso te hace dormir mejor por la noche, pero no cambiará la realidad —atrapa mi barbilla entre sus dedos, empujando mi rostro hacia arriba bruscamente hasta que todo lo que puedo ver es él—. Me perteneces, y eventualmente, entenderás lo bien que se siente eso.

El miedo lucha contra la lujuria, pero la lujuria gana. ¿Desde cuándo quiero alfas territoriales y asesinos? ¿Desde cuándo el pensamiento de pertenecerle hace que mi intimidad tiemble? Obstinadamente, abro la boca para decirle que se vaya al diablo, pero él empuja dos dedos en mi boca.

Instintivamente, mi lengua gira alrededor de sus puntas. Sus ojos se iluminan. Parece

complacido, he hecho algo bien. —¿Es esto lo que querías? —Sus dedos se deslizan hacia fuera y vuelven a entrar.

¡No lo hagas, Lei. No te atrevas!

Chupo sus dedos. Mi cuerpo, la traidora, me ha vendido al diablo. Divertido, Asher continúa el movimiento, imitando embestidas en una parte diferente de mí. No me doy cuenta de que he separado más mis muslos hasta que levanta su rodilla y la frota contra mi clítoris. Mi gemido en respuesta es gutural.

Su mano libre se envuelve alrededor de mi cuello firmemente, pero sin dolor, y algo sobre la posición hace que apriete mis muslos. Gimo contra sus dedos mientras añade un tercero. Mis caderas se mueven contra su rodilla. Me froto contra él desesperadamente, el éxtasis a solo un puñado de embestidas de distancia. Otra succión fuerte, y Asher hace un sonido que es una mezcla de impaciencia, ira y deseo. —Así es como estrangularás mi polla cuando te folle la boca —No es una pregunta. Es una orden.

Dice cosas tan viles, y que la Diosa me perdone por gustarme.

—Estás cerca —dice, y sus dedos tocan la parte posterior de mi garganta cuando no respondo. Por reflejo, lo muerdo. Debería haberlo sabido mejor. Querer lastimarlo nunca resulta a mi favor. Él exhala bruscamente, y cuando veo el bulto en sus pantalones crecer, sé que mi desafío y mis arrebatos de violencia lo excitan mucho más que mi obediencia.

Eso me paraliza de miedo, y sus fosas nasales se dilatan ante el nuevo aroma en el aire. Sonríe. Es traviesa, malvada, y la cosa más hermosa que he visto jamás. —Levántate las faldas para mí, esposa.

Mis manos se mueven por sí solas, y mi falda está amontonada alrededor de mi cintura en un instante. No llevo ropa interior debajo, y los ojos de Asher se oscurecen al verme, desnuda contra él, mi excitación una mancha oscura en sus pantalones. —Tócate —murmura con voz ronca, sus dedos bombeando más fuerte y rápido en mi boca. Un sonido sube por mi garganta, una súplica, pero no tengo idea de qué estoy rogando. ¿Quiero más de él, o nada?

Mis dedos rozan su muslo, y él se tensa cuando me introduzco un dedo. Mis ojos se cierran y gimo alrededor de sus dedos. Pienso en su pene empujando profundamente dentro de mí y me introduzco otro dedo, jadeando. Mi mundo se reduce a su rodilla contra mi clítoris, mis dedos enterrados tan profundo como pueden llegar, y sus dedos follando mi boca.

Cuando alcanzo el clímax, es con un grito agudo. Algo se rompe dentro de mí, y la oleada de placer blanco y ardiente amenaza con destrozarme. Extiendo la mano para agarrar algo, cualquier cosa, para salvarme. Agarro la camisa de Asher, tirando de él hacia mí y aferrándome como si mi vida dependiera de ello.

Él acuna suavemente la parte posterior de mi cabeza mientras sus labios rozan la parte superior de mi cabeza, mi sien, detrás de mi oreja. Su ternura es casi amorosa, y me dejo caer en ella.

Pero eso es un error.

La agonía desgarrar mi cuello cuando sus colmillos afilados como navajas se hunden a través de la carne y los músculos. Un grito ahogado erupciona de mi garganta mientras un fuego que

arrasa todo a su paso arde a través de mi cuerpo. Si no hubiera sentido esto antes, pensaría que estoy muriendo. Por un momento, no puedo respirar, y la oscuridad abrume mi visión. El mundo deja de existir y mi corazón se acelera hasta que creo que podría explotar fuera de mi pecho.

Me sacudo, mis dedos clavándose en la piel de Asher mientras el fuego se transforma en algo más: un deseo inexplicable e incontrolable.

Mis ojos se abren a rayos de luz solar, y mi garganta está seca y ronca, como si hubiera estado gritando toda la noche. Fue solo otro sueño, como todos los demás que he tenido desde la boda. Todos han sido tan vívidos y pervertidos que creo que estar en la Manada de la Luna Oscura me está llenando con la misma oscuridad que Asher exhala.

Mis piernas tiemblan mientras me levanto de la cama y agarro la jarra de plástico con agua en la mesita de noche —que la Diosa no permita que me den un vaso, no sea que lo rompa y apuñale a Asher o a Enya con sus fragmentos. El dolor se dispara desde mi cuello y baja por mi brazo. La jarra se desliza entre mis dedos, el agua tibia salpicando mis pies descalzos, y caigo en el charco, agarrándome el hombro.

Mis dedos salen húmedos y pegajosos mientras trazo el contorno de lo que parece una mordida en el hueco entre mi cuello y mi hombro. Me congelo, el miedo frío entumeciendo mis sentidos mientras miro fijamente mis dedos ensangrentados. Mi cabeza gira bruscamente hacia las sábanas. Están manchadas con gotas de sangre. Mi corazón se detiene por completo cuando veo mis bragas en el suelo. Están rasgadas por un lado.

Con los ojos muy abiertos, toco mi piel, mi cabello, mis labios, mi cuello, mi garganta. Seguramente, sabría si...

Levanto mi vestido, rogando a la Diosa no encontrar moretones de sus manos apretando mis muslos. No encuentro nada, pero eso ni siquiera comienza a calmarme. Su aroma está en mis sábanas, mi piel, mi camisón intacto, y cuando alcanzo mis bragas, también huelen a él.

Él estuvo aquí.

Asher estuvo en mi habitación, y el bastardo me marcó.

Eso plantea la pregunta: ¿alguno de mis sueños fue real? ¿Cuál de ellos realmente sucedió? ¿Asher y yo... tuvimos sexo?

CAPÍTULO 5



LEILANI

No, no lo hicimos.

Me he repetido esas palabras durante la última hora desde que un puñado de doncellas irrumpieron en mi habitación para prepararme para un evento del que no quieren decirme ni pío. Me tiran del pelo en diferentes direcciones, me depilan la piel, me empolvan la cara con maquillaje, y ahora no puedo ni respirar porque un corsé se me clava en las costillas.

—Cuidado —siseo cuando Enya tira del cordón con tanta fuerza que me da un calambre en el vientre—. ¿Es esto realmente necesario?

—Eres la luna —dice Enya, como si fuera una pregunta estúpida. Doy un grito ahogado cuando los dientes de un peine se me clavan demasiado en el cuero cabelludo—. Debes lucir lo mejor posible.

—¡Nadie usa corsés hoy en día! ¡Y mi pelo se ve mejor cuando está liso!

—No hay mucha diferencia entre esta y un jabalí salvaje —dice Enya entre dientes, y las doncellas se ríen. Mi réplica se ve interrumpida cuando ella ajusta el último cordón, cerrando el vestido.

No lo negaré. Es increíblemente hermoso. Odio que mis dedos recorran el bordado plateado que adorna la seda tan negra que parece absorber la luz. Mi cintura es casi inexistente, pero aprecio cómo el corsé define la curva de mis caderas y añade más escote a mis pechos más pequeños que el promedio.

La mayoría de los hombres lobo son altos, delgados y ágiles. Yo soy diferente. Los hombres giran la cabeza cuando paso porque están tratando de decidir dónde mirar: mi cara, mi cintura demasiado delgada o mi trasero. Si no supiera mejor, pensaría que Asher hizo este vestido a medida después de verme desnuda, para enfatizar cada curva que he ocultado bajo pantalones y tops holgados a lo largo de los años. El escote es un atrevido escote en V enmarcado por un impresionante encaje negro que acaricia la curva de mis pechos.

Las faldas del vestido son aún más dramáticas, cayendo en suaves capas hasta el suelo. Nunca he llevado nada parecido. Me veo regia... *real*. Me miro en el espejo mientras un mechón de mi pelo cae sobre mi mejilla, hermosamente rizado como el resto. Veo a Enya fruncir el ceño mientras arregla el resto de mi melena en un peinado clásico que yo habría considerado demasiado extravagante para una boda.

Encuentro la mirada de Enya en el espejo. —Debemos tener invitados importantes. ¿Te importaría decirme para quién quiere Asher que me vea así?

Una vez más, me lanza una mirada que me hace sentir estúpida. —Las cosas son diferentes aquí, luna. —Cuando Enya me llama luna, lo hace con burla abierta, como si no mereciera el título. Francamente, estoy de acuerdo con ella. La Diosa sabe que cuanto más me miro, ni siquiera creo que merezca llevar los pendientes negros que parecen tan caros como toda mi herencia—. La Manada de la Luna Oscura es, con diferencia, la más grande y rica, con más conexiones con los humanos y las riquezas que vienen con tales conexiones. Estas cosas que consideras demasiado lujosas ni siquiera hacen mella en la riqueza del alfa. Nada de lo que hacemos aquí es simple.

Se para frente a mí mientras se concentra en pintarme los labios de un tentador tono rojo oscuro. —No te preocupes. Lo entenderás cuando asistas a la cena. —Su mirada se encuentra con la mía y sonrío con pesar, pareciendo complacida con su trabajo—. Te ves menos... deplorable. Él estará complacido.

Viniendo de Enya, eso es un gran cumplido.

Mis dedos tocan el vestido una vez más. No puedo evitarlo. Es tan hermoso. —Asher... —digo sin aliento—. ¿Le gusta esto?

Enya me mira con desdén. —No tú, te lo aseguro. A él le gustan sus mujeres rubias y reservadas.

Ese comentario no tiene por qué hacer que mi corazón se estruje, y mucho menos hacerme sentir algo tan feo y horrible como los celos. Sé que no debería, pero mi mirada se mueve del pelo rubio de Enya a las otras doncellas que están dando los toques finales a mi atuendo. Están ocultando sus sonrisas burlonas detrás de mechones de pelo claramente teñido de rubio. ¿Cuántas de ellas conocen las proezas sexuales de Asher?

Antes de que pueda pensar en eso por mucho tiempo, alguien llama a la puerta. Una voz profunda y tranquilizadora resuena desde el otro lado. —Soy el Beta Talon, luna. Estoy aquí para llevarla a cenar.

Oh, genial, tengo una escolta. —Adelante —digo secamente—. Estamos teniendo una fiesta de mil demonios aquí dentro.

Una suave risa rasposa es mi única respuesta antes de que la puerta se abra y me reciba la vista de... un semental deslumbrante. Sus intensos ojos marrones se encuentran con los míos... y se mantienen. Tiene un aura oscura y misteriosa, no tanto como la de Asher, pero tiene suficiente potencial para ser un cercano segundo. ¿La diferencia aquí? Los ojos de su beta no están cortados de puro hielo, y no parece empeñado en destruirme.

El Beta Talon cruza la habitación, haciéndola parecer absurdamente más pequeña. Cuando me ofrece su mano, la tomo y dejo que me ponga de pie. Entonces me mira, desde la corona de mis rizos de fuego hasta el dobladillo del vestido que cae a mis pies. Por un segundo, juro ver que su mirada se calienta, pero desaparece demasiado rápido para estar segura.

—Eres más alta de lo que imaginaba.

Sonrío, levantando el dobladillo de mis faldas de manera poco elegante, y sus cejas se alzan con diversión al ver los tacones de quince centímetros. —¿Puedes caminar con esos?

Tomo su brazo tentativamente. —Solo si prometes no soltarme. Aunque, estoy segura de que a todos aquí les encantaría que me cayera por las escaleras y me rompiera el cuello.

Talon me saca de la habitación sin responder, y la tensión se apodera de él cuando llegamos a las escaleras, como si hubiera recordado que no debería estar hablando con el enemigo.

Oigo a los guardias siguiéndonos de cerca. Me pregunto si esta será mi vida a partir de ahora, ser seguida a todas partes, incluso si no hay posibilidad de que pueda escapar. Jugar a disfrazarme y asistir a eventos que no me interesan por el resto de mi existencia suena miserable, pero supongo que es mejor que estar encerrada en esa habitación, usando cadenas y soñando con Asher.

Juro que cada vez que pienso en él, solo veo mis muslos abiertos al borde de la cama y sus dedos hundiéndose dentro de mí. Incluso ahora, mi interior se tensa con solo pensarlo. Espero que Beta Talon no perciba el aroma de mi repentina excitación.

Si lo hace, no muestra señal alguna, concentrándose en ayudarme a bajar las escaleras lentamente. Una pregunta incómoda crece dentro de mí y, antes de poder reprimirla, me encuentro diciendo:

—¿Va a matarme?

Talon se niega a mirarme.

—Aún no.

Sé que me quiere muerta, pero aun así se me hiela la sangre al oírlo confirmado. Mis dedos aprietan la chaqueta gris de Talon mientras bajamos otro escalón, acercándonos al sonido de la música, a Asher y a lo que sea que me espere.

—¿Y usted permitiría que matara a una inocente sin motivo? ¿No fue ya bastante injusto forzarme a este matrimonio?

La cabeza del beta gira bruscamente hacia mí y sus ojos de repente se vuelven tormentosos.

—¿Injusto? —repite—. Deberías preguntarle eso a tu padre, Leilani Stone. Pregúntale a tu querido papá por qué tienes que sufrir por sus acciones. Pregúntale si fue *injusto* masacrar a una manada de gente pacífica mientras dormían, sin darles oportunidad de defenderse.

Mis ojos se abren de par en par y lo suelto.

—Mi padre nunca...

—Mi hermano tenía cinco años —es todo lo que me dice. Sus ojos están fríos mientras agarra bruscamente mi brazo y me arrastra escaleras abajo con él. Cada rastro de calidez ha desaparecido, y en su lugar hay una ira y un odio tan profundos que me hacen llorar.

—Me está haciendo daño —le digo cuando llegamos al pie de las escaleras. Talon no me suelta hasta que llegamos a un par de grandes puertas dobles.

No necesito ver a Asher para saber que está al otro lado de ellas. Algo dentro de mí arde ante la idea de verlo, y mis dedos se crispan de necesidad. Resisto el impulso de apretar los muslos. No puedo sentir esto por alguien que quiere matarme.

Los guardias a ambos lados de la puerta asienten en señal de deferencia a su beta, y no me pasa desapercibido que apenas reconocen mi presencia. Bien podría ser un cuadro en la pared, pero eso no es del todo malo. Prefiero la indiferencia al odio desdeñoso que me mostraron las criadas antes.

Las puertas se abren y Beta Talon me empuja dentro de un salón decorado de manera tan grandiosa que se me cae la mandíbula. Sabía que sería diferente del pequeño salón en la casa de mi padre. Ese era un lugar acogedor, donde yo llevaba pijamas enormes y comía la cocina de mi madre. Beta Morris daba informes mientras su esposa, Leah, y mi madre cotilleaban sobre cómo tener a sus compañeros solo para ellas. Nuestra casa era tan relajada que cuando mamá golpeó a papá en la cabeza con su cuchara por decir que su gachas estaban demasiado saladas, Gamma Patrick estalló en carcajadas.

Pero esto es más que una cena formal, es una... celebración. El aroma del caro perfume y el vino fino se mezclan, mareándome, y el bajo murmullo de la conversación se ve puntuado por el tintineo de copas y cubiertos. Los vestidos brillan bajo luces cegadoramente brillantes, acompañados por trajes a medida de todos los colores imaginables. La mesa que recorre el centro del salón está cubierta de un festín que alimentaría a toda mi manada durante dos meses.

Debo llegar bastante tarde, ya que todos están acomodados, con sus copas de vino casi vacías o siendo rellenas por las criadas. La comida permanece intacta, como si esperaran la aprobación del alfa para cenar.

Un torpe paso adelante atrae varias miradas hacia mí. Una la reconozco por su astuta crueldad, la otra... un tono ámbar que nunca podría olvidar.

En un extremo de la mesa está sentado Asher, el peso de su mirada recorriendo mi cuerpo tan caliente que parece que me está marcando mientras juguetea con el cuchillo de mantequilla.

En el otro extremo está mi padre, sus ojos lívidos, pero aliviados.

—Leilani —susurra, poniéndose de pie.

Las lágrimas acuden a mis ojos y no me doy cuenta de que estoy caminando hacia los brazos abiertos de mi padre hasta que una sola palabra me golpea, agarrándome como una correa.

—Esposa.

Me detengo a mitad de paso. Mi piel se enciende de calor mientras me giro para encontrarme con la oscura mirada de Asher. Se recuesta en su silla y hace girar su cuchillo una vez.

—Ven a sentarte.

Mi mirada recorre la mesa. No hay asientos libres a su alrededor, gracias a la Diosa. Los invitados nos miran fijamente, bebiendo de sus copas de vino mientras observan cómo se desarrolla el drama. Encuentro el asiento vacío más alejado de Asher y más cercano a mi padre. Está justo al lado de... bueno, mierda, Beta Manuel. No sé cómo no lo noté antes, pero lo prefiero al depredador desequilibrado que me observa como si fuera su juguete más fascinante.

Doy un paso en esa dirección y mi marido emite un *tsk* de desaprobación. Detesto absolutamente la forma en que cada uno de sus movimientos me pone en tensión, asustada y atraída por él al mismo tiempo.

—Ahí no. —Lo miro fijamente mientras abre las piernas y da una palmada en su muslo derecho —. Aquí. Ahora.

La réplica sale de mis labios antes de que piense en las consecuencias.

—Ni de coña.

Verás, lo que pasa con Asher es que no puede molestarse en que le nieguen lo que quiere. No es que sea arrogante o demasiado confiado, es que simplemente "no" no es una opción.

Ni siquiera lo veo moverse. Solo escucho el zumbido de una hoja cuando el cuchillo de mantequilla con el que ha estado jugando pasa silbando junto a la oreja de mi padre, cortándolo y haciéndolo sangrar. Grito y corro hacia mi padre, que parece más alterado de lo que jamás lo he visto. Su pecho se agita mientras se toca la oreja y mira sus dedos ensangrentados.

—Leilani —dice Asher, deteniéndome en seco. Una sola lágrima rueda por mi mejilla—. Ven aquí.

Bajando la cabeza y aplastando mi orgullo, hago lo que me ordena. Sé que si hubiera apuntado a la cabeza de mi padre, estaría sufriendo algo peor que un rasguño. Con los puños apretados, hago un recuento de los guardias presentes, separando la manada de mi padre de la de Asher, y es una proporción de uno a diez. Si Asher quiere a mi padre muerto, todo lo que necesita hacer es dar la orden. Provocarlo no jugará a mi favor.

Me obligo a poner un pie delante del otro hasta que estoy a su lado. Me mira con una ceja arqueada, como si no acabara de lanzar un cuchillo a mi padre. Me trago cada comentario desagradable y reprimo cada pensamiento violento e intrusivo que me viene a la mente, como romper su copa y abrirle la garganta con un trozo.

Alarga la mano para agarrarme la cintura, y sus nudillos rozan los míos. El contacto fríe una parte importante de mi cerebro, y no tengo fuerzas para luchar cuando me sienta sobre su muslo, duro y firme bajo mi trasero. Me sujeta con un brazo posesivo bajo mis pechos, donde todos — mi padre, mi manada y sus invitados— pueden verlo, humillándome, y veo cómo la decepción en los ojos de mi familia se convierte en resentimiento. Luchamos hasta la muerte por los nuestros. Vinieron a territorio enemigo para recuperarme, posiblemente para luchar hasta ese final, pero ¿yo? Soy una puta cobarde.

Mi cabeza cuelga de vergüenza y me niego a mirar a mi padre. O a Madeline. O a Morris. O a cualquier otro.

Asher hace un breve gesto con la cabeza y todos se lanzan sobre la comida. La cena ha comenzado oficialmente.

* * *

—Hemos cuidado muy bien de su hija, Mardoc —dice Asher, rompiendo el tenso silencio, y mi cuerpo se tensa—. Entiendo su escepticismo, pero no tiene nada de qué preocuparse.

Papá abandona su comida y mira con furia al otro lado de la habitación. —Te adentraste en mi territorio y robaste a mi hija. Deberías estar agradecido de que no lo tome como un acto de

guerra.

Asher simplemente corta un trozo de cordero, lo pincha con su tenedor y lo acerca a mis labios, todo mientras mira fijamente a mi padre, observando cómo hierve su rabia. Cuando me niego a abrir la boca, su mano en mi muslo se acerca al cuchillo junto a su plato. Otra amenaza. Separo los labios y él introduce una generosa cantidad de carne que hace la boca agua.

Pero sabe a ceniza. Tengo que forzarme a masticar.

Satisfecho por mi muestra de obediencia, responde a mi padre. —No la robé. Ella se ofreció a mí a cambio de ser salvada de... —Mira al Beta Manuel, y hay una hostilidad en sus ojos que no creo que tenga nada que ver con cómo Beta Manuel me manoseó el trasero—. *Eso*.

Los labios del hombre mayor se curvan en una fea mueca. —Ella era mi novia. Hay leyes establecidas, y tú las rompiste. Exijo retribución.

Asher sonrío con suficiencia. —¿Y qué sería eso, Manuel?

Mastico en el silencio abrasador, tragando incluso si me toma tres intentos que la comida baje. ¿Qué es mejor? ¿Volver con Beta Manuel y morir lentamente, o quedarme con Asher hasta que me asesine? Mi vida apesta.

Mi corazón se acelera cuando Beta Manuel dice: —La has mancillado. Preferiría morir antes que acostarme con una de tus putas. —Sus ojos pequeños recorren a las mujeres en la mesa y se detienen en la más joven. Su piel es blanca como la nieve y tiene el cabello negro azabache como Asher—. Tu prima servirá.

¿Tiene una prima?

La mirada de Asher está llena de diversión seca. —Jules, ¿qué opinas?

La mujer-¿niña? No puedo estar segura; apenas parece tener dieciocho años-se encoge de hombros, terminando lo último de su vino. Se lame los labios mientras deja la copa. —Lo siento, Ash. Realmente no es mi tipo.

Manuel gruñe, y aunque mi padre ruge en advertencia, lo ignora. Se pone de pie de un salto, el necio engreído. Podría haberle advertido que Asher es peligroso, pero es demasiado tarde para salvarlo. Todo terminó desde el momento en que insinuó que quería acostarse con la prima de Asher, una *niña*.

Esta vez, Asher no lanza un cuchillo. En su lugar, arroja su tenedor a través de la mesa, y no grito cuando los afilados dientes se clavan en la garganta de Manuel. Pero Madeline sí lo hace, cuando la sangre salpica su vestido azul. Los guardias de mi padre corren en ayuda de Manuel, y lo veo retorcerse en el suelo y sangrar. Un tenedor en la garganta no matará a un hombre lobo, pero seguro que lo dejará adolorido por un tiempo.

Tal vez debería sentirme mal, pero no es así. Es satisfactorio ver a un hombre con tendencias pedófilas ahogarse con su propia sangre.

Los invitados en la mesa siguen comiendo sus alimentos como si fuera una noche típica. Quizás han visto cosas mucho peores. Me hace preguntarme qué sucede normalmente en estas cenas, qué tengo que esperar, y la comida en mi estómago se convierte en plomo.

—Alfa Asher —dice mi padre, su voz quebrándose mientras mira de mí a Manuel, que todavía está gorgoteando lastimosamente en el suelo—. Deja ir a Leilani. Ella no tuvo nada que ver con aquella noche. Tu pelea es conmigo.

Un escalofrío frío recorre mi columna. *¿Aquella noche?* ¿De qué demonios está hablando? —Papá...

Asher se ríe, y es un sonido que estoy empezando a odiar, porque significa que está jugando conmigo, con *nosotros*. —¿Dónde estaría la diversión en eso?

—¿Qué quieres?

Asher se queda quieto, y así sin más, no soy más que una muñeca posada en su brazo, insignificante, valiendo solo tanto como mi padre esté dispuesto a dar. Arrastra los dientes sobre su labio inferior, pareciendo estar sumido en sus pensamientos, pero sé que lo que dice a continuación está premeditado. —Renuncia. Entrégame la Manada Luna Azul y conviértete en mi esclavo.

Silencio.

Me pongo de pie de un salto. —¿¡Estás loco o qué!?

Me ignoran. Papá parece estar considerándolo. Asher simplemente lo observa. Nunca he conocido a nadie tan frío o insensible como él.

Veo el conflicto en los ojos de papá. Lo veo sopesar sus opciones, y sé el momento en que decide. Levanta la barbilla y aprieta la mandíbula. —No.

Asher no parece sorprendido. Pero yo sí. Sé que le habría aconsejado en contra. Estaba a punto de decirle que no cediera a las demandas de Asher, pero obviamente no necesitaba la motivación. Eso duele y me hace sentir completamente sola. Madre habría elegido diferente. Después de todo, por eso murió: para salvar mi vida, mientras papá ni siquiera estaba allí.

Pensamientos venenosos corren por mi mente, y Asher hace la pregunta que no tengo el coraje de hacer. —La vida de tu hija no vale tu título o tu dignidad, ¿verdad?

La molestia brilla en la mirada ámbar de mi padre. —Si lo vale o no, no cambia nada. Déjala ir mientras aún lo pido amablemente, Asher. No me importa si gano esto. Tendré tu cabeza si lastimas a mi hija.

La mano de Asher se cierra alrededor de mi muñeca, forzándome a volver a su regazo. Deja que todos vean cómo acaricia mi mejilla con sus cálidos dedos. Su pulgar recorre mi labio inferior, y el calor trepa por mi piel. —Dime, Leilani —reflexiona. Un aliento estrangulado y frustrado se me escapa cuando esos ojos azul eléctrico se fijan en mí, y mi cuerpo responde a él como una perra hambrienta de sexo—. ¿Debería dejarte ir?

Mi corazón se agita, y él no da ninguna advertencia antes de que su mano se deslice por mi cuello, agarrando un puñado de cabello y llevando mis labios a los suyos. La lujuria pura estalla dentro de mí, lo suficientemente violenta como para hacerme temblar. Sabe a vino y placeres prohibidos. La mano que coloqué entre nosotros para empujarlo se enrosca en su camisa en su lugar, y siento su latido. Me sorprende que un hombre sin corazón pueda tener uno tan firme y fuerte.

Su lengua se desliza contra la mía mientras mi pecho roza el suyo. La fricción me deshace y gimo, agarrando su chaqueta para acercarlo más. Algo peor y menos frágil que mariposas se dispersa en mi vientre cuando un sonido áspero reverbera en su pecho. Inclina mi cabeza para tener mejor acceso, devorando mi boca como si lo hubiera hecho antes, como si conociera cada rincón de ella y deseara reclamarla de nuevo.

La sangre se precipita a mi cabeza, haciéndome sentir caliente y desesperada. Olvido dónde estoy, quién soy, los invitados, mi padre, todo. Olvido quién es Asher, y lo beso de vuelta.

O intento hacerlo, porque de repente se aleja de mí.

Parpadeo, con los labios hinchados, las neuronas fritas y el aroma almizclado de mi excitación flotando pesadamente en el aire. Asher se ríe: de mí, de la mirada asqueada de mi padre, de los miembros de mi manada que me miran como si fuera una completa desgracia. Me miran como si fuera una intrusa propiedad del enemigo, y su juicio me recuerda a mi noche de bodas. En aquel entonces, pensaban que era una sucia puta, pero puedo ver que creen que esto es peor.

Papá está tan furioso que parece que las venas de su frente van a estallar, y puedo notar que lo único que lo contiene es la mano de Madeline en su brazo.

Cuando su mirada se encuentra con la mía, me mira con desprecio.

—Eres una decepción.

Me ahogo con un sollozo mientras me da la espalda y se aleja con Madeline prácticamente corriendo tras él.

—Mardoc —llama Asher, y mi padre se gira para enfrentarlo con una violencia apenas contenida.

Los labios de Asher se curvan en una sonrisa astuta.

—Tal vez deberías ocuparte de tu esposa antes de amenazarme. Tu falta de fuerza debe ser la razón por la que ella frecuentaba tanto la cama de Christian.

Me quedo helada.

—¿Qué?

El rostro de Madeline palidece. Mi padre la mira buscando una negación, pero sus ojos esquivos y su piel repentinamente manchada lo dicen todo. Mi madrastra se estaba acostando con mi pareja. De repente, me siento completamente abrumada. Debería haberlo sabido. Siempre lo estaba elogiando, mirándolo durante la cena, devolviendo sus sonrisas encantadoras con otras tímidas. Mi corazón se acelera. Ellos estaban... estaban *follando*.

—Oh, Diosa —sollozo, agarrándome el pecho mientras se me oprime hasta que no puedo respirar.

—Mardoc —lo llama mientras mi padre baja furioso por el pasillo—. Mardoc, por favor. Puedo explicarlo —Me mira, pero la culpa no le permite encontrarse con mis ojos. Va tras mi padre, y un segundo después, un aullido desgarrador resuena por toda la casa.

El dolor en mi pecho no desaparece. ¿Georgia no fue suficiente? ¿También tenía que tener a

Madeline? ¿Cómo pude haber sido tan ciega?

Espero hasta que el último miembro de la manada de mi padre se va, llevándose con ellos a un Beta Manuel jadeante, antes de intentar ponerme de pie.

—Bueno, eso fue interesante —se ríe Jules, y el resto de la mesa se une a ella.

Mis rodillas ceden, y Asher me agarra del codo antes de que pueda desplomarme en el suelo.

—Cuidado...

Le gruño al bastardo, finalmente desatándome. Mi palma conecta con su mejilla y su cara gira hacia la izquierda, la bofetada haciendo eco en las paredes.

—No vuelvas a poner tus sucias manos sobre mí jamás. Soy tu prisionera, no tu puta.

Un músculo salta en su mandíbula.

—Eres lo que yo quiera que seas. Mi esposa. Mi propiedad. Mi prisionera. *Mía*. Recuérdalo antes de levantarme la mano. No seré tan indulgente la próxima vez.

Más lágrimas ruedan por mis mejillas, pero me río con voz ronca.

—¿O qué? ¿Me matarás?

No dice nada mientras me doy la vuelta y huyo a mi habitación.

CAPÍTULO 6



ASHER

Reviso las páginas por lo que parece ser la centésima vez, pero no veo las palabras ni las figuras. Solo veo a Leilani Stone. Siento el ardor de su palma contra mi mejilla y pruebo su sangre en mi boca.

Marcarla no había sido intencional. Había sido impulsado por mi lobo y por una urgencia de reclamarla como mía para frenar mi creciente hambre.

Visitar uno de los muchos clubes que dirijo en territorio humano para encontrar alivio no ayudó. Las rubias que antes me atraían ya no me parecían atractivas, y ni siquiera la visión de una mujer desnuda de rodillas desabrochando mis pantalones podía excitarme tanto como besar a esa mujer irritante, o incluso solo verla. Yo, Asher Wilde, me alejé de una cama llena de mujeres exuberantes y sus pechos rebotantes, para ir a la habitación de mi esposa en su lugar. A mi pareja.

Y maldita sea, ella tenía sus pequeños dedos enterrados dentro de sí misma, sus mejillas sonrojadas, su labio atrapado entre sus dientes. Ella no era la única plagada por los sueños. No puedo dormir sin ser despertado por pesadillas de mi padre siendo quemado hasta la muerte o mi esposa montando mi polla.

Nunca he deseado a nadie tanto como la deseo a ella, y nunca he despreciado a nadie tanto. Me vuelve loco.

Es exasperante que me haya desafiado frente a toda la manada. Me abofeteó. Cualquier otro habría salido de ese encuentro sin manos. La dejé ir, y mientras la veía huir, todo lo que sentí en lugar de ira y humillación fue una maldita erección. Reprimir el impulso de castigarla fue una tortura, y tuve que encerrarme en una ducha fría durante horas antes de poder pensar con claridad de nuevo.

Me hizo parecer débil frente a la manada. Veo las preguntas en sus ojos. ¿Por qué la mantengo con vida? ¿Por qué traje al enemigo a mi hogar, el único lugar donde se supone que deben estar seguros? ¿Por qué conservar el constante recordatorio de todo lo que hemos perdido por Mardoc Stone, todo lo que hemos sacrificado? No puedo responder esas preguntas con honestidad. Me niego a admitir que ella es mi pareja. No puedo permitirme perder su confianza por algún vínculo inútil.

Como si escuchara mis pensamientos, alguien llama a la puerta, y me quedo helado al percibir el aroma que impregna el aire. Talon entra primero, y tras él, mi encantadora esposa. Mis fosas

nasales se dilatan al verla con un camisón blanco. Yo lo elegí para ella, pero nunca pensé que la vería usarlo.

Su trasero redondo y sus anchas caderas resaltan como un pulgar dolorido. He atrapado a mis hombres mirándola más veces de las que puedo contar. No es que no sean leales. Es que ella está esculpida de una manera que incita a la tentación. Aunque generalmente me gustan mis mujeres con un poco de maquillaje, nunca he visto a nadie llevar un look natural tan hermosamente como ella lo hace.

Una belleza pura y devastadora, toda mía para devorar, corromper, arruinar. No puedo comprender cómo Anderson dejó escapar a una mujer con tanto atractivo como ella.

—¿Quién dio la orden de dejarla salir de su habitación? —pregunto con una calma mortal, redirigiendo mi mirada a Talon. No me gusta la suavidad que veo en sus ojos mientras mira lo que me pertenece solo a mí.

—Yo lo hice —responde Talon, y baja la mirada—. Me disculpo, pero la luna no dejaba de pedir verlo.

Mis cejas se alzan ante eso. Creería más fácilmente que hay un cuchillo escondido bajo su manga para asesinarme que cualquier tontería que debe haber inventado para salir de su habitación. Me sorprende más que Talon haya caído en su obvio truco. Siempre se opuso a la idea de que ella se quedara aquí.

Inclino la cabeza hacia ella y observo cómo se sonroja intensamente. —Déjanos —le digo a Talon, sin apartar la mirada de Leilani. Sus hombros se tensan mientras ve a Talon marcharse, como si se sintiera incómoda al quedarse a solas conmigo. No la culpo. Yo tampoco confiaría en mí.

Señalo la silla frente a mi escritorio. —Siéntate.

No lo hace, pero no me sorprende. —Estoy bien —susurra, frotándose las muñecas nerviosamente. No parece tan triste y agitada como hace dos días después de la cena. Supongo que eso es bueno, aunque no estoy seguro de por qué.

Miro fijamente su cabello húmedo e imagino los sedosos y abundantes mechones enredados en mis puños mientras la embisto. El sudor brota en mi frente y me obligo a respirar profundamente. Esto no es bueno. Dándole la espalda por el bien de mi cordura, giro en mi silla y alcanzo la botella de whisky más cercana. —¿Qué necesitas?

—Salir. No puedo... quedarme allí más tiempo.

Hago una pausa con una mano en mi vaso y la miro por encima del hombro. Un sentimiento sardónico me invade al ver la esperanza en sus ojos de sirena. —Soy un hombre de negocios, Leilani. Trato con intercambios. ¿Qué tienes para ofrecerme?

Ella succiona su labio inferior y lo muerde. El fuego se extiende por mi pecho, ardiendo con más intensidad mientras sigo el movimiento, anhelando otro sabor de esa boca. Girándome completamente para enfrentarla, llevo el borde del vaso a mis labios, dejando que el olor del whisky cubra el suyo, y me deleito sabiendo que estoy causando el sutil sonrojo que sube por su cuello. —No tengo nada que ofrecerte.

Mis ojos recorren su figura, deteniéndose en sus pechos, y ella se retuerce bajo mi escrutinio. —No debes estar lo suficientemente desesperada.

—No puedes hablar en serio. Todo lo que pido son unos minutos afuera. En los jardines, tal vez. No me importan los guardias ni las cadenas. No huiré. No tengo a dónde ir, y lo sabes muy bien. —Se atreve a dar un paso adelante, y me ahogo con el aroma a lavanda—. Diez minutos. No necesitas follarme para darme eso.

Paso un pulgar por el vaso mientras lo dejo. —¿Quién ha dicho algo sobre follar, princesa? Aunque... —hago una pausa, levantándome y acechándola. Ella retrocede tres pasos por cada uno que doy hacia adelante. Me recuerda a un ratón tratando de escapar de un gato salvaje—. Lo he estado considerando más de lo que me gustaría admitir.

Su pecho se agita y sus ojos se abren como platos. —¿C-considerar qué?

Miro mi escritorio de caoba. —Nunca he traído a una mujer aquí, mucho menos he follado a una contra este escritorio. ¿Te gustaría ser la primera? Incluso te llevaré a un pequeño viaje si abres las piernas para mí.

En mi defensa, estoy bromeando. Pero ella no lo sabe, porque cruza la distancia entre nosotros e intenta golpearme la cara con su pequeño puño. Sin embargo, me he acostumbrado a su velocidad, así que atrapar su muñeca no es un problema. La jalo hacia adelante y reprimo un gemido cuando sus suaves pechos chocan contra mi pecho. —Bastardo —sisea.

Maldita sea, es aún más atractiva cuando está enojada, con ojos llenos de fuego líquido, labios gruñendo y un cuerpo hecho para el pecado. Su fuerte voluntad y su desafío son los rasgos más excitantes de todos.

Me lamo los labios, y sus pupilas se dilatan mientras observa mi boca. —Me lo dicen mucho.

Ella parpadea, recomponiéndose lo suficiente para soltarse de mi agarre. La dejo ir, y su voz es un ronco susurro cuando dice: —Tal vez si no fueras un imbécil tan pretencioso, no te lo dirían.

No oculto mi sonrisa. —No es pretencioso pedirle a tu esposa que cumpla con sus deberes. —Mis dedos se mueven involuntariamente, y toco su cabello antes de poder detenerme—. Tienes un cabello tan hermoso —musito, enrollando los mechones alrededor de mis dedos, observando cómo el distintivo tono de rojo contrasta con el tono de mi piel. Siento los rizos sedosos entre mis dedos y de repente me dan ganas de olerla.

Ella aparta mi mano de un golpe, mirándome con cautela, y yo parpadeo, sorprendido.

¿Qué demonios me pasa?

Girándome bruscamente, me dirijo de vuelta a la botella de whisky, abandonando el vaso por completo. —Te dejaré salir, pero solo si cumples con tus deberes conmigo y con esta manada. Abandona cualquier pensamiento de volver a casa, cualquier pensamiento sobre Christian. —Nunca olvidaré sus palabras de aquella noche, las que me empujaron a marcarla: *Christian. Es con quien soñé, no contigo. Y no fueron solo sus dedos.*

Mis puños se aprietan alrededor de la botella hasta que se agrieta. Redirijo mi frustración hacia ella, dejando que vea cómo arde en mi mirada. —¿Quieres salir de esa habitación? Te lo ganas. Consumamos nuestro matrimonio. Dame un heredero. —Mi voz se vuelve oscura y burlona—.

Júrame lealtad y ayúdame a arruinar a tu padre.

La ira enrojece sus mejillas y el veneno brota de su boca en una voz hecha para llevar a los hombres al borde del placer. —Preferiría morir, Asher Wilde.

Esperaba eso, pero me arranca una risa ronca. Asiento, cruzando los brazos. —Hay otra manera, sin embargo. Una que no requiere tanto... *esfuerzo*. Es bastante simple, en realidad.

Puedo notar que he captado su interés cuando la ira se desvanece de sus ojos y su mandíbula se tensa con ansiedad. Asiento hacia el suelo a mis pies. —Arrodíllate y ruega por ello.

Leilani hace una pausa. —¿Disculpa?

Me encojo de hombros. —Elige tu veneno, princesa. No me importa cómo se haga. Es el resultado lo que te importa, ¿no? —Sonríó con suficiencia—. Hazlo convincente.

Leilani agarra el jarrón de flores que Mallory me compró para mi cumpleaños el año pasado y lo arroja a mi cabeza. Me muevo en el último momento y se estrella contra la pared, haciéndose pedazos. —Tengo una mejor sugerencia para ti —jadea, sollozando y limpiándose las lágrimas con rabia—. ¿Por qué no te mueres simplemente? Ya estás muerto por dentro.

Se aleja furiosa y cierra la puerta de un portazo. Durante un rato después de que se va, permanezco clavado en ese lugar, repitiendo sus palabras en mi mente. *¿Muerto por dentro?* Lo he estado durante más tiempo del que puedo recordar. Mis recuerdos más felices están ligados a los más tristes, atormentándome.

Mis dedos comienzan a temblar y el sudor brota en mi piel. Las sombras en la habitación parecen crecer, volverse más ruidosas, y cierro los ojos. Están en todas partes, presionándome por todos lados. *Véngame. Mátalos a todos. Mata a la chica. ¡Asher, por favor!*

Jadeo por el dolor en mi pecho y tropiezo, agarrando el borde de la mesa para mantenerme en pie. El sonido de tela rasgándose es seguido por un grito escalofriante. *¡Mamá! ¡Asher! ¡Diosa, no!*

La mesa se agrieta y jadeo, tratando de forzar aire en mis pulmones, pero eso solo lo empeora. Creo que estoy a punto de desmayarme por el dolor, pero entonces el pomo de la puerta gira. Las sombras retroceden, liberando su agarre sobre mí, y me enderezo a tiempo para ver a Talon entrar. Sus botas golpean con fuerza contra los suelos de mármol. —¿No crees que estás siendo demasiado duro con ella?

Escondo mis dedos temblorosos en mis bolsillos y parpadeo para alejar las últimas sombras. —Se merece la misma hostilidad que cualquier otro prisionero.

Los ojos de Talon brillan. —No, no se lo merece, y eso lo hace más difícil, ¿verdad? Mátala o déjala ir, Asher, pero toma una decisión. Esta no es nuestra manera. El plan era hacerlo indoloro y rápido. Mantenerla encerrada ahí es una tortura.

Sus palabras envían una oleada de ira a través de mí. —¿Qué cambió, Tal? ¿Por qué el repentino interés en su bienestar? —Inclino la cabeza, observándolo. Sus puños están apretados, como si hubiera entrado aquí esperando intercambiar golpes. Está enojado por una mujer que quería que matara hace solo unos días. Miro fríamente a mi amigo más cercano—. La deseas.

No es tanto una pregunta como una observación.

Talon retrocede como si mis palabras lo hubieran picado. —Joder, no, Ash. Nunca pensaría en tu mujer de esa manera. Lo sabes.

La bestia oscura dentro de mí no está de acuerdo con eso, pero no digo nada y lo dejo terminar. —Cuanto más tiempo se quede, más difícil será deshacerse de ella. Hazlo ahora, o prepárate para enfrentar la ira del consejo, porque te aseguro que tienen bastante que decir.

CAPÍTULO 7



GEORGIA

—E stás embarazada, luna.

No es la primera vez que estoy embarazada de un hijo de Christian, pero esta vez no tengo que interrumpir el embarazo por miedo a ser descubierta por mi mejor amiga o a que su padre me mate por mi traición. Ahora soy la luna de Christian y llevo en mi vientre al preciado heredero del alfa.

Mi madre estaría orgullosa.

Me doy cuenta de que las escaleras que conducen al estudio de mi marido están desprovistas de guardias. Últimamente ha estado prohibido, incluso para mí. Al principio no lo estaba, al menos no para Leilani. Nos sentábamos durante horas en la mansión de su padre, hablando de hombres, sexo y nuestro futuro. En aquel entonces la odiaba. Escucharla hablar de Christian, un hombre en el que había puesto mis ojos desde que me di cuenta de lo que significaba la intimidad, me hacía hervir la sangre. No creía que lo mereciera. Era demasiado inocente, demasiado ingenua. Ya tenía una vida por la que cualquier mujer en nuestro mundo mataría. Sin duda, debería haber dejado que otra tuviera a Christian.

Al llegar a lo alto de las escaleras y acercarme al estudio, recuerdo una de nuestras muchas charlas. Christian le quitó la virginidad justo allí, sobre el escritorio de su padre, que ahora es suyo. Por eso le insistí para que me quitara la mía allí también, una vez que comenzó nuestro romance. Para borrar todo lo que pudiera de Leilani en su vida y ocupar su lugar... para que cuando trabajara en ese escritorio, pensara en mí. No en ella.

Dudo por un segundo, agarrando el borde de mi falda con ansiedad. A Chris no le gusta cuando voy en contra de sus instrucciones. Todavía tengo un ojo morado en proceso de curación de la última vez que le desobedecí, aunque está oculto bajo varias capas de maquillaje.

El temor recorre mi columna. No me pegaría si le diera esta noticia. Nada podría ser más importante que esto: nuestro hijo.

Esas palabras suenan falsas en mi corazón, y la amargura me invade.

Cuando Christian me pidió ser su pareja elegida y luna, me llené de alegría. Esperaba seguir siendo su amante, incluso después de su matrimonio con Leilani. Christian nunca me dio explicaciones de sus planes, que siempre resultaban brillantes. Nunca he conocido a un hombre más perverso e inteligente. Es una de las cosas que me atrajo de él en primer lugar.

Y ahora, es lo que más me asusta.

Nunca sé lo que piensa mi marido, y creo que nunca podré desentrañar esa mente engañosa suya.

Después de que Leilani nos encontrara desnudos, me folló duro, en carne viva y con pasión. Me dijo que estábamos hechos el uno para el otro. Empujó dentro de mí, presionando mi cabeza más profundamente en las almohadas, y susurró: —Nunca podrías ser como Leilani—. Durante horas, me pregunté si estaba imaginando que se ponía más duro cuando hablaba de Leilani, pero me aseguró que ella nunca podría ser tan perfecta para él como lo era yo.

Mientras observaba a mi madre prepararme para nuestra boda, me dijo que me amaba y que yo era la mujer más hermosa de la tierra. Y una hora antes del ritual de apareamiento, me tomó con mi vestido de novia, susurrando dulces palabras en mis oídos. Yo era astuta y egoísta, y él adoraba esas cualidades en mí.

Pero durante toda nuestra boda, observó a Leilani danzar ebria por el salón. Sus uñas se clavaron dolorosamente en mi piel cuando otro hombre siquiera la miraba. Y cuando el Alfa Mardoc dio la alarma porque su hija había desaparecido, Christian me dejó por el resto de la noche para unirse a los grupos de búsqueda. No regresó hasta la mañana, y entonces, no era él mismo.

Nunca lo había visto tan enojado y fuera de control.

Destrozó su... nuestro dormitorio. Hizo añicos cada mueble. Las paredes estaban agrietadas por sus puñetazos, y los vestidos de Leilani estaban hechos jirones, como si de alguna manera esperara encontrarla en ellos.

No entendía su ira. Si me amaba tanto como decía, ¿por qué su desaparición le afectaba tan gravemente? Intentar obtener una explicación de él me valió una bofetada tan fuerte que perdí la vista durante un minuto entero. Fue la primera vez que me pegó, y en el momento en que volví en mí, se disculpó con flores y regalos. Me hizo el amor durante horas, como debería haberlo hecho en nuestra noche de bodas, y cuando se corrió dentro de mí, dijo con reverencia: —Te amo, Lei.

Se volvió asombrosamente claro que la mujer que Christian quería en su cama no era yo.

Apenas he estado en el mismo espacio que mi marido desde entonces, salvo en las reuniones con los ancianos a las que debemos asistir como pareja. Puedo decir que todavía la está buscando, aunque apenas me dirige más de dos palabras estos días. Los sirvientes chismorrear sobre ello y se ríen de mí a mis espaldas. Me he convertido rápidamente en el tema de burla en una manada sobre la que debería estar gobernando. Ella ni siquiera está aquí y aun así se las arregla para robar la atención, mi vida, mi *marido*.

Mis puños se cierran mientras me acerco a la puerta. Nunca le he deseado la muerte a nadie, y para Leilani, quiero algo peor. Espero que el dolor de no poder rechazar el vínculo de apareamiento la mate lentamente. Por cada lágrima que he derramado por su culpa, deseo que sufra horas de dolor agonizante, sola.

Mis dedos rozan el pomo de la puerta, pero el sonido de su voz me detiene antes de que lo gire. —¿Asher Wilde? —pregunta Christian bruscamente, y no es su tono frío lo que provoca un escalofrío que recorre mi columna. Son esas dos palabras. Un nombre. Un hombre. Asher Wilde es el monstruo de los cuentos de hadas que escuchamos de pequeños: el alfa sediento de sangre

que pintó nuestras tierras de rojo con la sangre de los nuestros. Su venganza nos persiguió hasta el sur, desesperados por evitar su ira. Algunos afirman que es un loco que obtiene placer aterrorizando a los de su propia especie.

No estoy segura de cuál es la motivación correcta —venganza o sadismo—, pero a juzgar por su último ataque y cuántos tuvimos que enterrar después, apostaré por lo segundo.

Pero, ¿por qué está hablando de Asher Wilde?

Un pequeño golpe y una risa femenina se filtran por la puerta. —La tiene. Seguro que ya está muerta. —Un gemido ronco hace que mis hombros se tensen y mis dedos tiemblen mientras giro el pomo silenciosamente. Veo primero el sofá rojo, luego el abrigo de piel colgado sobre él, junto con un bolso de diseñador del que asoma un pintalabios rojo—. Pareces molesto —jadea la mujer, y mi mirada se eleva hacia el espejo.

Algo doloroso se aloja en mi garganta, robándome la capacidad de respirar. Una mujer está presionada contra el escritorio, sus mejillas sonrojadas apretadas contra papeles y viejos libros. Sus labios se separan mientras Christian agarra sus caderas con rudeza, tirando de ella hacia atrás mientras sus caderas se impulsan hacia adelante. Sus ojos verdes están fríos de desinterés y enojo mientras sale de ella y vuelve a entrar con una embestida rica y lánguida. —¿Por qué secuestrarla solo para anunciarlo justo después? ¿Por qué no la ha matado?

Mis ojos arden con lágrimas y doy un paso atrás, como solía hacer cuando visitaba y me daba cuenta de que Leilani estaba en casa. Pero esta vez no huyo, porque este es mi hogar. Mi manada. Y ese es mi marido, follándose a otra mujer cuando ni siquiera me mira a mí.

La mujer gime, mordiéndose el labio inferior mientras se frota contra Christian. —¿Quién sabe? —Jadea y se aferra al borde de la mesa—. Si tenía alguna duda de que está loco, desaparecieron con la noticia de que se emparejó con esa pequeña zor...

Christian la agarra por el pelo y la tira hacia atrás contra su pecho. —¿Pareja? —gruñe en su oído—. ¿Están *emparejados*?

Su perfil, ahora claro en el espejo, hace que mi ira hierva. ¿Camille? ¿Está follando con la *criada* de Leilani?

Camille hace una mueca mientras intenta desenredar los dedos de él de su pelo, pero él solo aprieta más fuerte. —Escuché a Mardoc y Morris hablar de ello. Morris piensa que debería ceder a las demandas del alfa loco, pero Mardoc está convencido de que nunca renunciará a la manada ni se arrodillará ante un extraño asesino. Está apostando con la vida de su hija. Cree que hay una razón por la que Asher Wilde eligió emparejarse con ella en lugar de matarla. Piensa... —Gime dolorosamente cuando Christian tira más fuerte—. Piensa que podrían ser compañeros. Morris no está de acuerdo.

Christian se queda inmóvil, sus brillantes ojos moviéndose de izquierda a derecha como suelen hacer cuando está sumido en sus pensamientos. En cuestión de segundos, veo una variedad de emociones parpadear en sus ojos, todas por Leilani, incluso si está metido hasta el fondo en Camille, y eso toca un nervio demasiado profundo dentro de mí como para ignorarlo.

Te amo, Lei.

Empujo la puerta para abrirla y ambos saltan, mirando en mi dirección.

Los ojos de Camille se ensanchan y se escabulle hacia adelante, tratando de sostener el frente de su blusa cerrada mientras baja su diminuta falda. No le presto mucha atención. Soy incapaz de apartar la mirada de Christian, que se mete el pene de vuelta en los pantalones, sus labios curvados con disgusto. —No deberías estar aquí arriba, Georgia.

Mis fosas nasales se dilatan. —¿Eso es lo primero que me dices cuando te pillo con otra mujer? ¿Que no debería estar aquí? ¿Por qué, para que no viera esto? —Hago un gesto entre ambos y miro con desprecio cómo Camille tiembla mientras busca su bolso. Algo en mi pecho se hace añicos. ¿Leilani sintió este dolor carcomiendo mis entrañas? ¿Este dolor abrasador? Señalo a Camille—. ¿Por qué ella? ¡Es la maldita sirvienta!

Camille se lanza hacia la puerta, tratando de evitarme, pero agarro sus rizos negros en mi puño. Lucha contra mí, empujando y lloriqueando, pero es una omega insignificante. Es una don nadie, apuntando demasiado alto y eligiendo peleas que nunca ganará.

Su bolso cae al suelo y unos ojos negros temerosos se encuentran con los míos. —G-Georgia...

Una risa fría se escapa de mis labios. —¿Crees que follarte a mi marido te da derecho a llamarme por mi nombre? ¿Olvidaste quién financia los tratamientos de tu hermanito? ¿Qué dinero asegura que se mantenga con vida? ¿Cómo crees que reaccionará Mardoc cuando descubra que lo estás espiondo?

Las lágrimas llenan sus ojos, pero también el odio. —Luna Georgia, por favor.

La acerco hasta que puedo ver mi reflejo en sus ojos. —El día que esto vuelva a suceder será el día en que tu hermano se una a tus padres en el más allá. —Arrastro una uña por sus afilados pómulos—. Tal vez me lleve también tu linda cara, para que nadie quiera follarte nunca más.

Su cuerpo tiembla y el olor de su miedo apela a cada instinto que me grita que le arranque la garganta. Apuesto a que morirá fácilmente, como lo hacen todos los omegas.

Muestro mis dientes, sintiendo cómo mis caninos se alargan en anticipación. Su pulso late dulcemente, llamando a mi ira, pero antes de que pueda complacerla, Christian agarra mi hombro. Respirando por la nariz, lucho por el control, y mi agarre sobre Camille se afloja.

Ella huye, sollozando, y no es hasta que sus gritos se desvanecen que me vuelvo para mirarlo. Sus ojos están fríos y vacíos, sin remordimiento ni culpa. No me doy cuenta de que me estoy moviendo hasta que mi palma conecta con su mejilla. —¡Bastardo! ¿Cómo pudiste hacernos esto? ¿A *nosotros*?

Él no hace nada, no dice nada, lo que solo me enfurece más. Golpeo su pecho con mis puños, sollozando y gritando: —¡Te odio! —Él me deja. Solo después de que mi fuerza ha disminuido, reacciona.

Christian toma mi muñeca y me observa con una calma inquietante. —Contrólate, Georgia. Este comportamiento es impropio de una luna.

Las lágrimas corren por mis mejillas mientras lo miro con pura incredulidad. —A la mierda eso. A la mierda *tú*. Estás enfermo de la cabeza. ¿A cuántas mujeres has traído aquí arriba desde nuestra boda?

Su ceja se arquea con diversión. —Es curioso que te importe. Tú le hiciste lo mismo a tu mejor amiga sin pestañear. —Inclina la cabeza, estudiándome de cerca—. ¿Estás herida, Georgia? —Se acerca y gruño cuando su pulgar roza debajo de mis ojos, limpiando mis lágrimas. Se ríe de mi reacción y me da la espalda.

Sé lo que viene después. Esto ha sucedido demasiadas veces en las últimas semanas. Es cuando Christian me despide y regreso a mi habitación, lloro hasta quedarme dormida, despierto con más flores y pretendo que nunca sucedió.

Aprieto los puños, ahogando un sollozo. —¿Me amas en absoluto, Chris?

Me mira por encima del hombro. —Por supuesto que sí. Eres mi esposa. —Suenan sin sentimiento, como si estuviera leyendo un guion.

—¿Estás *enamorado* de mí?

Esta vez, realmente me mira a los ojos. —Solo he estado enamorado de una mujer, y eso nunca cambiará.

Leilani.

Mis uñas se clavan en mis palmas mientras reprimo el impulso de llorar, mocosa y feamente. Pero eso no funcionará con Christian. Mis lágrimas no significan nada, mis súplicas no cambiarán nada, y mi ira no lo lastimará. Así que apunto al único objetivo que sé que seguramente lo herirá. —Te sugiero que te olvides de Leilani. Si algo de lo que dice Camille es cierto y está en manos de Asher Wilde, solo hay una razón por la que aún no la ha matado. Se ha convertido en su puta voluntaria para salvarse. Está abriendo las piernas para el enemigo, y puedes estar seguro como el infierno de que él la follará de maneras que tú nunca lo hiciste.

Espero un golpe, pero no llega. En su lugar, Christian se mueve tan rápido que no lo veo hasta que sus dedos se enroscan alrededor de mi garganta. Me lanza por la habitación. Quedo suspendida en el aire por un segundo, la bilis subiendo por mi garganta, y un grito desgarrador escapa de mis labios cuando me estrello contra el escritorio. Mi estómago golpea contra el borde y un dolor insoportable me consume por completo. La mesa rechina cuando me desplomo al suelo, encogiéndome sobre mí misma y jadeando en busca de aire mientras me agarro el estómago. Las lágrimas nublan mi visión cuando el rostro de Christian aparece frente a mí.

Quiero decirle que se mantenga alejado de mí, pero no puedo hablar. Todo me duele y el sabor metálico de la sangre es intenso en el aire. Estoy sangrando.

Me levanta del suelo y el pánico brilla en sus ojos. —Mierda, Georgia, ¿por qué no me lo dijiste?

Mi cabeza se balancea mientras me acurruca contra su pecho y sube las escaleras de tres en tres. Apenas lo oigo ladrar órdenes a los guardias para que traigan al médico mientras me lleva por el pasillo hacia su habitación. Un calor húmedo se desliza por mis muslos mientras el dolor se intensifica, y sé lo que está pasando antes de que llegue el médico.

Cuando despierto más tarde esa noche, con los dedos de Christian en mi cabello y sus labios contra mi frente mientras murmura una disculpa una y otra vez, sé que he perdido a nuestro hijo.

CAPÍTULO 8



LEILANI

Un chillido infantil desvía mi atención de la novela romántica que he estado leyendo durante tres días. El libro cae sobre la cama mientras me giro, trepando por la pared hasta quedar torpemente encaramada en el cabecero, desde donde puedo asomarme por la ventana.

Mi corazón se detiene al ver a Asher sin camisa, rodeado por un ejército de niños que demandan su atención. Se inclina, y trato de no fijarme en lo bien que le queda el trasero con esos pantalones. Como era de esperar, fracaso. Me quedo mirando y no puedo parar. No es solo su físico divino o cómo su piel sudorosa brilla bajo el sol; es la risita emocionada que suelta la niña cuando Asher la levanta.

¿Por qué no le tienen miedo? Ella levanta las manos hacia su cara y le da palmaditas suaves en las mejillas. Asher se ríe, esbozando una sonrisa tan intensa y genuina que me revuelve el estómago. Quizás comí algo en mal estado.

Sus ojos brillan, y un hoyuelo en el centro de su barbilla que nunca había notado antes se hace visible. Diosa, el bastardo es guapísimo. Me golpea en el estómago, dejándome sin aliento, sin palabras, acalorada y enferma, todo a la vez. Es la única forma de explicar las mariposas en mi estómago y el repentino aumento de mi temperatura.

Sus labios se mueven y me esfuerzo por escuchar. Están demasiado lejos para que pueda captar fácilmente su conversación, pero el viento arrastra algunas palabras sueltas hacia mí. —...dijo que yo era tu primera opción...

Asher le toca la nariz. —¡Lo eres, Ceri!

—¡Ahora eres un hombre emparejado! ¡Ya no podemos casarnos, alfa! —chilla ella, haciendo pucheros y tirando de su sedoso pelo negro. Sus ojos azules brillan de diversión mientras se ríe, inclinándose para susurrar algo que hace que los ojos de ella se abran de par en par. Ella se tapa la boca con la mano—. ¿En serio? ¿La princesa ronca?

Frunzo el ceño. Yo *no* ronco. El muy cabrón asiente y levanta a un niño con su brazo libre. Apuesto a que si quisiera, podría levantar a un tercero y hacer malabares con los tres sin sudar. Asher es un hombre grande, más grande que cualquiera que haya conocido, y también el más aterrador.

Querrás decir el más atractivo, murmura una voz en mi subconsciente, sobresaltándome.

Cállate, Fio... Espera. ¿Fiona?

Ella se ríe por un momento antes de volver a caer en silencio, pero eso es típico. Fiona suele estar callada, a menos que esté siendo desagradable. Pero... puedo oír a mi loba de nuevo. Distante o no, el espacio vacío en mi corazón se siente menos desolado, y algo nuevo y más ligero late en su lugar.

Mi mirada vuelve al apuesto ogro de abajo, y mi corazón da un vuelco mientras apoyo la cabeza en mis brazos y lo observo llamar a cada niño por su nombre, lanzarlos al aire y atraparlos. Deja que el más pequeño, Matt, lo haga tropezar. Grita y cae sobre la hierba. Los niños lo atacan como uno solo, sentándose encima de él, riendo y chillando lo suficientemente fuerte como para despertar a todo el castillo.

Las criadas pasan sonriendo. También lo hacen los jardineros y los guardias. Cada transeúnte hace una reverencia, pero hay una sonrisa cariñosa en sus rostros mientras observan a este monstruo de hombre que no ha hecho más que hacer miserable mi vida, y la realización me golpea con fuerza.

Lo aman. Los niños, la manada, sus sirvientes. Todos aman y respetan al Alfa Asher. Por eso Enya me desprecia. Aunque no puedo estar completamente segura de que no estén follando, hay algo más en sus ojos cuando lo mira: reverencia.

Mi padre hace todo por nuestra manada, pero nunca los he visto mirarlo con tal adoración completa, como si, si él lo pidiera, pondrían sus vidas a sus pies.

Todos deben estar tan locos como él.

Como si pudiera sentir mi mirada sobre él, los ojos de Asher se elevan hacia la ventana, encontrándose con los míos. Jadeo y retrocedo tan rápidamente que me caigo del cabecero. La parte trasera de mi cabeza golpea contra el marco de la cama, y maldigo, frotando el punto adolorido.

¿Qué me pasa?

* * *

No puedo dejar de hacerlo. Es como una picazón que no puedo dejar de rascar. Cada mañana antes del amanecer, levanto mis faldas y trepo por el cabecero, asomándome por la ventana solo para echar un vistazo a Asher corriendo. Se me seca la boca y mi cuerpo me traiciona, tensándose con sentimientos que no debería tener mientras las marcas de dos hombres arden en mi piel. Siento que estoy perdiendo la cabeza, pero no puedo evitar observarlo. Espero a que regrese cada noche y corra de nuevo por el patio, hacia el bosque.

Al final de la primera semana, tengo su horario descifrado, y para la segunda, estoy rebosante de tensión. Él sabe que lo observo correr todos los días —quiero decir, no tengo nada más que hacer—, pero actúa como si yo no existiera. Como si no me hubiera encerrado en su versión de una torre, convirtiéndome en una damisela indefensa esperando a que su príncipe azul la rescate.

Suspirando, me dejo caer contra la cama y abrazo una almohada contra mi pecho, mi pila de libros completamente olvidada en la esquina. Me pregunto cómo estará mi padre. No he sabido

de él desde esa cena desastrosa, y empiezo a creer que realmente podría estar sola. A veces, pienso en Christian y me pregunto si es feliz con Georgia.

Los dolores de su rechazo se han atenuado hasta convertirse en leves punzadas, y creo que tengo que agradecer a la marca de Asher por eso. Bloquea el dolor, aunque no entiendo cómo ni por qué. Francamente, cuando se trata de Asher, nada tiene sentido.

Cuando escucho pasos fuera de mi puerta, me giro, esperando ver a Enya entrar con su sonrisa burlona y su lengua viperina, lista para lanzarme insultos. En su lugar, me recibe un rostro más serio.

Me siento erguida. —B-Beta Talon. —Los guardias apostados en mi puerta entran detrás de él, y miro de su rostro al de ellos, mientras el miedo se arrastra lentamente hacia mi corazón. ¿Ha pasado algo? ¿Asher ha decidido que ya no me quiere cerca?

Talon baja la cabeza en una torpe reverencia. —Luna —Hace un gesto con la cabeza hacia las cadenas—. Quitádselas.

Miro con los ojos muy abiertos mientras desbloquean las esposas. Avanzando torpemente, levanto la mirada hacia Talon. —¿Ocurre algo malo? ¿A-Asher ha cambiado de opinión? —Mi voz se reduce a un susurro minúsculo—. ¿Va a...? —Uso mi dedo para trazar una línea temblorosa a través de mi cuello.

Talon no sonríe. En su lugar, se dirige a los guardias. —Llevadla a las habitaciones del alfa.

—¿Llevarme... llevarme adónde? —croajo, retrocediendo hacia el extremo más alejado de la habitación, pero una mano fuerte alrededor de mi muñeca me detiene—. Oye, suéltame... ¡No quiero verlo! ¡Me gusta aquí! ¡Me encanta aquí, lo juro! —grito mientras me sacan de mi habitación, no bruscamente, pero con la suficiente firmeza como para que no pueda escabullirme.

En lugar de bajar las escaleras, me llevan arriba. El sudor cubre mi piel mientras nos acercamos al rellano. ¿Es así como muero? Mi corazón late dolorosamente en mi pecho y mis piernas dejan de moverse, pero los guardias me arrastran fácilmente por los pisos. Juro que los hombros de Talon tiemblan mientras grito pidiendo ayuda, pero no se da la vuelta. Nadie se detiene para ayudarme: ni los invitados que deambulan, ni los guardias que me miran como si fuera un alienígena en camión, ni las criadas que me saludan con pequeñas reverencias, como si no estuviera en evidente angustia.

Nuestros pasos se ralentizan cuando llegamos a un pasillo decorado con elegantes obras de arte por las que babearía si no estuviera a punto de morir. Hay tres puertas a lo largo de este pasillo. Dos están en el lado izquierdo de las escaleras, una frente a la otra, pero me llevan a la puerta del otro extremo.

Mis súplicas a Talon caen en oídos sordos, y mi corazón se me sube a la boca cuando el beta abre la puerta.

Talon se vuelve para mirarme, y los guardias me sueltan mientras me hace entrar en la habitación con un dramático movimiento de manos. —Tus nuevas habitaciones, luna.

Parpadeo lentamente. —¿M-Mías?

El Beta Talon arquea una ceja expectante y lo miro con cautela, dando el primer paso más allá

del umbral. Cuando cruzo el umbral, mi mandíbula cae al suelo.

La habitación abarca la mitad del pasillo, extendiéndose más allá que el pasillo en la casa de la manada de mi padre. Giro en círculo, sin saber dónde mirar primero. La cama es tan grande que parece más adecuada para orgías que para dormir. Muebles elegantes llenan el resto del espacio, pero lo que más me interesa es la estantería. Por el olor fresco a madera y pintura, puedo decir que es una nueva adición. Debajo de la estantería, hay un espacio de trabajo moderno. Es un rincón acogedor, y ya sé que la mecedora es mi parte favorita.

—Vaya —murmuro bajo mi aliento, notando las ventanas del suelo al techo que dan a un pequeño paraíso de jardines cultivados y una impresionante cascada—. Es... hermoso.

Mis dedos presionan contra la superficie de cristal de lo que pensaba que era la ventana, pero de repente se abre, y tropiezo en un balcón. Diosa, sigue mejorando.

Vuelvo adentro y revoloteo, abriendo cada puerta que puedo alcanzar. Hay un armario del tamaño de mi dormitorio en la casa de mi padre, lleno de ropa extravagante. Mi baño es un sueño.

La última puerta está en la pared izquierda, cerca de mi tocador. —¿A dónde lleva esto? —me pregunto mientras empujo el picaporte y la abro.

Es otro dormitorio, decorado en tonos más oscuros e incluso más grande que el mío. Pero el hombre de pie frente a mí lo hace parecer lo suficientemente pequeño como para darme claustrofobia.

Es Asher. Su espalda desnuda está vuelta hacia mí, y lo único que lleva puesto es una toalla envuelta alrededor de su cintura estrecha.

De repente, ya no puedo respirar. El vapor se eleva de su piel recién duchada y el agua gotea de su pelo negro. Soy dolorosamente consciente de las gotas que corren por su ancha espalda hasta que son absorbidas por su toalla.

Mi cara se enciende mientras los pensamientos me asaltan. Pensamientos de pasar mis dedos y labios por esa espalda. Cubriendo su piel de besos. Hundiendo mis dientes en su carne mientras él empuja dentro de mí...

—Pueden olerte, Leilani —dice mi marido sin darse la vuelta.

Mi corazón da un salto y cierro la puerta con fuerza. Por supuesto que es una habitación contigua. ¿Por qué nadie me avisó?

—Enya estará aquí pronto para atender tus necesidades —dice Talon, como si no notara que mi cara se ha vuelto de un intenso tono rojo—. Hasta que se te asigne un guardia privado, Cayden será tu escolta.

—¿Por qué necesito una escolta cuando este lugar está repleto de guardias? Sabes muy bien que no hay forma de que pueda escapar —digo, lo suficientemente alto para que Asher me oiga.

Algo suave parpadea en sus ojos marrones por una fracción de segundo. Luego Talon parpadea y baja la mirada. —¿Eso es todo...?

—¿Talon? —digo suavemente, y él me mira con escepticismo—. ¿Puedo... hablar con mi padre? —Sus ojos se endurecen y añado rápidamente—: Solo una llamada. Un minuto es todo lo que necesito. No he sabido de él en semanas. Solo quiero saber si está bien. ¿Por favor?

Talon se endereza y se dirige a la puerta. —Informaré al alfa de tu petición.

Así que eso es un no.

Me quedo sola, sin nada que me proteja del gran y malo monstruo al otro lado de la puerta de roble. Deslizo los cerrojos en su lugar, bloqueando su entrada a mi habitación, y pongo una silla bajo el picaporte por si acaso.

Pero sé que si el Alfa Asher quisiera estar en mi habitación, una frágil silla y un cerrojo no lo detendrían.

Lo que plantea la pregunta: ¿por qué me trajo aquí? ¿Para asfixiarme mientras duermo, o...?

Dejo que mi imaginación vuele sobre cuáles podrían ser las otras opciones, y descubro que ninguna me gusta.

* * *

Las nuevas habitaciones no son lo único que recibo de Asher en los días siguientes, lo que solo aumenta mis preocupaciones. Hay algo mal con mi marido.

Me traen más ropa de la que he tenido en toda mi vida para que me la pruebe. Viví una buena vida en mi manada, pero no lujosa. Es inquietante descubrir que cada vestido, falda, camisa, par de botas, tacones, e incluso mis sujetadores y bragas, son de la talla perfecta.

Un hombre guapo de ojos suaves llamado Cayden aparece en mi puerta al día siguiente y me entrega un juego de llaves de coche. Miro las llaves durante unos segundos antes de preguntar: —¿Se me permite... salir?

Él sonríe suavemente. —Siempre y cuando nunca cruces la frontera norte y permanezcas con una escolta en todo momento.

Me muerdo el labio inferior nerviosamente, bajando la voz. —N-No sé si puedo aceptar este regalo.

Cayden me mira con incredulidad. —No es un regalo. Viene con el título. El alfa se enorgullece de asegurarse de que su gente esté bien atendida.

Su gente.

Al día siguiente, me da un teléfono móvil con algunos números ya en la lista de contactos: el de Asher, el de Talon y el de Cayden. Intento llamar a mi padre, solo para descubrir que solo puedo llamar a esas tres líneas. Maldigo a Asher lo suficientemente alto como para jurar que escucho una pequeña risa desde el otro lado de la puerta.

A continuación viene una tarjeta negra, una que dudo que alguna vez use a menos que de alguna manera me encuentre en tierras humanas, ya que las casas de manada como la de Asher están

construidas para tener todo lo que necesitamos.

Sin embargo, la gota que colma el vaso es quedarme dormida en mi mecedora una noche y despertar para encontrarme cómodamente arropada con una manta, mi cabeza acurrucada en mis almohadas y mi habitación impregnada con el aroma de Asher.

No tengo idea de cómo entró sin despertarme, pero ya he tenido suficiente.

Aferrándome a mi bata cerrada e ignorando mi horrible pelo de recién levantada, abro la puerta que conduce a su habitación y entro enojada.

—Muy bien, ¿qué demonios te pasa?

Asher mira por encima de su hombro, sus ojos recorriendo lentamente y con intimidad mi cabello despeinado, ojos hinchados, bata de noche y pies descalzos. Un escalofrío recorre mi cuerpo a pesar de lo calurosa que se siente la habitación.

—No estoy seguro de entender tu pregunta.

Tranquilo. Sereno. Pero no frío. Sus ojos no están gélidos hoy. Están más vivos de lo que jamás los he visto. Algo ha cambiado significativamente entre nosotros en la última semana, y no tengo idea de qué es. —¿Qué quieres? ¿Por qué estás siendo amable conmigo? ¿Por qué ya no quieres matarme? ¿Por qué no actúas como si quisieras estrangularme?

Asher frunce los labios y arruga el ceño. —¿Te gustaría que te estrangulara, Leilani?

La palabra "estrangular" evoca sentimientos en los que no quiero ahondar, y siento el calor de su mirada cuando baja a mi cuello, como si recordara la última vez que sus dedos estuvieron alrededor de mi garganta.

De repente me siento expuesta, vulnerable e indudablemente idiota por haber entrado aquí. La cama está impregnada con su aroma carnal, y me pregunto si dormir en ella me haría oler como él. Me pregunto cómo me vería desnuda, con mi rostro presionado contra sus sábanas negras para consumar nuestro matrimonio, las caderas arqueadas, los muslos separados.

Diosa.

Los ojos azules de Asher se encienden en señal de advertencia y aparto la mirada abruptamente, limpiándome el sudor de la frente. —No —digo, sorprendida por la firmeza de mi voz—. Simplemente no te entiendo. Me odias en un momento y me tocas al siguiente. Me ignoras durante semanas. Me besas. Me observas dormir. Me arropas por la noche.

Mete las manos en sus bolsillos, y las puntas de sus orejas se ponen rojas. —No sé de qué estás hablando.

Negación. Qué elegante. —Mi habitación está empapada con tu aroma. Estuviste allí anoche, y quiero saber por qué.

Asher se encoge de hombros. —Quizás me hueles en todas partes porque quieres hacerlo.

La irritación se enciende en la boca de mi estómago. —¿Siempre eres tan molesto? —Bajo el cuello de mi bata, exponiéndole su marca—. ¿También negarás haberme mordido? ¿Me dirás que deseaba tanto tu marca que la hice aparecer por arte de magia?

Otro encogimiento de hombros. Nunca he querido lanzarle un zapato a la cabeza de un hombre tanto como ahora. Me doy la vuelta y camino enojada de vuelta a mi puerta.

—¿Hay algo que ames además de leer?

Su tono casual me sobresalta. Me doy la vuelta, mirando a Asher con escepticismo. ¿Quién es esta extraña criatura que ha poseído a mi marido? Por alguna razón, respondo con la misma casualidad. —Cazar.

El interés se enciende en sus ojos azules, y su mirada recorre mi figura. No necesita decirlo. Ya sé lo que está pensando. Soy bastante pequeña. No parezco una cazadora. Levantando la barbilla, le doy una sonrisa letal. —Dame un arco o una pistola, y te mostraré lo buena que soy.

Suelta una risa, profunda y rica, y mi estómago se vuelve a llenar de nudos. Asher se contiene, y su mirada abrasadora me clava en el sitio. —Empiezas a caerme bien, esposa.

Mis piernas tiemblan mientras sus ojos recorren desde mis labios hasta mi cabello enredado y bajan por la longitud de mi cuello. Se vuelven de un tono azul tormentoso. —Hay un evento esta noche, en honor al difunto alfa. Asistirás como mi luna. —Se vuelve hacia la ventana, despidiéndome—. Lleva el pelo recogido.

Varias horas después, el salón ha sido transformado para otra elegante celebración. Pero aunque estoy aquí mismo, toda arreglada y con el pelo recogido, Asher ni siquiera ha mirado en mi dirección. Duele más de lo que debería estar de pie torpemente a un lado, sin ningún tipo de reconocimiento por parte de nadie. Me froto las muñecas ansiosamente.

Me aliso el vestido por centésima vez y me subo el escote que me hace cosquillas, que parecía sexy cuando imaginé a Asher viéndome con él, pero ahora es simplemente sofocante.

Enya me advirtió que no bebiera esta noche, para no avergonzar a su precioso alfa, pero cuando pasa la siguiente bandeja y sigo siendo una maldita flor de pared en la fiesta de mi marido, agarro dos copas y me bebo rápidamente el alcohol.

El calor me eriza la piel, y la sensación de incomodidad y dolor solo se intensifica. Levanto las manos hacia mi cabello y comienzo a quitarme las horquillas. No debería haberme recogido el pelo. No tengo idea de qué esperaba, por qué me arreglé para él, por qué seguí sus órdenes.

Todavía quitándome las horquillas, me retiro hacia la entrada, sorprendida de que los guardias no me detengan cuando paso junto a ellos. Estoy jadeando por aire cuando finalmente llego al patio.

Mis ojos arden con lágrimas mientras me quito los tacones y camino por el sendero de adoquines, pasando parejas que se abrazan bajo la luz de la luna, pasando más guardias que me observan pero no hacen ningún movimiento para detenerme. No dejo de caminar hasta que me duelen los pies y mi respiración agitada se normaliza.

Miro hacia el cielo, sintiéndome perdida. No sé qué hacer conmigo misma. ¿Qué *puedo* hacer? Mi vida ya no me pertenece. Una lágrima solitaria se desliza por mi mejilla, rápidamente seguida por otra.

Empiezo a sollozar, ahogando el sonido con una mano sobre mi boca. Cierro los ojos con fuerza y lloro. Diosa, ¿qué estoy haciendo aquí? ¿Debería huir? ¿Debería volver a casa? ¿Mi manada me aceptaría de vuelta, con mi reputación manchada?

Un movimiento repentino a mi lado me toma por sorpresa, pero mi grito es sofocado por un dedo presionado contra mis labios. Una mano se posa alrededor de mi cintura, arrastrándome a un punto ciego entre dos paredes.

Me retuerzo, arrastrando mis uñas por la piel de mi agresor, pateando y forcejeando por cualquier cosa que pueda encontrar, pero él es fuerte. Me empuja contra la pared.

Me quedo paralizada cuando un par de penetrantes ojos verdes se encuentran con los míos. —
¿Chris?

CAPÍTULO 9



CHRISTIAN

Hace cinco años

—Nada es gratis, Christian —dice mi padre, pateando una rama caída en su camino. Sé lo que viene después. Lo he escuchado toda mi vida—. Si quieres gobernar el mundo, debes tomarlo, no suplicarlo. Si juegas según las reglas, siempre serás un peón en el juego de alguien más.

La humilde casa de la manada Blue Moon aparece a la vista, y la curiosidad me invade al ver a los niños jugando a las atrapadas y al lobo. Yo nunca tuve eso: una infancia normal. Mi madre era una puta omega, y mi padre era un macho emparejado que había estado intentando durante meses tener un hijo con su esposa. Después de que nací, se deshizo de mi madre, y fui criado por una mujer amargada que encontraba su mayor placer en abusar de un niño.

Quizás por eso me convertí en lo que soy. Mi madrastra fue, después de todo, mi primera víctima.

Manuel resopla en algún lugar detrás de nosotros, riéndose de la incomodidad de su esposa mientras pone sus manos en lugares que todos podemos ver. Me compadecería de ella, pero sabía en lo que se metía cuando se casó con Manuel. Puede que sea rico, pero es un cerdo.

—Seducir a la chica no será tan difícil. Por lo que he oído, no es la herramienta más afilada del cobertizo —mi padre pone una mano en mi hombro, y sus ojos duros se fijan en los míos mientras aprieta dolorosamente fuerte—. Mardoc debe creer que estás enamorado de ella. Este matrimonio puede que sea solo por un tratado, pero no es tonto. Nunca nos la entregará a menos que realmente crea que estará a salvo con nosotros, y la confianza no es algo que compartamos con la manada Blue Moon.

Leilani Stone. Había oído un poco sobre ella. Es una pequeña bomba con más fuego que sentido común. Se ganó esa reputación cuando se lanzó de cabeza a una pelea con un hombre que tocó indebidamente a su criada. Él era tres veces su tamaño y aun así ella lo atacó, aunque no sabía nada sobre duelos. Se rompió ambos puños tratando de golpearlo, y la única razón por la que no la mataron fue porque el beta de su padre la encontró a tiempo. Un segundo más tarde, y estaríamos buscando términos diferentes para este tratado.

Tengo tanto interés en ella como en las conferencias de mi padre: ninguno. Pero la necesitaba si quería gobernar a los lobos algún día. Unir la manada Blue Moon a la nuestra fue una sugerencia brillante por parte de mi padre, pero él no veía el panorama completo. Conquistar a

los Dark Fangs y poseer el territorio del Dark Alpha era mi objetivo. Eso era verdadero poder. Esconderse en los bosques, asustados de los humanos, haciendo tratados con ellos que son tan volubles como sus cortas vidas y memorias es patético. Quiero más que esta vida. Más de lo que estos pequeños territorios y manadas tienen para ofrecer. Hay un hambre dentro de mí que se expande cada día: por poder, por amor, por todo aquello de lo que he sido privado.

Los guardias apostados en la entrada de la casa de la manada se inclinan cuando nos acercamos. Un hombre mayor está de pie junto a la puerta, con los hombros tensos mientras nos observa.

—Soy Morris, beta de la manada Blue Moon. El alfa los ha estado esperando.

Por supuesto que sí. Su primera y única visita a nuestra manada había terminado en una nota incierta. Había extendido una rama de olivo, pero mi padre no había sido receptivo. Mardoc se fue descontento, pero cumplió su palabra. No hubo escaramuzas, ni ataques, ni muertes. Mi padre vio el deseo de paz de Mardoc como una debilidad y una señal de desesperación, y decidió jugar con ello, usando su herramienta favorita en el proceso: yo.

Ignoro al beta, pasando a su lado mientras examino la planta baja. No hay nada especial en ella. Es demasiado simple. La risa llena los pasillos. Los sirvientes se mueven con soltura, felizmente. Más niños corren por ahí, chillando de alegría. Qué... extraño. ¿Acaso el Alfa Mardoc no imponía reglas en su manada como lo hacía mi padre?

—Los llevaré con él —dice el beta, y lo sigo mientras nos guía por una serie de escaleras estrechas. El delicioso aroma a pan y especias impregna la casa, y al acercarnos a un pequeño comedor, me doy cuenta de que los hemos pillado durante el desayuno.

—Vamos, papá —se queja una voz femenina desde el interior—. Volveré antes de medianoche. ¡Y Georgia estará allí!

Una voz masculina profunda responde:

—No.

Mis fosas nasales se dilatan al captar un dulce aroma. Se me hace la boca agua.

Escucho un suspiro frustrado y una pisada enojada.

—Mamá, por favor. Nunca he ido a una fiesta. Todos los demás han ido. Por favor, déjame ir, solo esta vez.

Otro suspiro, esta vez de otra mujer.

—Bájate de la mesa, Leilani.

Morris se gira hacia nosotros.

—Informaré al alfa que están aquí.

Mi sangre se acelera y mi pulso retumba en mis oídos. Trago un gruñido, mis sentidos confundidos por ese embriagador aroma. El calor se extiende a mi entrepierna, recorriendo mi piel hasta que mi ropa se siente demasiado apretada. Un ronroneo resuena en mi mente mientras mi lobo aúlla con necesidad. Mis ojos se elevan hacia la puerta, y mis dedos pican por

arrancarla de sus bisagras.

Mi padre, ajeno al creciente tumulto dentro de mí, hace un gesto a Morris para que se vaya y sonrío, la cicatriz en su labio inferior estirándose más.

—Eso no será necesario —da un paso adelante y empuja la puerta para abrirla, sobresaltando a la familia en el interior.

La silla rechina ruidosamente cuando Mardoc se pone de pie abruptamente.

—Ken —dice, con sus ojos ámbar abiertos de sorpresa—. ¿A qué debo esta visita?

Pero mis ojos no están en el alfa cuya aura guerrea contra la mía y la de mi padre. La razón de mi tormento está sentada en el borde de la mesa, con los pies colgando sobre el suelo mientras nos mira con el ceño fruncido. Su cabello rojo se enciende como fuego bajo la luz del sol. Sus ojos ámbar se entrecierran con fastidio. Sus labios carnosos se tuercen en una mueca mientras su pequeña nariz se arruga con arrogancia, como si oliera algo desagradable.

Lo siento en lo más profundo de mi alma en el momento en que sus ojos se encuentran con los míos.

Se queda paralizada, sus ojos se abren con confusión mientras sus pupilas se dilatan de deseo. El color sube a sus mejillas, y noto por primera vez las tenues pecas que salpican su nariz. Sus labios se separan mientras se desliza de la mesa con la gracia de una bailarina.

Leilani no puede medir más de un metro sesenta, una rareza entre los nuestros, y es peligrosamente curvilínea. Los pantalones holgados no ocultan sus caderas o su trasero, y casi puedo imaginar lo que se esconde debajo de esa horrible sudadera. Lleva el pelo recogido en un moño desordenado, con mechones sueltos cayendo sobre su rostro y acariciando su piel sonrojada. Parpadea una vez, dos veces, observándome tan intensamente como yo a ella. Desprende un aroma de inocencia y sinceridad. Parece el tipo de mujer que te amaría para siempre después de acostarse contigo una sola vez.

Espero que surja una oleada de disgusto. No es mi tipo de mujer. Yo no estoy hecho para el amor o el compromiso. Estoy demasiado dañado para eso. O demasiado egoísta, enfermo de la cabeza y depravado, como dirían mis ex. Pero la necesidad destructiva que siento erosiona mis sentidos. La miro y sé que la mantendré para siempre, lo quiera ella o no. Le construiré una torre y le proporcionaré todo lo que necesite, para que nunca se vaya. Vivirá para mí, existirá para mí, respirará solo para mí.

Un destello de desafío brilla en las profundidades de su mirada mientras lucha contra el efecto del vínculo. Eso no me gusta mucho. Si es mi compañera, no habrá resistencia contra mí. Se someterá a mí en todo y obedecerá cada una de mis órdenes.

—Ya conoces a Christian... —las palabras de mi padre se apagan cuando nota el cambio en el ambiente. Mardoc mira entre su hija y yo, y el inicio de una sonrisa florece en los labios de su compañera, Clara. Ella sabe lo que es esto. Parece emocionada por su hija. No tiene idea de quién o qué soy. Si supiera a qué clase de demonio la Diosa ha encadenado a su hija, estaría horrorizada.

El pecho de Leilani se agita. Una vez. Dos veces. Está hiperventilando. Entrando en pánico. Da

un paso en mi dirección, sacude la cabeza como si eso fuera a detenerlo, y retrocede tres pasos tambaleándose, como si no quisiera estar en la misma habitación que yo. ¿Le molesta que sea el hijo del rival de su padre? No importa. Me aceptará.

—Mía —gruño cuando ella da otro paso alejándose de mí, y su respuesta sale en un jadeo áspero.

—No con esa actitud, no lo soy. ¿Alguien te meó en los pantalones?

—¡Leilani! —la reprende su padre, pero yo veo a través de la actuación. Está desconcertada y trata de controlar sus emociones. Solo está diciendo lo primero que se le viene a la mente para ganar tiempo y procesar lo que está sucediendo. Y decían que era una completa cabeza hueca. La inteligencia detrás de sus ojos agudos echa por tierra esos rumores. No hay forma de que pudiera haber seducido a una mujer como ella a menos que ella lo deseara.

Clara, la luna de la Manada de la Luna Azul, toma el brazo de su esposo. —Alfa Ken, tenemos tanto que mostrarte. Creo que los jóvenes podrían necesitar la habitación. —Su voz está cargada de picardía cuando añade—: Por un rato.

Me pregunto si podría haber sido diferente si hubiera tenido una madre como ella.

Siento la mirada de mi padre quemándome la nuca, y no necesito otra de sus charlas para entender el mensaje que intenta transmitir. Estamos aquí con un propósito. Leilani Stone es solo una herramienta para ese fin.

Que alguien se lo diga a mi pene y a mi lobo.

Leilani corre hacia la puerta en el momento en que nos quedamos solos, eligiendo huir en lugar de enfrentar esto, pero yo soy más rápido. La agarro por la cintura y cierro la puerta de una patada.

—¿Qué demonios te pasa? ¡No puedes tocarme así! —grita, pateando al aire mientras la llevo hacia la mesa. Sisea como una víbora cuando la coloco sobre la dura superficie. Me clava un dedo en el pecho, pinchándome con más fuerza de la que esperaba de alguien tan pequeño—. Esto no está pasando.

Arqueo una ceja, dejando que mi dedo recorra ligeramente su piel mientras le tomo el cuello. — ¿Qué no está pasando?

Sus cejas se fruncen en profunda concentración mientras lucha por encontrar sus palabras. — Nosotros... —Jadea cuando mi dedo acaricia su punto de pulso—. No vamos a tener sexo.

—De acuerdo. No ahora, entonces —murmuro, aunque estoy lo suficientemente duro como para atravesar el concreto. Así es como sé que ella es un problema. No estoy pensando con claridad.

Intenta apartar mi mano de su cuello, pero se estremece cuando sus dedos rozan mi mano. Se quedan allí. Sus ojos están muy abiertos, y sé que cualquier cosa que le diga en este momento, nunca la olvidará. Así que opto por algo decisivo mientras separo sus muslos y me acomodo entre ellos.

—Seré tu primero y tu último.

Ella jadea, la sorpresa brillando en sus ojos. —¿Cómo supiste...?

Puedo oler a una virgen a kilómetros si quiero. Cualquier lobo macho puede. La pureza es un atractivo, y Leilani Stone tiene atractivo de sobra. Trazo mi pulgar a lo largo de su labio inferior. Ella tiembla, sus muslos presionando con fuerza sobre la mesa. —¿Estos labios han sido reclamados por otro?

Traga saliva, pero se contiene antes de soltar la verdad. —Eso no es asunto tuyo, en realidad. Pero ya que preguntas, sí. He tenido muchos...

Me inclino y la beso. Sabe como sabía que lo haría: como una droga. La mantendré, incluso después de arruinar su vida y robarle la alegría. Nunca la dejaré ir.

* * *

Presente

La tengo en mis brazos de nuevo, pero no es lo mismo. Su aroma se mezcla con el de otro hombre, volviéndome loco. Encuentro la fuente de ese aroma en su hombro izquierdo. —Dejaste que te tocara. ¡Llevas su marca! —gruño.

—Es mi esposo —respira Lei, el aroma a licor y bayas cosquilleando mi nariz—. Suéltame, Christian. Ya no soy tuya para que me manosees.

Sus palabras deshilachan el último resquicio de control que me queda y gruño, estampando mis labios contra los suyos. Leilani me empuja y clava sus uñas en mi piel, pero no la suelto. He estado lejos de ella demasiado tiempo. Es como tomar la primera bocanada de aire después de haber estado atrapado bajo el agua.

Mis brazos rodean su pequeña figura que se retuerce, enjaulándola para que no pueda huir de mí. Ella me muerde el labio inferior con la fuerza suficiente para hacerme sangrar y la beso con más intensidad, esparciendo la sangre por su labio y su lengua hasta que vuelve a saber a mí.

En algún momento, mi agarre sobre ella se debilita lo suficiente como para que me empuje y me golpee en la mejilla, con fuerza suficiente para romper el beso. Flexiono la mandíbula para asegurarme de que sigue intacta.

—Nunca vuelvas a tocarme así. Me das asco —sisea, con lágrimas brillando en sus ojos.

Mis dedos se crispan mientras se extiende por todo mi cuerpo esa extraña sensación fría que me invade cuando no consigo lo que quiero. La amargura en su voz no puede estar dirigida a mí. Solo está borracha. Me ama. No puede superarme tan rápido. Intenté olvidarla, pero mis esfuerzos solo me obsesionaron más.

—Lei...

—Ni te atrevas —su voz tiembla mientras da un paso atrás, tambaleándose un poco—. Yo seguí adelante. Tú deberías hacer lo mismo. ¿Georgia sabe que estás aquí, intentando seducir a la mujer de otro hombre? —Se ríe—. Tal vez sí lo sepa. Ambos están cortados por la misma tela desvergonzada y desquiciada.

La agarro del brazo antes de que pueda alejarse más de mí. Ella frunce el ceño mientras mira donde la toco. Otra lágrima se desliza por su mejilla.

—Me hiciste daño, Chris. No puedes entrar aquí esperando encontrarme todavía llorando por ti. Te acostaste con Georgia. Me rechazaste y me hiciste sentir que no era lo suficientemente buena. Por un momento, pensé que debía ser mi culpa —su voz se quiebra y se apoya contra la pared—. Me pregunté si realmente no era lo suficientemente buena. Si merecías algo mejor que yo. Tus palabras se pudrieron hasta que casi me devoraron viva.

De repente, la rabia ilumina sus ojos, convirtiéndolos en oro fundido.

—¿Sabes qué me hizo ver la verdad? ¿Que eres una horrible porquería? ¡La cena con mi familia! ¡Ya sabes, esa en la que descubrí que también te estabas acostando con mi madrastra!

—Tienes razón —susurro—. Te hice mucho daño, pero todo lo que hice, lo hice por ti. No reduzcas todo lo que hemos pasado a simple blanco y negro. Me pintas como un monstruo, cuando he estado haciendo todo lo posible para protegerte.

Leilani me mira como si estuviera loco.

—¿Te estás escuchando? ¿Me rechazaste... por mí?

Mi mandíbula se tensa.

—No querías ser luna. Lo decías todos los días. Querías una vida simple y tranquila. Iba a dártela. Con Georgia como luna, tú habrías sido libre. Seguirías siendo mía, pero sin la presión de ser luna.

Ella gruñe, como si acabara de decir algo atroz.

—Estás loco. Dije eso porque estaba abrumada. ¡Estaba preocupada por fallarte a ti y a tu manada! No quise decir que nunca quisiera ser luna. ¡Podría haber hecho cualquier cosa, siempre y cuando estuvieras a mi lado! —Un sollozo desgarrado sale de ella—. ¿Y Madeline? —Arranca su mano de mi agarre—. Oh, déjame adivinar. ¿Estabas tratando de evitarme tus fetiches enfermos?

Inclino la cabeza, divertido por su precisión.

—Correcto.

—¡Por la puta Diosa Luna! —grita, y me empuja—. ¡Estás loco!

Se da la vuelta, pisoteando con sus pies descalzos contra el suelo como siempre hace cuando está enojada.

—No te alejes de mí, Leilani —mi corazón late lentamente mientras el miedo se arrastra por mi columna vertebral, amenazando con paralizarme. Me abalanzo hacia adelante y la inmovilizo contra la pared de nuevo, mi frente cayendo sobre la suya mientras susurro—: Tú no.

Acuno sus mejillas, obligándola a mirarme a los ojos.

—Vuelve a casa conmigo, Lei. Nos conseguí una casa. Acogedora, como siempre quisiste. He estado preparándola desde hace tiempo, solo para ti, para que nunca tengas que mover un dedo

otra vez. Entiendo que mis métodos te parezcan extraños, pero te prometo que si vienes conmigo, lo entenderás todo.

Ella levanta la barbilla, otra lágrima corriendo por su mejilla.

—Ya no quiero saber nada de ti, Christian. Déjame ir.

Pronuncio con dificultad una palabra que no he usado a menudo en mi vida.

—Por favor, Lei.

—Nada de lo que digas cambiará mi opinión. Haznos un favor a ambos y vete antes de que Asher te encuentre y te mate.

Su nombre en sus labios me hace ver rojo. Mi agarre se aprieta y ella se estremece.

—Dime que no has dejado que pruebe lo que es mío —ella no responde—. ¿Has abierto las piernas para él? ¿Te has acostado con él como lo has hecho conmigo?

Sus labios se curvan con asco.

—¡No tienes derecho a preguntarme eso!

—Haré lo que me dé la puta gana contigo, Leilani —agarro sus hombros y la sacudo con fuerza—. ¡Contesta la maldita pregunta! ¿Lo amas? ¿Hace que tu corazón se acelere? ¿Sabe dónde y cómo tocarte para hacerte llegar? ¿Te entiende como yo lo hago? ¿Crees que puede amarte más de lo que yo te amo?

Sus ojos están nublados de dolor, ira y confusión. Y luego, se vuelven vacíos.

—¿Y qué me ha dado el amor? ¿Dolor? ¿Traición? ¿Rechazo? ¿La destrucción de mi reputación? Ya no quiero amor, Chris, no después de todo lo que has hecho. Me quedo con mi marido porque es todo lo que me queda. Y para responder a tu primera pregunta... —Sonríe fríamente, inclinando el cuello para que pueda ver toda la extensión de la marca de Asher Wilde—. ¿Crees que dejaría que un hombre se acercara lo suficiente para marcarme sin mi consentimiento? ¿Sin, en tus palabras... *abrir las piernas*?

La suelto para que no sienta el temblor en mis manos. La estoy perdiendo y no sé qué decir o hacer para arreglarlo. Nunca he tenido que suplicar por nada en mi vida, mucho menos por el afecto de una mujer. Lucho por encontrar palabras, por algo que la haga quedarse.

—Arreglaré todo. Vuelve a casa conmigo, Lei, y olvidaremos que esto alguna vez pasó.

Leilani niega con la cabeza y se ríe, apartándose de la pared.

—Esto... —hace un gesto entre nosotros—. Esto se acabó. Asúmelo y mantente alejado de mí.

La veo alejarse de mí, en contra de mi buen juicio. Nuestro momento llegará. Nunca la dejaré ir. No hará daño compartirla por un tiempo, solo hasta que pueda hacerla mía de nuevo.

CAPÍTULO 10



ASHER

La esposa humana del banquero de inversiones de GD Bradley es una parlanchina incesante, pero Gregory Freeman la adora. Si quiero asegurar las inversiones que necesito, tendré que soportarla durante otra hora. O dos. —Espero tener la oportunidad de conocer a tu esposa, querido —arrulla, con su mano revoloteando sobre mi brazo—. He oído que es toda una belleza. Hablando de eso, mi hija es dueña de una línea de cosméticos. Es la más grande de Nueva York...

Ha sido así toda la noche: simplemente sigue hablando, sin quedarse en un solo tema.

Mi mirada busca involuntariamente entre la multitud a cierta pelirroja, y la encuentro de pie junto a una columna, tirando distraídamente de su vestido. Un poco más fuerte y podría lograr arrancárselo. Un extraño calor se enciende dentro de mí, llenando la extensión habitualmente desolada de mi pecho mientras la miro. Tal vez sea el vestido: una prenda de oro líquido que parece moldearse a cada curva de su cuerpo, una tentación pecaminosa para cada hombre que la observa. Y todos lo hacen. La peligrosa abertura que sube por su muslo revela destellos de piel para los que no estoy preparado. Su cabello está en una intrincada trenza enrollada alrededor de su cabeza, y alrededor de su elegante cuello descansa el collar de mi madre.

¿Por qué tiene que ser tan condenadamente hermosa?

Su cabeza se levanta de golpe, nuestras miradas colisionan. Me giro hacia la mujer mortal, fingiendo interés en sus nietos. Es todo lo que puedo hacer para evitar cruzar el salón y hundir mi nariz en el cuello de mi pareja. Me pregunto si ella también lo siente: el vínculo pulsando mientras intenta acercarnos. Es todo en lo que puedo pensar. Paso las noches en mi estudio, bloqueando la puerta de su habitación para que cuando esté a punto de ceder, tenga tiempo suficiente para pensar en cada impulso que insiste en que la reclame. Se está volviendo insoportable. Nunca he estado tan consumido por el deseo de acostarme con una mujer que tenga que abandonar mi propia casa para mantener la cordura.

Cuando el ardor de su mirada abandona mi mejilla, se lleva consigo un pedazo de mi cordura. Está caminando hacia la salida, sus dedos trabajando en los alfileres de su cabello. Una oleada de frustración, cruda y potente, se precipita a través del vínculo, conectándonos a través de la habitación.

—Si el mercado se recupera, ciertamente sería ventajoso para usted...

—Por supuesto, señora Freeman. Discúlpeme un momento. Mi esposa parece estar

impacientándose —una sonrisa practicada y encantadora adorna mis labios mientras me libero de su agarre.

Hailey Freeman se sonroja, aferrando su bolso con fuerza. —Por supuesto, querido. A ninguna mujer le gusta que la hagan esperar.

Me abro paso entre la multitud, la impaciencia apretándose como un torniquete alrededor de mi garganta mientras los invitados siguen intentando llamar mi atención. La frustración de Leilani pulsa a través del vínculo, haciéndose más fuerte con cada momento que pasa. No pensé que quisiera hablar conmigo después de bajar las escaleras, balanceando seductoramente sus caderas mientras mantenía mi mirada.

Y en lugar de caminar hacia su alfa y hacer una reverencia como debería hacer toda luna, se había dirigido al bar. ¿Quería que la siguiera? Juro que nunca puedo entender a las mujeres.

Una rubia se interpone en mi camino, sosteniendo una bandeja de copas llenas. Parpadea hacia mí coquetamente, los botones superiores de su camisa negra aflojados, revelando la parte superior de un sujetador de encaje blanco y un escote generoso. ¿Anna? ¿Nina? Me dijo su nombre una vez, cuando tenía sus muslos envueltos alrededor de mi cintura y sus caderas rodando contra mi polla, pero rara vez recuerdo los nombres de las mujeres con las que me acuesto. ¿Por qué necesito recordar, si nunca duermo con la misma mujer dos veces? El sexo para mí es solo una transacción, después de todo. Les doy placer y ellas me ayudan a liberar algo de tensión.

—Buenas noches, alfa —susurra, su voz ronca e íntima. Baja la cabeza, inclinándose profundamente, y mantengo mi repentino disgusto oculto detrás de un muro de fría calma mientras sus pechos se derraman fuera de su sujetador. Hace un par de meses, esta interacción habría terminado con ella inclinada sobre mi escritorio. Parece que mi paz mental no es lo único que Leilani Stone ha robado—. Ha pasado bastante tiempo. Para usted, al menos —sus oscuras pestañas revolotean mientras atrapa su labio inferior entre sus dientes.

Por supuesto, toda la manada sabe que no he consumado mi matrimonio. —¿Quieres mantener tu trabajo?

El miedo parpadea en sus ojos, un contraste llamativo con su audacia anterior. —S-sí... yo... —la bandeja tiembla en sus manos—. P-perdóneme, alfa.

Paso junto a ella, deteniéndome solo cuando el viento fresco acaricia mis fosas nasales con el aroma a petricor. Las lámparas iluminan los jardines a ambos lados del camino empedrado, y veo un par de tacones descartados yaciendo olvidados en el parterre. Recojo los zapatos, irritado por la extraña ternura que me invade. Encogiéndome de hombros tensos, sigo su aroma, notando distraídamente los alfileres del cabello esparcidos como un rastro de migas de pan.

La preocupación arruga mi frente mientras su aroma me guía hacia las áreas más oscuras del jardín, más allá de donde llegan las luces, hasta un edificio solitario al que solo yo tengo acceso. Mis pasos se aceleran, igualando los latidos de mi corazón ante la posibilidad de que ella lo encuentre...

—Es mi esposo —un susurro entrecortado llega a mis oídos. El resto de sus palabras son demasiado bajas para oír las, pero lo que mi agudo oído sí capta es un gruñido gutural de lujuria

masculina.

La violencia despierta dentro de mí, volviendo mi enfoque afilado como una navaja, y mis sentidos me llevan hacia las dos figuras en la oscuridad. El vestido de Leilani destella como un faro, erradicando cualquier posibilidad de que esté mirando a alguien que no sea ella.

Mis puños se cierran dolorosamente, las garras desgarrando la piel de mis palmas mientras observo a Christian Anderson y a mi esposa manosearse mutuamente, besándose con la pasión de amantes predestinados. Los celos ardientes me abrasan mientras sigo el movimiento de las manos de otro macho sobre el cuerpo de mi esposa, subiendo por su muslo desnudo. La dejo sola por un segundo, y encuentra la manera de volver con el bastardo que está activamente tratando de arruinar su vida y le mete la lengua hasta la garganta. No debería sorprenderme ni molestarme por esto. Ni siquiera me gusta ella.

Pero mi rabia —la rabia de mi *lobo*— se eleva más alto, buscando retribución, y siento la necesidad de romper algo. De lastimar a alguien. Necesito una salida, o cederé a la sed de sangre que actualmente está haciendo que me duelan los dientes.

Quizás lo decía en serio cuando me dijo que estaba soñando con él. Debería haber escuchado al consejo y haberla dejado morir de hambre en las mazmorras. Debería haberla matado. Debería matarla ahora por invitar al enemigo a mi casa, por follárselo justo bajo mis narices.

Escuchando sus actividades diarias, su sumisión, su miseria sentada sola en las mazmorras, no la había considerado una amenaza, y los eventos recientes demostraron que su manada realmente la había abandonado. Algunas noches, me despertaba con un dolor crudo fluyendo por el vínculo. En otras, le hacía el amor en mis sueños. La evitaba tanto como podía, pero aun así se estaba ganando mi afecto.

Fui un tonto. Su pequeña actuación era solo para explorar mi casa y poder alimentar al enemigo con información. Me propongo averiguar cómo Christian Anderson se coló en mi territorio sin ser visto. Descubriré exactamente cómo lo ayudó ella y decidiré qué hacer con ella después.

Arrastrando los dientes por mi labio inferior, les doy la espalda y me marchó tan silenciosamente como me acerqué. A la mierda averiguar cómo y por qué. La mataré esta noche.

* * *

Un relámpago corta el cielo mientras una fuerte lluvia golpea con fuerza contra las ventanas. Aunque el evento oficial ha terminado, la fiesta continúa abajo, el sonido de la música se filtra hasta aquí de vez en cuando.

El pomo de la puerta gira, pero no me doy la vuelta. Mantengo los ojos fijos en las nubes oscuras del exterior. El agua salpica en el suelo y ella suspira, con los dientes castañeteando. El interruptor de la luz hace clic, y ella grita. —¿Qué demonios? ¿Estás tratando de darme un infarto?

Su corazón está, de hecho, acelerado, pero me pregunto si es más por sus escapadas o por encontrarme al acecho en la oscuridad. —¿Dónde estabas? —pregunto en voz baja, bebiendo ligeramente de otra copa de vino. Normalmente ayuda a mantener la oscuridad a raya, pero esta

noche, nada está funcionando, y las voces resuenan en mi mente, instándome a... *matar*.

—Fui a tomar aire.

Me doy la vuelta y me apoyo contra el frío cristal de la ventana, observándola gotear agua de lluvia por todo el suelo. Mi polla se endurece al instante, y me maldigo a mí mismo. ¿Cómo es posible que aún la desee? —Supongo que el macho que huelo en ti cuenta como un soplo de aire fresco, ¿no?

Su mano se detiene en la puerta del armario. Traga saliva y la abre sin dirigirme una mirada. —Te sugiero que vayas directo al grano si tienes algo que decir. —Su latido traiciona su calma aparente. Está latiendo fuerte y rápido contra su caja torácica.

—¿Cómo lograste que Christian Anderson pasara a los guardias?

Su cabeza se levanta de golpe, con los ojos abiertos de asombro. —¿Qué? Yo... yo no lo hice. Él simplemente apareció. No tengo idea de cómo...

Resoplo, terminando el último trago del líquido en mi copa. Ella se estremece cuando lanzo la copa contra la pared, a solo centímetros de su cabeza. Se hace añicos, enviando fragmentos por el aire, y una pequeña voz en mi mente me regaña por perder el control. ¿Y si hubiera fallado y realmente la hubiera lastimado? Pero otra parte de mí se burla, argumentando que debería haber apuntado directamente a ella. —¿Acaso parezco estar jugando contigo, princesa? —Me paso las manos por el pelo, tratando de contener la rabia que hierve dentro de mí—. ¿Cuánto tiempo has estado en contacto con él?

Ella muestra los dientes, un gruñido curvando sus labios. —¡No lo he estado! ¡Me has mantenido con una correa tan apretada desde que me arrastraste aquí que sabrías si siquiera hubiera pensado en contactarlo!

Mi mirada sigue las gotas de agua de lluvia que se deslizan por su piel, empapando su vestido hasta que se adhiere a sus curvas como una segunda piel. ¿Cuántas personas la vieron así esta noche? ¿Anderson vio su tanga y su sostén de encaje? ¿La tocó? ¿Besó la lluvia de su piel? ¿La empujó contra una pared y se la folló, haciéndola gemir su nombre?

Leilani se envuelve con sus brazos, tratando de proteger su cuerpo de mi mirada, lo que enciende una nueva ola de furia dentro de mí. —¿Dejas que él te toque, pero yo, tu marido, no puedo ni siquiera mirarte? Eres una maldita hipócrita y una mentirosa.

Sus dientes castañetean mientras me fulmina con la mirada. —No pasó nada, y ambos sabemos que este matrimonio no es real. Me forzaste a esta farsa para poder exhibirme frente a tus invitados y tu manada como un trofeo, y sé que eso es todo lo que soy para ti. Entiendo mi papel en tus grandes planes. Tú eres el que no se da cuenta de lo que es esto. Actúas como si te importara un día, luego me ignoras al siguiente, y de alguna manera todavía tienes la audacia de perder la cabeza cuando alguien más se atreve a tocar tu *juguete*. —Da un paso hacia mí, desafiante—. Me odias, ¿recuerdas? Entonces, ¿por qué diablos te molesta si me enredo con alguien más?

Cruzo la habitación en un instante, agarrando su brazo antes de que pueda pisar los fragmentos de vidrio roto. —¿Por qué me *molesta*? —repito con incredulidad, agarrando su otro brazo y lanzándola sobre la cama. Debería haber hecho esto en el momento en que descubrí que era mi

compañera.

Ella se arrastra hacia atrás, tratando de escapar, pero la encierro debajo de mí. Me da una fuerte bofetada en la mejilla, pero le agarro la muñeca y le inmovilizo los brazos por encima de la cabeza antes de que pueda hacerlo de nuevo.

—¿Este es quien realmente eres, no? —gruñe, con el pecho agitado, los pezones duros contra la tela mojada. Mi pulso se acelera ante la idea de tomarlos en mi boca—. No doy mi consentimiento para esto.

Una risa sorprendida se me escapa. —El *consentimiento* murió en el momento en que dejaste que él te tocara. —Me acerco más, presionando nuestras manos unidas contra el colchón mientras su respiración se vuelve entrecortada y su pecho se eleva para encontrarse con el mío—. Y créeme, ni siquiera has empezado a entender quién soy.

Sus ojos ámbar se oscurecen. —No importa lo que hagas, nunca seré tuya.

Mi nariz roza la suya, y ella inhala bruscamente. —Ya veremos, Leilani Wilde.

Mis labios chocan contra los suyos. Ella suspira contra mi boca, separando sus labios para saborearme. Su lengua acaricia la mía y gimo, colocando una rodilla entre sus muslos. Su boca se mueve contra la mía con hambre, y levanta las caderas para frotarse contra mi muslo. Gime, besándome con más fuerza, más profundamente, y el sabor de la sangre en sus labios hace que mi miembro palpite dolorosamente.

Rompo el beso para mirar su piel sonrojada y sus labios hinchados. —Me vuelves loco.

El calor se enciende en sus ojos. —Lo mismo digo —sus piernas se envuelven alrededor de mis caderas, atrayéndome más cerca, su piel ardiendo contra la mía—. Esto no cambia nada.

Suelto sus muñecas, mis manos se mueven hacia su escote. Me detengo allí por un momento, esperando que proteste. No lo hace. Sus ojos están claros, llenos de un deseo que refleja el mío. Rasgo la tela por la mitad hasta que el desgarró llega a la abertura en su muslo. Mi mirada se encuentra con la suya. —Esto no cambia nada.

Nos encontramos a medio camino, sus pequeñas manos ardiendo como fuego contra mi pecho mientras lucha con los botones, rasgando la tela en varios lugares. Mis manos suben por sus muslos desnudos mientras mi lengua se bate contra la suya, y no puedo tener suficiente de ella. No puedo tocarla lo suficiente. Quiero... *necesito* saborear cada centímetro de ella.

Mis garras se extienden involuntariamente, y ella jadea cuando se clavan en su piel. —Asher... —Sus caderas se sacuden contra mi miembro—. Más fuerte.

Joder.

Abandono sus labios, bajando por su cuello, chupando con fuerza y arrastrando mis colmillos a lo largo de su pulso. Los sonidos que hace son impíos: *sabía* que no era tan frágil como parecía. Me excita. Mi control se desliza y mi toque se vuelve más áspero, más posesivo. Sus manos se aferran a mi torso, atrayéndome más cerca mientras gime mi nombre como una oración.

Sus dedos se enredan en mi cabello, tirando violentamente. —Más.

Alcanzo entre sus muslos, rozando mis nudillos sobre sus bragas. La frágil tela está empapada. El hambre de Drustan se vuelve voraz, y si no estoy profundamente enterrado dentro de ella en el próximo minuto, podría morir. Mis labios se detienen en la curva de sus pechos ante ese pensamiento extremo, y me echo hacia atrás, parpadeando a través de la neblina de lujuria.

¿Qué coño estoy haciendo?

Leilani me mira fijamente, sus dedos congelados en la hebilla de mi cinturón. —Q-qué... —Su voz se apaga mientras se mira a sí misma, a mi camisa rasgada, a su mano en mi cinturón. Parpadea lentamente, como si se estuviera dando cuenta de lo que estamos haciendo.

Aparta su mano bruscamente, el miedo oscureciendo sus ojos. Me aparto de ella, forzándome a poner distancia entre nosotros antes de que pueda cambiar de opinión. La observo mientras se acurruca, abrazando sus rodillas contra su pecho. Su voz es temblorosa. —No pasó nada entre Christian y yo. Ni siquiera sabía que estaba aquí hasta que me agarró en el jardín.

Mi máscara de calma helada vuelve a su lugar. —Estás confinada a tu habitación hasta que yo diga lo contrario. Hasta que pueda confiar en una sola palabra que salga de tu mentirosa boca.

Ella entierra su rostro en sus manos, y odio que aún quiera consolarla. Me aparto de ella antes de que pueda ceder.

—Asher.

Miro por encima de mi hombro, mi corazón deteniéndose cuando veo las lágrimas en sus ojos. Susurra: —Lo siento.

No respondo.

CAPÍTULO 11



ASHER

Inclino la cabeza al final del rastro de huellas, bajando el seguro de la pistola cargada con el pulgar. El viento aúlla, azotando mi cabello con fuerza, dificultando captar el olor de mi presa.

Una rama se quiebra y me giro bruscamente. Talon levanta la mano, con sombras oscuras de cansancio bajo sus ojos.

—Son las putas dos de la mañana, Ash. Debería estar en la cama con la morena que me costó dos horas seducir, no cazando contigo.

—¿Dos horas? Te estás oxidando, Tal —murmuro, escaneando los árboles. El olor no lleva más lejos, y la lluvia ha borrado las huellas. O se ha ido hace rato, o está al acecho cerca.

Talon resopla y se inclina para levantar un tronco caído.

—Eso es gracioso, viniendo del hombre cuyo miembro no funciona con mujeres que no sean su esposa, quien, por cierto, preferiría morir antes que tocarlo —arroja el tronco a un montón con un gruñido—. Tu vida se ve bastante sombría estos días, Asher.

Si él supiera. Había ido directo de la habitación de Leilani a la suya y lo había sacado de la cama, abusando de mi poder como alfa. No necesitaba que viniera conmigo, pero tener a Talon aquí me recuerda todo lo que hemos perdido, por qué traje a Leilani aquí en primer lugar, y por qué no puedo bajar la guardia con ella.

—¿Qué te parece si...?

Estoy tan distraído por mis pensamientos que no noto el movimiento en los árboles hasta que es demasiado tarde. Una figura solitaria se mueve tan rápido que no la veo hasta que el rugido agonizante de Talon sacude el bosque. Una mano con garras sobresale de su pecho, goteando sangre. Su rostro se contorsiona de dolor y sus ojos marrones se encuentran con los míos, su boca moviéndose con palabras silenciosas.

—No soy un hombre muy paciente, Wilde —dice Christian Anderson con casualidad mientras la sangre gotea de los labios de Talon. Ojos verdes sin vida se iluminan con diversión ante mi pistola amartillada—. Yo no dispararía si fuera tú, a menos que quieras enterrar a otro de tus lobos.

La sangre me sube a los oídos mientras mi mirada oscila entre mi mejor amigo y un hombre al

que anhelo matar con cada fibra de mi ser. Anderson tiene los ojos de su padre, ojos que ningún ser vivo debería poseer. Están muertos excepto por un leve destello de locura. Nunca podría olvidarlos. Son los mismos ojos que han perseguido mis sueños durante más de una década.

Mi dedo vacila en el gatillo y los ojos del bastardo alfa siguen el movimiento, con una sonrisa divertida jugando en sus labios ante lo que presume es una muestra de debilidad.

—Suéltalo, Anderson —le digo, forzándome a sonar aburrido, aunque todo en lo que puedo concentrarme es en su mano en el pecho de Talon. Un agujero tan grande tardará un tiempo en sanar, pero si se hace más grande, Talon morirá.

Me encojo de hombros.

—O no, pero de cualquier manera, morirás esta noche. Qué tan rápido depende de tu elección —dejo salir un poco de mi lobo a la superficie con una sonrisa cruel—. Intentaré que sea indoloro.

Él sonríe, casi educadamente. Su mano se mueve hacia el corazón de Talon, sin duda para arrancarlo, y yo aprieto el gatillo. El disparo parte el aire y él se aleja de Talon para evitar la bala de plata que vuela hacia su cuello, pero no es lo suficientemente rápido.

—¡Hijo de puta! —gruñe, agarrándose el hombro.

Apunto de nuevo, esta vez a su cabeza, pero Talon emite un sonido de dolor.

—N-no es el plan... Ash —mis ojos bajan hacia donde se agarra el pecho sangrante, tosiendo y escupiendo más sangre.

Cierto. No puedo matar a Christian Anderson esta noche. Cuando lo haga, debe ser a través de las reglas y la ley. Un duelo de sangre es la única forma en que puedo salirme con la mía cometiendo un asesinato sin incitar un derramamiento de sangre para mi gente y herir a los pocos inocentes en su manada.

En ese momento de distracción, el Alfa Christian se abalanza sobre mí. Chocamos en una fiesta de puños y colmillos, gruñendo. La pistola es golpeada fuera de mi alcance y su puño se estrella contra mi nariz, echando mi cabeza hacia atrás. Contraataco inmediatamente, agarrándolo por el cuello y estrellándolo contra el árbol más cercano, deleitándome con el sonido de sus huesos crujiendo.

Las garras me desgarran el cuello y se clavan profundamente, pero apenas siento el dolor. La venganza y la adrenalina me alimentan, y lo levanto, balanceándolo contra el árbol una y otra vez, hasta que el tronco se hace añicos.

El Alfa Christian gruñe, lanzándose hacia adelante para clavar sus dientes en mi cuello. Esquivo justo a tiempo para evitar que me desgarre la garganta, y él continúa con un tajo a lo largo de mi pecho. La sangre brota de mí en cantidades peligrosas, pero aún no siento nada.

Mi vista se tiñe de rojo, y mis hombros y brazos triplican su tamaño mientras me transformo, tomando la forma de hombre-lobo. Rujo, poder crudo filtrándose de mis venas, y el Alfa Christian gime, su sangre alfa luchando contra mi aura. Gruñe en desafío, incluso cuando sus rodillas ceden. Se desploma hacia adelante, negándose a doblar la rodilla mientras la incredulidad, el pánico y la rabia oscurecen sus ojos.

Los alfas no se inclinan ante otros alfas, mucho menos se arrodillan ante ellos.

Pero yo no soy normal, y nunca lo he sido. Soy más grande, más rápido y más letal que cualquier otro alfa que he conocido por una buena razón. No entrené incansablemente, conquistando el dolor y la locura en el camino, para ser vencido por un cachorro que dormía plácidamente por la noche mientras yo vagaba por los bosques, enloquecido. Nunca tuvo una oportunidad contra mí, y finalmente está empezando a darse cuenta.

Soy lo que todo alfa quiere ser: el depredador ápile. Vestirme con ropa humana, colaborar con sus negocios y anudarme una corbata alrededor del cuello cada mañana de camino al trabajo no cambia lo que soy: un animal salvaje con una lujuria severa e incontrolable por la sangre, por la venganza, por una vida más pacífica... por el amor.

Mi voz está cargada de malicia mientras me agacho frente a su forma retorciéndose. —Deberías haberte quedado detrás de tus lujosos muros, Anderson. Esto es patético.

Él suelta una respiración áspera que se transforma en una risita. —Tenía que hacerlo. Sentí su necesidad por mí a través del vínculo.

Los celos y la rabia se encienden dentro de mí. —Eso es mentira. Ya no sois pareja.

Sonríe, con los dientes manchados de sangre. —Ella nunca aceptó mi rechazo. Todavía me pertenece. —Su sonrisa se vuelve felina—. ¿Te dije que no pasó nada entre nosotros esta noche? Seguramente te das cuenta de que es mentira. Si te hubieras quedado unos minutos más, te habrías acostumbrado a los sonidos que hace cuando se corre... suaves suspiros. —Mis ojos se fijan en las marcas de uñas en su brazo—. Me las hizo cuando la follé contra la pared.

Mis colmillos rechinan y mi respiración se vuelve superficial. —Estás mintiendo. —Tiene que ser así. Lo habría sentido si ella se hubiera acostado con él. Pero entonces, en el momento en que los atrapé, había levantado mis muros lo suficientemente alto como para que nada pudiera filtrarse a través del vínculo. No tengo forma de saber si realmente tuvieron sexo, pero solo la posibilidad me destroza la mente.

Se ríe, aunque su cuerpo tiembla de agotamiento. —Te ha lavado el cerebro, la astuta zorra.

Mi puño conecta con su mandíbula, borrando la sonrisa de sus labios, reemplazándola con sangre y una mueca. —Habla así de mi pareja una vez más, y no quedará suficiente de ti para enterrar.

Parpadea, y algo brillante destella en sus ojos vacíos por primera vez. —Entonces es cierto. Sois pareja. —Escupe sangre, y la sonrisa socarrona regresa—. Ella no lo sabe, ¿verdad? Qué mundo tan miserable en el que vives, emparejado con una mujer que odias, deseándola, sabiendo que nunca corresponderá tus sentimientos porque todavía me ama a mí. Te despreciará para siempre... después de todo, cree que mataste a su madre.

Me detengo. ¿Maté a... *quién*? Había oído que la luna de la Manada Luna Azul murió durante una escaramuza espantosa, pero yo no tuve nada que ver con eso. No opero con cobardía ni envío a mi gente a luchar mis batallas sin mí. No me dedico a las masacres, porque sé exactamente lo que se siente al estar en el extremo receptor de ellas.

Tal vez fueron los renegados. No sería la primera vez que mi manada y yo cargamos con la culpa de los ataques de los renegados. Nunca he sido un hombre que se explique ante los forasteros, y

cada acusación que se me ha lanzado ha contribuido a mi imagen de Alfa Oscuro. Ahora entiendo su odio y frustración. Su ira hacia mí había parecido tonta y sin fundamento, pero de repente tiene sentido.

Mi mandíbula se tensa. —La próxima vez que entres en mi territorio y toques lo que es mío será el día de tu muerte. Puede que sea antes de lo que tenía planeado, pero no me importa. —Me enderezo e inclino la cabeza—. Adelante, alfa. —La última palabra sale burlona—. Huye como el cobarde que eres, antes de que cambie de opinión.

Sujetando su hombro sangrante, sus ojos destellan dorados, con una promesa de retribución brillando en ellos. Pero sabe que es mejor no atacarme; esa es una pelea que nunca ganará. Desaparece entre los árboles, pero no antes de lanzar algo en mi dirección. Lo miro durante varios segundos. Es el collar de mi madre.

El resentimiento se agita dentro de mí, llenando mi boca con un sabor amargo. Estaba tan absorta en el momento con él que no se dio cuenta de que había perdido lo último que tengo de mi madre. Deslizándolo en mi bolsillo, sacudo la cabeza. Fui un tonto al dejarme ablandar por ella.

—En... cualquier... momento... —gime Talon, y camino a su lado, metiendo mi hombro debajo del suyo—. Me... —Respira pesadamente, y miro el agujero que tiene en el pecho. La piel está sanando demasiado lentamente—. ...duele mucho. Voy a morir, Asher.

Resoplo divertido. —No si te mato yo primero, Tal. Cierra la puta boca.

Lo hace, y su respiración jadeante nos acompaña todo el camino hasta la casa de la manada, sus pies arrastrándose lentamente detrás de nosotros mientras entra y sale de la consciencia. Cayden está de pie junto a la entrada, con el rostro sombrío mientras susurra a Boaz y Glade, los espías que planté en las Manadas Luna Azul y Medianoche. Su informe mensual aún está a dos semanas. Su llegada no programada no puede ser buena.

Nos miran, con los ojos abiertos al vernos. Cayden se apresura, y le paso a Talon. —¿Qué demonios pasó?

—Llévalo al médico —es mi única respuesta. A Boaz y Glade, les hago un gesto hacia la terraza con la cabeza—. Venid.

—No deberíais estar aquí —comienzo cuando estamos solos, apoyándome en la barandilla que da al patio de entrenamiento. Algunos guerreros holgazanean en el terreno, lanzándose unos contra otros, corrigiendo sus posturas, realizando ejercicios de entrenamiento. Lo hacen en silencio, con cuidado de no despertar a toda la mansión.

Boaz se quita la capucha y sus ojos gris pálido se fijan en los míos. —Los tiempos desesperados requieren medidas desesperadas. —Mira a su hermano, que asiente en acuerdo. Nada podría haberme preparado para las palabras que salen de sus labios a continuación—. Hubo un ataque a la Manada Luna Azul. —Una pequeña pausa—. Mardoc Stone fue asesinado.

Mi columna se endereza y me agarro a la barandilla para mantenerme firme. La noticia me invade, no deseada, innecesaria, inaceptable. Mi único propósito, la razón por la que continué durante años sin pausa ni fallo, todo construyéndose hacia un gran momento... y ahora mi venganza ha sido destruida en cuestión de segundos. Sacude el núcleo de todo mi ser: quién soy y para qué existo. Estoy cayendo en el mismo abismo que me consumió hace años, dura y

rápidamente.

Glade da un paso adelante. —No hay heredero para tomar el control después del alfa. Es un caos completo con el consejo y los ancianos jugando a la política, pero se inclinan hacia buscar el liderazgo del Alfa Anderson. —Su chaqueta de cuero negro brilla bajo la luz de la luna—. Si eso sucede y ambas manadas se fusionan, tendremos un gran problema entre manos, alfa. —Escucho sus palabras no dichas. *Y todo esto habría sido para nada.*

Un músculo trabaja en la mandíbula de Boaz mientras levanta un trozo de papel hacia mi cara. —Esto se encontró en el cuerpo del Alfa Stone. Te están obligando a cargar con la culpa.

Desenvuelvo el papel y mi frustración aumenta ante las palabras garabateadas elegantemente en rojo: *Los Colmillos Oscuros Recuerdan.*

Arrugo el papel. —Los renegados. ¿Fueron capturados?

Boaz asiente. —Están diciendo que tú los enviaste.

Mis fosas nasales se dilatan. Me están incriminando, y solo una persona podría posiblemente beneficiarse de todo esto: el maldito Anderson.

Pasos ligeros y el dulce aroma a lavanda me alertan de la presencia de Juliana, y les digo a mis hombres: —Volved antes de que os echen de menos, y mantenedme informado.

Se inclinan y desaparecen por las escaleras. Lanzo una mirada cansada a Jules, que está apoyada en la puerta con su teléfono móvil en la mano. —¿Se lo vas a decir tú o qué? —arrastra las palabras con indiferencia. No hay amor perdido entre nuestra familia y la de Leilani, y aunque la muerte de su padre, sin importar cómo sucedió, debería ser una fuente de alegría para nosotros, no puedo sacudirme la tristeza que se arrastra como enredaderas en mi corazón.

Estará devastada.

No debería importarme, pero me importa. Suspirando, paso los dedos por mi cabello y miro al cielo. —No hasta que descubra quién está detrás de esto.

La ceja de Jules se arquea en una expresión que me recuerda demasiado a mi madre, y me acerco a ella, dándole un codazo. —Hazme un fav-

—No.

—Te daré lo que quieras.

Me lanza una sonrisa pícara. —Quiero un coche deportivo.

—¿Para qué coño necesitas un coche deportivo, Jules? Todavía estás castigada por fugarte con tu novio humano y casi matarlo.

Pone los ojos en blanco. —¿Quieres este favor o no, Ash?

Suspiro profundamente. —Está bien.

CAPÍTULO 12



LEILANI

Me limpio una lágrima del rabillo del ojo y acerco la taza de café humeante a mis labios. El calor es reconfortante, pero no elimina la opresión en mi pecho. Entre todo lo que sucedió anoche, llorar hasta quedarme dormida y despertar de una pesadilla llena de sangre y lágrimas, no puedo decir que esté teniendo el mejor día. Miro por encima de la gran extensión del territorio de Asher, hacia los árboles que se extienden hasta el atardecer y los tejados de las casas de otros miembros de la manada.

Miro a la nada y a todo a la vez, demasiado cansada para pensar, demasiado tensa para relajarme.

De repente, la puerta se abre de golpe y mis hombros se tensan mientras me preparo para que Asher entre. Pero en su lugar, mi visitante es una mujer vestida con un vestido y chaqueta de diseñador rosa, que entra en mi habitación como si perteneciera aquí. Sus tacones de plataforma rosa chicle resuenan contra las baldosas y parpadeo cuando se detiene frente a mi armario y lo abre.

—Soy Jules —murmura con el chicle en la boca, y hace un gran estallido mientras saca una falda de cuero que ni siquiera sabía que tenía—. Pero eso ya lo sabías.

Me pongo de pie, cerrando mi bata con fuerza.

—Eres su prima —mis ojos observan el top de corsé de encaje blanco que lanza sobre la cama a continuación—. ¿Necesitas algo?

Me observa por un momento, arrugando la nariz como si oliera algo desagradable.

—Que te metas en la ducha. Apestas a depresión.

Vaya, qué grosera. He estado sentada en el balcón todo el día, así que no puedo oler *tan* mal. Era menos deprimente que estar confinada en mi habitación, esperando escuchar el más mínimo sonido del lado de la puerta de Asher para poder acercarme y disculparme por la Diosa sabe qué. No hice nada malo. Pero cada vez que lo recuerdo, estallo en lágrimas inmediatamente, frustrada porque no puedo simplemente entrar en su habitación y estrellar su cabeza contra la pared por hacerme sentir tan confundida, triste y culpable.

Y caliente. Me siento como una loba en celo, y odio no odiarlo más.

—Estos servirán —murmura, sosteniendo un par de botas con las que no podré caminar. Tacones tan altos deberían ser ilegales. Sus ojos recorren mi figura y resisto el impulso de abrazarme a mí

misma mientras su sonrisa se hace aún más amplia—. Ash va a tener un ataque cuando te vea.

Mi confusión solo aumenta.

—¿Vamos a algún lado?

Ella asiente.

—Al club.

—No se me permite salir...

Deja escapar un largo suspiro de sufrimiento.

—¿Nunca te escapaste de casa cuando eras niña? Ya sabes, ¿romper las reglas?

Parpadeo, un rubor se extiende por mi cuello.

—¿No? —Mi padre es un hombre estricto. Georgia era mi única amiga, y la "diversión" consistía en ver a los guerreros practicar y imitar sus movimientos hasta que me aburría. Las fiestas, el baile y jugar a disfrazarse no son mis puntos fuertes.

Se acerca a mi cama y se sienta en el borde.

—Asher está fuera en una reunión de negocios con Cayden. Talon está en la enfermería. Nunca se enterará de lo que pasó esta noche... a menos que se lo digas —se mira las uñas—. Yo sé que no lo haré.

Dudo, dividida entre obedecer la orden de Asher y... mi determinación se endurece. ¿Qué va a hacer si se entera? ¿Matarme? He tolerado su autoritarismo durante demasiado tiempo, dejando que me presione y me diga lo que puedo y no puedo hacer. Incluso ahora, estoy siendo castigada por sus errores. Si hubiera estado a mi lado anoche, Christian nunca me habría atrapado contra esa pared y besado.

Esta es la primera elección que puedo hacer desde que llegué aquí hace semanas. Si va a tener un berrinche, estrangularme, gritarme, encadenarme a la cama, que así sea. ¿Qué he conseguido siendo obediente, de todos modos?

* * *

—¡No dijiste que íbamos a un club *humano*! —chillo mientras Juliana camina con decisión por el estacionamiento, pasando junto a algunas parejas besándose públicamente de una manera que avergonzaría incluso a los nuestros. Gemidos roncros llegan a mis oídos, y aparto la mirada rápidamente de un hombre que tiene a una bonita morena arrodillada entre sus muslos, con su mano en el cabello de ella mientras su cabeza sube y baja.

Juliana se ríe.

—Pensé que querrías ver uno de los muchos establecimientos de mi primo. Humanos y lobos se mezclan aquí. Es extasiante.

Mis ojos se abren con horror.

—¿Dijiste que no se enteraría! ¿Por qué me traerías a su club? Y ¿por qué demonios tiene uno, de todos modos?

Se encoge de hombros.

—Supongo que genera buenos ingresos. ¿No creerás que tu lujosa habitación se construyó con caridad, verdad? —Sus labios pintados de rojo se curvan ante mi mirada incómoda, y se quita la chaqueta—. Vamos, cuñada, no seas aburrida.

Mordiéndome el labio inferior nerviosamente, la sigo, casi tropezando con mis tacones. El aire fresco besa mis piernas y mi vientre desnudo, enviando un escalofrío por mi columna vertebral mientras el viento alborota mi cabello. El brazo de Juliana se entrelaza con el mío, dándome estabilidad mientras caminamos hacia la entrada. Dos hombres enormes vigilan las puertas, sus expresiones tan inflexibles como el concreto bajo mis pies.

Juliana saluda al hombre de expresión seria de la izquierda.

—Hola, Clyde.

Su rostro se tensa.

—No, Jules. La última vez que te dejé entrar, el alfa amenazó con despedazarme —su atención se desplaza hacia mí, y una sensación incómoda se extiende por mi piel mientras su mirada recorre mi cuerpo, deteniéndose en la curva de mis caderas y mis piernas desnudas—. ¿Quién es tu amiga?

Juliana se acerca a él.

—Te la presentaré si nos dejas entrar. Él nunca sabrá que estuve aquí.

Los ojos de Clyde me recorren de nuevo, y me pregunto qué pasará cuando se dé cuenta de que soy la esposa del alfa, y si se arrepentirá de la forma en que su mirada se detiene en mi cuerpo. Después de un segundo tenso, asiente, y Juliana chilla felizmente, prácticamente empujándome a través de la puerta.

Tropiezo con lo que parece un foso ardiente, el calor de demasiados cuerpos presionándome por todos lados. Las luces estroboscópicas parpadean y el retumbante bajo reverbera a través de mis huesos. La música es tan fuerte que es como una fuerza física que me presiona.

Un codo se clava en mis costillas cuando un hombre pasa tambaleándose, sus labios unidos a los de otro hombre, sus manos enredadas en el cabello del otro. El aire está cargado con el abrumador aroma a sudor, alcohol y fluidos corporales, y no puedo distinguir si son humanos o lobos.

Cada sección del club es un borrón caótico. La gente está tan apretada que es difícil saber dónde termina uno y comienza otro. La pista de baile es un campo de batalla, con extremidades agitándose, caderas rozándose, bocas devorándose. A nuestra izquierda, una pareja está enredada en un rincón sombrío, sus manos desapareciendo bajo la ropa, sus jadeos y gemidos tragados por la música.

Juliana no parece notarlo ni importarle mientras me arrastra más profundamente en la multitud. Mis tacones raspan el suelo resbaladizo y tengo que aferrarme a su brazo para no perder el

equilibrio. Pasa empujando a una pareja semidesnuda que se frota contra un pilar, e intento concentrarme en cualquier cosa menos en los sonidos húmedos que hacen sus cuerpos al unirse. Diosa ten piedad, ¿qué tipo de negocio dirige mi esposo? ¿Qué es este lugar?

Debo haberlo preguntado en voz alta porque la risa de Juliana suena tan fuerte que corta la música, y no deseo nada más que hundirme en el suelo. No estoy segura si envidiar su confianza o horrorizarme por ella, pero mientras nos acercamos al bar me doy cuenta de que nunca debí haberla escuchado.

El camarero, un hombre musculoso con una sonrisa fácil, asiente cariñosamente a Juliana. Sus ojos se posan en mí, y algo como reconocimiento brilla en ellos antes de que controle su expresión a una de indiferencia. —¿Qué van a tomar? —pregunta, su voz apenas audible sobre la música.

Juliana pide lo de siempre, luego ordena algo completamente diferente para mí. Miro el vaso con escepticismo, sin estar segura de qué contiene, y Juliana se ríe, su mirada aguda brillando con picardía. —Si quisiera envenenarte, estoy segura de que Enya se encargaría gustosamente. —Arquea una ceja hacia el vaso—. Te hará sentir bien, confía en mí. ¿Quieres divertirme, no? ¿O al menos relajarte un poco?

Quiero decirle que sería estúpida confiar en ella, pero no lo hago. En contra de todos los instintos que me gritan que no toque el vaso, me lo bebo de un trago. Es... dulce. Vacío el vaso y paso la lengua por mi labio inferior. Juliana se ríe de mi reacción y le dice al camarero que rellene mi vaso. —¿Qué tiene? —pregunto.

Se encoge de hombros. —Nada que no puedas manejar. —Mira de nuevo a la multitud—. ¿Quieres bailar? —Sus ojos se entrecierran mientras examinan mi cuerpo—. ¿Siquiera sabes cómo? He oído que la idea de diversión de la Manada Luna Azul es aullar solo en el solsticio. Esto probablemente sea bastante diferente de lo que estás acostumbrada.

Abro la boca para defender a mi manada, pero entonces veo a otra pareja. La mujer está inclinada por la cintura, sus manos ocupadas mientras otro hombre agarra sus caderas y embiste en... *oh, no*. Mi mundo gira un poco mientras presencio mi primera orgía. Sí, esto es definitivamente diferente a cualquier cosa a la que esté acostumbrada. Afortunadamente.

Mi bebida llega, y esta vez no dudo antes de vaciar el vaso y pedir otro. No sabe a alcohol, y fiel a la palabra de Juliana, mis músculos están relajados y mis pies se mueven al ritmo constante de la música, que ya ni siquiera suena demasiado fuerte. Después del cuarto vaso, no tengo idea de por qué estoy sonriendo cuando le digo a Jules: —Quiero bailar.

Sonríe con satisfacción y toma mi mano. Su piel arde, muy parecido a la de Asher. —¿A Asher le gusta bailar? —grito sobre la música mientras me lleva al centro de la pista de baile. Sus caderas se balancean, sus manos se elevan en el aire mientras me hace señas para que siga sus movimientos. No es muy difícil. Los movimientos de cadera son casi como hacer el amor, y cierro los ojos, imaginando mis muslos a horcajadas sobre Asher y mis caderas ondulándose sobre su miembro.

—A él no —dice Jules, y me estremezco, sin esperar encontrar su aliento tan cerca de mi oído. Huele como él, incluso se *parece* a él. Mi entrepierna se contrae sin razón—. Pero tú, cariño, eres una natural.

Me río tontamente, y después de eso no tengo idea de cuánto tiempo pasamos contoneándonos, o de quién son las manos en mi cintura o acariciando mis costados. Los rostros se mezclan y me estoy riendo más fuerte de lo que jamás lo he hecho en mi vida, mi piel hormigueando con la conciencia de ser observada por tanta gente. Pero no puedo parar de moverme. ¿Por qué nunca he bailado antes? Es jodidamente liberador.

Juliana pronto desaparece de mi visión periférica, pero no me importa.

Una mano agarra la mía, y me encuentro mirando unos hermosos ojos marrones. —No deberías estar aquí —gruñe un Talon enojado, y me río tontamente, inclinándome y presionando mi pecho contra el suyo. Se ve bastante bien para alguien que acaba de estar en la enfermería.

—Tal vez me gusta la idea de ser atrapada en lugares donde no debería estar —susurro, mis labios rozando su mejilla. Se congela y se aparta bruscamente de mí, un rubor extendiéndose por sus mejillas y orejas. No cedo, la parte traviesa de mí viendo una grieta en su comportamiento habitualmente duro y martillando en ella. Bato mis pestañas con coquetería y me lamo los labios —. ¿Encuentras atractiva a la esposa de tu alfa?

Sus fosas nasales se dilatan y mira alrededor, el miedo oscureciendo su mirada. —Mierda. Estás drogada. —Agarra mi muñeca con rudeza—. Deberíamos irnos.

Pero no quiero irme. Se lo digo, pero me ignora, intentando arrastrarme con él hacia la salida. Libero mi muñeca de un tirón y dejo que la multitud me aleje de él. Me río cuando un hombre guapísimo —un hombre lobo, a juzgar por su aroma terroso— me dice que soy su maldita Diosa. Olfatea mi cuello y sus manos viajan por mi vientre, peligrosamente cerca de mis pechos. La inquietud se extiende por mí e intento desalojar su agarre, pero su sujeción sigue siendo fuerte, sus dedos comenzando a abrirse camino en mi corsé.

Un gruñido feroz corta el aire, y las manos sobre mí son arrancadas y reemplazadas por otras más cálidas y familiares. Me giran bruscamente hasta que me encuentro cara a cara con unos ojos azules penetrantes y furiosos. No tengo idea de por qué sonrío y alcanzo su rostro, plantando un beso en su mejilla. —¡Asher!

Parpadea, sorprendido. Sus dedos agarran mi barbilla, girando mi cabeza a izquierda y derecha. —¿Qué tomaste? —Sacude la cabeza y le dice a alguien detrás de mí—: Encuentra a Jules. Nos vamos en cinco.

Frunzo el ceño y me aparto de su agarre. —No estoy... No quiero irme a casa. Odio estar encerrada sola en mi habitación todo el día. —Otra sonrisa estúpida estira mis labios—. Quédate. Baila conmigo.

—Leilani... —Me acerco a su espacio, me pongo de puntillas sobre sus pies, y arrastro mi lengua por su cuello. Maldice suavemente, su mano agarrando mi cintura con fuerza para apartarme de él, pero no lo dejo. Reemplazo mi lengua con mis caninos, atrapando su piel entre mis dientes, y mi corazón late más rápido con un extraño impulso de perforar su piel y reclamarlo. Asher me acerca más, su cuerpo un sólido muro de calor contra el mío, y muevo mis caderas contra las suyas.

—Joder —susurra en mi pelo, sus dedos clavándose en mi piel. No me aparta como pensé que haría. En cambio, baila conmigo. Se mueve en perfecta sincronía conmigo, nuestras caderas

ondulando juntas como si lo hubiéramos hecho mil veces antes. Sus manos están en mi pelo, las mías bajo su camisa —maldita sea si recuerdo cómo llegaron allí— y puedo sentir mi pulso entre las piernas.

Su aroma me envuelve —picante, varonil, embriagador, al igual que su aura que se extiende sobre mí, haciéndome sentir... segura. Inclina mi cabeza para poder mirarme a los ojos, y lo que sea que ve allí hace que sus labios se curven en una sonrisa que me dan ganas de quitarme las bragas. —No puedo decir que me agrade saber que has estado ocultando este talento en particular.

Me muerdo el labio inferior y lo suelto lentamente, y sus ojos se oscurecen mientras siguen el movimiento. —Hay más —susurro, girando en un movimiento que vi ejecutar a alguien antes. Con su pecho presionado contra mi espalda, empujo mi trasero contra su entrepierna, moviendo mis caderas dos veces antes de bajarme cerca del suelo. Me levanto de nuevo, más lentamente, arqueándome de manera sugestiva, y sé que he ganado cualquier juego que estemos jugando cuando Asher agarra mis brazos y dice con brusquedad: —Nos vamos a casa. *Ahora*.

Sus ojos brillan en la última palabra, y mi desafío escoge el peor momento para surgir. —¡No!

—¿No? —repite, apretando la mandíbula, y en un abrir y cerrar de ojos, me levanta del suelo y me arroja sobre su ancho hombro.

—¡Bájame! —grito, cerrando los ojos mientras el mundo empieza a girar. Los suelos resbaladizos dan paso al concreto, y oigo el suave clic de una puerta abriéndose antes de que me dejen caer sin ceremonias en el asiento del pasajero. La puerta se cierra de golpe, encerrándome. Me apoyo contra el suave cuero, cerrando los ojos y respirando lentamente.

Su coche huele tanto a él.

En algún lugar en la distancia, oigo a Asher gruñir: —¡Se suponía que debías hacerle compañía! ¡No traerla aquí! ¿Y si hubiera pasado algo?

—¡No me hables como si fuera una niña estúpida! ¡Deberías haberla visto llorando en ese maldito balcón! ¡Solo intentaba ayudar! —espete Jules, y me giro a tiempo para verla entrar enojada en un coche diferente con Talon.

Momentos después, la puerta del conductor se abre y Asher entra, cerrándola con fuerza suficiente para hacer temblar todo el coche. El dolor rebota en mi cabeza y un suave gemido escapa de mis labios mientras me estremezco. —Ella *estaba* intentando ayudar.

Asher me lanza una mirada muy oscura, pero eso solo hace que una risa burbujee en mi estómago. —Eres lindo cuando estás enojado.

Hace una pausa, sus ojos suavizándose una pequeña fracción, y luego sacude la cabeza, murmurando algo sobre lo desesperante que soy. Lo miro durante todo el trayecto, trazando las líneas de su rostro perfecto, primero con mis ojos, luego con mis dedos. Él me deja.

Me acerco al borde del asiento y atrapo unos mechones de su sedoso cabello entre mis dedos. Sus ojos se desvían hacia los míos, confusión y algo que no puedo identificar arremolinándose en sus profundidades. Dejo escapar una suave risa arrastrada. —¿Alguna vez te has preguntado cómo sería si nos hubiéramos conocido en diferentes circunstancias? —Mi voz apenas supera un

susurro, teñida de una tristeza que no tengo fuerzas para ocultar—. No como la hija de Mardoc. No como el Alfa Oscuro. Solo una mujer con el corazón roto encontrándose con un extraño en un bar en lugar de... ya sabes, que tú me secuestraras?

Sus dedos se aprietan en el volante. Dejo que los mechones de su cabello se deslicen entre mis dedos. —¿Me habrías invitado a una copa, tal vez incluso me habrías llevado a casa? ¿Habríamos podido explorar esto... sin todo este odio y venganza entre nosotros? ¿Habríamos sido... normales?

El silencio pesa entre nosotros, y justo cuando me rindo esperando una respuesta de él, dice: —Nunca seremos nada más que lo que somos. Ponte en contacto con la realidad.

La frialdad en su voz corta más profundo de lo que esperaba, y las lágrimas pican en las esquinas de mis ojos. —Dices eso, pero eres tú quien me castiga por cosas que no hice. Si hay una razón por la que no podemos ser más de lo que somos, ¡eres tú! Olvida que soy la hija de tu enemigo. ¿Qué sabes realmente sobre la mujer que dices despreciar tanto que quieres acabar con su vida? ¿Qué sabes de *mí*, Asher Wilde?

Sus ojos se desvían hacia mí, y su voz es como hielo cuando responde: —Sé exactamente cuánta azúcar tomas en tu maldito café. Tu color favorito es el azul. Duermes mejor boca arriba, tu pie izquierdo tiembla cuando estás ansiosa, hablas dormida y eres intolerante a la lactosa.

Abro la boca para responder, pero no puedo encontrar las palabras. De repente, me siento más sobria de lo que he estado en toda la noche. No sé de qué debería preocuparme más: de cómo sabe todo esto, o de por qué todo lo que me han dado desde que me trajeron aquí ha sido preparado exactamente como me gusta. Supongo que hablaba en serio cuando dijo que me ha estado observando durante seis años. —¿Y por eso no me soportas?

—No es que no te soporte, Leilani. Me perturba profundamente que yo... —Suelta un suspiro frustrado, y las puntas de sus orejas se ponen rojas—. Me fijo en todo sobre ti. Me importas, aunque no debería. Cada detalle que conozco sobre ti me recuerda que se supone que debo odiarte, pero en cambio... —Lucha por sacar las palabras—. En cambio, me estoy enamorando de la única persona a la que juré que nunca perdonaría. Y eso es lo que no puedo soportar.

No nos hablamos durante el resto del viaje a casa, el aire entre nosotros lo suficientemente frío como para congelar el infierno. Su confesión me sacudió, pero aún peor, siento que lo alejó más de mí.

No recuerdo haberme quedado dormida, pero cuando despierto, mi cara está presionada contra el pecho de Asher, sus brazos acunándome mientras me lleva a la casa. Su latido es un ritmo constante contra mi oído, arrullándome de vuelta al sueño. La próxima vez que despierto, es de mañana, y un dolor sordo pulsa en mi cabeza. Hay una taza humeante de café en la mesita de noche, su rico aroma llenando la habitación. Una nota doblada yace a su lado.

Para la resaca, dice en su inconfundible letra. Debajo, hay una línea que ha sido tachada tantas veces que es ilegible, como si no pudiera atreverse a decir lo que originalmente quería. Pero la última línea me deja sin aliento.

Puedes pasear por los jardines o unirme a los guerreros en el patio hoy. A medianoche, tengo algo que mostrarte. Ponte el vestido rojo.

CAPÍTULO 13



LEILANI

Creo que estoy imaginando la falta de hostilidad en el ambiente hasta que Enya sonrío, realmente sonrío, hacia mí. Enya no me sonrío a menos que algo terrible me esté sucediendo.

La extraña sensación solo aumenta mientras bajo las escaleras y las criadas se inclinan profundamente y murmuran saludos entusiastas.

Aparte de las criadas, la casa está inusualmente vacía. Falta el habitual ajetreo de invitados, guerreros y ancianos. También es extraño que hoy no tenga guardias siguiéndome, ni siquiera una escolta. No veo otra alma hasta que llego a la sala de estar. Nunca he estado aquí antes, pero eso es cierto para muchos lugares en esta casa.

Lo que me detiene es la voz femenina y baja que se escucha desde una puerta entreabierta. La abro para revelar una habitación enorme, y estoy maravillándome de los ricos colores y los muebles de buen gusto cuando una voz me espeta —Él no está aquí.

Es Juliana, y a juzgar por su amarga mirada, está enojada conmigo. Me apoyo en el marco de la puerta, jugueteando con las lentejuelas de mi vestido rojo. —Lo sé —muerdo mi labio inferior y el sabor de mi lápiz labial de cereza cubre mi lengua—. Gracias por lo de anoche.

Ella pasa una página de su novela. —Me *alegro tanto* de que te haya funcionado, considerando que estoy castigada tal vez por toda la eternidad.

Me recuerda a alguien que conozco. ¿Mi madre se sentía así cuando yo hacía berrinches y le gritaba? ¿Me perdonó por las palabras que dije la última vez que hablé con ella? *Te odio*. El recuerdo duele. —Hablaré con Asher.

—Vaya, gracias —dice secamente, pasando otra página—. Nunca ha llevado a nadie a la cabaña.

Mis cejas se levantan sorprendidas. —¿La cabaña?

Después de una rápida mirada hacia mí, vuelve a su libro, perfeccionando la expresión de aburrimiento que he visto tantas veces en el rostro de Asher. Su chaqueta de algodón blanco y pantalones a juego parecen demasiado elegantes para estar tirada en el sofá, pero ¿qué sé yo? Soy la menos elegante en esta casa. —Es su lugar favorito. Si te está llevando allí en una cita, entonces supongo que pronto habrá una camada de cachorros corriendo por aquí.

Mi corazón tropieza consigo mismo. Cuando leí su nota, me negué a sentirme emocionada al

respecto. Nunca puedo entender bien a Asher, y no quiero hacerme ilusiones. —¿Qué hay en la cabaña?

Se encoge de hombros. —Nadie lo sabe. Se quedó allí por un tiempo, después de que lo encontrara el alfa anterior —un destello de tristeza brilla en sus ojos, demasiada emoción para que alguien tan joven la cargue—. En ese momento, no estaba del todo... cuerdo.

Es la primera vez que alguien aquí me dice algo sobre Asher, y doy un paso adelante y pregunto —¿Qué le pasó?

Jules me mira. —Tu padre pasó. Ken Anderson pasó —su expresión vuelve a ser indiferente, y sé que no obtendré más respuestas de ella. Al menos no esta noche. Aun así, insisto. Quiero saber exactamente en qué me estoy metiendo. Necesito al menos una pista sobre el hombre para el que estoy toda arreglada, el hombre que parece saberlo todo sobre mí mientras yo no sé nada de él.

—Talon una vez mencionó a la hermana de Asher...

—Te sugeriría encarecidamente que no saques ese tema si deseas mantener tu cabeza sobre tus hombros —espeta Juliana, cerrando su libro—. No es mi historia para contar, pero ya que tienes tanta curiosidad, te diré esto: Ken Anderson despreciaba al Alfa Derek Wilde, por su poder, sus vastos territorios y, lo más importante, su compañera, la madre de Asher. Era una belleza rara, y Ken no podía soportar que ella eligiera a Wilde en lugar de a él. Pero sabía que no podía luchar contra Derek solo. La Manada de la Luna Azul estaba sufriendo mucho por los ataques de los renegados, la falta de suministros y el hambre, y Ken Anderson encontró su oportunidad. Tentó a un desesperado Mardoc con una forma de ayudar a su manada, y tu padre cayó en la trampa.

»Fue el ataque más despiadado jamás ejecutado contra una manada. Arrasaron todo hasta los cimientos, atacando, matando, incluso sabiendo que todo lo que necesitaban para apoderarse de una manada era matar al alfa. Pero los Wilder contraatacaron. Y los renegados, viendo la oportunidad perfecta para matar a los tres alfas, se abalanzaron sobre la manada Wilder —los puños de Juliana se aprietan—. Eran salvajes. Se llevaron a Mallory... —su voz se quiebra y cierra los ojos, sacudiendo la cabeza—. Ni siquiera tenía dieciocho años cuando la ultrajaron y la mataron. El destino de su madre fue aún peor.

Un nudo crece en mi garganta y mi piel se enfría. Mis piernas tiemblan y me apoyo en el marco de la puerta para mantenerme en pie.

—El Alfa Derek enloqueció después de ver eso, así que no pasó mucho tiempo antes de que encontrara su fin —sus ojos azul claro vuelven a los míos—. Asher lo vio todo suceder. Los salvajes lo obligaron a mirar, pensando que lo rematarían después. Estaba muriendo, habiendo sido apuñalado en demasiados lugares por los hombres de tu padre. Es un milagro que sobreviviera.

—Yo no...

—Por supuesto que no lo sabías —se burla—. Tu padre no te contó sobre las atrocidades sobre las que se construyó tu manada. Eras una niña cuando Asher estaba enloquecido, mamando de los pechos de tu madre en la comodidad de un hogar robado a otros. Claro que no lo sabías.

Se pone de pie, metiendo los pies en sus chancletas. —No importa si Asher te acepta o te

perdona. No cambiará lo que eres, lo que tu presencia significa para él o para todos nosotros a quienes encontró y nutrió después de que lo perdiéramos todo. Siempre serás la hija de Mardoc, y cuando entras a una habitación, solo vemos a las personas que hemos perdido. Y el día que dejes de serle útil será el día en que exhales tu último aliento.

* * *

Las amenazas de Juliana me perturban más de lo que quiero admitir, resonando en mi mente mientras llego a las puertas. Asher está al teléfono, de espaldas a mí, y no puedo evitar admirar las poderosas líneas de sus anchos hombros y la forma en que su camisa blanca se adhiere a su cuerpo esculpido. La camisa está metida en unos pantalones que hacen más que solo complementar su físico; resaltan cada centímetro de él. Tiene las mangas enrolladas, revelando tatuajes que hacen que mis entrañas se retuerzan de deseo.

Inhalo bruscamente y él se tensa, volviéndose para mirarme. Sus ojos recorren lentamente mi cuerpo, absorbiendo cada curva. —C-con... —Sus fosas nasales se dilatan ligeramente—. Continuaremos esta conversación más tarde, Brad.

Su mirada me quema mientras se detiene en los lugares donde el vestido rojo se adhiere como una segunda piel, acentuando la plenitud de mis pechos y la longitud de mis piernas. Asher desliza su teléfono en el bolsillo y extiende una mano hacia mí. Una tela negra y sedosa está envuelta alrededor de sus dedos, y me cautiva lo largos y elegantes que son. ¿Cómo se sentirían dentro de mí? Pensamientos oscuros arremolinan en mi mente, pero si él percibe mi repentina excitación, no lo demuestra.

Pongo mi mano en la suya, y sus dedos se curvan posesivamente alrededor de la mía. —Estás deslumbrante, Leilani —murmura.

Ofrezco una pequeña sonrisa y le doy un exagerado repaso visual. —Tú no te ves tan terrible como imaginaba.

Su risa es rica y profunda, enviando un escalofrío por mi columna mientras me empuja hacia adelante con sorprendente ternura. —¿Nadie te ha dicho nunca que a nadie le gusta una boca inteligente?

—No dirías eso si supieras las cosas que esta boca inteligente mía puede hacer.

Una chispa enciende sus ojos, seguida de una oscura emoción que me deja mareada de anticipación. Sus dedos se deslizan de los míos y suben ligeramente por mi brazo. Observo, con la respiración entrecortada, cómo la tela negra se desenrolla en su mano, su expresión indescifrable mientras la desliza por mi piel. —Esto es una venda. —La cola de la tela roza suavemente mi escote, y mi sangre se acelera con la emoción.

—¿Confías en mí? —pregunta, su voz un susurro aterciopelado.

Trago saliva, encontrándome con la profundidad de sus ojos azules. —No.

Los labios de Asher se curvan en una sonrisa irónica. —Bien. —La tela se desliza sobre mis ojos, cortando mi visión.

Lo siento moverse a mi alrededor, pero giro en círculos, sin querer darle la espalda. No puedo decir dónde está hasta que un muro sólido de calor se presiona contra mí desde atrás, sus manos posándose posesivamente en mi cintura. Jadeo cuando sus anchas palmas rozan justo debajo de mis pechos, provocando pero sin llegar a tocar. —Debo advertirte, Leilani —susurra contra el lóbulo de mi oreja—. Una vez que entres en la cabaña, no hay vuelta atrás.

Es una pregunta, una oferta. Podría negarme, y él no me forzaría a seguirlo. Extraño, eso, considerando que literalmente me ha forzado a través de todo hasta ahora. A veces es un imbécil, y otras veces, como ahora, es un caballero. No puedo descifrarlo. Eso debería frustrarme, pero en su lugar, me excita.

Mis pezones se endurecen en anticipación mientras su mano roza debajo de ellos de nuevo. —Te preguntaría qué hay dentro, pero la venda sugiere que se supone que es una sorpresa.

Sus labios rozan mi piel mientras dice: —Correcto.

—¿Vas a matarme?

Su risa se desliza por mi piel. —No esta noche.

Dejo que me guíe con una mano en la parte baja de mi espalda. El aroma familiar de las flores es lo único que me dice que estamos caminando por los jardines. Es extraño, ser incapaz de ver y confiar en que Asher no me romperá el cuello y esconderá mi cuerpo donde nadie lo encontrará. Estoy hipersensible incluso al más leve toque del viento contra mi piel, al aroma de rosas silvestres y granadas, a la presencia carnal de Asher.

El aire cambia, y huelo aceite de linaza. —¿Es eso...? —Mi voz se apaga mientras el aire se vuelve más cálido. La mano de Asher deja mi cintura y casi inmediatamente, una puerta cruje frente a mí. El olor es más fuerte, y me río un poco—. ¿Pintura? ¿Tú *pintas*?

—A veces —murmura, empujándome suavemente hacia adelante. Mis tacones se enganchan en lo que creo que es el umbral, y caigo contra Asher—. Cuidado —dice, y el calor en su voz me hace sentir más cálida. Me sonrojo, incapaz de evitar la sonrisa tímida que se extiende por mis mejillas. Sí, estoy perdiendo la cabeza con este hombre, olvidando todas las razones por las que no podemos —o no deberíamos— estar juntos.

Toma mi mano y me guía a través de lo que asumo es la cabaña. El aire está impregnado con su aroma, incluso más que su dormitorio. Debe pasar mucho tiempo aquí; puedo sentir su presencia en cada rincón. Otra puerta cruje al abrirse y entro, mi brazo rozando una superficie lisa y plana. Mis dedos se detienen, trazándola cuidadosamente. —¿Es esto... un lienzo? —murmuro, con un toque de asombro en mi voz—. Siempre pensé que la pintura era un pasatiempo humano. Los lobos no suelen tener la paciencia o la delicadeza para las pinceladas.

—La pintura es un pasatiempo para mí. Es una escapatoria. Y en cuanto a la paciencia... —Hace una pausa, haciéndome detener de repente—. Tengo una cantidad poco saludable de ella.

Podría recordarle que dijo exactamente lo contrario hace un par de semanas, justo antes de arrastrarme por el pasillo y obligarme a casarme con él, pero si todo lo que Juliana me ha dicho es cierto, Asher ha estado planeando su venganza desde que yo era una bebé. Eso son dos décadas. Mi emoción es reemplazada por miedo. ¿Cómo podría esperar superar tanto dolor y sufrimiento? ¿Cómo puedo ser más importante que eso?

Cuando habla de nuevo, hay un tono nervioso en su voz. —Espera aquí.

Me quedo sola con mis pensamientos por un momento, y trago mi suspiro de alivio cuando Asher vuelve a tomar mi mano. Su toque provoca una deliciosa sensación en mi vientre mientras envuelve mis dedos alrededor de algo robusto. Me doy cuenta de que es un pincel, cuando el aroma de la pintura cosquillea mis fosas nasales. Levanta mi mano lentamente, aún sosteniendo el pincel, y yo —nosotros— hacemos una pincelada tan suave que se siente como si estuviera pintando en el aire.

La curiosidad me hace intentar mirar bajo la venda, pero no puedo ver nada.

—¿Qué estamos pintando?

Su voz es un rumor profundo detrás de mí que siento en mi columna vertebral.

—Una obra maestra —su muslo presiona contra mi trasero, y me echo hacia atrás para encontrarlo duro. Mi corazón late desenfrenadamente mientras me apoyo completamente contra él, sintiendo su respiración constante contra mi cabello—. Lo siento —dice.

Mis dedos acarician el lienzo de nuevo.

—¿Por qué?

—No te creí cuando dijiste que no había pasado nada esa noche. Yo... —Una larga pausa—. ...me disculpo por mi comportamiento. Fue... bárbaro —¿Es así como quiere llamar a tirarme contra el colchón y besarme hasta dejarme sin aliento? Una parte descarada de mí argumentaría que si eso es barbarismo, no me importa en absoluto.

Una carga se levanta de mis hombros. No pensé que me importara lo que pensara de mí hasta que pasé todo el día llorando, odiándome por algo que ni siquiera hice.

—Tenía la impresión de que los alfas imbéciles no podían disculparse.

Él suelta otra risa encantadora que me hace derretir como mantequilla.

—Tal vez tú simplemente sacas lo *mejor* de mí.

—Ja, ja, muy gracioso, alfa.

De alguna manera, me relajo, sintiéndome más cómoda con él. Sus dedos rozan los míos, suaves y juguetones, y no puedo evitar la forma en que mi estómago se vacía con la sensación. El tiempo se escapa mientras nos movemos juntos, el pincel deslizándose por el lienzo hasta que finalmente nos detenemos.

—¿Está terminado? —pregunto.

—Sí.

Tira de la seda alrededor de mi cabeza y se cae. Parpadeo ante las luces, y mi respiración se detiene ante la vista en el lienzo. Es una pintura de una niña pequeña sentada en la hierba, su cara cubierta de barro, su amplia sonrisa mostrando muchos dientes faltantes. Sus ojos dorados ámbar brillan intensamente como el sol, y su cabello rojo salvaje se eriza por todas partes.

Recuerdo el vestido azul y el pequeño jardín en el patio trasero de la casa de la manada.

—Cómo...

Mi voz se apaga cuando mi mirada se engancha en otra pintura. Camino hacia ella, fascinada. Es otra pintura mía, esta vez con un vestido negro, alcanzando la manija de mi coche destartado. Mis mejillas están sonrojadas y mis ojos están rojos de tanto llorar. Hay tanta tristeza en mis ojos que mi corazón se rompe de nuevo. Esto fue después del funeral de mamá. Iba a casa de Christian porque no podía soportar estar en nuestra casa, viéndola en todas partes.

Hay pinturas mías por todas partes, en diferentes momentos de mi vida, algunas de momentos que ni siquiera recuerdo. Me sonrojo ante las pinturas más obscenas, pero todas son impresionantemente hermosas. Estudio cada una cuidadosamente, viéndome a través de los ojos de Asher. Soy impecable. Soy perfecta. Soy impetuosa. Soy vulnerable, pero fuerte: una rosa salvaje con espinas que son tan hermosas como los pétalos.

Me doy la vuelta, mi mirada se encuentra con la suya al otro lado de la habitación, y las lágrimas nublan mi visión.

—No mentías cuando dijiste que me habías estado observando.

Él no dice nada, sus ojos penetran los míos mientras evalúan mi reacción.

—¿Por qué? —Hago un gesto alrededor de la habitación, las emociones me abruman—. ¿Es esto otra estratagema para que baje la guardia y me enamore de ti, solo para que puedas arruinarme? ¿Por qué observarme? ¿Por qué pintarme? No te entiendo, Asher.

—Hubo odio —comienza, mirando la pintura de mi yo pequeña—. No entendía cómo podías estar tan llena de vida, ser tan buena, a pesar de haber nacido de un hombre como Mardoc. Muchas veces intenté llevarte y matarte, pero terminé distrayéndome. Por ti —Su pulgar acaricia la mejilla embarrada de mi yo pequeña, y se mueve al siguiente caballete, una pintura mía dormida en mi antigua habitación, decorada en docenas de tonos de azul—. Y luego hubo curiosidad.

Se mueve al siguiente. Mis ojos están oscuros de lujuria, mi camisa colgando de mi hombro, mostrando la sangre en mi cuello donde Christian me mordió justo después de nuestra primera noche íntima juntos. Los ángulos sugieren que Asher observó todo desde un punto alto, quizás encaramado en un tejado fuera de la casa de Christian, en una de las otras casas de la manada.

—¿Qué elecciones harías después? ¿Qué te empujaba al límite? ¿Qué decisiones tomarías en esos momentos de desesperación? ¿Qué tipo de cereal te gustaba más? ¿Una cosita salvaje como tú querría flores en sus días malos?

Asher resopla, como si la idea fuera absurda. El siguiente caballete que elige es el más cercano a mí. Estoy muy desnuda, mis dedos pellizcando un pezón rosado y mi otra mano entre mis muslos. Mis labios están entreabiertos, mis mejillas sonrojadas mientras me captura en lo que parece un gemido. Estoy en su cama, con una almohada encajada bajo mi cintura, y su precisa ilustración de mi coño mojado hace que la sangre se precipite hacia mi clítoris.

—Hubo negación, y con ella, me obsesioné con los detalles más pequeños, robándolos para mí.

Se vuelve hacia mí y yo me atrevo a dar un paso atrás, incapaz de manejar las emociones furiosas que arremolinan en su mirada.

—Quería aferrarme a una parte de ti, y no estaba seguro de por qué.

Mi estómago se tensa cuando su mirada cae sobre mi boca.

—¿Y ahora?

Él pierde la compostura, su respiración se vuelve entrecortada mientras cierra la distancia entre nosotros.

—Maldita sea si sé qué voy a hacer contigo, Leilani.

Se inclina sobre mí, agarrando mi cintura y levantándose mientras sus labios se encuentran con los míos en un choque feroz. Mis piernas se envuelven alrededor de su torso y chocamos contra algunos caballetes mientras Asher nos guía a ciegas, su lengua bailando alrededor de la mía mientras yo chupo con fuerza, el sabor de él aumentando el delicioso dolor entre mis piernas.

Mi espalda golpea una puerta, y Asher busca a tientas el pomo. Cuando no cede, lo abandona por completo, pasando sus manos por mi cabello, mi cuello, la parte posterior de mis muslos, mi trasero.

—Diosa, Lei, me estás matando —susurra contra mi cuello, alejándonos de la pared.

Me coloca encima de una mesa, enviando pinturas, pinceles y pilas de sábanas al suelo con estrépito. Asher se retira lo suficiente para mirar hacia abajo mientras levanta mi vestido, sus uñas clavándose en mis muslos. Algo me impide alcanzarlo.

—Asher —susurro—. Tus ojos.

Él se congela, su cabeza se levanta de golpe. Venas corren desde las esquinas de sus ojos, extendiéndose por sus pómulos, y sus ojos parpadean entre dorado y un negro escalofriante. Cierra los ojos, agarrando la mesa a ambos lados de mis piernas, y sacude la cabeza. Una vez. Dos veces. Y luego sisea de frustración.

La mesa se agrieta bajo la presión de sus dedos, y Asher comienza a temblar. Jadea, su rostro contorsionándose de dolor. Siento su dolor en mi interior, paralizante y excruciante. Extiendo la mano para tocarlo, para ofrecerle cualquier forma de consuelo. Me gruñe en el momento en que mis dedos tocan su mejilla. —No me toques.

Sus caninos están alargados, y su cabello negro brillante es más largo de lo que era hace segundos. Nunca he visto a un alfa transformarse, pero esto podría ser. Como si también se diera cuenta, Asher comienza a alejarse de mí. Pero estoy cansada de que demos un paso adelante solo para retroceder diez. No sé cuándo volveré a ver este lado de él, y no estoy lista para perderlo todavía.

Agarro su muñeca antes de que pueda huir de mí. —No te vayas —Alzo la mano para acunar su mejilla, reprimiendo mi miedo mientras miro fijamente al abismo de sus ojos—. Respira —digo, porque no lo está haciendo.

Toma una profunda bocanada de aire, y soy muy consciente de la grieta que se profundiza en la mesa mientras lucha consigo mismo por el control. —¿Esto ocurre a menudo?

Un brusco asentimiento. Está temblando. Desesperada por distraerlo, busco un cambio de tema.

—He matado a un inocente antes.

Asher parpadea. Un destello de azul regresa a sus ojos. Sonríe. —Era una presa, un conejo, mi primer intento de caza. Soy la mejor cazadora de la Manada Luna Azul —Incluso mejor que mi padre, diría Morris todo el tiempo. Extraño esos días.

La oscuridad se despeja, y sus ojos brillan con alegría. —Eso ya lo sabía —Su respiración aún es temblorosa cuando se inclina, nuestras frentes tocándose. Mi cuerpo hormiguea, pero estoy preocupada. Cuando sus labios se ciernen sobre los míos, presiono un dedo contra su boca, empujándolo suavemente hacia atrás—. En otra ocasión, tal vez.

Exhala pesadamente. —Lo arruiné, ¿verdad?

Presiono un suave beso en su mejilla. —No, gracias a ti. Tu sorpresa fue perfecta.

Después de eso cenamos, bajo la luz de la luna en una mesa decorada con hermosa platería y flores. Asher me cuenta sobre su vida, pero nada antes o durante el ataque de mi padre. Habla de después, evitando la tragedia como si nunca hubiera sucedido. Una parte de mí desea que se abra conmigo, pero otra parte aprecia que podamos tener conversaciones tan simples sin atacarnos mutuamente.

Resulta que fue a una universidad humana. Tiene un título en negocios, sea lo que sea eso. Los hombres lobo normalmente no ven la necesidad de esas cosas. Somos educados en casa y entrenados para ser guerreros, feroces luchadores, madres o lunas, si tenemos la suerte de ser emparejados o casados con alfas. Me dice que además de sus clubes sexuales —*¿hay más de uno?*!— posee una empresa. Deja que los humanos la dirijan, pero él sigue recibiendo todo el dinero.

Lo acuso de robar y se ríe de mí. —Son solo negocios, y les pago considerablemente bien.

Aún creo que eso no parece muy justo.

No tengo mucho que contarle a un hombre que lo sabe todo sobre mí, pero me escucha con gran atención mientras comparto detalles aleatorios, evitando deliberadamente mencionar a mis padres. Es un buen oyente, y me mira como si nunca me hubiera visto antes, como si fuera algo especial.

Como más de lo que debería, porque la comida es absolutamente deliciosa. Resulta que Asher es un gran cocinero. También bebo bastante vino, así que Asher se ofrece a cargarme, pero yo solo enlazo mi brazo con el suyo, dándole palmaditas de vez en cuando como si fuéramos viejos amigos.

Me encanta su compañía, me doy cuenta, y no quiero que esta noche termine. Pero lo hace, con Asher acompañándome hasta mi extremo del largo pasillo y quedándose fuera de mi puerta.

—¿Quieres entrar?

La pregunta se extiende entre nosotros, y me muerdo el labio inferior mientras espero ansiosamente una respuesta. Coloca un mechón de cabello suelto detrás de mi oreja. —Me encantaría, pero me preocupa lo que estar cerca de ti me hace —Baja la mirada, y sigo su mirada hasta mi cabello enroscado alrededor de su dedo con garras. Cuando vuelvo a encontrar sus ojos, son dorados—. Nunca estoy en control contigo, Leilani.

La decepción arde en mí, pero trato de ocultarla. Pero Asher me lee como un libro porque da un paso adelante y me atrae hacia un fuerte abrazo, una sola palabra de promesa escapando de sus labios: —Pronto.

A la mañana siguiente, me despierto con una sonrisa, pataleando y chillando en mis almohadas como una adolescente que recibe su primera carta de amor de un chico que le gusta. Me siento eufórica, prácticamente saltando por mi habitación mientras me preparo para el día.

Hay flores en mi mesita de noche, acompañadas de notas, y apenas registro la presencia de Enya mientras ordena mi habitación con su habitual ceño fruncido. —Tienes dos entregas. Una es del alfa. La otra debe ser de tu padre.

Abro primero la de Asher, mi sonrisa extendiéndose de oreja a oreja hasta que suelto una horrible risita que hace que Enya gima: —Por el amor de la Diosa.

Te ves hermosa cuando duermes. Otra línea tachada. Desearía haber podido quedarme más tiempo para celebrar contigo en persona, pero me temo que esto no podía esperar. Feliz cumpleaños, princesa. Tu regalo está en mi habitación. Recupéralo, si te atreves.

Me río a carcajadas y resoplo: —Payaso.

Alcanzo la segunda nota y la desdoble ansiosamente. Quizás no debería haberlo hecho, porque todo mi universo se inclina bruscamente cuando las palabras saltan hacia mí.

Mis condolencias. Tu padre era un buen hombre.- C.

CAPÍTULO 14



LEILANI

El choque del acero y los estallidos de los rifles no logran ahogar mi desesperación ni mi ira. Mi corazón golpea contra mi caja torácica, buscando una salida de mi pecho, y mi respiración es agitada. Sostengo la nota de Christian apretada en mi puño mientras cruzo el patio.

No me había molestado en tomar un baño. Simplemente me puse la primera ropa y botas que encontré y vine directamente aquí, donde correctamente supuse que encontraría a Talon. Él rodea a su oponente, Gerald, el delta de la manada, pero se detiene cuando me ve.

Los saludos vuelan hacia mí, pero apenas los escucho. Me detengo frente a Talon y golpeo la nota contra su pecho. —¿Es esto cierto?

Talon frunce el ceño y despegas el papel de su piel sudorosa, pero cuando su mirada toca el papel, sus ojos se ensanchan, salvajes de pánico. Veo la verdad en su mirada. ¿Cómo pudieron haberme ocultado esto? Anoche, Asher me miró a los ojos, me escuchó hablar sobre mi infancia y me dejó creer que todo estaba bien. No podría haberme engañado de esta manera. Mi padre no puede estar muerto.

—Las llaves del coche —susurro. El patio ha quedado en silencio, todos los ojos siguiendo nuestro intercambio—. Dámelas.

La mandíbula de Talon se tensa. —Me temo que eso está fuera de discusión.

Por primera vez en mucho tiempo, siento que el temperamento de Fiona se enciende, su rabia se fusiona con la traición que siento, y un poder crudo fluye por mis venas, nada parecido a lo que he sentido en toda mi vida. Mis cejas se juntan mientras doy un paso furioso hacia adelante. — Soy muy consciente de que todos ustedes lo desprecian, pero él era... ¡es mi padre! Es la única familia que me queda, y no es *tu lugar* decirme si puedo ir a verlo o no.

Talon permanece imperturbable. —Son órdenes del alfa. No se te permite abandonar la manada...

Gruño, y un jadeo recorre la multitud. Talon se pone rígido, un sudor brota en su frente mientras lucha contra una fuerza invisible. Me mira con ojos llenos de miedo, y yo le devuelvo la mirada. Él suelta un silbido, bajando los ojos al suelo, y no es suficiente.

El sabor de su miedo es embriagador, y trato de extraer más de él, humillándolo como él me humilló a mí. Su espalda se encorva, sus manos agarrando sus rodillas mientras lucha por mantenerse en pie, pero nada funciona. Me mira de nuevo mientras cae sobre una rodilla, sus

manos temblando.

Un borrón de colores estalla en mi visión periférica, y alguien agarra mi brazo. Mi enfoque en Talon se rompe y él cae sobre su segunda rodilla, jadeando y tragando aire. Tener sangre alfa corriendo por mis venas me hace más fuerte que una beta regular, pero como beta de Asher, Talon es increíblemente fuerte. Forzar su sumisión debería haber sido imposible para mí.

—¿Has perdido la cabeza? —sisea Juliana en voz baja, corriendo al lado de Talon. Un par de llaves cae a mis pies—. Si estás tan ansiosa por volver corriendo a una manada que te abandonó y te juzgó cruelmente, entonces sé mi maldita invitada. No hará ninguna diferencia, porque ya es demasiado tarde.

Las lágrimas queman mi mirada y un doloroso nudo crece en mi garganta. —Lo sabías. Tú... lo sabías.

Miro cada rostro, la lástima en sus ojos. Todos lo sabían. Agarro las llaves del suelo y salgo corriendo del patio antes de que puedan ver la lágrima rodando por mi mejilla.

* * *

Abandonando el coche, corro a través del inusualmente concurrido camino de entrada. Es demasiado pequeño comparado con el de Asher, demasiado lleno de gente susurrando en tonos bajos mientras otros animan lo suficientemente alto como para hacer que mi cabeza palpite. Todos están concentrados en algo en el centro del patio.

—¿Camille? —llamo, reconociendo a la mujer rubia que está de puntillas al borde del alboroto. Ella se gira, sus ojos se ensanchan cuando se posan en mí—. ¡Mi señora!

Su voz se eleva, atrayendo miradas sorprendidas, la mayoría de las cuales rápidamente se transforman en desprecio y odio. Veo a Madeline entre ellos, luciendo más miserable de lo que jamás la he visto. Un vestido negro cuelga de su cuerpo demasiado delgado, sus ojos enrojecidos y sus labios pálidos. No hace ningún movimiento para acercarse a mí. Me pregunto si es la culpa lo que la mantiene alejada, culpa por acostarse con mi pareja, o por su propia infidelidad. Pero no puedo ignorar la pena en su expresión.

—No pensé que vendrías —dice Camille, corriendo hacia mí y tomando mis manos—. Especialmente no después de los rumores sobre ti y el Alfa Oscuro. Lo siento mucho por tu pérdida.

Mis labios tiemblan. —Mi padre... —¿Cómo alguien se va a dormir siendo la mujer más feliz del mundo y se despierta huérfana?— ¿Cómo...?

La tristeza llena la mirada de Camille. —Los hombres del Alfa Oscuro nos atacaron hace unas noches. Murió defendiéndonos.

Se me corta la respiración. —¿Asher... hizo esto?

—Tu marido hizo esto —gruñe una voz llena de odio detrás de mí. Me giro para ver al gamma de mi padre acercándose, sus ojos ardiendo de furia. Tiene un ojo hinchado y cerrado, y su camisa está medio desabrochada, dejando ver vendajes debajo—. Él mató a tu padre, ¿y qué

hiciste tú? Lo recibiste en casa y abriste las piernas para él. Eres una desgracia. Una puta estúpida e ingrata. Mardoc seguía intentando salvarte. Iba a renunciar como alfa para protegerte.

Me mira con desprecio. —Lo mínimo que podrías haber hecho era asistir a su funeral.

Mi mundo se inclina violentamente y un sollozo desgarrado escapa de mis labios. —¿Su... su funeral? —Mi pecho se contrae, el dolor exprimiendo el aliento de mis pulmones. ¿Ya lo han enterrado?

Los vítores vuelven a estallar, y la cabeza del gamma se levanta bruscamente, su rostro contorsionándose con disgusto antes de que sus ojos vuelvan a mí. —Ha aplastado a todos los hombres que se han negado a aceptarlo como alfa. Esto es lo que querías, ¿no?

Pasa junto a mí, su hombro golpeando el mío con fuerza suficiente para hacerme tambalear.

Camille deja escapar un pequeño grito, sosteniéndome. —No es tan malo. Gavin solo está enojado porque perdió contra el Alfa Asher en el duelo. Ha sido bueno con nosotros...

Ignoro sus palabras mientras me aparto de ella y me abro paso entre la multitud, siguiendo el aroma que se ha convertido en mi hogar en las últimas semanas. Cada paso alimenta mi rabia, profundizando el dolor desgarrador a medida que me acerco a la parte más densa de la multitud. ¿Cómo pudo ocultarme esto?

¿Celebraron, levantaron copas y brindaron por su victoria? Después de que confié en él, dejé que me tocara, besé su mentirosa boca... ¿se estaba riendo de mí todo el tiempo?

Llego al frente justo a tiempo para ver a Morris lanzado por el patio, con sangre goteando de sus labios. Gruñe, agarrándose el abdomen. Sigo su mirada furiosa hasta Asher, quien lo acecha con la gracia casual de un depredador que sabe que ya ha ganado. Está imperturbable, perfecto en su atuendo informal de negocios, sin un solo cabello fuera de lugar y sin un rasguño.

—Es injusto que un alfa pueda ser tan fuerte —murmura un guerrero cercano, su voz teñida de asombro.

Asher escanea la multitud. —¿Alguien más? Luchar contra mí no cambiará lo inevitable. Vuestro alfa está muerto y no dejó herederos para ocupar su lugar. Cada alfa aquí ha peleado conmigo por su título, y ninguno ha ganado. Solo yo puedo lideraros y protegeros. Lo poco que queda en vuestras arcas no ayudará cuando llegue la próxima ola de ataques de renegados. Vuestros guerreros están sanando. Vuestras defensas son débiles. Estoy extendiendo una mano para ayudar en esta situación desesperada...

—¡Para poder eliminarnos uno por uno, como hiciste con nuestro alfa! —grita Morris, con un corte fresco en la frente sangrando por su rostro.

La multitud ruge en acuerdo, alimentando el desafío de Morris. Incluso yo sé que esta no es una pelea que pueda ganar. Se pone de pie nuevamente y se lanza contra Asher, quien lo esquivo sin esfuerzo, pateando los pies de Morris por debajo de él y enviándolo al suelo.

Antes de darme cuenta, estoy gruñendo mientras me lanzo frente a Morris, protegiéndolo con mi cuerpo. Él me crió junto con mis padres, y no dejaré que Asher lo lastime. No puedo permitir que lastime a nadie más que me importe.

Asher parpadea, la única señal de sorpresa que muestra. —No deberías estar aquí.

—¡Este es mi hogar! ¿Cuánto tiempo ibas a ocultarme la verdad? —Mi voz se quiebra con angustia—. Me has hecho quedar como una tonta.

Su expresión permanece indescifrable mientras sus ojos recorren la multitud. Está descontento con mi arrebato público. Inclina la cabeza y me mira fríamente. —Era mejor que no lo descubrieras antes...

—¿Que mataste a mi padre? —Mi voz está rota—. ¿Cuándo lo hiciste? ¿Después de arrojarme por la noche? ¿Te reíste de mi ignorancia?

Un músculo se tensa en su mandíbula, pero esa es la única reacción que obtengo de él. Aprieto los puños, arriesgándome a mirar hacia atrás a Morris. Su mandíbula se tensa con determinación, al igual que la mía. Miro a mi marido y digo lo primero que me viene a la mente, aunque sea estúpido. —Pelearé contigo por el puesto de mi padre. Es mío por derecho de nacimiento.

Asher me lanza una mirada desdeñosa. —Contrario a lo que puedas pensar, en la Manada Colmillos Oscuros, golpear a una mujer se castiga con la muerte. Si quieres un duelo, escoge un campeón, *esposa*.

Mi cuerpo responde al timbre profundo y rico de su voz, y la tensión se aprieta a mi alrededor como una cuerda. Asher me da la espalda, descartando mi desafío, y a mi loba no le gusta mucho eso.

Corro.

Asher mira por encima de su hombro, tambaleándose hacia atrás justo a tiempo para evitar mi golpe mientras intento aplastarle la cabeza con una piedra. Atrapa mi muñeca, estrellándola contra su muslo, y el contacto reverbera por todo mi cuerpo, obligándome a soltar la piedra.

Lanzo el siguiente golpe hacia su rostro perfecto, ignorando el repentino aumento de ruido proveniente de nuestra creciente audiencia. Debemos ser todo un espectáculo, una pareja emparejada peleando ante dos manadas con tal violencia abierta.

Él bloquea mis golpes, pero nunca intenta contraatacar. Eso solo me enfurece aún más. La desesperación por lastimarlo como él me ha lastimado impulsa cada uno de mis movimientos. Pero todo lo que hace Asher es hacerme quedar como una tonta, atrapando mis muñecas y tobillos antes de que puedan tocarlo y desenredando nuestras extremidades en lo que parece una danza respetuosa.

La frustración arranca un gruñido de mí y abandono los intentos de golpearlo, optando en su lugar por lanzarme hacia adelante con una fuerza que debería habernos hecho chocar y rodar por el suelo.

Pero Asher me atrapa en el aire por la cintura y susurra contra mi oído: —Detén esto ahora, Lei... —Suelta un gemido agudo cuando mi rodilla conecta con su entrepierna. Sus orejas se enrojecen y su expresión se oscurece. Es toda la advertencia que recibo antes de que algo duro golpee mi frente.

Las estrellas estallan en mi visión y un calor gotea por mi nariz mientras parpadeo. Dos veces. No puedo ver una mierda excepto las estrellas que giran en mi visión. El bastardo me dio un

cabezazo y me arrojó de culo como un saco de suministros.

Ver me toma más tiempo del que me gustaría admitir, pero cuando mi visión se aclara, hay un borde asesino en los ojos de Asher que me dice que esta pelea está a punto de tomar un giro mucho más oscuro. Esto es lo que quería, pero no creo que vaya a sobrevivirlo.

Se acerca a mí con paso depredador y retrocedo, agarrando un puñado de arena, y cuando está lo suficientemente cerca como para atraparme, se la lanzo. Su cabeza se echa hacia atrás y sus ojos se cierran, un gruñido molesto se le escapa. O uno divertido. Realmente no puedo distinguir con Asher.

Uso la distracción para ponerme de pie, y los ojos de Asher están abiertos ahora, aunque están rojos y húmedos. Sus labios se tuercen en una sonrisa feroz y el entusiasmo brilla en sus ojos. El sentido común me grita que me detenga, pero ya he pasado ese punto. Me lanzo hacia él de nuevo. Y otra vez. Cada esfuerzo es frustrado, y pronto me doy cuenta de que Asher está jugando conmigo.

Aun así, no me detengo, *no puedo* detenerme. Tengo que hacer esto. Si no lo hago, me desmoronaré. El dolor me destrozará. La culpa que siento por soñar con el hombre que mató a mi padre follándome, me abrumará. Confié en Asher, abrí gradualmente mi corazón a él, y si dejo de pelear contra él, el dolor me matará.

Me lanzo contra él con todo lo que tengo. —Te odio. Te odio. Te odio jodidamente.

Las lágrimas corren por mis mejillas, y los únicos sonidos que resuenan por el patio son mis sollozos.

Los brazos de Asher se cierran alrededor de mis costillas, levantándose del suelo tan fácilmente como si fuera una muñeca de trapo. Espero a medias que me arroje al suelo, pero en su lugar, me lleva, su voz calmada y suave mientras mira por encima de su hombro. —Encárgate de las cosas aquí, Cayden.

—¡Suéltame! —grito, clavando mis uñas en sus brazos, tratando desesperadamente de liberarme. Pero su agarre es como el hierro, apretándose alrededor de mis costillas mientras me lleva por la casa de mi padre, subiendo las escaleras como si lo hubiera hecho mil veces antes. Cada paso se siente como una traición, las paredes familiares cerrándose sobre mí, asfixiándome. Mis respiraciones se convierten en sollozos entrecortados y pesados mientras mi cuerpo se sacude en sus brazos—. ¡Suéltame o te mataré!

Llegamos a mi habitación y él abre la puerta de una patada, sin molestarse en ser gentil mientras me arroja a la cama. Me arrastro hacia el borde, pero su cabeza se gira bruscamente, su dedo apuntándome con una furia fría y contenida—. Quédate en la puta cama, o juro que no seré responsable de lo que pase después.

Le miro con desprecio, el dolor y la ira arremolinándose en mi pecho convirtiendo mi voz en un siseo venenoso—. No recibo órdenes de ti, maldito bastardo manipulador.

—¡Yo no maté a tu padre! —responde él, con voz cortante.

—Digamos que fuera lo suficientemente estúpida como para creer que no lo mataste. ¡Aún así me lo ocultaste! Cada día, te dejé entrar, te dejé ver partes de mí que nunca le había mostrado a

nadie, ¡y me engañaste! ¡Todos lo sabían menos yo, la que realmente perdió a su padre! ¡No tenías derecho a ocultármelo! ¡Ninguno! ¡Ni siquiera estuve aquí cuando lo enterraron por tu culpa!

—¡No quedó mucho de él para enterrar! —la voz de Asher se quiebra, sus ojos ardiendo con una mezcla de ira y dolor—. He deseado su muerte durante tanto tiempo, pero cuando finalmente sucedió, ¡todo en lo que podía pensar era en cómo te sentirías tú! ¿Cómo se suponía que iba a decirte que fue despedazado, miembro a miembro, carne de hueso, y... y... —Su voz falla cuando nota que he empezado a sollozar, feo y mocososo. Sus ojos se abren y el pánico se enciende en su mirada—. Leilani.

Él intenta alcanzarme, pero agarro el jarrón más cercano y lo lanzo con todas mis fuerzas hacia su cabeza. Él se agacha justo a tiempo, y el jarrón se estrella contra la pared detrás de él—. ¡Fuera! —grito, mi voz quebrándose—. ¡Sal de mi vida, monstruo sin corazón!

Un gruñido profundo retumba en su pecho y gira tan repentinamente que no tengo forma de escapar de él. Debería estar tan acostumbrada a su mano en mi garganta cada vez que está enojado que no debería tener ningún efecto en mí, pero lo tiene. Siempre. Su agarre se aprieta, y siento mi pulso latiendo bajo sus dedos mientras su rostro se cierne a centímetros del mío.

—Estoy harto de tus acusaciones e insultos. Aprenderás a comunicarte conmigo adecuadamente, usando tus palabras, no delirando como una lunática. Aprenderás a hacerme preguntas cuando no entiendas, en lugar de escuchar a extraños que no saben nada sobre mí o las cosas que he hecho por ti. Aprenderás a hablar conmigo en lugar de *lanzarme cosas*, porque soy la última persona en este maldito planeta con la que quieres pelear. ¿Entiendes?

Me estremezco ante la ira en su tono, pero no me echo atrás—. Vete a la mierda, *marido*.

Sus fosas nasales se dilatan, y se mueve tan rápido que no me doy cuenta de lo que está pasando hasta que algo afilado se hunde en mi cuello. Grito, mis ojos cerrándose ante el dolor, pero en lugar de retroceder, mis muslos se aprietan. Lo que debería haber sido un grito se convierte en un gemido entrecortado. El calor inunda mi entrepierna, y lo odio por ser capaz de hacerme desearlo incluso en mi ira.

El colchón se hunde bajo su peso mientras se arrastra sobre mí, su boca aún pegada a la herida punzante, succionando con fuerza la piel sensible. Maldigo suavemente, mis piernas abriéndose por voluntad propia para acomodarlo. Sus manos no están ociosas. Están en todas partes, tocando cada parte de mí, y jadeo cuando mi camisa sube por mi vientre y mis pechos desnudos quedan expuestos.

Los ojos de Asher están completamente negros y llenos de hambre mientras mira fijamente mis pezones endurecidos. No pide permiso ni vacila, mientras sus labios encuentran mi mandíbula, deslizándose por mi cuello y clavícula, dejando besos hambrientos por mi pecho, sus dientes mordisqueando mi piel de maneras que deberían doler, pero despiertan un pozo de hambre dentro de mí, tan vasto y profundo que me hace febril de necesidad.

Sus labios rodean un pezón y su lengua lo roza una vez. Mi cuerpo responde con un arco tan perfecto que Asher gime, el sonido profundo y primario. Sus manos agarran mi trasero y me atraen contra sus caderas. La dura longitud entre sus piernas empuja contra la V de mis muslos, rozando mi calor de una manera que hace añicos mis pensamientos.

Otro roce de su lengua, y me deshago por completo. Mis dedos se enredan desesperadamente en su cabello mientras él desabrocha los botones de mis pantalones con precisión sin esfuerzo. Me los quita, arrojándolos a un lado, y su agarre se aprieta mientras agarra mi trasero, sus dedos deslizándose entre las nalgas, rozando la humedad que gotea desde mi entrada hasta mi ano. Su polla se endurece más contra mis muslos y anhelo tenerlo dentro de mí.

Froto mis caderas contra las suyas, provocándole un silbido agudo mientras clava sus uñas en mi cadera—. Impaciente —gruñe, su voz espesa de deseo crudo.

No hay nada gentil en la forma en que me arranca las bragas, y mi respiración se entrecorta cuando lo hace. Mi cuerpo reacciona antes de que mi mente pueda alcanzarlo, arqueándose hacia él. Dos dedos encuentran mi entrada, empujando con una fuerza posesiva que envía escalofríos por mi columna. Me aprieto alrededor de él, ávida de más, de cada centímetro de él, y su risa ronca se desliza por mi piel.

—Estás empapada para mí, Leilani —murmura, y jadeo cuando un tercer dedo empuja contra mis paredes internas—. Tan... —Respira con dificultad—. Jodidamente apretada. ¿Vas a estrangular mi polla así, Leilani?

Nunca he tenido un hombre que me hable así durante el acto. Sus palabras sucias me hacen apretar tan fuerte que mi cuerpo se estremece—. Asher —gimo, agarrando su camisa mientras el orgasmo me atraviesa, más rápido de lo que jamás he experimentado. Él curva sus dedos y me retuerzo, necesitando ya más de él. Lo deseo más allá de la razón. Pero todo lo que hace es bombear sus dedos en mi calor, lentamente, prolongando mi orgasmo y avivando las llamas con su interminable provocación.

Lo atraigo hacia abajo por su camisa y me incorporo para rozar mis labios contra los suyos—. Si tienes miedo de follarme, entonces te sugiero que te vayas. Puedo continuar desde aquí —Pellizco mi pezón izquierdo para enfatizar, gimiendo más fuerte de lo necesario.

Asher me mira con asombro antes de sacar sus dedos de mí—. Eres una maldita mujer loca.

Sonrío, inclinándome para morder su labio inferior—. De nada —Beso su fuerte mandíbula, inhalando su aroma mientras lamo la fuerte columna de su garganta. Su pulso late contra mis labios y mi boca se hace agua—. Leilani, espera...

Mis dientes rozan su piel y un hambre repentina me abruma. No puedo controlar la inexplicable necesidad de marcarlo como mío. La voz de Fiona revolotea por mi mente, pronunciando la única y miserable palabra que nunca pensé que volvería a escuchar. *Pareja*.

Lo muerdo.

Asher se sacude, agarrando mis hombros y apartándose de él. Parpadeo, aturdida por su reacción y lo que he hecho, lo que significa, lo que dijo Fiona—. ¡Eres mi pareja!

Pareja de segunda oportunidad. He oído hablar de ellas, pero son tan raras que la mayoría de la gente ni siquiera cree en ellas.

No hay sorpresa ante mi admisión. Sus ojos son de un azul deslumbrantemente claro mientras me observa procesar el hecho de que me ha ocultado otro secreto más. Inhalo bruscamente. —Voy a... ¿q-qué estás haciendo? —balbuceo, viéndolo tirar de su corbata.

—Por mucho que me encantaría escucharte amenazarme de muerte todo el día, mi paciencia ha llegado a su límite. —Me mete la corbata en la boca cuando la abro para gritar, amordazándome—. No estaba seguro de querer que mi pareja fuera la hija del enemigo, pero contenerme cada maldita vez podría matarme. Así que a la mierda, Lei. Te necesito.

Espera apenas cinco segundos para evaluar mi reacción. No me resisto cuando me voltea boca abajo. Arqueo mi trasero con disposición, presionando mi cara contra las almohadas. Su cinturón tintinea detrás de mí antes de caer al suelo con un golpe sordo. Por un segundo, no lo escucho, hasta que dice con voz ronca: —No seré gentil.

—No lo seas —intento decir, pero la mordaza convierte mis palabras en un balbuceo sin sentido.

Mi trasero se levanta en anticipación, y cuando agarra mis caderas, siento la sensación hasta en los dedos de mis pies que se curvan. —Agárrate del cabecero.

Le obedezco, pero mis manos apenas van a medio camino cuando Asher se hunde en mí. Me ahogo con mi respiración, cerrando los ojos de dolor. Él se tensa, pero no se retira. —¿Te duele? —Odio que no suene tan deshecho como yo me siento. Jodidamente duele, pero aun así lo aprieto.

El calor prende en llamas cada centímetro de mi cuerpo. Maldigo contra la tela, empujando hacia atrás contra él para tomar más.

—Diosa —respira, moviendo sus caderas. Sus muslos chocan contra los míos, haciendo un sonido impío. La cama cruje mientras embiste profunda y certeramente en mi núcleo humedecido, robándome un gemido de los labios. Meneo mis caderas mientras me arqueo hacia él, y continúa así hasta que está profundamente asentado dentro de mí, hasta que lo siento en lugares que nadie más ha tocado.

El sexo con Asher es salvaje y desinhibido. Luchamos con nuestros cuerpos, cada embestida, cada empujón como un tira y afloja con uno de nosotros en cada extremo de la cuerda. ¿Qué cederá primero? ¿Mi desafío o la dominancia de Asher? La Diosa no podría haber creado una peor pareja. Nunca me someteré a Asher, ni como mi pareja ni como mi esposo.

Me trago esas palabras cuando el siguiente orgasmo me invade, violento y más perverso que el primero. Mi coño tiembla alrededor del miembro de Asher, pero él no disminuye su ritmo. Me dice en detalle cuánto ha deseado hacer esto desde que me secuestró. Me dice que soy la única mujer que lo volverá loco de esta manera. Describe todo lo que desea hacerme cuando estemos de vuelta en los confines de su hogar, donde puede follarme tan a fondo como desee, por el tiempo que quiera. Me dice que ahora que me ha tocado, nadie más lo hará. Soy *suya*. Lucho con esa parte, pero mi cuerpo cede, sucumbiendo a otro clímax.

Entonces sale de mí, volteándome sobre mi espalda para poder mirarme mientras me folla lenta y profundamente, levantando mis piernas para que descansen sobre sus hombros. Golpea lugares que hacen que mis ojos se humedezcan. Estoy tan mojada que goteo sobre las sábanas, y los sonidos que hace mi coño llenan el aire. Y aun así, Asher continúa.

Sus ojos cambian de negro a azul, y a veces arden en dorado. Se inclina sobre mí, apoyando sus manos a ambos lados de mi cabeza mientras observa cada expresión que hago. —Deja de... —Gime—. Luchar contra mí, Lei. No quiero coaccionar tu sumisión. Te quiero... —Otro gemido,

seguido de una embestida profunda que siento en mi abdomen—. Como una igual. No me conformaré con una mujer que agache la cabeza porque se lo ordeno. Lucha conmigo. Arrójame jarrones. Me encanta especialmente cuando amenazas con matarme. Me pone increíblemente duro.

Me contraigo, sintiendo que la presión aumenta de nuevo, alcanzando un punto imposiblemente alto. Su nombre escapa de mis labios, audible incluso a través de la mordaza mientras me corro alrededor de su palpitante miembro. Los ojos de Asher se cierran y sus venas se hinchan, y mi nombre está en sus labios mientras se derrama dentro de mí, llenándome hasta el borde. Lo siento gotear por mis muslos.

Su cuerpo se sacude repetidamente, al igual que el mío, y permanecemos allí por unos momentos, jadeando y sudando. Me estiro cansadamente, sintiéndome más llena y más satisfecha de lo que jamás he estado, y me quito la mordaza de la boca. —Imbécil.

Sus cejas se alzan divertidas mientras mira hacia abajo, señalando donde aún estamos unidos. — Dale un minuto. —Al instante se endurece—. O menos.

Me retuerzo. —No quise decir...

Él se ríe suavemente, y el sonido va directo a mi corazón, derritiendo el hielo que lo rodea. —Lo sé. —Presiona un beso en mi frente—. Vamos a casa.

Trago saliva, los eventos de todo el día me golpean de repente. Mi padre está muerto. Todos me han estado engañando. No debería estar en la cama con Asher. Asher es mi pareja. Me ha estado ocultando secretos porque cree que no puedo manejarlos. Lo empujo hacia atrás, extrañando inmediatamente la plenitud de tenerlo dentro de mí, y busco mis pantalones. Me apresuro a bajar de la cama, mis piernas débiles e inestables.

Asher me observa con una intensidad escalofriante mientras me visto. —No confiaste lo suficiente en mí como para creer que podría manejar nada de esto. ¿Cómo te hace eso diferente de Christian, tomando decisiones por mí, por mi futuro, mientras me mantienes en la oscuridad? ¿Así es como tratarías a una igual? ¿Como a una inválida con la fragilidad del cristal? ¿No pudiste esperar una semana antes de intentar reclamar su puesto?

—Solo pensaba en ti —dice, como si esa fuera la única respuesta que necesito.

—Suenas exactamente como él —es todo lo que digo antes de alejarme de él y cerrar la puerta de golpe.

CAPÍTULO 15



LEILANI

Dejo caer las flores en la base de la lápida, y mis labios tiemblan mientras alzo los dedos para trazar cada letra de *Mardoc Stone*. Su tumba está junto a la de mi madre. Agradezco a Morris por haber hecho esto en mi lugar, porque no creo que hubiera sido capaz de llevarlo a cabo. Me tomó tres días después de enterarme de su muerte reunir el valor para visitarlo. Durante mis primeras horas aquí, no hice más que llenar el cementerio, inquietantemente silencioso, con mis lamentos.

Agradezco el espacio para llorar, aunque difícilmente lo llamaría privado, ya que Asher ordenó que Cayden me acompañara aquí. No me opuse. Simplemente no tenía fuerzas para hacerlo.

Sorbo por la nariz, limpiando la lágrima que se escapa más allá de mi barbilla mientras me pongo de pie, con la espalda encorvada por la fatiga. Mis palmas están húmedas de sudor cuando levanto el dobladillo de mi vestido negro, y apenas puedo ver a través del borrrón de lágrimas.

Debería irme, pero aún no sé cómo decir adiós. La última vez que lo vi, me llamó una decepción. Me pregunto si se estará retorciendo en su tumba ahora que Asher es mi compañero de segunda oportunidad. Si me concentro lo suficiente, podría sentirlo al otro lado del vínculo, pero su muro mental es una piedra impenetrable, construida tan alta que no podría romperla ni sobrepasarla.

No es que quiera hacerlo.

Finalmente, doy la vuelta y camino por el sendero de piedra. Las lágrimas caen sobre mi vestido mientras me dirijo de vuelta al coche. No pude encontrar las palabras para hablar con él, decirle que estaré bien, que lo amo y que estoy agradecida de haberlo tenido como padre, independientemente de lo que le hizo a Asher. Puede que haya sido un hombre horrible, pero fue el mejor padre.

Cayden se apoya contra la puerta del conductor, un cigarro ardiendo entre sus dedos. Dejo de caminar al ver un cabello rubio escondido bajo una sudadera gris, y el familiar aroma a sándalo.

Ese no es Cayden.

La figura se separa del coche y se quita la capucha de la cara. Unos ojos verdes furiosos se encuentran con mi mirada. Christian da una profunda calada —¿desde cuándo fuma?— y tira el cigarrillo al suelo, apagando el fuego con el pie.

Mis ojos se dirigen al coche. Está vacío. —¿Dónde está Cayden?

Christian inclina la cabeza hacia un lado, y sigo su mirada hacia un cuerpo inmóvil en el suelo. Mi corazón se detiene. —¿Qué has hecho?

Sus labios se curvan en una sonrisa que antes me derretía, pero que ahora encuentro espantosa. Algo es diferente, y me toma unos segundos entenderlo. La marca de Christian ya no hormiguea cuando está cerca. Desde que consumé mi vínculo con Asher, apenas he notado su presencia, ni siquiera la he sentido.

—No te asustes tanto, amor —murmura—. Solo un golpe en la cabeza, nada más. No soy un asesino. —Su sonrisa se ensancha—. Aunque eso podría cambiar, dependiendo de tus respuestas hoy.

Sus botas marrones crujen sobre la grava mientras camina. —He estado perdiendo el sueño, Leilani. Tengo estos sueños y en ellos, eres feliz. Sin mí. —Sus cejas se fruncen en lo que parece una genuina confusión—. Es una imagen horrible. Es imposible que alguien que no sea yo te haga feliz.

Empiezo a avanzar, con la intención de rodearlo. Está hablando tonterías de nuevo, y no estoy de humor para sus estupideces hoy.

Se interpone en mi camino, y cuando cambio de dirección, me sigue. De repente, me agarra del brazo y me lanza bruscamente contra el coche. Está en mi cara antes de que pueda reaccionar al dolor, sus ojos enloquecidos. —Descarté cada pensamiento. Cada duda. Cada rumor. No había forma de que lo eligieras a él. —Me agarra la barbilla con fuerza y me obliga a levantar la cabeza—. No había forma de que pudieras hacerme eso. Hacémoslo a *nosotros*. Yo fui tu primero y tu último. No había forma de que abrieras las piernas para otro hombre. No había forma de que pudieras olvidarme tan rápido.

Arranco mi barbilla de su agarre, pero él me agarra del pelo, tirando tan fuerte que el dolor atraviesa mi cráneo. Se inclina, dejando que sus labios rocen los míos. Huelo a menta y humo mientras continúa: —He sido paciente contigo, Lei. He intentado todo para hacerte ver la verdad, pero sigues haciéndome quedar como un idiota. ¡Él mató a tu padre y tú lo recompensaste follando con él!

Su voz tiembla y la culpa sube a mi garganta, tragándome la defensa que se apresura a mi lengua. *Asher no mató a mi padre. Puede que no confíe completamente en él, pero creo eso con todo mi ser.* Las palabras de Christian desaparecen como si nunca hubieran existido.

Su agarre en mi pelo solo se aprieta más. —Te dije la verdad. ¡Yo! Deberías haber vuelto a casa conmigo. Yo te habría consolado. Te esperé, y todo lo que obtuve fue dolor y destellos de ti y él. Le suplicabas, incluso en tu dolor. —Sus ojos están devastados—. ¿Tienes idea de cómo me hizo sentir eso? Me *destrozó*.

Mi voz es aguda, pero aún venenosa cuando digo: —Supongo que entonces estamos a mano. Es bueno que finalmente sepas lo que se siente. Espero que el dolor te mate como casi lo hizo conmigo, porque tú, Christian, me destrozaste primero.

Agarrándome por los hombros, me golpea contra el vehículo y el metal gime, el dolor irradiando por mi espalda baja. —¿Así que fue una venganza, entonces?

Gimiendo, empujo su pecho. —No, Christian. No pensé en ti. Ni una sola vez. Asher y yo

estamos casados. Tarde o temprano, iba a ser suya en todos los sentidos de la palabra. No puedes seguir volviendo así. Es inapropiado y no aprecio tu sentido distorsionado de derecho. No te quiero, Christian. Nunca te querré. Terminamos hace meses. Tienes que aceptarlo, porque mi respuesta no cambiará.

Su expresión se llena de dolor. —Tú... lo amas.

No. No amo a Asher. Es atractivo —por la Diosa, sí— y resulta ser mi pareja, pero ninguna de esas cosas es un requisito para enamorarse. Al menos no para mí. Pero Christian no necesita saber nada de eso. Quizás esta es la mentira que necesita para dejarme ir.

Así que levanto la barbilla y pronuncio las palabras que creo que me salvarán de la obsesión de Christian. —Sí. Amo a Asher. —No suena como una mentira cuando lo digo en voz alta. No deja un sabor amargo en mi lengua como esperaba.

Al principio, no pasa nada. Creo que podría haber llegado a Christian cuando parpadea lentamente. Y entonces, se escucha un fuerte chasquido. Un ardor se extiende por mi mejilla como un incendio. Mi cabeza gira bruscamente hacia la derecha y el sabor metálico de la sangre llena mi boca cuando mi labio inferior estalla contra mis dientes. Mis oídos zumban y mis ojos se llenan de lágrimas.

Me han golpeado antes —por matones durante el entrenamiento de la manada, por un renegado tratando de aprovecharse de Camille o Georgia— pero esto es diferente. No es solo la fuerza del golpe lo que me deja sin aliento. Es la pura conmoción de que haya sucedido.

Chris —el hombre con quien debería haberme casado, el hombre que me amaba, que me sostuvo en mis momentos más bajos y me cuidó cuando mi padre estaba demasiado ocupado— me *golpeó*.

La incredulidad me congela en el lugar, mi mente luchando por comprenderlo. El shock me mantiene cautiva por un latido, tal vez dos. Y entonces algo caliente y feroz explota en la boca de mi estómago. Mi cabeza gira de vuelta para enfrentarlo, mis ojos abiertos de furia.

Christian retrocede, sus propios ojos se abren con horror. —Lei... —balbucea, tratando de alcanzarme, sus manos temblando mientras intentan acunar mis mejillas en lo que parece ser una disculpa desesperada—. No quise... Por la Diosa, Lei. Lo siento tanto...

No lo dejo terminar. Mis fosas nasales se dilatan y cedo a la ira y la violencia en mi sangre. Mi puño se estrella contra su cara. Saboreo el satisfactorio crujido de hueso contra hueso, incluso cuando el dolor en mis nudillos sugiere que podría haberme roto algo. Christian gime, sus hombros se tensan como siempre lo hacen antes de un ataque o un cambio, y levanto mi rodilla hacia su entrepierna con toda la fuerza que puedo reunir.

Él aúlla, doblándose sobre sí mismo.

El dolor palpita en mi mano mientras corro hacia el otro lado del coche, dirigiéndome al asiento del conductor, pero un gemido dolorido me detiene en seco. Miro hacia atrás a Cayden, que está levantando lentamente la cabeza mientras recupera la conciencia. Corriendo a su lado, me arrodillo para examinar su cabeza. Está sangrando profusamente por un corte en la sien. Está sanando, pero lentamente. —Oye. ¿Estás bien? —Levanto dos dedos—. ¿Cuántos?

Las cejas de Cayden se fruncen y parpadea tres veces, sus iris oscuros se dilatan. —Cinco. — Suena como un adolescente gruñón recién sacado de la cama. Su mirada se desplaza hacia mí, y su ceño se profundiza—. ¿Por qué tienes un ojo morado?

—Yo... —Mis palabras se convierten en un grito cuando me levantan por detrás y me arrojan al asiento trasero del SUV negro. Los ojos verdes de Christian brillan de furia—. Vendrás conmigo.

Me arrastro hacia la otra puerta. —¡Ni lo sueñes!

Christian agarra mi tobillo y me arrastra hacia él, y el miedo me congela cuando se lanza contra mí con una fuerza que me dejará inconsciente. Pero el golpe nunca llega, porque de repente Christian es arrancado de mí, y Cayden gruñe con dureza mientras lo lanza contra el árbol más cercano, partiendo el pobre arbolito por la mitad.

Se mete en el asiento del conductor y enciende el motor. Este ruga a la vida mientras dice: — Asher me va a matar.

Apenas lo escucho mientras miro por la ventana, mi corazón acelerado. Christian se apoya contra el árbol, agarrándose el costado, y su mirada tiene un borde peligroso mientras nos ve partir. Reconozco esa mirada, y un escalofrío recorre mi espina dorsal. Me lleva de vuelta a hace tres años, trayéndome a dos noches antes de que Ken Anderson fuera encontrado destripado en su dormitorio.

Mi pulgar roza el corte en el labio inferior de Christian, y él se estremece mientras limpio la sangre. —Deja de provocarlo, Chris. Él es el alfa, y su palabra es definitiva. Me iré si eso es lo que quiere.

—Eres mi pareja. No te irás. Amenazar con enviarte lejos para poder controlarme... —La cabeza de Christian cuelga, y una suave risa escapa de sus labios—. Eso termina hoy.

No era ninguna novedad para mí que el padre de Christian lo maltratara, pero al presenciarlo hoy, Fiona nunca había tenido tanta sed por el sabor de la sangre. Pero me contuve de escuchar mis instintos básicos. Madre solía decir que una cosa era matar en defensa propia. Era otra cosa completamente distinta premeditar un asesinato. Demasiadas veces he pensado en cómo salirme con la mía con el asesinato de Ken Anderson, pero esa no soy yo.

Chasqueo la lengua, tirando el algodón ensangrentado a la basura. —¿Y cómo planeas hacer eso? Has perdido cinco duelos. Uno más y... bueno, te amo mucho, Chris, pero voy a tener que esconder mi cara por aquí si sigues perdiendo.

Chris no se toma la broma. Rara vez lo hace. Sus ojos verdes están casi febriles con una emoción que me hace pausar. —¿Por qué luchar por algo que es mío? ¿Por qué no simplemente... tomarlo?

Dos noches después, el Beta Manuel encontró a Ken en la cama, en un charco de su propia sangre y carne. Siempre asumí que los renegados o el Alfa Oscuro lo hicieron. Todos teníamos las mismas teorías, pero ahora que veo el destello malvado en los ojos de Christian, ya no estoy tan segura. Y eso me asusta mucho.

* * *

Hay un elegante Aston Martin rojo estacionado en la entrada, rodeado de una montaña de equipaje de diferentes tamaños y colores. Una docena de criadas están ocupadas recogiendo todo, sus movimientos son rápidos, pero parecen nerviosas. La rueda de un carrito chirría contra el pavimento, seguida de un grito agudo. —¡Maneja mis maletas con cuidado, Enya! ¡Los objetos de valor que hay ahí dentro cuestan más de lo que has visto en tu vida!

Mi mano se congela en la puerta del coche, entrecerrando los ojos mientras asimilo la escena. Enya, mi más cruel atormentadora, de hecho baja la cabeza y murmura:

—Mis disculpas, Sa-

—Para ti es *luna*.

Frunzo el ceño mientras busco la fuente de la voz. En el porche delantero hay una mujer, de espaldas a mí, que irradia un aire de elegancia sin esfuerzo. Su postura es perfecta, erguida con la confianza de alguien que espera que el mundo se incline a sus pies. El vestido plateado que lleva se adhiere a sus curvas, el tipo de vestido que sé que Asher apreciaría en una mujer.

Su cabello rubio fresa, liso y brillante, cae precisamente hasta el borde de ese vestido, que se detiene a mitad del muslo. El vestido captura la luz del sol con un brillo sutil, su tela metálica plateada casi líquida mientras se mueve con ella. Lleva unos llamativos tacones rojos que combinan con el coche, y me esfuerzo por no mirarme a mí misma, o las sencillas zapatillas que llevo. Si un extraño tuviera que adivinar quién es la luna de Asher, yo ni siquiera sería una opción.

—¿Quién es esa? —le pregunto a Cayden mientras se acerca a mí—. ¿A qué manada pertenece?

Las manadas más grandes conocidas están en estas partes, pero hay otras más pequeñas dispersas en otras partes del mundo, formadas por grupos de renegados. Tal vez ella sea la luna de una de esas.

Cayden se limpia la sangre de la frente casi curada y sigue mi mirada hacia las puertas. La exasperación parpadea en su mirada.

—Oh, diablos, no.

Como si fuera una señal, la mujer se da la vuelta, y me encuentro con un rostro sorprendentemente hermoso con ojos que me recuerdan a cristales. Sonríe, revelando dientes demasiado blancos.

—¡Cayden! Oh, qué bien. Me preguntaba por qué nadie estaba aquí para darme la bienvenida. ¿Dónde está Ash? —¿Ash? Sus ojos se desplazan hacia mí—. Tú, coge esa bolsa y sígueme.

Mis ojos van de la caja negra en el maletero a la mujer, que levanta una ceja rubia. Sus labios rojos se curvan con desagrado.

—¿Eres dura de oído, criada?

¿*Criada*? Debe ser por el vestido y mi coleta baja, que todavía está desordenada por el asalto de Christian. Su tono y arrogancia contribuyen mucho a empeorar mi humor ya oscuro. Doy un paso adelante, pero Cayden me detiene.

Sus ojos siguen fijos en la rubia.

—Sasha, ella no es-

La mirada de la rubia se dirige hacia adelante cuando Asher —no sabía que ya había regresado— sale de la casa y se congela en la entrada. Sasha chilla, y una extraña sensación de déjà vu me invade mientras corre hacia adelante, chocando contra Asher.

Algo extraño arde en mi pecho y lo aplasto. No es nada. Probablemente sean amigos de toda la vida. Es solo un abrazo.

Sasha se separa.

—Te he echado de menos. Mucho.

Y entonces, sus labios presionan los de Asher con una familiaridad que se siente como un cuchillo retorciéndose en mi pecho.

El calor sube a mi rostro y los latidos de mi corazón resuenan en mis oídos. Mi estómago se revuelve mientras la bilis sube a mi garganta, trayendo el sabor amargo de los celos. Me desgarran por dentro, agudo e implacable, y mis uñas se clavan dolorosamente en mis palmas mientras escondo mi temblor. No otra vez. Nunca más.

Asher empuja a Sasha lejos de él, y cuando sus ojos se dirigen hacia mí, se ensanchan. Parpadeando para alejar el ardor en mis ojos, paso junto a las criadas boquiabiertas, dirigiéndome hacia las escaleras. Mi hombro roza su brazo mientras continúo hacia la casa.

—No se detengan por mí.

—Leilani, no es lo que piensas.

—¿Asher? —Esa voz irritante me pone de los nervios—. ¿Adónde vas? Acabo de llegar. Hay tanto de qué hablar y preparar. Nuestra boda...

Me río, el tacón de mi zapato golpeando fuerte contra el suelo. Sacudo la cabeza y murmuro para mí misma:

—No. No. Me importa un bledo.

Asher me sigue de cerca, diciéndome que estoy malinterpretando las cosas y que tenemos que hablar. Me detengo en un escalón y miro hacia atrás.

—¿Hablar de qué? ¿De poligamia? No veo por qué necesitas mi permiso. Lo has dicho antes: solo soy un peón para ti. No significa nada en el "gran esquema de las cosas". Mi padre está muerto, hemos follado y ya no te soy útil, así que traes a tu amante. De hecho, te entiendo muy claramente.

Asher da un paso más cerca.

—Eso no es cierto, y lo sabes.

Sus ojos me suplican que recuerde las pinturas, sus confesiones, sus verdades. Pero si hay algo que he aprendido recientemente, es que los hombres mienten. Comienza a hablar de nuevo, pero se detiene e inclina la cabeza, sus ojos recorriendo mi rostro por un instante.

—¿Quién te ha tocado?

Mi ira solo se intensifica.

—¿A ti qué te importa?

Su muñeca se dispara, y resisto un escalofrío cuando su pulgar roza el corte en mi labio inferior. Subo un escalón para escapar de su suave toque, pero él me sigue, sus ojos oscureciéndose de ira.

—No me gusta que me ocultes cosas, Leilani —Su pulgar se eleva, rozando el moretón debajo de mi ojo—. Te golpeó.

—Me caí —contraataco, apartando su mano de mi cara—. No me toques y actúes como si te importara cuando tienes el lápiz labial de otra mujer en la boca.

Continúo subiendo las escaleras, solo para que él bloquee mi camino cuando llego al pasillo. Mis dedos se curvan en puños mientras echo la cabeza hacia atrás y miro su rostro, los ángulos más afilados en la luz más tenue.

—Lo mínimo que podías haber hecho era advertirme antes de traer a otra mujer a nuestra casa.

Asher retrocede como si lo hubiera golpeado.

—¿*Nuestra* casa? Has expresado una cantidad no pequeña de odio por mi casa desde que te traje aquí. Te mostré todo, revelé partes de mí que nadie más ha visto jamás. Intenté disculparme, ¡y me has ignorado durante tres días! Actuaste como si yo no existiera. Te pedí que fueras mía, que fueras mi compañera, mi igual, y te fuiste, justo después de marcarme como tuyo. ¿Crees que puedo pertenecer a alguien más? ¡Me posees! Mi vida, mi casa, mi manada. Todo lo que poseo es tuyo, y me desprecias. ¿Desde cuándo hay un "nosotros"?

No tengo argumento para eso.

—¿Y esa es tu excusa para besar a otra mujer?

Él abre la boca, pero no le dejo hablar para convencerme de que no esté enojada. La ira es todo lo que tengo ahora mismo. Es lo primero que he sentido en días aparte del dolor. Temo que si la dejo ir, caeré en el abismo que amenaza con tragarme por completo. Trago el nudo en mi garganta y le doy mi mejor mirada vacía.

—Haz lo que quieras, Asher. Estoy cansada de esto. Estoy harta de las mentiras, la desconfianza, estos tira y afloja, de pelear contigo. Eres mi pareja, pero eres básicamente un extraño. Simplemente... estoy acabada.

Cuando me alejo, él no me detiene. No escucho movimiento del otro lado de la puerta por el resto del día, así que sé que no viene a su habitación esa noche. Ni la siguiente.

CAPÍTULO 16



LEILANI

Realmente debería haber desayunado en mi habitación. Me desperté sintiéndome sofocada por las paredes de mi cuarto, y la claustrofobia me obligó a bajar. Fue una idea horrible, porque ahora lo único que quiero es romper algo.

Algo como todos los huesos del cuerpo de Sasha.

Es decir, sé que le dije a Asher que había terminado, pero no... no lo decía en serio. Solo estaba enojada y celosa, como debería estarlo. Él había reaccionado de una manera aún peor cuando pensó que algo había pasado entre Christian y yo. Y los vi besarse hace dos días. Tengo todo el derecho a estar enojada, ¿no?

Él se sienta a la cabecera de la mesa, mientras Sasha y yo nos sentamos una frente a la otra, a cada lado de él. Ella ha estado riendo por minutos, inclinándose para susurrar cosas al oído de Asher que lo hacen sonreír con cariño. Sus pechos están en su cara, mucho más grandes que los míos, e incluso yo pienso que se ven bien en ese top tipo corsé.

Ella se echa el pelo brillante sobre el hombro, exponiendo su cuello desnudo a Asher, y algo se rompe lo suficientemente fuerte como para sobresaltar a toda la sala.

—Eh... Leilani —dice Talon en voz baja a mi lado. Cuando lo fulmino con la mirada, mira significativamente mi tenedor roto y mi palma sangrante. Los escondo a ambos bajo la mesa. Me muerdo el interior de la mejilla dolorosamente mientras fuerzo una sonrisa, mirando de la expresión cerrada de Asher a la molesta de Sasha. Jules me ignora, como siempre, pero no muestra tal irritación con Sasha. Ha estado escuchando con interés y ojos soñadores mientras Sasha habla de su tiempo estudiando en el extranjero en Francia. Resulta que Asher la visitaba de vez en cuando a lo largo de los años.

Yo, sin educación, sentada aquí sin un título o lo que sea, viendo a todos actuar como si ella fuera una estrella caída del cielo. Incluso Cayden, que no ha dicho una palabra, tiene las orejas levantadas, mirando de vez en cuando, asintiendo y sonriendo ante cosas con las que nunca podré relacionarme. Incluso tienen bromas internas.

Claramente soy la forastera aquí. Una forastera a la que nadie se molesta en explicarle una mierda. Lo odio. Que se jodan.

Mi silla rechina contra el suelo cuando me levanto bruscamente, tirando la servilleta con más fuerza de la que pretendía, y aterriza en la sopa de Sasha, haciendo que parte de ella salpique su

top. Mis ojos se abren de par en par y empiezo a disculparme. Incluso podría haberme ofrecido a ayudar a limpiar si ella no hubiera abierto su maldita boca.

Jadea, poniéndose de pie y tirando del escote.

—¿Tienes idea de cuánto cuesta esto? Es el único de su tipo, hecho a medida para mí —Sus ojos color aguamarina me miran con desdén—. No esperaría que lo entendieras, ya que has estado en la naturaleza toda tu vida, aprendiendo a encubrir a tu padre asesino...

—Sasha —la reprende Asher, pero ella no se calla.

—Torpe. Inculta. Una salvaje como la escoria que te dio a luz. Estar en esta mesa es más de lo que una cosa miserable como tú merece —Sus ojos brillan con malicia al ver el dolor en los míos. No por su discurso, sino por el hecho de que nadie dice una palabra para interrumpir su diatriba. Odio mirar a Asher y encontrar su expresión desprovista de emoción—. ¿No tienes sentido de la autopreservación, o simplemente disfrutas siendo humillada?

—Ya es suficiente, Sasha —dice Asher con severidad, pero yo podría decirle que no sirve de nada. Las palabras están ahí fuera, flotando sobre nosotros, y mis ojos pican tanto que apenas puedo ver a través de las lágrimas. Me muerdo el labio inferior hasta que saboreo la sangre, y luego sonrío, mirando a Asher—. Gracias por el desayuno —Me trago el dolor y me doy la vuelta, caminando hacia el patio, con las manos ansiosas por la violencia.

* * *

El agudo zumbido del arco corta el aire cuando la flecha aterriza con un golpe seco, precisamente en el centro del blanco, atravesando la flecha anterior. Alcanzo otra, ignorando la sangre en mis dedos, pero el carcaj está vacío.

—Aquí, luna —dice un chico, ofreciéndome otra flecha. Un rubor cubre sus mejillas y sus ojos brillan de asombro. Su sonrojo se extiende cuando la acepto con gratitud, y solo entonces me doy cuenta de que tengo una audiencia de guerreros, tanto adultos como adolescentes.

—Eres excepcionalmente buena con el arco —dice Talon. Lo ignoro y tenso la cuerda—. ¿Nos enseñarías...?

Redirijo mi puntería entre sus ojos marrones.

—Dile a Asher que no estoy de humor para sus juegos. Sé que te envió él.

Talon levanta las manos en señal de rendición.

—Sasha...

Tenso la cuerda con más fuerza, forzándola, y sabiamente él mantiene la boca cerrada. Mi puntería vuelve al blanco y suelto la flecha. Vítores y aplausos estallan cuando la punta de la flecha atraviesa el eje de la flecha anterior. Mi pecho se siente más ligero, pero mis manos están en horrible condición, sangrando por todos lados por pequeños cortes. Suspirando, le entrego el arco a un guardia ansioso, y él me sonrío tímidamente.

Talon me ofrece un pañuelo. No lo tomo, mis pasos son rápidos mientras me dirijo de vuelta al

interior.

—Deja de seguirme —le digo cuando oigo sus pasos firmes detrás de mí.

—El padre de Sasha era el anterior alfa de la Manada Colmillos Oscuros. Este es su hogar, tanto como es el nuestro —Espera mi respuesta, pero no le doy ninguna—. No tenía hermanos, así que no había herederos para el puesto. Cuando encontró a Asher, lo crió como si fuera su propio hijo, y una vez que se dio cuenta de que Sasha estaba bastante enamorada de él, los comprometió. Asher sería su heredero, y una vez que Sasha alcanzara la mayoría de edad, ella sería su luna. Esto no es algo que Asher eligiera. Estaba fuera de su control...

Me doy la vuelta.

—Estaba prometido a otra y aun así me secuestró. Se casó conmigo. ¿En qué me conviertes eso? ¿En un reemplazo? ¿En la otra mujer? ¿Debería tomar mis cosas e irme? De hecho, creo que debería hacerlo.

Talon se pasa una mano por el pelo. —No, Leilani. Quería que supieras que ya no hay nada entre ellos. Estuvieron juntos por un tiempo, pero Asher terminó con Sasha hace un año —hace una mueca—. Ella simplemente no cree que las cosas entre ellos puedan terminar, porque él está en deuda con ella y su difunto padre. Y ella se aprovecha de esa deuda, manipulando las cosas a su beneficio, sabiendo que Asher es un hombre de honor y nunca falta a su palabra. Lo de esta mañana no debería haber sucedido.

—Está bien —digo, con un tono algo menos agresivo que antes.

—Él se preocupa por ti —añade Talon—. Te ama, y te ha amado durante mucho tiempo. Incluso cuando te despreciaba, te pintaba durante horas y te seguía a todas partes. Siempre te ha protegido. No tienes idea de las cosas que ha hecho para mantenerte a salvo.

¿Cómo se responde a eso, cuando no viene del hombre mismo? ¿Cuando el hombre en cuestión no actúa como si eso fuera cierto en absoluto? Elijo la respuesta fácil: ninguna. Continúo hacia mi habitación y mis hombros se tensan cuando Talon grita: —Nunca abriste tu regalo de cumpleaños, ¿verdad? Lo entenderás cuando lo hagas.

Durante un rato después de regresar a mi habitación, miro fijamente la puerta de Asher, contemplando entrar. Maldigo a Talon por hacerme sentir curiosidad, y me dirijo hacia la puerta cuando algo llama mi atención en la esquina de mi habitación.

Un sobre blanco descansa torcido sobre mi mesita de noche, y me dirijo hacia él en su lugar, con el corazón latiendo emocionado. ¿Tal vez me escribió una carta? No sé qué esperar mientras lo recojo. No es tan flexible como esperaba. Al rasgar la parte superior pegada, me doy cuenta de que es una foto.

—No... no... no... —susurro con temor al ver fotos de mi cabello. Mi cuello. Mis pechos. Paso las fotos. Cada una es progresivamente peor. Hay una donde mis piernas están separadas y mis dedos hundidos en mi... Me estremezco y las fotos se caen de mis manos, esparciéndose por todo el suelo. Estoy boca abajo en una de ellas, completamente desnuda y dormida en la cama de Christian.

Me doy cuenta de que en todas estoy en la cama de Christian. O estoy dormida o esperando a que

él... bueno. Mis ojos están oscuros de lujuria, o mi labio inferior está atrapado entre mis dientes mientras descanso sobre mis codos. Todas son fotos mías en diferentes posiciones sexuales, durante el sexo, pero están capturadas de una manera en que solo yo estoy en el encuadre. No hay señales de Christian, aunque obviamente estaba allí.

Caigo de rodillas, recogiénolas desesperadamente, y cuando las tengo todas, las rompo en pedazos y las arrojo a la chimenea, observando cómo se queman. Mis dedos se elevan a mis labios y me muerdo las uñas ansiosamente. ¿Cómo llegaron aquí? ¿Christian...? Oh, Diosa, ¿cuánto tiempo ha estado recopilando esas fotos? Si salen a la luz... aquí en la manada de Asher...

Asher. Necesito hablar con Asher. Me apresuro hacia la mesita de noche, abro el cajón superior y saco el celular que apenas he usado. Mi dedo índice se cierne sobre el número de Asher, pero dudo. ¿Qué pensará de esto, de mí? ¿Y si me llama puta y me juzga como todos los demás? Con Sasha cerca... ¿pensaría que estoy arruinada? ¿Y si esto es todo lo que necesita para decidir que soy prescindible? ¿A dónde iría? Él es el alfa de la manada de mi padre, y hay planes en marcha para fusionar ambos territorios en uno. No tendría a nadie más a quien recurrir excepto Christian, y preferiría morir antes que volver con él.

Apago la pantalla y me desplomo en el suelo, dejando caer el teléfono. Me cubro las orejas y hundo la cara en mis rodillas. ¿Por qué mi vida apesta tanto? ¿Por qué todo tiene que ser tan condenadamente difícil? ¿No puedo tener un momento de paz?

* * *

—No quiero —gimo, arrebatando la almohada de las manos de Enya y arrojándola sobre mi cara para bloquear la luz brillante. De alguna manera dormí durante todo el día, y ahora el sol se está poniendo hermosamente.

Enya agarra la almohada bruscamente y baja el edredón. —Debes hacerlo. Eres la luna, así que debes atender a los invitados con el alfa.

Gruño con impaciencia. —Deja que Sasha lo haga. Quién sabe qué podría decir una campesina tonta como yo... ¡ay! —grito cuando Enya me golpea en la parte posterior de la cabeza con la almohada—. Podría hacer que durmieras en las mazmorras por eso, ¿sabes?

Ella hace una cara fea. —Ni siquiera sabes dónde están. Levántate, niña, o usaré el palo contigo —inclina la cabeza hacia mi rascador de espalda y suspiro, retorciéndome como una niña mientras me levanto de la cama.

Una hora después, estoy en otro vestido maravillosamente sofocante, parada en un salón lleno, y me hace preguntarme cuántas malditas fiestas voy a tener que organizar para Asher. Al menos hay muchas caras que reconozco de la manada de mi padre hoy. Hablar con ellos me distrae del hecho obvio de que Sasha no se ha separado del lado de Asher en toda la noche. Pero no es suficiente para quitarme la sensación de incompetencia y vergüenza.

Ella acapara la atención, hablando con cada invitado, abrazándolos, riendo, conversando fácilmente, con una confianza que me tomaría años construir. Se ven bien juntos, noto, y mi corazón solo duele más. ¿Por qué hizo que Enya me enviara aquí abajo solo para humillarme?

¿Así será mi vida de ahora en adelante? ¿Viendo a cada hombre en mi vida emparejarse con alguien que no soy yo?

Estoy tan perdida en mis pensamientos que no noto al hombre que se dirige hacia mí hasta que está justo frente a mi cara. —¡Leilani!

Parpadeo, reconociendo los ojos oscuros y el escaso cabello negro. —¡Morris! —sonrío, genuinamente feliz por primera vez en mucho tiempo. Me abalanzo hacia adelante, abrazándolo y respirando su familiar aroma a pan casero—. ¡No esperaba verte aquí!

Él se aparta, sonriendo y ajustándose la solapa de su traje marrón. Es el mismo que usó en mi boda. —Yo tampoco, pero el alfa solicitó específicamente que asistiera. Pensó que podrías necesitar la compañía de una cara familiar.

Mis cejas se elevan y miro hacia Asher, quien parece estar en una conversación profunda con Talon y Cayden. No veo el cabello brillante de Sasha cerca de ellos. Como si sintiera mi mirada sobre él, sus ojos se desplazan hacia mí y sostienen los míos por un momento. Mi corazón se agita y el mundo a mi alrededor parece desaparecer.

Sus ojos bajan, recorriéndome de pies a cabeza, y una pequeña sonrisa adorna sus labios antes de apartar la mirada. Mi mente se queda en blanco, y me toma varios segundos recuperar el juicio. Es tan fácil perderse en su mirada. ¿Por qué me sonrió así? ¿Qué significa esa mirada?

—Nunca creí que diría esto sobre Asher Wilde, pero... —Morris sacude la cabeza, riendo un poco—. Es un buen hombre. Esperaba lo peor, pero ha hecho tanto por la manada en tan poco tiempo. Los niños lo adoran.

Encuentro una sonrisa formándose en mis labios mientras recuerdo sus interacciones con ellos. —Debe haberles prometido matrimonio a todos.

Morris resopla. —La hija de tres años de Gavin jura que él es su marido. Deberías ver cómo se aferra a él y llora cada vez que tiene que irse —Su rostro adopta una expresión más seria mientras me pone al día sobre el progreso de Asher con los guerreros, la construcción de refugios y la obtención de más suministros. Escucho con admiración y una sonrisa insufrible que no puedo evitar.

Miro de nuevo a Asher, solo para encontrarlo cruzando la multitud, dirigiéndose hacia mí. Suelto un suspiro nervioso, aunque mi expresión es de indiferencia. Asher está solo a mitad de camino hacia mí cuando alguien se interpone en su camino, y una punzada de molestia se enciende cuando Sasha toma el brazo de Asher e inclina la cabeza hacia el centro de la habitación, donde algunas parejas se balancean al ritmo de la música.

Aparto la mirada a la fuerza, antes de lastimarme esperando que no tome su mano. —Morris, yo... ¿me disculparías un momento?

Él asiente, con preocupación arrugando sus cejas, pero no le doy la oportunidad de preguntar qué está mal. Me dirijo a mi lugar de confort: el bar. Sonriendo dulcemente al camarero, digo: —¿Whisky?

En su lugar, me entrega un vaso de jugo de naranja. —No hay alcohol para ti, luna. Órdenes del Alfa.

Lo sospechaba cuando no encontré ni una copa de alcohol en las bandejas de los sirvientes. Cada vez que les pedía que me trajeran algo, prometían traerme un vaso de inmediato, pero nunca regresaban. Hago una mueca de enfado y sorbo por la pajita. Mis cejas se alzan. —Oye, esto está realmente bueno...

Alguien choca fuertemente contra mi mano derecha, golpeando el vaso contra mi vestido. El contenido se derrama por todas partes, empapándome de jugo y hielo. Me quedo inmóvil, mirando la tela de marfil arruinada.

—Oh, lo siento mucho —dice una voz arrogante y nada arrepentida detrás de mí, y me giro para encontrar a Sasha sonriéndome.

Asher todavía está haciendo su camino hacia mí. Pero ya no me molesto en esperar. Me dirijo a mi habitación con mi vestido arruinado.

CAPÍTULO 17



ASHER

—**N**o me voy a ir. Esta es la manada de mi padre, y tú eres mi prometido.

Aprieto la mandíbula. —Nuestro compromiso terminó hace más de un año, Sasha. No funcionamos. Ella pensaba que yo era emocionalmente distante, y yo creía que era vanidosa. No es que fuera una mujer terrible. Simplemente resulta que me había imprimado de otra mujer, y no importaba cuántas noches pasara con Sasha; el aroma de Leilani, su risa contagiosa y la visión de su cuerpo me consumían.

Fui infiel sin darme cuenta. Regresaba de mis visitas a Francia solo para tomar un pincel y dar vida a mi obsesión. El sexo con Sasha dejó de traerme paz o satisfacción. La abrazaba durante largas horas mientras ella hablaba de ropa de diseñador, zapatos, fiestas, mientras dormía, y en las raras ocasiones en que lloraba por su padre, pero ella sentía que me estaba alejando.

Teníamos peleas. Ella gritaba, lloraba, rompía cosas, se cortaba, hacía cualquier cosa para provocarme una reacción. Funcionó por un tiempo, pero eventualmente comprendí. No tenía en mí la capacidad de amar a alguien, no después de todo lo que había pasado, pero ella necesitaba que la amara. Lo intenté, pero nada de lo que hacía era suficiente. Quería más de lo que yo podía dar, terminando conmigo ante el más mínimo disgusto, sabiendo que volvería porque soy un hombre fiel a su palabra. Hasta que dejé de hacerlo. Ella se enfureció durante meses, llamando, enviando mensajes, maldiciendo, suplicando. Pero merecía algo mejor que un hombre cuya mente estaba —está— fracturada. Un hombre que había entregado su corazón a una mujer pelirroja que se suponía que debía matar.

Las lágrimas brillan en la mirada aguamarina de Sasha, y se inclina, apoyando las manos en mi escritorio. —¿Es por ella? Yo estaba allí cuando papá te encontró. Estuve allí cuando nadie más lo estuvo, incluso cuando cerraste las puertas al mundo entero. Nunca me fui. Papá nunca te habría hecho su heredero si no fuera por mí. Ahora me estás descartando por la razón por la que lo perdiste todo.

—Leilani no es su padre —gruño.

Las fosas nasales de Sasha se dilatan. —¿No? La viste anoche. ¡Iba a matarme sin razón! No veo en qué se diferencia de...

—Lo vi —mis puños se cierran—. Escuché cada palabra. La provocaste, como has estado haciendo desde que llegaste. Ella simplemente respondió de la misma manera. No intentes torcer la situación a tu favor. Leilani es una buena mujer. Y francamente, bastante paciente. He matado

por menos.

Su rostro palidece, y veo la pregunta en sus ojos. ¿Por qué la defendí a ella en lugar de a mi esposa? Una fría sonrisa cruza mis labios. —No me puse de tu lado. Simplemente salvé tu vida. He visto pelear a Lei, y temía que cumpliera su palabra y te matara.

Las emociones parpadean en sus ojos, y sus labios tiemblan. —¿Lei? ¿Así es como la llamas ahora? ¿Por qué ella? ¿Por qué no yo, Ash? —Rodea el escritorio, y me tenso cuando se inclina, acunando mis mejillas—. ¿No lo ves? Todavía te amo. No puedo olvidarte. Termina las cosas con ella, y te aceptaré de vuelta. Olvidaremos que ella alguna vez existió.

Tengo mis dedos envueltos alrededor de su muñeca para liberarme de su agarre, cuando la puerta se abre. Nuestras miradas se alzan de golpe y me quedo paralizado al ver a Leilani. Su cabello está recogido en una cola de caballo, y los mechones rizados acarician sus hombros desnudos. Lleva una camiseta corta negra que deja al descubierto su tonificado abdomen, y unos pantalones de spandex negros. De repente, se me seca la boca y mi miembro se agita en mis pantalones. *Diosa.*

Sus penetrantes ojos ámbar se mueven entre Sasha y yo, y de repente me doy cuenta de que esto no se ve bien. Para confirmar mis pensamientos, las comisuras de su boca se tuercen en un gesto de desaprobación. Aparto bruscamente mi mano de la piel de Sasha. Su mirada afilada sigue el movimiento, pero ella solo parpadea y se quita un auricular. —Voy a salir a correr.

No espera una respuesta antes de darse la vuelta abruptamente, haciendo que su cola de caballo azote el aire, y me pregunto si el balanceo agresivo de sus caderas significa que me está provocando con su trasero imposiblemente perfecto, o si todavía está enojada conmigo. Me paso los dedos por el pelo con frustración. ¿Por qué nada funciona bien entre nosotros? Ya ni siquiera puedo dormir en mi habitación por miedo a perder el control y seguir el instinto de tocar, follar, abrazar, hacer cosas que me harían avergonzar si alguien se entera. Ya es bastante extraño que me suba a su balcón todas las noches para verla dormir.

Una suave risa me obliga a encontrarme con la mirada llorosa de Sasha. —Estás suspirando por una mujer que ni siquiera te quiere. Qué patético.

Sus palabras dan en el blanco, cavando profundo en años de inseguridades. Me reclino en mi asiento e inclino la cabeza hacia la puerta mientras digo suavemente: —Vete.

—¿Q-qué?

Le lanzo una mirada severa que no da lugar a discusión, y sus sollozos llenan el pasillo mientras sale corriendo.

* * *

—¿Y Dan? —pregunto, dando la vuelta a los panqueques. Al girarme para buscar la botella de miel, mi mirada se dirige a la puerta, donde Leilani está de pie, mirándome como si tuviera dos cabezas. Se limpia el sudor de la frente y me mira con escepticismo cuando la invito a acercarse en silencio.

—Estás cocinando —dice en voz baja, su voz teñida de perplejidad mientras se acerca con

cautela.

—Ocupate de ello —le digo a Bernard, y cuelgo. Deslizando el teléfono en mi bolsillo, le sonrío a mi esposa—. Hola.

Su desconfianza solo aumenta, y me rodea con cautela, sacando una botella de agua de la nevera. Desenroscando la tapa, me mira con el ceño fruncido y una mezcla de confusión y enojo. —¿Qué? ¿Necesitas algo?

Le ofrezco un plato de panqueques cubiertos con crema, frutos rojos y miel. Leilani retrocede como si le apuntara con una pistola. Sus ojos van de los míos al plato y viceversa. —¿Qué te traes entre manos?

—Toda la manada podía oír tu estómago rugiendo desde kilómetros de distancia —coloqué el plato en el borde de la encimera más cercano a ella—. Come.

—Si esto es una disculpa por lo de anoche, no la quiero.

Típico. Sonrío ante la rebeldía tan familiar en su voz. Parece que está considerando estrellar el plato contra mi cráneo. —Los alfas imbéciles no se disculpan, ¿recuerdas?

Ella resopla molesta y mueve el plato de la encimera, plantando su trasero en su lugar. Cruzando las piernas de una manera que muchos encontrarían poco refinada, clava un tenedor en un panqueque, atravesándolo y llevándolo a sus fosas nasales para olerlo. ¿Realmente cree que la envenenaría, o lo está haciendo para aparentar? Otra sonrisa se asoma en la comisura de mis labios. Suspica de todo, esta chica.

Finjo no observarla comer mientras hago más panqueques y relleno su plato. Ella finge que no existo en absoluto, lo cual es contraproducente, considerando que sus hombros están tensos y su corazón late aceleradamente. Me apoyo en la encimera opuesta y dejo que el peso completo de mi mirada recaiga sobre ella. —Las construcciones y reparaciones de la Manada Luna Azul están casi terminadas. Podría llevarte a verlas más tarde.

—Estoy ocupada.

—¿Mañana, quizás? —No puedo decir si lo que hace que mi corazón se ralentice es... esperanza.

Ella se limpia la comisura de sus deliciosamente carnosos labios. —¿Me estás pidiendo una cita? Ya sabes cuál es mi respuesta: ni de coña.

—¿No te gustaría al menos intentarlo? —espeto, incapaz de contenerme. No soy un hombre que pierda los estribos fácilmente, pero con Leilani, todo me altera—. He pensado en todo, y no debería haberte ocultado la verdad. Sobre tu padre, sobre ser compañeros, sobre Sasha. Apenas hemos tenido tiempo de hablar, y cuando lo hacemos, suele ser para pelear. Aunque eso no es una excusa, y lo siento. Estoy acostumbrado a resolver problemas solo y no compartir detalles hasta tenerlo todo bajo control, y pensé... pensé que primero averiguaría quién estaba detrás de la muerte de tu padre y te lo entregaría. Me haría menos villano a tus ojos... o un fracaso.

Los labios de Leilani se entreabren y se cierran, sus ojos ámbar se suavizan. —¿Un fracaso? ¿Por qué alguien pensaría eso?

Apoyo mis manos en la encimera para ocultar su repentino temblor. Nunca le he admitido esto a

nadie: que el aire de seguridad, el aura, los muros que he construido tan altos, no siempre son tan fuertes como parecen. —Cuando tomé mi lugar como alfa y di a los sin hogar un espacio seguro, prometí que nunca tendrían que pasar por lo que yo pasé. Debería haber notado las señales, pero estaba demasiado distraído. Te... fallé.

Sus ojos se abren como platos. —Esa es una carga muy pesada, Asher. Una que nunca esperé que cargaras por mí.

El placer roza mis huesos, pero lo oculto detrás de un encogimiento de hombros. Me gusta cuando dice mi nombre así: suavemente, íntimamente. —La cargaré de todos modos. Eres mi esposa, mi compañera, mi luna...

—Como si alguna vez me trataras como tal —refunfuña en voz baja, llenándose la boca con otro panqueque.

—Lo hago, simplemente nunca actúas como una —murmuro, muy consciente de que puede oír cada palabra. Sus hombros se tensan con indignación, y antes de que la molestia se instale, digo suavemente—: No me avergüenzo de ti, Leilani. —La sorpresa agranda sus ojos y continúo, necesitando sacar las palabras—. Si vas a ser respetada como luna, tienes que ganártelo. No siempre puede ser una extensión del respeto o el miedo que me tienen a mí. Obligarte a asistir a cada evento asegura que tengas la oportunidad de comunicarte con todos. Están esperando que preguntes sus nombres, los nombres de sus hijos, cómo se sienten respecto a la manada. Quieren conocerte, tanto como tú necesitas conocerlos a ellos. Quieren saber por qué te elegí, y te he dado todas las oportunidades para socializar, pero tú eliges el bar en su lugar. Eliges el vino, y eso les hace pensar que prefieres estar borracha que ser su luna.

Sus ojos se encienden. —Eso no es... eso no es lo que... —Su voz se apaga y se muerde el labio inferior, insegura. Veo los engranajes girando en su cabeza, y sé el momento en que se da cuenta de que tengo razón. Se queda callada, mirando a todas partes menos a mí.

—Anoche fue la primera vez que realmente te vieron. —Sus ojos se encuentran con los míos, con la sonrisa que juguetea en la comisura de mi boca—. Me dieron un sermón durante el entrenamiento esta mañana. Piensan que eres asombrosa, y que yo soy el imbécil.

Un rubor tiñe sus mejillas, y me cuesta todo lo que tengo contenerme de tocarla. No lo haré, a menos que ella quiera. Como si oyera mis pensamientos, ella deja el plato a un lado y desenreda sus piernas para dejarlas colgar de la encimera. Luego me mira desde debajo de sus largas pestañas, dando palmaditas en el espacio de la encimera entre sus piernas. —Ven aquí.

Mi corazón se agita, y cruzo el espacio entre nosotros hasta que sus cálidos muslos me rodean. Sus dedos trazan la longitud de mi brazo tatuado, levantando mis mangas más arriba. —¿Qué significan? —pregunta, acariciando la escritura.

Observo sus labios moverse, su respiración rápida, sus ojos brillantes e inteligentes, su top pegándose a su piel sudorosa, y mi piel se tensa. —Nombres. De cada hombre, cada familia perdida en... —Mi voz se apaga, y la comprensión destella en sus ojos.

—Lo siento —susurra, y mi boca se seca cuando sus suaves labios presionan contra la columna de mi garganta. Gimo, apoyando mis manos en sus muslos mientras sus labios viajan tímidamente por mi cuello. Mi miembro se endurece cuando sus dientes rozan una vena. Mis

manos recorren sus costados suaves pero tonificados, y gimo cuando sus labios trazan mi mandíbula—. Sensible —respira contra mi mandíbula, antes de subir para mordisquear mi lóbulo con un afilado colmillo.

Mis caderas se sacuden y la atraigo hacia mí, enterrando mi nariz en la curva de su cuello. —Deja de provocarme, Lei. —Una mano se desliza bajo mi camisa, caliente como el fuego, y su uña se arrastra por mis abdominales antes de que su pulgar roce un pezón, provocando que el fuego estalle en mi ingle.

—No tengo idea de a qué te refieres.

La arranco bruscamente de la encimera y ella se ríe, envolviendo sus piernas alrededor de mi torso. Me toquetea bajo la camisa, sonidos de apreciación escapando de sus labios. —No puedo imaginarte como niño. Debiste haber sido un gran paquete de alegría.

—Sigue tocándome así y descubrirás cuán grande.

Sus ojos ámbar se arrugan con picardía, y su voz es la más seductora que jamás le he oído cuando susurra contra mi oído: —Oh, creo que ya lo sé.

Se echa hacia atrás y presiona sus labios contra los míos. Es suave al principio, tentativo, como una oferta de disculpa o una tregua, y la acepto de todo corazón, abandonando la idea de llevarla arriba mientras la necesidad recorre mi columna. Cierro la puerta de una patada, levantándola contra ella. Sus tobillos se entrelazan detrás de mí y me corresponde movimiento por movimiento, su maliciosa boca acariciando la mía de una manera que me roba los pensamientos, el aliento, el control.

Sus caderas se mueven sensualmente y las mías se empujan hacia adelante, persiguiendo el calor de sus muslos. —Malditos pantalones —gruño contra sus labios. Mis dedos se hunden en su sedoso cabello, liberándolo de la cola de caballo. Tomo un puñado, agarrando más fuerte de lo que pretendía, pero ella gime, besándome con tal hambre que mi respiración se vuelve entrecortada. Me desea. Esta mujer perfecta me desea.

Los botones saltan mientras forcejea con mi camisa, y me frustro cada vez más cuando me doy cuenta de que no puedo quitarle el spandex sin lastimarla. —Bájame —cada palabra está puntuada por un movimiento de sus caderas, y jadea la última—. Al mostrador.

La bajo sin romper el beso y sus pequeñas manos empujan, haciéndome retroceder hasta el mostrador. Mi espalda golpea la losa de piedra y ella se separa, mirándome con picardía. —Tu cuello debe doler de tanto agacharte...

—Quítatelo —gruño.

Su lengua sale para acariciar su labio inferior mientras tira de la cintura de sus pantalones y los baja. Un tanga rojo se asoma y siseo: —*Joder*. —La tengo en mis brazos y su trasero golpea el mostrador antes de que sus pantalones estén completamente fuera.

—¿Y si alguien entra...? *Oh*. —Su aliento caliente acaricia mis mejillas mientras la atraigo hacia el borde y me arrodillo—. Asher —susurra, mirándome insegura. Mis dedos se pierden en sus suaves muslos mientras me estiro entre ellos y hago a un lado la delgada y húmeda tela. Gime, echando la cabeza hacia atrás mientras se empuja contra mis dedos. Se estremece cuando respiro

contra ella—. Por favor —gime—. Asher, por favor.

No le digo que es la primera y única mujer que he querido probar. Beso el vértice de sus muslos, abriéndome camino lentamente hasta llegar a sus pliegues húmedos. Mi lengua encuentra primero su clítoris. Jadea, abriendo más las piernas y apoyándose en sus codos mientras se empuja contra mí. La succiono suavemente, arrastrando mi lengua por su húmeda abertura rosada y de vuelta arriba, lentamente.

Su gemido es un grito ronco que agita mi polla. Sus manos están en mi pelo, instándome a ir más profundo, pero ignoro su petición, necesitando devorar cada centímetro de ella primero. Trazo una línea por su hendidura, provocándola justo antes de su ano antes de volver a su clítoris. —Oh Di...osa —grita de placer.

Se desliza hacia adelante y luego hacia atrás, y me río cuando se rinde por completo en lograr que haga su voluntad, tomando las riendas moviéndose contra mí. Agarro sus caderas, manteniéndola en su lugar, y su gruñido de advertencia es peligroso.

Con una última caricia lánguida desde su clítoris hasta su entrada, fuerzo mi lengua dentro de ella, saboreando cada último rastro de su dulzura terrenal. Grita de nuevo, moviendo sus caderas. Levanto la mirada para encontrarla observándome, su labio inferior atrapado entre sus dientes. *Joder*, pienso, hundiendo mi lengua más profundo, tan fuerte como puedo.

Sus ojos se ponen en blanco y deja escapar un gemido agudo mientras un nuevo sabor inunda mi boca. Su orgasmo, dulce y almizclado como su aroma. Me atrae hacia arriba, besándome, lamiendo su propio sabor de mis labios, y algo sobre esa pequeña acción sucia hace que mi polla se ponga aún más dura. Me ha convertido en un adicto al sexo, compartiendo el sabor de su orgasmo y excitándome increíblemente por ello.

Empujo hacia arriba la camiseta, dejando al descubierto sus pechos. Me aparto, solo para mirarlos fijamente. Me inclino lentamente y ella se arquea, empujando sus pezones rosados hacia mis labios. Están duros e hinchados mientras siento la textura de cada uno con mi lengua. Le digo que son perfectos, sin poder evitarlo mientras succiono con fuerza.

Sus gemidos se vuelven más desesperados, y pronto su entrepierna se frota contra mis pantalones, mojándolos. —Te necesito —respira, abriendo ligeramente los ojos, que son de un brillante color dorado—. Te necesito dentro de mí ahora, Ash.

Ash. Si me hubiera llamado así en el momento en que me invitó entre sus muslos, la habría follado sin molestarme en cerrar la puerta.

Leilani se estira entre nosotros, desabrochando mis pantalones a una velocidad récord. Mi polla en sus manos es una clase diferente de muerte. Me aparto, estirando un pezón entre mis dientes mientras lo hago. —*Joder* —maldigo mientras me guía hacia su apretado calor y frota mi cabeza contra su entrada. Ella también jadea, un maullido se escapa de sus labios llenos. Su lengua asoma mientras la agarro por la garganta.

—¿Fuerte? —jadeo, y ella asiente con entusiasmo, empalando su coño con mi punta. Gruño, apoyando una mano en el mostrador para mantenerme erguido.

Su calor quema mientras engulle mi polla. Aprieta, y no tengo sentido de dónde, qué o quién soy. Todo mi mundo se reduce a las húmedas paredes aterciopeladas de su coño mientras me atrae

más adentro. Mis dientes comienzan a doler, y me aferro a la piel de su cuello, mordiéndola suavemente mientras me retiro a la mitad y vuelvo a embestir.

Miro hacia abajo donde estamos unidos, y un gemido sube por mi garganta. —Diosa, Leilani, tu coño fue hecho para mí. —Ella jadea mientras la embisto, llenándola hasta que sus ojos brillan febrilmente y sus gemidos resuenan en las paredes. Su coño se inunda de excitación, su humedad goteando por mi polla. Está tan mojada que los sonidos que hace contra mí casi son suficientes para llevarme al límite.

Agarra mis hombros, cerrando sus tobillos a mi alrededor una vez más mientras la sostengo cerca, embistiendo en un movimiento implacable. Rebota arriba y abajo contra el mostrador, su trasero golpeando con fuerza contra la fría superficie. El sudor se acumula en su piel, mezclándose con el mío, y nuestros gemidos llenan el aire.

—¿Sasha significa algo para ti? —La pregunta es tan abrupta, tan inesperada, que casi detengo mis embestidas. ¿Ahora? ¿Está hablando de Sasha *ahora*?

—Es una amiga —digo con dificultad mientras sus paredes internas estrangulan mi polla.

Leilani se aparta para mirarme a los ojos. Parece furiosa. ¿Por qué está de repente enojada conmigo otra vez? —¿Te la follaste? —Su coño se aprieta de nuevo cuando dice "follaste", y no tengo ni idea de qué demonios está pasando, porque ella no deja de moverse contra mí, y yo ciertamente no dejaré de embestirla.

—¿Recientemente? No. Rompimos hace un año. No hay nada entre nosotros. Soy tuyo, Leilani. —Hago una pausa y puntúo las siguientes palabras con dos embestidas profundas—. Lo prometo.

Sus labios se fruncen en un puchero adorable, pero la lujuria en sus ojos me quema. —Aun así deberías haberme esperado.

Claro. Solo mi pareja estaría enojada porque toqué a otras mujeres antes que a ella. Algo suave se arrastra hasta mi corazón, y muevo mis dedos de su garganta, acunando sus mejillas con ternura, de una manera que nunca he hecho con una mujer antes. Cuando nuestros labios se funden, no es con hambre o lujuria. Es algo más suave, más profundo, más puro. La beso con las palabras que no puedo decir, con la emoción que no sé cómo expresar, y ella lo devuelve brevemente, solo para soltar un agudo grito de placer cuando mis movimientos se vuelven menos calculados, en espiral hacia la imprudencia.

Sus dedos se clavan en mi trasero, amasándolo mientras me atrae, aferrándose con fuerza. Su coño comienza a pulsar alrededor de mi polla, y otro grito escapa de sus labios. Gimo, incapaz de contener la ola de placer que me recorre al escuchar su orgasmo, y mi polla se hincha en anticipación.

Con Leilani, nunca hay un momento para pensar, o contenerse, o retirarse. La idea de correrme dentro de ella me excita tanto como la idea de follarla, y mis caderas se mueven antes de darme cuenta, mi semen llenándola y derramándose sobre el mostrador.

Ella cae hacia adelante y envuelve sus brazos alrededor de mi cuello, sosteniendo juntos los pedazos de mí que ha dejado en ruinas. Mi brazo rodea su esbelta cintura, y me siento contento de permanecer en esta posición, con mi polla aún dentro de ella. Se siente extrañamente cómodo.

Se siente como en casa.

Empiezo a endurecerme de nuevo y Leilani se echa hacia atrás, mirándome con los ojos muy abiertos.

—¿No se cansa? Ya sabes, ¿no debería tomarse un respiro o algo así?

Miro hacia abajo donde aún estamos unidos, su cuerpo reluciente de sudor y semen, y dejo que una sonrisa traviesa se extienda por mis labios.

—O algo así.

Ella se ríe. Es un sonido despreocupado, y lo más hermoso que he escuchado jamás. Yo también me río, inclinándome para darle un beso en la frente. Estoy considerando empezar a moverme dentro de ella otra vez, pero entonces alguien llama a la puerta.

—¿Asher? —llama Talon.

—Vete —responde Leilani, enterrando su nariz en mi cuello. Sonrío, entrelazando mis dedos en su cabello.

—Me alegra oír que no se ha roto nada ahí dentro. Aunque no puedo decir que vuelva a comer algo preparado en esta cocina —dice Talon con sarcasmo, y después de un momento, añade—: Nunca adivinarás a quién hemos pillado husmeando por nuestras fronteras.

Mis oídos se aguzan al oír eso, y a regañadientes me separo de Leilani. Ella hace un pequeño sonido que se vendería bien en películas eróticas cuando salgo de ella, y yo sacudo la cabeza, divertido.

—Más vale que merezca la pena esta interrupción, o te apuñalaré con tu propia daga, Tal.

—Georgia Anderson está aquí... y está pidiendo ver a la luna.

Leilani y yo nos miramos, con idénticos ceños fruncidos en nuestros labios. Bueno, eso sí que era inesperado.

CAPÍTULO 18



LEILANI

Encontrarte con tu ex mejor amiga justo después de haber tenido sexo alucinante es un verdadero aguafiestas. Pero esta es una reunión que no puedo evitar.

Los nudillos de Asher rozan mi cintura desnuda mientras me guía hacia la sala de recepción. — Puedo encargarme de esto si...

Lo miro. —Estaré bien, Asher. Solo es Georgia. He lidiado con cosas peores que una mejor amiga traicionera. —Lo he hecho, pero eso no impide que mi corazón se acelere mientras nos acercamos a la sala fuertemente custodiada. ¿Por qué está aquí? ¿Qué quiere ahora? La última vez que la vi, se estaba jactando de merecer ser la luna de Christian, aunque me había ayudado a planear lo que se suponía que sería mi boda, hasta las flores que decoraban el salón.

Los guardias que custodian la puerta se inclinan ante Asher y ante mí antes de abrirla, y lo primero que noto es el equipaje. Asher y yo intercambiamos miradas desconcertadas, y un chillido de felicidad es la única advertencia que recibo antes de que alguien se abalance sobre mí. —¡Oh, Dios mío, Leilani —dice Georgia, rodeándome con sus brazos—. ¡Ha pasado tanto tiempo!

Eh... ¿qué demonios?

Se aparta y jadeo cuando veo su cara. Su ojo izquierdo está hinchado y cerrado, su nariz está torcida y sus labios están partidos en varios lugares. Un trozo de piel ha sido arrancado de su mandíbula. Su cabello, normalmente brillante, está fino y seco, y parece un saco de huesos en un suéter demasiado grande. *¿Qué le ha pasado?*

Me sonrío, revelando una mella en su diente frontal. —Sé que estás enojada, pero... —Se apresura a tomar mi mano, pero Asher da un paso adelante, protegiéndome.

La cabeza de Georgia se inclina hacia atrás, y su ojo bueno brilla mientras observa a mi esposo. Su piel manchada se ruboriza y sus labios se separan con sorpresa. Parpadea, su mirada absorbiendo cada rasgo, y su expresión se vuelve cada vez más molesta. Lo está devorando con los ojos. Entiendo por qué... quiero decir, cuando oí hablar del Alfa Oscuro, esperaba un viejo bastardo feo. También me sorprendí cuando el hombre que me secuestró resultó ser un hombre salvajemente, devastadoramente guapo cuya expresión severa constantemente hace que mis piernas se vuelvan gelatina.

No me gusta, ni un poco. Sus pestañas revolotean y baja la cabeza. —Gracias por no rechazarme.

No eres en absoluto como lo que esperaba.

—¿Qué estás haciendo aquí, Georgia? —le pregunto, incapaz de ocultar la irritación en mi voz.

Sus ojos se dirigen hacia mí, como si acabara de recordar que estoy aquí. Las lágrimas asoman a sus ojos. —Chris... —Su rostro enrojece y se estremece ante algún recuerdo distante que cruza por su expresión—. Ha perdido la cabeza, Lei.

Arqueo una ceja. —¿Y esto me concierne... exactamente cómo?

Sus fosas nasales se dilatan y se limpia una lágrima de la mejilla. —Supongo que merezco tu desconfianza. Y tu enojo. Pero no tenía a nadie más a quien recurrir. Ningún otro lugar adonde ir. Mis padres no me recibirán. Dicen que es vergonzoso que una luna se aleje de su alfa y sus deberes. Simplemente me dirán que vuelva con él. Pero no puedo. —Sus ojos se abren con desesperación—. Si lo hago, me matará.

Abro la boca para decirle que puede unirse a los renegados en lo salvaje, pero debe ver la frialdad en mis ojos, porque de repente agarra el dobladillo de su suéter y se lo quita de un solo movimiento.

Un frío recorre todo mi cuerpo y mis pies se entumecen mientras la miro fijamente. Talon maldice detrás de mí, y también lo hacen un par de guardias. Su cuerpo es un mosaico de moretones y heridas, viejas y nuevas, moradas, azules, rojas y negras, que se extienden hasta sus pantalones negros. Normalmente, Georgia parece una supermodelo, pero nadie está mirando sus pechos abundantes y pezones duros ahora. Sus cicatrices son demasiado horribles para ignorarlas. Señala una cicatriz que baja por su vientre. —Me hizo esto en nuestra noche de bodas, después de que te llevaran.

Señala otra. —De la noche en que te casaste con el Alfa Oscuro. No le importó que estuviera embarazada... —Su voz se quiebra y se limpia otra lágrima de la mandíbula—. Huí después de perder el bebé. —Sus ojos encuentran los míos, pero tengo la extraña sensación de que se está dirigiendo a toda la sala, y no solo a mí—. Entiendo que me odies. Te robé tu vida, tu pareja, y ninguna disculpa podría borrar el daño que te he causado, pero vine aquí porque escuché que las puertas de tu manada estaban abiertas para aquellos que no tienen hogar al que regresar. Víctimas. Si me envías de vuelta, me estarás enviando a mi muerte a sus manos.

El silencio desciende sobre la sala, y siento el peso de una docena de miradas diferentes sobre mí, esperando mi negativa. La voz de Asher cae en mi subconsciente, sobresaltándome. *"No te juzgarán si la rechazas. Eres la luna. Es tu casa y tu manada, y esta es tu decisión. Y si no les gusta, pueden dormir en el almacén"*.

Suelto una risa, mirándolo. —No cabrán todos allí, Ash.

Él sonríe con picardía y me acaricia juguetonamente la mejilla con los nudillos. Talon hace un sonido de arcadas, y los guardias intentan sin éxito ahogar sus risas.

Levantando la barbilla, vuelvo mi mirada a Georgia, y juro que capto un destello de celos en sus ojos mientras mira la sonrisa de Asher. Pero desaparece en un segundo, reemplazado tan rápidamente por esperanza que empiezo a preguntarme si la he juzgado mal. —Puedes quedarte, pero no confundas mi amabilidad con perdón. Cada uno de tus movimientos será vigilado, así que te sugiero que te comportes. Por lo que sabemos, Christian podría haberte enviado aquí para

infiltrarte en la manada.

Sus ojos brillan con ira mientras señala su cuerpo brutalizado. —¿Crees que esto es autoinfligido?

Doy un paso adelante, mirándola desde arriba, aunque ella es más alta que yo. —No lo descartaría, Georgia. Sería una tonta si confiara en ti después de todo lo que has hecho. Puede que engañes a todos los demás con tu actuación, pero yo veo a través de ti, y te estaré vigilando. Un solo error, y esos moretones no serán nada comparados con lo que tengo en mente para ti.

Ella no dice nada, apartando la mirada primero en una muestra de sumisión, pero aún no me lo creo.

—Llévala a la habitación de invitados —dice Asher a nadie en particular mientras entrelaza nuestros dedos, tirando de mí hacia la puerta—. Lo has hecho genial —me dice suavemente, solo a mí.

Sonrío, pero cuando echo un vistazo a Georgia, que se está quitando el suéter por la cabeza con una mirada de ciervo deslumbrado por los faros, no puedo evitar la sensación de que acabo de cometer un gran error.

* * *

No paso esa noche en mi habitación, ni ninguna de las noches que siguen. Asher no me deja fuera de su vista por más de un minuto, y cuando tiene que irse a trabajar, ata suavemente mi tobillo a su cama. Es el lobo en él. Normalmente, después de que las parejas tienen sexo por primera vez, son inseparables. El lobo macho se vuelve posesivo, y la hembra entra en celo por el macho, lo suficientemente excitada como para que su estado de ánimo afecte a los otros machos a su alrededor.

Es por eso que no me opongo a quedarme desnuda en su cama, abriendo ampliamente mis piernas cada vez que escucho sus pasos ligeros pero seguros. Mi cuerpo está tan sensible que incluso las sábanas rozando mi piel me humedecen. Me sentiría mortificada si todo un pasillo de hombres pudiera oler mi excitación.

Nunca fue así con Christian, y no sé qué es lo que tiene Asher que me vuelve salvaje e incontrolable. Incluso feliz. Con Christian, siempre era una batalla por llegar a él, conectar, y siempre preguntándome qué pasaba realmente por su cabeza. Y aunque nunca pude entenderlo completamente, lo amaba lo suficiente como para fingir que no importaba.

Con Asher, no tengo que fingir. Ni preguntarme. Lo veo en la forma en que me mira como si fuera algo especial. Lo siento en la forma en que sus brazos me rodean protectoramente por la noche. Lo escucho en la forma en que murmura mi nombre en sus sueños y respira mi aroma cuando su cuerpo se tensa por la pesadilla que lo atormenta cada noche.

Incluso ahora, mientras los rayos de sol invaden nuestra —su— habitación, trazo los contornos de su mandíbula con mi pulgar, y luego sus labios. Disfruto de esto entre nosotros. Este vínculo, esta relación, esta amistad que estamos construyendo. No solo tenemos sexo maratónico todo el día.

Hablamos. Bromeamos. Reímos. Nos estamos conociendo, intercambiando experiencias y clasificando nuestros hábitos de malos a peores. Aunque, he llegado a descubrir que no hay mucho sobre mí que Asher no sepa. Eso hace que sea aún más fácil que me guste. Me escucha y da todas las reacciones correctas. Incluso si repito la misma historia dos veces, él escucha, apoyando su cabeza en su codo con los ojos brillantes como si yo fuera la persona más fascinante del mundo.

No lo entiendo, pero me hace sentir bien.

Suspirando, intento darme la vuelta, pero Asher me agarra y me coloca encima de él con sus fuertes brazos musculosos. Sus perezosos ojos azules me observan con leve incredulidad. Con su cabello despeinado y sus ojos pesados por el sueño, se ve tan tentador que mis entrañas se aprietan. —¿Y adónde crees que vas? —Su voz es profunda y ronca mientras sus manos se deslizan para acariciar mi trasero. Se pone duro al instante, y me contraigo por instinto.

—A correr —murmuro, nerviosa y distraída por sus manos—. Ha pasado un tiempo.

—Hmm... —Su voz retumba, las vibraciones enviando escalofríos por mi columna. Engancha mis piernas, haciéndolas descansar a ambos lados de él—. ¿No crees que es demasiado pronto para estar lejos de mí?

Pongo los ojos en blanco y le doy una palmada en el pecho. —Son las diez y ocho, Asher. Enya ha estado aquí cuatro veces ya.

Él vuelve a murmurar, empujando las sábanas para poder mirar mi cuerpo desnudo. —¿Lo olvidaste? —Sus manos acarician mi cintura, empujándome contra su duro miembro. Sus ojos se endurecen y mi boca se hace agua mientras su punta me provoca en la entrada—. Vendrás conmigo al pueblo hoy para ver el nuevo club, ¿recuerdas?

Muevo mis caderas, tratando de conseguir que esté donde lo quiero, pero no puedo lograr el ángulo correcto. Él alcanza mi pezón dolorido entre sus dedos y lo pellizca con fuerza, y me contraigo de nuevo, jadeando suavemente. —La última vez que me llevaste a dar un paseo para ver las casas de la manada, no llegamos hasta la medianoche porque alguien tuvo curiosidad por saber cómo se sentiría doblarme sobre el asiento trasero. Y el capó del coche.

Atrapa mi otro pecho en sus grandes manos, rozando sus pulgares sobre ambos pezones. Me deslizo hacia atrás, jadeando cuando su punta presiona contra mí, y me bajo sobre él lentamente, ganándome un profundo gemido de su parte. Sisea cuando me aprieto a su alrededor, sus ojos oscureciéndose. —Fue tu idea, si mal no recuerdo. Dijiste, y cito, "Quiero que pienses en mí y me huelas cada vez que estés aquí".

—Tu memoria debe estar borrosa, viejo —gimo, elevándome ligeramente para golpear mi trasero contra él. Él gruñe, agarrando mis caderas para guiarme arriba y abajo de su miembro, estirándome y golpeando puntos que me hacen temblar de necesidad—. ¿Cuántos años tienes, de todos modos? ¿Sesenta?

Él embiste duro dentro de mí, y grito, clavando mis uñas en sus hombros mientras mi núcleo se aprieta por la presión que se acumula dentro de mí. Asher tiene poco más de treinta y cinco, pero parece una década más joven. —¿Prefieres a los hombres lo suficientemente mayores como para ser tu abuelo?

Me río, pero se convierte en un gemido ronco. —No, me gustan enormes, con cara bonita y lo suficientemente obsesionados como para secuestrarme. —Mis ojos se cierran mientras se pone más duro, más grande, y me cuesta todo no correrme cuando el lado de su eje roza mi clítoris.

—¿Crees... —Un fuerte gemido se le escapa mientras sus cejas se fruncen en concentración. Su respiración sale en jadeos entrecortados, y sus ojos brillan dorados—. ¿Crees que soy bonito?

La fuerza detrás de su embestida me empuja hacia adelante contra su pecho, y gimo. —Escandalosamente... ¡ah! —Agarro el cabecero detrás de él, cabalgándolo con abandono temerario mientras ola tras ola de orgasmo se estrella contra mí. Él me sigue al borde unos segundos después, y me agarra tan fuerte que creo que podría romperme los huesos de la cadera, pero no lo hace. Su respiración es áspera contra mi oído—. No te lo laves. Quiero que cada macho que te huelo sepa en qué cama has estado durmiendo. Qué verga has estado montando. Y cuando regreses, me follarás con esa boca inteligente tuya.

Giro mi cabeza hacia la suya, uniendo nuestros labios. Mi corazón aletea mientras él pasa una mano por mi espalda, entrelazando sus dedos en mi cabello y masajeando suavemente mi cuero cabelludo. —Aún no has abierto tu regalo —murmura contra mis labios.

—Más tarde —respiro—. Cuando regrese.

Él me observa caer de la cama y correr a mi habitación para agarrar una sudadera holgada y unos joggers grises —ha escondido mis leggings ajustados en algún lugar porque hacen que mi trasero se vea "comestible" para otros hombres—. —Puede que llegue un poco tarde. Me voy a encontrar con Jules en el arroyo. Forzarla a pasar tiempo conmigo puede que no sea la mejor idea, pero realmente estoy intentando que le guste —grito, metiendo mis pies en unas zapatillas grises.

Él se cruza de brazos detrás de la cabeza, sonriendo. —Juliana se ve a sí misma como la conocedora, y todos los demás son un gusto adquirido. Se acostumbrará a ti lo suficientemente pronto.

Frunzo el ceño mientras me recojo el pelo en un moño alto. —¿Cono-qué?

Asher se ríe. —Luego. No me hagas esperar demasiado.

El pensamiento de volver a sus brazos me distrae mientras corro hacia afuera, pasando el patio y adentrándome en el bosque. La música retumba en mis auriculares. No huelo nada más que el arroyo mientras me acerco a él, y no oigo nada más que el golpeteo del bajo. Por eso no noto el peligro hasta que algo pesado golpea la parte posterior de mi cabeza, y mi mundo se vuelve negro.

CAPÍTULO 19



LEILANI

El golpeteo inestable debajo de mí me despierta, y mis ojos se abren a la oscuridad. Mi cabeza se inclina hacia la izquierda, y gimo cuando el dolor ataca la parte posterior de mi cráneo. Me toma varios segundos de parpadeo darme cuenta de que no está completamente oscuro. Ha caído el atardecer, y los cielos fuera de la ventana están-

Me detengo. ¿Ventana? ¿Atardecer? Estaba en una carrera matutina hace unos minutos.

Me incorporo bruscamente en una posición sentada, pero caigo torpemente hacia un lado, en el espacio entre los asientos del coche. Una risita desde el asiento delantero me alerta del hecho de que no estoy sola. —Estás despierta —dice una voz profunda con cariño—. Empezaba a preocuparme de haberte golpeado demasiado fuerte.

Christian.

El pánico me atrapa en su agarre y pateo la puerta, pero mis tobillos están atados junto con mis manos detrás de mí, y patear solo hace que las cuerdas se claven en mi piel. En otras circunstancias —y con otro hombre— disfrutaría de esto, pero ahora, solo me enfurece. —¡Déjame salir! —grito, mi pie golpeando la puerta, mi columna golpeando el respaldo de su asiento.

El coche se detiene bruscamente y, un latido después, la puerta junto a mis pies se abre. Manos frías y duras me agarran por las caderas y me arrojan sobre el asiento. Unos ojos verdes espeluznantes me mantienen en mi lugar, y aunque estoy mirando directamente a Christian, no reconozco a la persona detrás de esa cara fría y sin expresión. —Grita y lucha, si te hace sentir mejor —dice suavemente, recordándome lo suave que se vuelve su voz cuando está de buen humor—. Pero te sugeriría encarecidamente que ahorres tus fuerzas. Estamos a un día entero del territorio de Asher Wilde, y en tierras de renegados. Si sigues alborotando, ambos moriremos aquí.

—¡Llévame de vuelta! —grito, frustrada—. Secuestrarme no cambiará nada. ¿A dónde me llevas?

Me mira como si fuera tonta. —A casa.

—¿Qué demonios quieres decir con "casa"? ¡Mi hogar está en la Manada de los Colmillos Oscuros! ¡Con mi marido! —grito, mis ojos ardiendo de ira y lágrimas. Nunca había estado tan lejos de casa antes. Incluso si encontrara una forma de quitarme estas cuerdas, estamos rodeados

de un peligroso desierto que no reconozco.

Inhalo profundamente, parpadeando lentamente. —Hablemos de esto civilizadamente —vuelvo a empezar, tratando de evitar que el pánico se filtre en mi voz—. Desátame. No es como si tuviera a donde correr. Las cuerdas son... incómodas.

Christian se apoya contra la puerta, la brisa nocturna alborotando su cabello rubio. Su mirada recorre mi cuerpo y un atisbo de sonrisa se dibuja en sus labios. —Desafortunadamente, las cuerdas se quedarán, hasta que yo decida lo contrario.

Soy terrible en negociaciones como estas. Solo quiero aplastarle la cabeza, pero no puedo. Cuando busco dentro de mí, buscando la fuerza de Fiona, me sorprende descubrir que no puedo sentirla en absoluto. Reprimo un gemido frustrado. —¿Qué quieres, Chris? —intento de nuevo, con ternura.

—A ti, Lei. Siempre has sido tú —respira—. Él te lavó el cerebro para que lo amaras. —Sonríe y se acerca para colocar un mechón de cabello detrás de mi oreja—. Voy a arreglar eso. Voy a arreglarte a *ti*. Será como siempre debió haber sido, lo prometo.

—¡No necesito ser arreglada! —gruño y me lanzo hacia él, mis colmillos casi cerrándose alrededor de sus dedos. Retira su mano justo a tiempo y deja escapar una risa sobresaltada. — Ahí está la mujer que conozco. —Saca algo del bolsillo delantero de su chaqueta de cuero marrón y se mueve tan rápido que no tengo forma de protegerme. Algo suave presiona mis fosas nasales y un hedor pútrido asalta mis sentidos—. Desearía que simplemente hubieras venido conmigo cuando te lo pedí amablemente.

Mis piernas se contraen mientras lucho contra él. Mi espalda golpea el asiento mientras pateo al aire vacío. Mientras la oscuridad devora mi visión, mis palabras de esta mañana vuelven a mí y me pregunto si de alguna manera me maldije a mí misma: *Me gustan enormes, con cara bonita y lo suficientemente obsesionados como para secuestrarme*. La Diosa debe tener realmente un sentido del humor cruel.

* * *

Tengo tanta sed.

El pensamiento me hace instintivamente alcanzar la mesita de noche. Asher siempre tiene un vaso de agua cerca y... la realización me golpea de repente, y jadeo, sentándome abruptamente. Parpadeando contra la niebla del sueño, observo la habitación a mi alrededor: paredes desnudas y muebles ornamentados tan nuevos que todavía puedo oler la pintura en la madera. La cama debajo de mí es grande, pero nada parecida al enorme colchón de Asher, que es tan cálido y suave que puede hacerme dormir instantáneamente. Esta es fría e insensible, justo como su dueño. Está empapada con su olor. Mi estómago se revuelve con náuseas.

Las cortinas son tan rojas que parecen estar empapadas en sangre. Mi mirada se desliza por la habitación y se detiene ante la vista de la vieja bolsa rosa que dejé en casa de Christian hace varios meses cuando me mudé con él. Está colocada torpemente junto a mi arco favorito y algunos libros que felizmente robé de la habitación de mi padre.

Una línea de fuego recorre mi columna vertebral. No puedo estar aquí, dondequiera que sea *aquí*. Necesito salir. *Ahora*. Aparto las sábanas de un tirón y mis pies tiemblan un poco cuando tocan la mullida alfombra. Mi estómago gruñe con furia y mi visión se nubla ligeramente. Ignorando mi evidente predicamento —si Christian decía la verdad cuando afirmó que estábamos a un día del territorio de Asher, no tengo adónde huir. No he comido nada en más de un día, y apesto tanto que creo que he estado inconsciente durante más tiempo que eso.

Me muevo en silencio para no alertar a los guardias, agudizo mis sentidos intentando escuchar, pero no oigo nada. Sigo sin rastro de Fiona. No puedo distinguir ningún sonido, y cuando cedo al impulso de girar el pomo de la puerta, me sorprende oír el suave clic. *¿Por qué dejarla abierta?*

No me detengo a cuestionarlo. Me deslizo por la puerta hacia el pasillo, con el corazón latiendo desbocado en mi pecho. Está vacío. No hay ni una sola persona a la vista, ni siquiera un sonido. Es jodidamente espeluznante, y aprieto mis manos en puños mientras camino hasta el final del pasillo.

Me lleva a una vasta habitación con un puñado de criadas limpiando los suelos y las paredes. Cuando paso, me miran con ojos llenos de odio, y el viento trae un sutil aroma a tierra, demasiado tenue para ser desagradable. Son humanas. ¿Christian las obliga a hacer su voluntad? ¿Las secuestró también? ¿Por qué me miran así? ¿Por qué la que está más cerca de mí mira descaradamente mis labios, pecho y caderas con calor en su mirada?

Paso rápidamente junto a ellas, oyendo un resoplido y un susurro casi imperceptible:

—...la llevó a su habitación. Nunca ha llevado a nadie allí. Debe ser la perra de la que tanto habla.

—Pero no lo entiendo. No tiene nada de especial —una pausa—. Bueno, quizás su trasero sí.

—¿Crees que nos dejará unirnos cuando se la folle? Sería un buen espectáculo.

Sus risitas tintineantes me siguen hasta las puertas principales, y nunca me he sentido más expuesta en mi vida. Abro las puertas hacia un gran comedor con una imponente lámpara de araña y una larga mesa con platos cubiertos. El aroma de la sopa tienta mis fosas nasales, haciendo que mi estómago gruña de nuevo.

Abandono las puertas, corriendo por el pasillo en busca de una salida, y apenas evito chocar contra un piano. Todo el lugar apesta a riqueza, lo cual me desconcierta. Aunque Ken Anderson amasó riqueza y recursos conquistando manadas y vendiendo sus tierras, perdió la mayor parte de ese dinero en el juego.

Cuando murió, no quedaba mucho en las arcas de la manada. Eso dificultó las cosas para Chris, quien movió hilos y trabajó más duro de lo normal para mantener todo a flote. Lo logró, pero estuve con él el tiempo suficiente para saber que no hay manera de que sea dueño de todo esto. Es absurdo.

Encuentro la entrada —o salida— un par de minutos después, y soy un desastre sudoroso, jadeando y tragando aire frío. Abro las puertas en silencio y me quedo paralizada, el temor llenando mis venas de hielo. Guardias. Están por todas partes: alineados a lo largo de las paredes, apostados en cada esquina, en cada posible ruta de escape.

Mis manos se debilitan. *No puedo huir. No lo lograré.*

Escaneo el área a mi alrededor. Un vasto bosque se extiende ante mí, aumentando mi miedo. No tengo un plan, ni idea de dónde demonios estoy, ni forma de llegar a Asher; ni siquiera puedo sentir a Fiona. Mi conexión con ella ha sido frágil desde el rechazo de Christian, y el espacio que normalmente ocupa en mi cabeza se siente simplemente vacío. No tengo idea de adónde conducen estos bosques, pero sé que si no corro ahora, puede que nunca tenga otra oportunidad.

Me lanzo escaleras abajo.

—¡Eh! ¡Detente! —ladra una voz profunda, y mi pulso se dispara. Las piedras irregulares cortan mis pies, pero apenas las siento con la adrenalina inundando mis venas. Si tan solo pudiera llegar a los árboles, tal vez... tal vez podría perderlos. Será jodidamente difícil, pero soy rápida y...

Una mano me tira hacia atrás, y un hombre grande se cierne sobre mí y me gira bruscamente. Apretando el puño, me retuerzo, apuntando sin mirar. Mi puño colisiona contra carne y hueso. Su agarre se afloja mientras un gruñido de dolor retumba en su pecho, y me libero con un giro.

Pero otro guardia ya está alargando el brazo para agarrarme. Mi rodilla se alza por instinto, conectando con su entrepierna. Deja escapar un grito ahogado y se desploma en el suelo. Veo al tercero por el rabillo del ojo, y es casi risible lo fácil que es barrerle los pies por debajo mientras me agacho.

Pero entonces un golpe agudo impacta en el lateral de mi cabeza, y mi cuerpo de repente se vuelve flácido. El dolor estalla detrás de mis ojos y el mundo se inclina peligrosamente, llevándome con él mientras caigo al suelo. Mis ojos se cierran mientras miro a través de los árboles. Casi llegué al límite del bosque, y mientras la oscuridad me engulle por completo, pienso que la próxima vez que huya, probablemente debería robar primero las llaves del coche de Christian.

Cuando despierto de nuevo, siento calor, extraño pero familiar. Alargo la mano hacia él, y mis dedos rozan piel.

—Asher —susurro, mi voz débil, casi febril, y me estremezco cuando un brazo me rodea la cintura, atrayéndome, y unos labios rozan suavemente mi frente.

—Estoy aquí —dice, pero su voz suena mal. Más ligera, más barítono que bajo.

Me aparto débilmente y fuerzo mis ojos a abrirse, esperando mirar unos ojos como cristales azules, pero me encuentro con un sorprendente verde esmeralda. Me sobresalto, empujando unos brazos que no me pertenecen, y me arrastro hasta el borde de la cama. Christian se incorpora, sus ojos pesados de sueño.

—Estás bien. Estaba preocupado. Tenías fiebre —frunce el ceño, ladeando la cabeza mientras sus ojos se posan en la piel sobre mis ojos—. Supongo que dos golpes en la cabeza en tan poco tiempo podrían causar eso —me mira de nuevo, y algo suave y casi infantil se desliza en su mirada—. El bastardo que te golpeó aún está curando sus huesos rotos.

Parpadeo, procesando cada palabra demasiado lentamente. Lo miro fijamente durante varios segundos, repitiendo sus palabras en mi cabeza, y aun así, suena como galimatías. El viento entra, llamando mi atención hacia la puerta. Está abierta.

—Yo no... —Una ligera risa se le escapa cuando me bajo de la cama y caigo inmediatamente, incapaz de moverme. En absoluto. ¿Por qué mis extremidades no funcionan? Mi cabello cae como una cortina sobre mis ojos mientras levanto la cabeza.

—¿Qué me has hecho? —Mi voz es aún más patética que mis débiles extremidades.

Su camisa es de un suave azul que hace resaltar sus ojos, junto con la locura que veo en ellos. Se baja de la cama y se pone de pie sobre mí.

—Nada, aún. Excepto si consideras bañarte y coserte algo. Tenías fiebre —repite, y una rápida mirada hacia abajo confirma que llevo puesta una camisa que no reconozco. Hay una extraña tirantez alrededor de mi cabeza, y me toma más tiempo de lo normal darme cuenta de que es un vendaje.

La camisa de seda roza mi piel y... no llevo nada debajo. Mis ojos se disparan hacia Christian, el pánico trepando por mi columna. Se arrodilla a mi lado. Me estremezco cuando levanta una mano hacia mí, y sus ojos se oscurecen. —Nunca te haría daño —promete.

El odio se acumula en mi estómago, y no tengo fuerzas para ocultarlo de mi rostro. —Vi lo que le hiciste a Georgia.

Christian arquea una ceja y agarra mis hombros, su otra mano acunando mis rodillas. Me levanta en sus brazos como si no pesara nada. —Mi relación con Georgia no es algo que puedas entender, ni siquiera si te lo explicara. —Me mira con adoración—. Tú eres diferente. Moriría antes de permitirme hacerte daño.

—Me golpeaste. Dos veces. —Se suponía que era una réplica, pero mi voz apenas es un susurro mientras me acomoda de vuelta bajo las sábanas.

Sus ojos se centran en las mantas azul oscuro mientras las tira sobre mis pies. —No me dejaste otra opción. Estabas fuera de control. Tenía que detenerte antes de que hicieras o dijeras algo de lo que te arrepentirías. —Sus palabras son lentas, condescendientes, como si debiera entender fácilmente la mierda que está diciendo—. No quería lastimarte, pero estabas diciendo que lo amabas, cuando realmente no es así. Fue simplemente una corrección, y lo hice para ayudarte. Para proteger lo que teníamos de tus palabras falsas y hirientes. Pero veo cuánto te lastimó, y nunca volveré a levantarte la mano. —Ahí está esa sonrisa vulnerable de nuevo mientras ajusta la almohada bajo mi cabeza, tratando de hacerme sentir cómoda, pero lo único que hace es que quiera apuñalarlo directamente en el corazón—. Uno de nosotros tiene que ser fuerte para que esto funcione, y nunca me he apartado de mis responsabilidades antes. Tienes mi palabra, Lei.

—Estás loco —murmuro, dándome cuenta de que realmente cree la mierda que acaba de soltar.

Sus manos se detienen por un momento antes de subir para acunar mis mejillas. El gesto es suave, pero sé lo que es esto cuando su pulgar siente cada partícula de mi piel. —Tu ausencia se llevó la poca cordura que me quedaba. —Una caricia ligera, y mi corazón salta de mi pecho cuando se inclina. Pero no me besa. Simplemente me mira directamente a los ojos; siempre ha sido un hombre intenso, necesitando mantener contacto visual para transmitir su mensaje, pero ahora siento una presión desconocida empujando contra mi mente. Me pregunto si ha estado ocultando su aura alfa a mi alrededor hasta ahora—. Te amo.

Las palabras resuenan en mi cráneo, extendiéndose por los rincones de mi mente. Continúa, sin

darse cuenta de la batalla de voluntades que ocurre en mi cabeza. —Todo lo que hago, cada maldita decisión que he tomado desde que te conocí, ha sido solo por ti. —Su toque se vuelve más duro, y sus ojos más fríos—. Dime una cosa que ese bastardo de Wilde haya hecho por ti. Maté a mi padre por ti. ¿Qué mejor manera de mostrarte mi amor que esa?

Me echo hacia atrás, mis ojos se ensanchan con horror. Debo haberlo oído mal. —¿Qué dijiste? —Mi voz tiembla, mi garganta apretada por la incredulidad.

Sus ojos destellan con algo oscuro y siniestro, y sus manos se retiran de mis mejillas. Se acomoda en la cama a mi lado, la cama que se siente como una trampa, su proximidad sofocándome. Comienza a explicar, hablando como si esto fuera un cuento para dormir reconfortante. Pero no lo es. Es una pesadilla. Mi pesadilla, y desearía nunca haber preguntado.

—Al igual que tú, pensé que el ataque a la Manada Luna Azul que se llevó la vida de tu madre fue de los Colmillos Oscuros. Mientras estabas lejos con tu padre durante el período de luto y yo vine a visitar, hubo bastantes irregularidades con el ataque. No parecía la cuidadosa planificación de Wilde. Además, me había enterado de que Wilde había buscado a Mardoc para decirle cuáles eran sus motivos. Noble, si me preguntas. Castigaría al alfa, pero no a la manada. Exigió que tu padre renunciara y cediera su autoridad, y tú te convertirías en su esposa y la luna de la manada. Mardoc podía aceptar su oferta, o Asher lo mataría y tomaría la manada por la fuerza.

Mi boca se afloja. No sé por qué estoy sorprendida. Suena muy propio de Asher. Pero no sabía que había pedido mi mano en matrimonio hace años. El punto suave en mi pecho donde residen mis sentimientos y recuerdos con Asher se calienta, y si Christian lo nota, no lo demuestra. Solo continúa hablando, su mirada distante, perdido en un recuerdo.

—Mardoc ignoró sus mensajes, y cuando atacaron la manada de tu padre, parecía que Wilde había cumplido su palabra. Pero no tenía sentido. Si fue él, ¿por qué no mató a tu padre también? Comencé a indagar más, y me llevó a mi padre. —Su mandíbula se tensa y sus ojos están tormentosos mientras me ve asimilarlo—. Hizo que los renegados atacaran la Manada Luna Azul. Prefería eliminar la manada de tu padre antes que dejar que Asher Wilde se convirtiera en alfa de ambas manadas. Habíamos puesto demasiado trabajo en construir esa alianza para perderla.

Su padre. Fue su padre.

Mi mente da vueltas, tratando desesperadamente de darle sentido. La muerte de mi madre. El ataque. Todo lo que he creído durante tanto tiempo, se está desmoronando a mi alrededor, dejándome de pie en las ruinas de un pasado que ni siquiera sabía que estaba construido sobre mentiras. *Asher*. Mi esposo. El hombre al que he dudado mil veces, a quien resentí incluso antes de conocerlo. El hombre que me amó antes de que yo siquiera supiera su nombre. Nunca había sido culpable de la muerte de mi madre, y tal vez en el fondo siempre supe que debería haber confiado en él. Cada noche en su cama, conscientemente aparté los pensamientos de mi mente: que él mató a mi madre, que todo apunta a que él es el asesino de mi padre.

Pero no podía mirar esos ojos que me miraban como si fuera algo precioso, o sentir esas manos tocarme con reverencia, y creer que lo hizo. Pero me había aferrado a esa verdad durante tanto tiempo, que era fácil dirigir mi odio y enojo hacia él, y recordarme cada vez que sentía mi corazón acelerarse que no podía amar al hombre que asesinó a mis padres.

Siento el escozor de las lágrimas en el fondo de mis ojos, una presa amenazando con reventar, pero Christian está lejos de terminar. —No pude enfrentarte después de saber la verdad. No por un tiempo. Y estabas de luto. Necesitaba una salida, y Georgia estaba allí. —No hay remordimiento en sus ojos cuando añade—: Debes saber que cada vez que estaba con ella, solo pensaba en ti y en cómo iba a matar a mi padre. ¿Entiendes ahora que follar con Georgia no significaba nada? Hice eso por ti. Matarlo no fue nada, pero asegurarme de que no hubiera levantamientos después de hacerlo llevó tiempo. Lo maté porque te lastimó e intentó poner una cuña entre nosotros. —Sonríe, y apenas lo reconozco—. Fue lento, y disfruté cada momento.

Lo dice como si debiera ser recompensado. Como si no hubiera absolutamente nada malo en lo que acaba de decir. —Nunca pedí nada de eso —lloro.

Frunce el ceño al notar la lágrima que rueda por mi mejilla. Asiente, entrelazando sus dedos. —Pero eso es lo que pasa con el amor, ¿no? Nunca deberías tener que pedir, ¿recuerdas? Me lo dijiste cuando mencionaste que querías flores en cada cita. Debería ser capaz de pensar en ti y hacer estas cosas por ti. Me he apegado a eso desde que te conocí. Por eso decidí que Mardoc no te merecía. Te abandonó cuando más lo necesitabas, así que me aseguré de que muriera solo.

Se me corta la respiración y no puedo ver más allá de las lágrimas que llenan mis ojos. —¿Qué?

Las lágrimas son silenciosas y calientes mientras se deslizan por mis mejillas. No de tristeza. De ira. Del dolor insoportable de todo esto. De la traición, la pérdida y el puro peso de la verdad cayendo sobre mí. —Oh Diosa —lloro—. ¿Qué has hecho?

Sus cejas se fruncen con confusión. —Lo maté. *Por ti.*

Alguien está gritando, un sonido doloroso y desgarrador. Me toma un momento darme cuenta de que soy yo.

CAPÍTULO 20



ASHER

Sé que algo está mal en el momento en que el vínculo que nos une se oscurece. Leilani siempre ha sido experta en levantar muros, y podría haberme convencido a mí mismo de que me estaba excluyendo, pero ya no hay razón para que lo haga.

En los últimos días, se ha abierto conmigo, riendo y escuchando mis historias. Se quedaba en mi habitación todo el día, enredada en mis sábanas. Volver a casa y encontrarla esperándome me hace flaquear las rodillas. Me hace vulnerable, y disfruto siendo ese hombre, solo para ella.

Nunca pensé que llegaría el día en que disfrutaría de las palomitas y las películas a medianoche, o de apartar el cabello del rostro de una mujer solo para no perderme sus expresiones mientras la follo en mi balcón. He ido a la cocina más veces en estas últimas semanas que en toda mi vida. Para prepararle el desayuno, el almuerzo, la cena... demonios, lo que sea que se le antoje, incluso a las horas más extrañas.

Talon cree que he perdido la cabeza, y tuvo la maldita osadía de decírmelo a la cara.

Y yo estuve de acuerdo, mientras pelaba un maldito aguacate.

Jules aúlla y Cayden se ríe cada vez que me los encuentro en el pasillo antes del trabajo. En sus palabras, parezco miserable y es jodidamente obvio que nunca quiero volver a salir de mi habitación. No importa que gruña ferozmente cuando hacen bromas sobre cómo me parezco a un adolescente enamorado. Tienen razón, y nunca he culpado a alguien por ser honesto.

Leilani me ha convertido en alguien que no reconozco, y ahora, simplemente... ha desaparecido.

Su carrera dura más de lo habitual, tal como me había advertido que pasaría. No le doy mucha importancia hasta que me ducho y voy a ver los campos de entrenamiento y los cachorros que acaban de tener su primer cambio. Jules ya está con ellos.

Frunzo el ceño, la inquietud se extiende en mi pecho mientras me dirijo hacia ella, reconociendo a medias los saludos que me lanzan. —Se supone que deberías estar en el arroyo, con Leilani.

Los ojos azul claro de Juliana me recorren, y un ceño furioso endurece sus facciones. A veces, se parece tanto a Mallory que duele mirarla. —Lo estaría, si ella se hubiera presentado, maldita sea. Esperé durante horas. Si no tiene respeto por mi tiempo, entonces no me queda ni un minuto para perder con ella. Ni con esta conversación.

Se da la vuelta bruscamente, y normalmente me reiría cuando su cabello me golpea la cara, pero

apenas lo siento. Mi mirada se eleva, buscando a un guardia en particular, pero no lo encuentro. —¿Dónde está Jared? —pregunto, con la voz más áspera de lo habitual.

Cayden se detiene en medio de mostrarle a nuestra invitada, Georgia Anderson, la forma correcta de sostener un cuchillo. Mira alrededor y murmura algo a ella, señalando el objetivo antes de trotar hacia mí. —No lo he visto desde que siguió a Leilani en su carrera.

Llámame bastardo sobreprotector, pero los guardias discretos son solo para su seguridad. Se ha convertido en mi primera prioridad. —¿Y Thomas?

La expresión de Cayden se vuelve pensativa, y me giro y marchó por el pasillo. Mis dedos se contraen mientras el peso en mi pecho se vuelve insoportable. Un gruñido resuena en mi pecho, combinando ira y miedo, y estoy cruzando el concurrido pasillo antes de la entrada cuando alguien se interpone en mi camino. —Asher, yo...

—Ahora no —digo, esquivando a Sasha. Apenas hemos hablado desde aquel día en mi estudio. Creo que me ha estado ignorando, pero realmente no lo he notado. He estado demasiado ocupado enterrado entre los succulentos muslos de mi compañera.

Sin dejarse disuadir, Sasha avanza, su mano agarrando la mía. —No lo entiendes. Encontré...

—Dije que *ahora no*, Sasha...

—Encontré un cadáver. —Su voz corta a través del pasillo, silenciando todas las conversaciones—. En los jardines. Talon dijo...

El tiempo se detiene. La sangre se congela en mis venas. Mi corazón se salta un latido, luego vuelve a la vida con fuerza, errático y violento.

Me giro hacia ella lentamente, el miedo quebrando mi compostura. —¿Un cadáver? —¿De quién? Estoy corriendo antes de poder preguntar. Sasha me guía hacia los rosales junto al arroyo, donde media docena de guardias rodean a Talon, que está agachado en el medio, con la mandíbula tensa mientras observa a su amigo de toda la vida.

Mis dedos están entumecidos mientras observo el rostro familiar y el cuello torcido en un ángulo antinatural: Jared.

Mis pasos se ralentizan y el suave crujido de mis botas contra la grava les alerta de mi presencia. Talon me mira, y sus ojos están oscuros de preocupación mientras se endereza. Como si leyera mis pensamientos, coloca sus manos en sus caderas y dice: —No podemos encontrar a Thomas. Ni a Leilani. —Señala a Jared—. Está frío, lleva muerto al menos tres horas.

Las palabras de Talon resuenan en mi cráneo mientras miro los ojos sin vida de Jared. *Tres horas*. Ha estado ausente durante tanto tiempo. Desprotegida. Secuestrada. El miedo me atrapa. Ha pasado tanto tiempo desde que lo sentí que me deja entumecido. Sin aliento. El brillo del sol se atenúa, dando paso a sombras que sé que no son reales. La angustia se extiende por mi pecho, y un suspiro dolorido se escapa de mis labios.

—Rastreen su olor —digo a nadie en particular, parpadeando para aclarar mi visión. Pero solo se nubla más, teñida de rojo y oscuridad, arremolinándose de forma antinatural.

Atravieso el bosque como una tormenta, con mi lobo al borde de liberarse, apenas conteniendo la

transformación. Mis sentidos se agudizan mientras rastreo los débiles vestigios de su aroma, pero algo anda mal. Es tan tenue que apenas se adhiere a las hojas y a la tierra bajo mis pies. Mi corazón late con fuerza, la sangre corre demasiado rápido por mis venas. No puedo dejar de pensar en el peor escenario posible. No puedo dejar de pensar en *ella*.

Su risa, la forma en que sus dedos se enroscan alrededor de mi muñeca mientras duerme, sus muslos a horcajadas sobre los míos mientras se acomoda en mis brazos por la noche, confiándome cada una de sus vulnerabilidades.

Y ahora se ha ido. Nunca debí dejarla fuera de mi vista.

Es al atardecer cuando llegamos al borde de las fronteras, y su aroma es más fuerte, pero está mezclado con algo más: sangre. No es suya. Me detengo al ver al hombre armado apoyado contra el tronco del árbol. Aprieto la mandíbula mientras me agacho, colocando una mano sobre su piel fría mientras inspecciono sus heridas, olfateando en busca de un aroma extraño, pero no encuentro ninguno. Quiquiera que haya hecho esto fue cuidadoso, lo suficientemente hábil como para no dejar rastro de su olor.

Inclino la cabeza peligrosamente. Tiene que ser otro alfa. Los pies de Talon apenas tocan el suelo detrás de mí cuando susurro:

—Haz que Glade informe sobre los movimientos de Christian Anderson, su paradero, con quién se ha estado reuniendo y con quién ha estado hablando.

Me pongo de pie y me vuelvo hacia Cayden, que aún está con su ropa de entrenamiento, empapado en sudor.

—Consigue las grabaciones de seguridad de todos los puntos de entrada y salida. Hay huellas de neumáticos. Las cámaras deben haber captado algo.

A los hombres que se reúnen a mi alrededor, les digo:

—Desplegaos.

Empiezo a girar sobre mis talones cuando una voz murmura:

—Pero estaremos cruzando a territorio de los renegados. No es seguro...

Tengo el cuello de Ian entre mis manos y estoy respirándole en la nuca antes de que pueda pensarlo.

—¿No es seguro? ¿Quieres saber qué no era seguro?

Sus ojos están abiertos de miedo.

—Cuando me adentré solo en estos bosques después de recibir una llamada de socorro de tu tía. Cuando negocié por tu vida después de que robaras a los renegados. ¿Sabes qué más no era *seguro*? Recibir una bala por ti cuando el trato no salió bien. ¿Quieres decirme por qué encontrar a mi esposa, cuyos guardias han sido asesinados, es demasiado para ti?

Ian baja la mirada y el sudor rueda por su mejilla.

—Y-yo los guiaré.

Suelto su cuello y cae al suelo.

—Bien.

Los ojos marrones de Talon están llenos de preocupación mientras habla por su teléfono móvil. Transmite el mensaje a través del enlace mental medio segundo después: *Glade dice que Christian ha estado encerrado en una reunión con los ancianos de la manada y los alfas visitantes del sur todo el día. No ha salido de la manada. No fue él.*

* * *

—Ella no escribió esto.

Todos a mi alrededor tienen la misma mirada de lástima que he visto durante la última semana desde que la perdí. No, no la perdí. Alguien se la llevó. No hay manera en el infierno de que Leilani me haya dejado como dice esta miserable carta. He buscado sin descanso, sin dormir, he llevado a mis hombres al límite y he pedido todos los favores posibles para reunir grabaciones de cada carretera y cada callejón, rastreando su teléfono hasta que la pista se enfrió. Es como si se hubiera esfumado en el aire.

—¡Ella no escribió esto! —gruño, apretando el puño alrededor de la carta y arrugándola. Jules me mira con tristeza. Sasha se apoya en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, pero sus ojos transmiten la misma preocupación que los de Cayden.

La voz de Talon es demasiado suave:

—Es su letra, Asher. Y huele a ella.

Le lanzo una mirada, con los dientes apretados mientras arrojo la carta a la chimenea. Pero es demasiado tarde. Las palabras ya se han grabado en mi mente.

Seguía pensando que podía ignorar la realidad y fingir que cada momento entre nosotros era perfecto. Pero cada vez que te miraba, veía el cuerpo roto de mi madre, la forma en que mi padre murió solo. Cada beso me recordaba la ira y la rabia que sentí cuando mataste a mi padre. Nunca he odiado a nadie como te odio a ti. Y por eso fue fácil fingir que me importabas. Eras tan fácil de engañar. Estabas tan hambriento de afecto que no podías ver lo que tenías delante.

Cada momento contigo me ponía la piel de gallina. No podía soportarte ni a ti ni a nuestro matrimonio.

Supongo que esto significa que estamos a mano ahora. No me busques. Me fui porque la única otra opción era cortarte el cuello mientras dormías.

Miserable bastardo.

No hay manera en el infierno de que ella escribiera eso.

Recuerdo los momentos tranquilos cuando la sorprendía mirándome con algo profundo en sus ojos, como si estuviera a punto de decir algo... pero luego no lo hacía. Se cerraba, solo por un segundo, como si se estuviera protegiendo de mí. Nunca la presioné. Entendía la naturaleza

delicada de nuestra relación. Ella necesitaba más que un simple esposo. Necesitaba alguien en quien apoyarse, alguien que entendiera el peso de su pasado sin obligarla a enfrentarlo antes de que estuviera lista.

Me frote la cara con una mano, mi cuerpo se hunde en el sofá, sintiéndose más pesado que nunca.

—Salgan —susurro con voz ronca.

Talon duda, luego murmura:

—Por lo que vale, yo tampoco creo que ella lo escribiera. Averiguaré cómo llegó esa carta aquí.

No respondo. No puedo. Mis ojos están fijos en el balcón, escrutando el horizonte como si pudiera vislumbrarla. La habitación está en silencio hasta que un suave golpe interrumpe mis pensamientos. Mis sentidos captan primero su aroma: canela y especias. La puerta se abre con un chirrido y Georgia entra, sus labios se curvan en una sonrisa.

—Pensé que te encontraría aquí. ¿Puedo pasar?

Ha estado haciendo esto mucho últimamente: visitar mi habitación, hablar conmigo. Me cuenta historias sobre Leilani, pensando que eso podría calmarme. A veces llora y dice que la echa de menos. Afirma que nadie más la escuchará, ni siquiera por lástima por lo que su marido le hizo. Sé que está sola, pero yo también lo estoy, y su presencia no despierta más que repugnancia en mí. Aun así, la dejo hablar. Las sombras en mi mente parecen más distantes cuando hay ruido.

Georgia entra sin esperar mi respuesta, sus ojos vagando por la habitación antes de sentarse en la cama de Leilani. Casi le grito. La cama aún huele a Leilani, y no quiero que Georgia mancille eso. Pero me trago el impulso. ¿Qué importa? Si Leilani realmente me ha dejado para siempre, su aroma se desvanecerá de todos modos.

Georgia se estira en la cama, deslizando sus dedos sobre las sábanas. El dobladillo de su vestido se sube revelando sus cicatrices. Su cabello cae sobre sus hombros mientras arquea dramáticamente la espalda, empujando su pecho hacia adelante. El escote bajo de su vestido es deliberado, poniendo sus senos prominentemente en exhibición.

Miro fijamente por las puertas de cristal, mis labios se curvan con desagrado.

—No pude evitar escuchar —comienza ella, con voz suave, casi inocente—. Dicen que ella envió una carta y... no era lo que esperabas. —Se muerde el labio, como si no estuviera segura de continuar o no. Su actuación es tan claramente ensayada que es casi risible. Luego, apresuradamente, añade—: Lo siento, Asher. Sé que escuchar a escondidas está mal, pero estaba preocupada por ti... y por Leilani. Ella tiene un historial de huir cuando está enojada. Es como su cosa, ¿sabes?

No respondo. Ni siquiera la miro. Mi mente ya está dando vueltas, repitiendo cada palabra de esa carta. ¿Podría ella haberla escrito realmente? ¿Estaba simplemente fingiendo que le importaba todo este tiempo? ¿Podría haber estado tan ciego?

La voz de Georgia se vuelve más baja, más íntima. —Sé cuánto la amabas... pero tal vez no era quien pensabas que era. Ha hecho cosas, Asher, cosas que no creerías. La amo, pero incluso yo tengo que admitir que fuiste demasiado bueno con ella. Demasiado indulgente. —Su voz se

quiebra en la última palabra—. Chris volvía a mí algunas noches, apestando a ella. Sabía que se estaban encontrando a nuestras espaldas. Él llamaba su nombre cuando... —Su voz se apaga—. Yo...

—Deja de hablar —adviento, mis manos temblando, la ira y el dolor amenazando con liberarse. Sé que está mintiendo para sacudir mi confianza en Leilani, pero sus palabras se cuelan en mi corazón de todos modos. ¿Se escapó para estar con él?

Ella se levanta, sus caderas se balancean mientras se acerca. —No crees que lo hizo sola, ¿verdad? Escapar de aquí. —Está más cerca ahora, mirándome con ojos grandes y de cierva—. Christian es el único hombre que ella amará alguna vez, pero podría haber usado a algún otro hombre para salir de aquí. La has visto. Siempre ha tenido hombres suspirando por ella.

Se inclina, su palma descansando contra mi muslo, quemando a través de la tela negra de mis pantalones. Sus dedos se mueven más arriba, y mis músculos se tensan. —¿Qué crees que está haciendo ahora mientras tú la buscas infructuosamente? ¿Crees que le importas un carajo? —Su otra mano aterriza en mi hombro, y se aferra con fuerza—. Tu manada necesita que seas el alfa. Tu manada necesita una luna fuerte que ame a la manada tanto como te ama a ti. Una mujer leal y feroz que no exprese abiertamente su resentimiento hacia ti. Una mujer que no te engañe.

Mi pecho se aprieta y mis ojos se cierran mientras intento forzar una respiración, pero antes de que pueda reaccionar, Georgia se baja sobre mi regazo, a horcajadas sobre mí. Su pecho presiona contra el mío y se lame los labios. —Nos entendemos, alfa —susurra, frotando sus senos contra mi pecho—. Úsame, si eso es lo que necesitas para olvidar a Leilani.

Sus labios encuentran los míos en un instante, suaves e insistentes. Gime, su lengua provocando la costura de mis labios, desesperada por entrar.

Por un momento, estoy demasiado perdido en mi propio dolor para registrar lo que está sucediendo. Mi cuerpo reacciona antes que mi mente, y retrocedo cuando su aroma me golpea.

Mi mano sale disparada, envolviendo su garganta en un agarre como un tornillo. La arranco lejos de mí, mis dedos hundiéndose en su piel mientras sus ojos se ensanchan con shock y miedo. Su pulso martillea contra mi palma mientras su respiración se vuelve superficial y jadeante. —Me estás lastimando —llora, sus manos volando para arañar las mías.

—Si vuelves a tocarme —gruño, mi voz baja y peligrosa—, no quedará suficiente de ti para follarte a otro macho emparejado. ¿Entiendes?

Ella asiente desesperadamente, sus labios se abren en un jadeo desesperado por aire, pero no la suelto hasta que veo sus ojos salirse de las órbitas. Cuando la libero, colapsa, succionando aire desesperadamente.

Me pongo de pie, mi pecho agitándose de rabia. —Sal. *Ahora*.

Ella se arrastra desde el suelo y sale corriendo por la puerta sin mirar atrás.

Apretando los puños, irrumpo en mi habitación y agarro la pintura envuelta en la que había pasado semanas perfeccionando, el regalo de cumpleaños de Leilani. Enojado, mis garras rasgan el papel brillante y el plástico de burbujas, hasta que encuentran el vidrio. Jadeando, miro fijamente la pintura. Fue difícil dar vida a esto. Me había forzado a pensar en la primera vez que

espié a Mardoc y su familia, solo para poder pintar el momento que me hizo tan amargado, tan condenadamente vengativo. La pintura muestra la noche del solsticio de invierno. Leilani baila alrededor del fuego con una camiseta corta blanca y una falda larga que se arremolina alrededor de sus tobillos. Su madre se mueve detrás de ella, sus ojos brillando de felicidad mientras le guiña un ojo a Mardoc, cuya sonrisa se extiende ampliamente en sus labios mientras su mano levanta una copa en un brindis por el amor.

El resto de la manada vitorea, levantando sus copas con él.

Le habría encantado.

La arrojo contra la pared y se hace añicos, justo como mi corazón.

CAPÍTULO 21



LEILANI

—El señor Anderson solicita su presencia en el comedor.

Me aferro con fuerza a las sábanas y exhalo un suspiro doloroso mientras tiemblo bajo la manta.

—No tengo hambre.

La criada hace una pausa. Creo que se llama Adele.

—En realidad, no era una petición.

Me giro ligeramente y sonrío a través de mis labios secos y agrietados.

—Bueno, entonces supongo que puedes decirle que se meta sus órdenes por el culo, donde tiene actualmente la cabeza. No bajaré a cenar, ni a desayunar, ni a almorzar.

Ella asiente, aunque sus cejas se contraen con irritación. Suspiro, hundiéndome más en las almohadas con un suspiro cansado. Al principio, solo era fiebre, pero en los últimos días, mi salud ha empeorado. Como y duermo todo el día, y solo me levanto de la cama para vomitar y ducharme para quitarme la bilis de la piel.

Todo me duele, y la desesperación por escapar de este lugar me ha abandonado. Apenas puedo pensar más allá del constante martilleo en mi cabeza, y moverme hace que mis huesos me duelan.

Es la comida. Tiene que estar mezclada con algo, pero no entiendo por qué me secuestraría solo para envenenarme. No sé qué día es. He perdido la cuenta de cuántas noches he pasado aquí. Algunas noches, Christian entra para verme dormir. A veces duerme a mi lado, pero nunca soy lo suficientemente fuerte como para empujarlo fuera de la cama. Aún no me ha tocado, por temor a romperme más de lo que ya lo ha hecho, pero no estoy segura de cuánto tiempo su preocupación lo mantendrá alejado de mí.

Una lágrima rueda por mis mejillas y sollozo. Echo tanto de menos a Asher que me siento enferma. Necesito su calor a mi alrededor, sus suaves besos, su risa profunda y vibrante, y su aroma masculino. Lo necesito tanto que podría morir si paso otra noche sin él.

Estoy quedándome dormida de nuevo cuando la puerta se estrella contra la pared, sobresaltándome. Unas manos ásperas me sacan de la cama.

—Mi paciencia se ha agotado, Leilani —ladra Christian, sus ojos verdes brillantes de ira—. ¿Quieres estar deprimida y enojada? Adelante, pero no pienses ni por un segundo que puedes faltarme al respeto en mi propia casa. Ya he tenido suficiente de tus berrinches.

—De acuerdo —susurro cansada.

Christian me arrastra hacia adelante por la muñeca, y necesito la misericordia de la Diosa para mantenerme en pie mientras me saca de la habitación. Tropiezo con la cola de mi arrugado vestido para seguirle el paso, y el movimiento repentino hace que la bilis suba a mi garganta. La trago y me limpio la frente con la mano.

—Chris... —susurro—. No me siento bien.

Me ignora y abre de una patada la puerta que conduce al comedor. El aroma del pollo asado asalta mis fosas nasales, y en lugar de despertar mi hambre, empeora las náuseas. Tengo arcadas, pero no queda nada que vomitar, y cuando Christian me planta en la silla, mi mundo comienza a girar.

La criada —Adele— se mueve a mi alrededor, sirviéndome un plato y llenando mi copa con vino blanco. Alcanzo la copa, repentinamente sedienta. El alcohol quema mientras baja por mi garganta, empujando las náuseas más abajo y despejando mi cabeza por un momento. Dejo caer la copa vacía sobre la mesa con un tintineo y miro a Adele.

—Más.

Su mirada fulminante se transforma rápidamente en una sonrisa cuando Christian se vuelve hacia nosotras.

—Sí, señora —su voz es sensual y sus movimientos son lentos y deliberados. Se gira, inclinando su pecho en dirección a Christian. Cuando se agacha para recoger el vino, su falda se sube tanto que se asoma el encaje blanco entre sus muslos. Podría decirle que podría follárselo aquí mismo en la mesa del comedor y no significaría nada para mí. Todo lo que quiero es la botella de vino en sus manos.

—Ya es suficiente, Lei.

Parpadeo, sorprendida al encontrar mis dedos envueltos alrededor de la copa de Chris. Mis ojos se elevan hacia los suyos, que están duros y fríos, como siempre. Me sobresalto cuando una mano cálida se posa en mi muslo, quemando a través de la fina tela de mi vestido.

—Preferiría tenerte sobria para esta conversación.

—Y yo preferiría estar en casa con mi esposo, pero... —sonrío—. No siempre obtenemos lo que queremos, ¿verdad? —Tomo la copa y bebo su contenido de un solo trago.

La mano en mi muslo aprieta dolorosamente y me estremezco, retrocediendo en mi silla.

—¡No me toques!

Christian me jala hacia adelante, sus dedos subiendo peligrosamente mientras me lanza una sonrisa diabólica.

—Es mejor que te vuelvas a familiarizar con mi tacto. He hecho planes con el sacerdote para

nuestro ritual de apareamiento. Está programado para el final de la semana —su pulgar acaricia mi carne mientras sus ojos recorren mi figura, elevándose una vez más para descansar en mi hombro derecho, donde su marca se ha convertido en un leve moretón. Su sonrisa flaquea, pero no dice nada, asintiendo en cambio hacia la comida—. Come.

Cuando no le obedezco inmediatamente, desconcertada por su *anuncio* e irritada por la mano que masajea posesivamente mi muslo, de repente me grita:

—¡Joder, come la maldita comida, Lei!

Mis manos vuelan hacia los cubiertos, mis dedos tiemblan mientras agarro el tenedor. Aprieto los labios mientras pincho un trozo de carne. —No quiero casarme contigo —. Curiosamente, recuerdo haber dicho las mismas palabras a Asher hace meses. Por experiencia, sé lo poco que importa lo que yo quiera en este tipo de situaciones. El tenedor tintinea ruidosamente cuando lo dejo caer en el plato y lo miro con furia—. ¿Cómo puedes mirarme a los ojos y hablar de pasar el resto de tu vida conmigo después de todo lo que has hecho? ¿Quieres que tengamos un ritual de apareamiento? Preferiría morir antes que pasar por eso contigo. La idea de que tus manos me toquen me dan ganas de arrancarme el corazón, tragarme la lengua o saltar por el maldito acantilado de afuera y partirme el cráneo.

Christian se ríe como si acabara de hacer una broma, pero sus uñas se clavan en mi vestido y reprimo un gruñido de dolor. Sé lo que es esto. Puedo sentirlo en sus manos temblorosas, la calma antes de la tormenta. Me preparo para la oleada de violencia, pero Christian nunca ha sido un hombre predecible.

Deja el tenedor suavemente y me mira fijamente. Los segundos pasan en completo silencio. Mis músculos se tensan, pero él solo sigue mirándome con esos ojos muertos. Entonces se levanta de golpe y voltea la mesa, enviando platos y comida por los aires. Grito, cubriéndome los oídos mientras el cristal se hace añicos. —¡Lo estoy intentando! —ruge, y su silla vuela a través del desastre, estrellándose contra la pared—. ¿Por qué es tan condenadamente difícil llegar a ti? Georgia lo entendía. ¿Por qué tú no?

—¡Porque no soy una maldita psicópata! ¿Debería estar agradecida? ¿Debería arrastrarme a tus pies y agradecerte por matar a *mi padre*? ¿Y al tuyo? ¿Debería olvidar de alguna manera que me mentiste durante años, me engañaste, me rechazaste porque pensaste que no era apta para ser tu luna? Después de todo eso, ¿esperas que te reciba con los brazos abiertos y me abra de piernas para ti?

Me agarra de los brazos y me pone de pie bruscamente. Se acerca tanto que nuestras narices se tocan. —Lo hiciste por Asher. ¿Qué me hace diferente?

—Nunca podrías ser ni la mitad del hombre que es Asher —gruño—. Aparte de arruinar mi vida con tus planes egoístas, ¿qué has hecho alguna vez, realmente, por mí? Dame una razón por la que debería seguir esta locura y profesar mi amor eterno por ti. Incluso cuando lo odiaba, Asher me salvó sin esperar nunca nada a cambio. Se preocupaba por mí incluso antes de que yo supiera su nombre. Él... —Mi voz se quiebra—. Él sabía lo que yo era para él y se contuvo, porque pensó que todavía te amaba. Dejó que descargara toda mi ira en él, aunque nunca hizo nada malo. ¡Todo lo que tú has hecho es engañarme, y maldigo el día en que te conocí!

Los ojos verdes se vuelven dorados, y su agarre en mis brazos se vuelve doloroso. —Asher,

Asher, Asher. Si es tan genial, ¿dónde está ahora? —Hace un gesto alrededor de la casa—. ¿Crees que él podría haber hecho esto por ti? —Dos pozos de oro se estrechan ante la marca en mi hombro izquierdo, y me muestra sus colmillos alargados—. Es la marca, ¿verdad? Está afectando tu mente, haciéndote sentir cosas por él. —Inhala, y lo veo en su mirada maníaca: el momento en que decide deshacerse de la marca de Asher.

—No —grito—. ¡No!

Pero me tiene acorralada, su cabeza descendiendo hacia mi cuello. Empujo sus brazos, gritando, porque esto es todo lo que me queda de Asher. Si me quita esto, no creo que pueda soportar vivir un día más. No puedo ser la pareja elegida de Christian. Preferiría cortarme la garganta.

Logro empujarlo, pero la fuerza solo me impulsa hacia atrás, y caigo, golpeando el suelo con un ruido sordo. Me arrastro hacia atrás, pero solo logro ponerme a medias de pie cuando me agarra del tobillo y me tira de vuelta. Mis uñas arañan el mármol mientras me arrastra hacia él, mi garganta en carne viva de tanto gritar. Algo afilado me desgarró la palma mientras me deslizó, y agarro el trozo de vidrio, girándome en el último segundo y clavándoselo a Christian en el muslo con toda la fuerza que puedo. La sangre salpica mi piel.

Gruñe, soltándose para arrancarse el vidrio, y aprovecho mi oportunidad, poniéndome de pie de un salto y huyendo por el pasillo, con la adrenalina corriendo por mis venas.

Mis manos están a un centímetro del pomo de la puerta cuando siento la presencia maliciosa detrás de mí. Me arranca hacia atrás por el pelo y un crujido explota en mi mejilla izquierda, llenándose la boca de sangre. Otro golpe me gira la cabeza en la dirección opuesta y el suelo bajo mis pies se mueve mientras otro crujido repugnante llena el aire. Y Diosa, el *dolor*.

El mareo me arrastra y por un momento, no tengo idea de dónde estoy, o dónde está Christian. Me lleva un minuto escuchar cómo se rasga mi vestido, y otro sentir el horror del aire frío besando mi piel. Mi cabeza se inclina hacia la derecha y mis ojos se abren con dificultad. Estoy presionada contra la pared y los labios de Christian están en mi cuello, su aliento caliente mientras me lame. Su rodilla entre mis muslos me mantiene en pie, y su mano está en mi pelo, inclinando mi cabeza para tener mejor acceso a mi garganta.

Puntos negros y blancos se dispersan en mi visión. Estoy segura de que mi nariz está rota. Mis manos están débiles a mis costados, temblando inútilmente mientras las manos de Christian rodean mi cintura y me acercan más. —No tienes idea de cuánto me mata pensar que él pudo tocarte así.

Sus manos bajan, agarrando mis nalgas. El pavor me recorre cuando su dura longitud presiona contra mi bajo vientre. —Christian, para.

Gruñe, deslizándose su mano por mi costado y ahuecando mi pecho, casi desnudo a través de mi vestido rasgado. Acaricia mi cuello con su lengua, pasando sus colmillos por mi piel. Gime, apretándose a través del sujetador, y empiezo a temblar con miedo y pánico puros. —¡No, para! —grito, empujando su pecho, pero bien podría estar luchando contra una roca.

La boca de Christian se desliza por mi cuello en besos hambrientos y desesperados, y mueve sus caderas hacia adelante, presionándose con más fuerza contra mí. Gruñe, retrocediendo y empujando hacia adelante de nuevo, su agarre sobre mí apretándose. —Joder —respira,

retrocediendo para mirarme. Sus ojos están hambrientos, y no hay nada del hombre que solía conocer en ellos—. Quería esperar. Lo juro, lo hice. Intenté no pensar en ello, pero me tientas, Lei. Necesito follarte.

Mi pecho se agita mientras hiperventilo, sacudiendo la cabeza profusamente, incluso mientras mi cabeza palpita y mi visión se duplica. —Por favor, para —lloro, tratando de sostener los pedazos de mi vestido juntos—. No me hagas esto, Chris. Por favor.

Se inclina, forzando nuestros labios a unirse. Un sonido retumba en lo profundo de su garganta mientras saboreo mis lágrimas en sus labios. —Te amo —dice, como si esa fuera razón suficiente para tomarme por la fuerza, contra mis súplicas—. Te amo tanto —repito contra mis labios, mordiendo con fuerza cuando me niego a separarlos para él. Empuja su lengua dentro de mi boca, gimiendo mientras saborea mis llantos, robándomelos. Me encierra con su cuerpo, apartando mis manos de mi pecho bruscamente.

Se aparta solo lo suficiente para decir: —¿Le suplicaste que se detuviera cuando te tocó? —Agarra mi sujetador y lo arranca, y mi mente da vueltas mientras él mira fijamente mis pechos desnudos—. Fuiste su zorra, y si necesito follarte para sacarlo de tu sistema, lo haré. Serás mía de nuevo. Solo mía. Cada maldito agujero en este cuerpo es mío, y te follaré hasta que lo vuelvas a creer.

Sus ojos se fijan en la marca de Asher, y su cabeza se lanza hacia ella. Grito cuando el fuego estalla en mi cuello. Sus dientes desgarran mi piel con tanta violencia que mis piernas ceden. Mi cuerpo responde, el miedo se transforma en algo más, algo que me niego a reconocer. Me aferro desesperadamente al hilo que me une a Asher. Quizás si me aferro con suficiente fuerza, la marca de Christian no romperá el vínculo entre nosotros. Por un momento desgarrador, el vínculo parpadea.

Entonces sucede algo extraño.

De repente, Christian se aparta de mí, sus labios rojos con mi sangre. Sus ojos están abiertos de sorpresa mientras se limpia los labios. Parpadea, sacudiendo la cabeza. —No puede ser. —Me sujeta por los hombros, evitando que me deslice por la pared, y hunde su nariz en mi cuello, tomando un largo y profundo olfateo.

Y entonces me empuja, aullando tan fuerte que el dolor atraviesa mi cráneo. Mis piernas no me sostienen, y caigo al suelo, temblando y sollozando. Christian escupe mi sangre como si fuera veneno, y gruñe: —Estás jodidamente embarazada.

* * *

Embarazada.

Solía preguntarme cómo sería ser la madre de los cachorros de Christian. Una vez le hablé sobre ello, expresando mi miedo a convertirme en madre. Christian tenía sus propias reservas sobre tener hijos, y lo entendía, así que dejé de pensar en ello.

Aun así, a veces solía preocuparme por lo que pasaría si descubría que tenía un pequeño cachorro creciendo dentro de mí. Madre siempre decía que las lobas tenían el instinto maternal

más fuerte, y tenía razón.

Tomo un cuchillo de mantequilla de la bandeja del desayuno y lo apunto a mi pecho. —Me mataré si te acercas más.

No puedo asimilar esto. Solo he tenido un día para aceptar este embarazo, y ahora Christian ha llegado a la conclusión de deshacerse de él.

Nunca pensé en tener bebés con Asher. La posibilidad de que nuestros múltiples encuentros me dejaran embarazada nunca se me ocurrió. Solo quería que se derramara dentro de mí. Lo presionaba para ello, y él se reía, su cuerpo tensándose con cada liberación, antes de darme un toque en la nariz y llamarme codiciosa.

Y ahora, nunca veré la alegría en su rostro que he visto tantas veces cuando interactúa con los niños de la manada. Nunca escucharé la risa de nuestro hijo cuando lo levante y le haga cosquillas. O cuando bese la mejilla de nuestra hija y le prometa que se casará con ella.

El doctor ajusta las gafas sobre su larga nariz, y le lanza una mirada insegura a Christian. —Dijiste que ella estaba dispuesta. Abortar a un niño va en contra de la voluntad de la Diosa, pero hacerlo sin el consentimiento de la madre... —Niega con la cabeza—. Eso es un pecado imperdonable.

Christian inclina la cabeza y un guardia se adelanta, poniendo una daga bajo la barbilla del doctor. El hombre se queda quieto, sus ojos acuosos se abren con horror. Su agarre sobre la caja plateada tiembla, y Christian chasquea la lengua con desagrado. —Un pecado sería dejar a tus hijos sin padre, huérfanos y sin manada porque te negaste a hacer tu maldito trabajo. Tú eliges, Walter.

Los ojos de Walter parpadean en mi dirección, y yo niego con la cabeza. —No lo hagas —le digo, pero ya puedo ver el remordimiento y la resignación en sus ojos.

Agarro el borde del cuchillo y lo lanzo hacia Christian, apuntando a su cabeza. Él lo atrapa en el aire y yo me lanzo contra él, gritando y prometiendo matarlo. Él no se mueve ni un centímetro, observando cómo los guardias me agarran y me arrastran hacia el doctor.

Las lágrimas brotan de mis ojos mientras me obligan a arrodillarme frente a él. —Por favor. —No tengo idea de por qué intento suplicarle, cuando es tan obvio que no tiene otra opción. Él no me mira mientras extrae una jeringa de la caja, casi llena hasta el borde con un líquido negro. Me giro hacia Christian mientras inserta la gruesa aguja en mi piel. —Si haces esto, nunca te lo perdonaré.

Sus ojos están vacíos. —No necesito tu perdón.

Me retuerzo, pateando la caja de las manos de Walter, enviando la jeringa volando. Se hace añicos contra la pared, y Christian maldice. —¡Sujetadla! —ordena, mientras Walter recupera otra jeringa.

Soy un desastre sollozante cuando el doctor se inclina sobre mi cuerpo inmovilizado y susurra: —Lo siento —y la aguja se hunde en mi cuello.

Las manos a mi alrededor se aflojan cuando la aguja abandona mi piel. Me agarro el cuello, mirando hacia arriba. Christian frunce el ceño. —No está pasando na...

Un fuerte estruendo sacude la casa, haciendo temblar el suelo bajo mis pies. Gritos provienen del exterior, haciendo que todas las cabezas en la habitación se giren hacia el ruido. Otro estruendo, y Christian ordena a los guardias que vayan a investigar. Christian me levanta del suelo, examinándome en busca de... No tengo idea de qué. Supongo que algo debería haber pasado ya. Pero no siento nada.

Inclina la cabeza hacia Walter. —Si me has engañado...

Mi pecho se contrae. Frunzo el ceño, confundida por el repentino movimiento. Un violento temblor sacude mi cuerpo, arqueando mi espalda de manera cruel. Mis extremidades se sacuden incontrolablemente mientras mis músculos se contraen en agudos espasmos. Caigo, gritando mientras algo afilado me desgarrar por dentro. La primera oleada de dolor golpea dura y rápida, explotando en mi pecho y cortando mi estómago. Se siente como si unas garras me estuvieran despedazando desde adentro hacia afuera, desgarrando mi núcleo.

Christian me sujeta, y mis dedos se aferran a su camisa blanca. Es la que le regalé para su cumpleaños el año pasado. El miedo brilla en sus ojos verdes mientras grito de nuevo, un dolor puro que se extiende lentamente desde mi vientre hasta mi abdomen, retorciendo mis entrañas en un tormento interminable. —¿Esto es normal? —grita en pánico desenfrenado, acariciando mi frente mientras me acuna contra su pecho.

—Las reacciones individuales varían —escucho vagamente decir a Walter por encima de mis gritos. Mi cuerpo se retuerce en un violento estremecimiento, como si acabara de ser electrocutada.

—¡Ayúdala! —grita Chris, girándome de lado mientras convulsiono. Mis dientes rechinan y un líquido brota de mi boca.

Pierdo la noción del tiempo. Alguien entra corriendo en la habitación. —Estamos bajo ataque —le dice a Christian, pero Christian no se aparta de mi lado. Estoy asustada y no sé qué me está pasando. El dolor me está destrozando, y arañeo mi vientre, desesperada por detenerlo. Llamo a Asher. Llamo a mi padre. Llamo a mi madre. Incluso llamo a Christian.

Solo el dolor responde a mi llamada, y caigo en él y en la oscuridad que trae consigo.

CAPÍTULO 22



ASHER

Tres días antes

—Muy bien, esto ya ha durado demasiado —la voz de Sasha llega desde la otra habitación, la de Leilani, y un segundo después, la puerta que las conecta se abre de golpe—. ¿En serio? ¿Borracho a las cinco de la mañana? Levántate de una vez, imbécil.

Me arrebató el vaso vacío de la mano, ignorando mi gruñido mientras desaparece en el baño.

—Nunca pensé que fueras el tipo de hombre que llora por un corazón roto —regresa con una toalla mojada y me la lanza a la cara—. Límpiame la baba y reúneme conmigo afuera. Hay algo que necesitas ver.

—No —le digo, volviendo mi mirada a los papeles en mis manos, entrecerrando los ojos, pero no puedo distinguir las palabras. La bebida no ayuda. Destrozar su habitación y la mía ciertamente tampoco. He optado por dormir en la cabaña. Es el único lugar que no huele a ella.

Las fosas nasales de Sasha se dilatan.

—¿De verdad has dejado de buscarla? ¿Y luego qué? ¿Vivirás el resto de tu vida así? No has salido de esta cabaña en días. La manada no se va a dirigir sola. Claro, Talon y Cayden están haciendo un gran trabajo, pero te necesitan. Juliana te necesita. Yo te necesito. Y si encontrar a esa pelirroja desgraciada va a curarte de tu locura y esta patética depresión, entonces vamos a hacerlo —su nariz se arruga y su voz es francamente despectiva cuando añade—: Papá se revolvería en su tumba si supiera que has dejado que una mujer diminuta te afecte así. Es vergonzoso.

—Me dejó, Sasha —el silencio cae, trayendo consigo pensamientos que he enterrado con incontables botellas de licor—. Debí haber sabido que era infeliz. Debí haber sido capaz de notar que me odiaba, pero la necesitaba tan terriblemente que ignoré incluso la más mínima incertidumbre en sus ojos —aprieto el puño, rompiendo el bolígrafo en mi mano, mientras miro el boceto áspero en mi escritorio.

Las suaves curvas, las líneas, los mechones ondulados de cabello. No me había dado cuenta de que la había dibujado de nuevo. Arrugo la hoja de papel y la arrojo al fuego.

—Si necesita estar lejos de mí para ser feliz, entonces le daré el espacio que necesita.

Sasha pone los ojos en blanco.

—¿De verdad crees que se fue? —señala en la dirección general de la recepción—. ¿Cuando claramente estaba lista para arrancarme la cara después de que te besé *una vez*? Le importas, créeme. La única forma en que se haya ido es si alguien se la llevó, atada y amordazada... e incluso entonces, probablemente roería las cuerdas solo para volver y arrancarme el cabello.

Cuando la fijo con una mirada fría, ella suspira.

—No puedo creer que te esté ayudando con esto, pero mis sentimientos por ti superan con creces mi desagrado por ella. Me duele verte así, especialmente por alguien que no soy yo. Pero supongo que lo superaré —las lágrimas brillan en sus ojos, y aparta la mirada bruscamente para ocultar la única lágrima que se escapa por su mejilla—. Estaré junto al roble.

Frunzo el ceño. ¿El roble? Solo unos pocos saben que existe. Está justo en la frontera del territorio de Anderson, y después de que se coló la última vez, he tenido guardias vigilando el área.

—¿Por qué allí?

Ella me mira de nuevo, formando una sonrisa burlona en sus labios.

—Vamos de caza, y Georgia Anderson es nuestra presa.

* * *

La morena camina rápidamente, su mirada inquieta mientras su cabeza gira de un lado a otro en movimientos furtivos. Mis ojos se estrechan mientras se acerca sigilosamente a Tyler con una facilidad perturbadora, sus movimientos ágiles mientras saca una pequeña daga de su manga y la hunde en su cuello. Me pongo rígido cuando un sonido de gorgoteo llena el aire.

Sasha me agarra del codo antes de que pueda reaccionar, empujándome contra el tronco del árbol. Su mirada color aguamarina arde en la mía.

—Se curará. No podemos dejar que sepa que ha sido descubierta, hasta que sepamos con quién se ha estado reuniendo.

Frunzo el ceño mirándola.

—¿Qué te ha pasado, Sasha? ¿Desde cuándo estás de mi lado?

Ella pone los ojos en blanco, alejándose de mí.

—Ni yo misma lo sé.

Nos quedamos en silencio, deslizándonos desde detrás del árbol y siguiendo a Georgia a paso de tortuga. Observando cómo incapacita a los guardias con despiadada eficiencia, me pregunto si todo ese entrenamiento con Cayden fue solo una estratagema para aprender sus debilidades. Haré que los entrene hasta que no puedan mantenerse en pie. Claramente, he sido demasiado indulgente.

Después de un rato, Georgia cruza la frontera de Anderson con paso arrogante, bajándose completamente la capucha de su capa, y su andar rápido se convierte en un contoneo. Se le unen

dos hombres, a uno de los cuales le lanza su capa, y al otro le grita:

—¿Se suponía que debías entregarle mi mensaje, idiota! —patea la tierra—. ¿Cuándo regresa del ático?

Un débil "No puedo decirlo" es la única respuesta, y Georgia gruñe, arrancando algo del agarre del hombre: un teléfono celular. La pantalla se ilumina, proyectando un resplandor sobre sus rasgos enfurecidos, y me esfuerzo por captar el gruñido impaciente al otro lado de la línea.

—¿Qué?

—¿Ya te estás tirando a esa perra, verdad? ¡Estoy trabajando como una mula por ti, abriendo brechas en las defensas del enemigo, mientras tú te la has estado follando todo el tiempo!

Una mano se posa sobre la mía, y solo entonces me doy cuenta de que he agrietado la corteza por agarrarla con demasiada fuerza. Sasha niega con la cabeza. *Aún no*, dicen sus ojos.

Bloqueo mis extremidades, respirando profundamente para contener mi ira, pero solo se triplica. No logro captar su respuesta, incapaz de oír más allá del rápido palpitir de mi corazón, pero Georgia chilla:

—Se suponía que ibas a encontrarte conmigo aquí. ¿Tienes idea de lo difícil que es escabullirse? No. ¡No! ¡Ni se te ocurra decirme eso! Seguimos casados, maldita sea. No dejaré que me echés la culpa... ¡Oh, vete al diablo! ¡Solo te conté sobre su rutina porque dijiste que su desaparición lo distraería lo suficiente para darte el tiempo que necesitabas para atacar! ¡Asumí que ibas a matarla!

Tomo otra bocanada de aire, pero no ayuda en absoluto. Mis dedos se curvan, las uñas se clavan en mis palmas.

—Prometiste... —Su voz se suaviza, impregnada de pánico—. Prometiste que todo cambiaría si hacía esto por ti. —Una pausa para que él responda, y luego—: Eres un bastardo. ¿Qué será de mí si te casas con ella? He trabajado demasiado duro para dejar que esto suceda. *Tú* me has hecho pasar por demasiado para desecharme como si no significara nada. Si sigues adelante con esto, te prometo que mataré a Leilani.

Algo cruje debajo de mí, y Sasha maldice a mi lado cuando la cabeza de Georgia se gira bruscamente en nuestra dirección.

—Juro que haces más ruido que un niño llorando.

Escucho el jadeo de Georgia, justo antes de que eche a correr. Saco la pistola de mi bolsillo trasero, alejándome del árbol.

—Quédate aquí.

Sasha resopla, agachándose en una cómoda posición baja.

—Las batallas son para los hombres —agita los dedos frente a su cara, mostrando sus largas uñas rosadas—. Esta manicura fue cara. No pienso arruinarla. —Frunce los labios y sus ojos color verde azulado se tornan de un tono más oscuro en la oscuridad—. Intenta no matar a nadie.

Tengo mi arma amartillada, lista para apuntar con mortal precisión. Difícilmente soy un hombre

que mata sin razón, pero cada disparo es venganza. Quizás estoy más enojado conmigo mismo que con Georgia Anderson, y lo estoy desahogando con sus lobos. Ella simplemente tomó el camino que creyó que la beneficiaría. Pero no es ella quien destrozó la habitación de su pareja porque dejó que las dudas se acumularan. Fui yo quien hizo eso. Me revolqué en la autocompasión, eligiendo el camino fácil, abandonando la búsqueda de Leilani mientras ella es prisionera en algún lugar, pasando por la Diosa sabe qué. He perdido demasiado tiempo ahogando las palabras que Drustan me repetía cada hora, cada minuto, cada segundo —*encuéntrala, encuéntrala, encuéntrala*— con alcohol.

La culpa y la ira me impulsan a una frenética matanza. Deberían haber sabido que era mejor no atacarme. Cuando se acaban las balas, mis garras se hunden en su piel. *¿Podrá perdonarme alguna vez?*

Georgia no llega muy lejos, sus gritos son de pánico mientras pide ayuda. Pero por alguna razón, la manada está escasamente custodiada, y atraparla no es tan difícil como debería haber sido.

Tropieza, cayendo de bruces al suelo. Me mira, y su aterrorizada mirada va de mi puño ensangrentado al hombre que se ahoga detrás de mí.

—Si me matas, nunca la encontrarás.

Me agacho lentamente junto a ella, murmurando con suavidad:

—Si crees que la muerte es lo que tengo reservado para ti, estás muy equivocada, señora Anderson. —Levanto el arma hacia su rostro, acariciando su pálida piel con el cañón. Su respiración se entrecorta. Ambos sabemos que el arma está vacía, pero con mis manos aún húmedas con la sangre de sus hombres, ella sabe que yo soy el arma más peligrosa—. Debes haber aprendido, con todo tu espionaje, que los renegados se están volviendo más audaces, robando niños y mujeres indefensas sin pareja. —El cañón recorre su cuello y ella traga saliva, su respiración se vuelve superficial.

Su mandíbula está tensa por el desafío, pero el olor de su miedo la traiciona. Jamás entregaría a una mujer a esos salvajes, no después de lo que le sucedió a mi familia. Pero Georgia no necesita saber eso.

—Mujeres justo como tú. —Mi murmullo es íntimo. Le hablo como lo haría a una amante que no me importa en absoluto. Sus mejillas se sonrojan y sus ojos se dilatan de miedo y lujuria. Es divertido ver la guerra en sus ojos.

Sabe que su muerte se acerca, pero aun así su mirada cae sobre mi boca. Incluso ante la muerte, desea algo que nunca podría ser suyo. Supongo que siempre ha sido así para Georgia. Siempre tiene que tener lo que le pertenece a Leilani. Me pregunto si siempre ha estado plagada por esa obsesión, casi como yo lo he estado.

—Una vez que mis hombres terminen de torturarte, daremos un agradable paseo por territorio renegado. Seguro que pagarían un buen precio por ti.

Su expresión sigue siendo desafiante.

—Christian trabaja con los renegados todo el tiempo, así que sí, entrégame. ¿Cómo crees que te inculpó por matar al padre de Leilani?

Mis manos se detienen y mi cabeza se inclina. Claro. Debería haberme dado cuenta de eso. Mis cejas se arquean con diversión.

—Asumí que serías demasiado inteligente para engañarme. Puedo oler tus mentiras. Ambos sabemos que Christian te ha dejado ir. Su apellido es todo lo que te queda, e incluso eso, planea dárselo a alguien más. Es un mundo bastante trágico en el que vives, Georgia.

Ella se sacude hacia adelante, su cuerpo vibra bajo el arma.

—No te diré una maldita cosa, a menos que me des tu palabra de que me dejarás ir. —Sus labios se curvan en una sonrisa absurda—. Debes saber que no importa si te digo dónde la tiene. No llegarás a tiempo para detener el rito de apareamiento. Ya tendrá sus dientes en ella, y eso no será todo lo que hundirá en esa zorra astuta. Estará arruinada, y tú serás deshonorado. Sin tu luna. Sin una pareja.

Logra encogerse de hombros, su sonrisa creciendo al notar la tensión en mis facciones. *¿Cómo pude haber esperado tanto?*

—Pero... aún podrías salvarla, después. Las cicatrices con las que vine aquí, las historias que conté, esas no eran mentiras. Christian es un lunático sádico, y si Leilani se niega a ceder a sus deseos, podría perder la cabeza y matarla. Estoy segura de que no quieres eso. Entonces, ¿por qué no hacemos un trato? A cambio de la seguridad de Leilani, te casarás conmigo. Solo entonces te diré la ubicación del ático.

Miro fijamente a Georgia Anderson, el corte en curación en su frente, su nariz respingona y sus labios finos. Mis ojos se deslizan hacia su cabello castaño oscuro, liso y dócil, tan diferente de los incontrolables rizos de Leilani que desenredábamos cada noche antes de dormir y cada mañana después de que me cabalgara en la bañera, con sus ojos suaves y su sonrisa llena de picardía.

Un bufido escapa de mis labios mientras levanto a Georgia por el cuello de su chaqueta. Ella grita por el movimiento repentino, sus pies pataleando sobre el suelo. Uno pensaría que alguien lleno de tanta ira y odio pesaría más.

—Debes no conocerme muy bien. —La acerco, nuestras narices a solo centímetros de distancia—. Nunca ha habido un momento en mi vida en el que no consiga algo que quiero. Vas a decirme dónde está Leilani, o te haré gritar cada palabra mientras te desuello viva.

Debe pensar que me tiene acorralado, porque sus ojos brillan con desprecio en una expresión que he visto demasiadas veces en hombres moribundos: la expresión que precede a la comprensión y el terror.

—Tendrás que forzar las palabras de mi cadáver, entonces. No te lo diré.

Pero lo hace. Toma cuatro implacables horas de arrancar la carne de su espalda con cuchillos de plata, dejando que la piel sane lentamente antes de volver a abrirla. Miro su cabeza inclinada y su cuerpo tembloroso. Levanta la cabeza, mechones de cabello pegados a su rostro sudoroso e hinchado. Sus labios partidos se estiran en una sonrisa burlona, y las cadenas traquetean, asegurándola a la silla.

—¿Ya me echas de menos?

Mis manos se deslizan en mis bolsillos.

—El acantilado de Clearbridge está situado en territorio humano, y no solo es propiedad del gobierno que mantiene nuestros mundos separados, sino que está prohibido para los lobos —me giro hacia las brasas ardientes y el hierro al rojo vivo—. Verás —digo mientras recojo el hierro y doy un paso hacia ella. Se encoge en la silla, sus ojos se abren con miedo—, no tiene sentido que la llevara allí. Si estás intentando engañarme... —me río entre dientes—. Créeme que no es lo mejor para ti.

Ella jadea pesadamente, su mirada saltando de mis ojos al hierro en mis manos.

—Lo ha estado construyendo durante años. Lo compró a un precio elevado poco después de descubrir que eran compañeros. Vi los planos, los gastos, la ubicación. ¡Lo vi todo! ¡Juro por mi vida que es allí donde la tiene!

Mi mirada se eleva hacia Talon, que está apoyado casualmente en la pared detrás de ella, y asiento imperceptiblemente. Él se lleva el teléfono móvil a la oreja, dando órdenes rápidamente y haciendo los arreglos necesarios. Nos llevará cinco días llegar allí... tal vez tres o cuatro si no hacemos paradas. Descarto el hierro.

Georgia se desploma en su silla, sus ojos parpadeando entre Cayden y yo.

—Dijiste que me liberarías una vez que te dijera la verdad.

Me inclino, el olor pútrido de piel quemada y sangre llega a mis fosas nasales.

—Lo dije, pero debes entender, no soy un hombre muy indulgente.

El pánico enciende sus ojos y tira de sus grilletes vigorosamente en un intento de alejarse de mí. Pero es imposible. Me lanzo hacia adelante, hundiendo mis dedos en su pecho. Sus ojos se abren de par en par, una tos húmeda sacude su cuerpo y la sangre salpica de sus labios mientras dice:

—Tú... dijiste... que no me matarías...

Inclinando la cabeza, parpadeo, mis dedos apretando alrededor del órgano palpitante.

—Mentí.

Y entonces le arranco el corazón.

* * *

Tres días.

El primero fue un viaje silencioso lleno de tensión. La impaciencia y el miedo eran una combinación terrible, tragándome por completo, e incluso Talon me evitaba y mantenía sus malditos discursos motivacionales para sí mismo.

Para la segunda noche, no tuvimos más remedio que detenernos. Los hombres necesitaban descansar, a pesar de que mis instintos gritaban para seguir adelante. Sus miradas cansadas me decían lo que no se atrevían a decir en voz alta: estaban agotados. Talon tampoco cedía, insistiendo en que el sueño y la comida eran necesarios si queríamos seguir moviéndonos. No

podía discutir, aunque joder, quería hacerlo. No eran máquinas, por mucho que deseara que lo fueran en este momento.

La ansiedad y el miedo mantenían mi estómago tenso, y ni siquiera el agua parecía remotamente atractiva. No podía obligarme a descansar. En el momento en que cerraba los ojos, las pesadillas se apoderaban de mí. Veía a Leilani cubierta de sangre, su voz indefensa resonando en mis oídos. Dolor. Gritos. Sangre. Una pesadilla se acercó demasiado a la realidad, tan vívida que cuando me desperté sobresaltado, el sabor metálico de su sangre se aferraba a mi lengua. Por una fracción de segundo, el vínculo entre nosotros se avivó, y sentí su miedo, tan crudo y descarnado que me aplastó.

Rugí, despertando a todo el campamento. No había vuelta atrás para dormir después de eso. Pasé el resto de la noche haciendo guardia con Talon y Cayden, quienes sentían que dejarme solo era bastante peligroso.

Para cuando llegamos a Clearbridge, mi cuerpo está tan tenso como la cuerda de un arco, a punto de romperse. Tenemos un plan: atacar el ático desde todos los ángulos para abrumar a los guardias, mientras yo busco a Leilani. Sin embargo, al llegar al acantilado, se vuelve moleestamente claro por qué la manada de Anderson quedó indefensa.

—Mierda —maldice Cayden, su agarre apretándose en la roca que oculta nuestra presencia. Mi mandíbula se tensa mientras murmura lo obvio entre dientes—. Hay demasiados de ellos. El psicópata debe haber traído a todos los guardias, sabiendo que eventualmente vendríamos aquí. —Cayden se vuelve hacia mí, su piel bronceada inusualmente pálida—. Es una trampa.

Talon se gira, apoyando su espalda contra la roca. Su mirada marrón abrasa la mía.

—Llamar refuerzos no nos servirá de nada. En el momento en que Anderson descubra que estamos en su propiedad, lo cual no tardará mucho, se acabó. Tenemos que volver.

—No me voy sin ella —gruño.

—¿Y arriesgarías todas las vidas aquí por una mujer? —Señala los tres SUVs a varios metros de distancia—. Te siguieron hasta aquí porque confiaban en ti. Son leales y te deben sus vidas, todos lo hacemos, pero lo mínimo que puedes hacer es no arriesgar todas nuestras vidas por un capricho...

Mi gruñido de advertencia lo interrumpe.

—La vida de Leilani *no* es un *capricho*. Si tengo que enfrentarme a todos ellos yo solo, lo haré. No la abandonaré de nuevo.

—Ambos sabemos que Anderson no la matará...

—¡Sentí su miedo! —grito, incapaz de contener la rabia y la desesperación—. ¡Está completamente sola, en manos de un asesino! ¡La sacaré de allí, aunque muera en el intento!

—Nadie va a morir —espeta Cayden, poniéndose entre Talon y yo—. Por muy entretenido que sea verlos discutir como un matrimonio, el tiempo realmente no está de nuestro lado... —se interrumpe, sus ojos se desvían hacia la impresionante estructura a kilómetros de distancia, rebosante de cuatro veces más hombres de los que tenemos.

—Los explosivos...

—No —dice Talon bruscamente, pero mi mente da vueltas. Me inclino sobre las piedras, estudiando la casa de nuevo. Si estuviera en la posición de Anderson, planearía para los dos ataques obvios. El primero sería si caminara directamente hacia la trampa, atacando con todos mis hombres y siendo aniquilado inmediatamente. El segundo sería yo entrando como un ejército de un solo hombre, pensando que era posible escabullirme y robar a Leilani bajo sus narices. No hay duda de que encontraré una horda de guardias esperándome si hago eso.

Lo que nos lleva a las opciones que Anderson sabe que nunca elegiré, las que podrían poner en peligro la vida de Leilani. Lo que me lleva a los explosivos. Es una apuesta, y una peligrosa, pero es nuestra única oportunidad de salir de aquí con vida. Me giro hacia Cayden, la emoción recorriendo mi cuerpo.

—Prepara los explosivos. Apunta a la entrada y las columnas. Durante el caos, oculta las furgonetas. No entren en combate a menos que sea absolutamente necesario. Volveré pronto.

—¿Adónde vas? —pregunta Talon mientras saco mi pistola y me dirijo en la dirección opuesta.

—A matar a Anderson.

* * *

Mis manos se aprietan en la barandilla mientras me impulso sobre el balcón. El humo se eleva alto en el cielo, y me agarro a la pared mientras otra explosión sacude el edificio. Gritos alarmados se elevan en el aire y suenan disparos. Demasiado ocupados dirigiéndose hacia el ruido, nadie me ve deslizarme por la puerta trasera.

—¿Buscas algo? ¿O debería decir, a alguien?

Me doy la vuelta, pero no antes de que el estallido de un disparo parta el aire y me golpee como un puñetazo en el estómago, haciendo que mi hombro retroceda violentamente. Un dolor abrasador se extiende por mi brazo, dejándolo momentáneamente inútil. La pistola se me cae de las manos.

Mi mano vuela a la otra funda para sacar mi segunda arma, pero Anderson se despegas de la pared, con el cañón de su pistola apuntando a mi cabeza. —Yo no haría eso —me mira con una indiferencia que no pertenece al rostro de un ser vivo—. Me tenías desconcertado por un momento, pero en cuanto me di cuenta de que la rubia que lideraba el ataque no eras tú, tu plan se volvió terriblemente predecible.

La sangre brota de la herida de bala. Necesito sacar la bala para sanar, pero dudo que Anderson sea lo suficientemente amable como para permitir que eso suceda. —¿Dónde está ella?

Sonríe, pero la sonrisa no llega a sus ojos. —Es curioso que te preocupes por ella cuando estás a unos segundos de reunirte con tu familia en el más allá —una luz enfermiza brilla en sus ojos—. La última vez que una muerte me emocionó tanto fue cuando maté a mi padre. Voy a saborear cada maldito segundo de esto.

Aprieta el gatillo y mis instintos se activan, impulsándome hacia atrás mientras la bala golpea el

suelo donde había estado mi pie medio segundo antes. Se ríe y avanza, girando para rodearme. Está jugando conmigo, caminando a mi alrededor en círculos lentos, y me agarro el brazo, imitando sus movimientos, siguiendo el más mínimo cambio. El sudor me corre por el cuello, el dolor en el hombro se intensifica con cada movimiento. Definitivamente me disparó con una bala de plata.

Cabrón.

—Por lo que vale, esto no es nada personal. Si te hubieras quedado en tu lado de la frontera, no tendría que matarte. Al menos, no por un par de años más. Lei es mía ahora, como siempre lo ha sido. Podría dejar todo: la manada, el poder, la riqueza que he acumulado a lo largo de los años, pero nunca a ella.

—¿Aunque eso signifique encarcelarla? ¿Aunque sepas que ella no quiere esto?

Se ríe. —Las mujeres siempre creen que saben lo que quieren. Nosotros existimos para mostrarles lo que necesitan —da otra vuelta a mi alrededor—. Una vez que le quite todo, verá las cosas de otra manera. El amor, el afecto, la felicidad... estas cosas son caprichosas. Todo lo que se necesita es tiempo... tiempo y aislamiento. Cuando eres la única constante en la vida de alguien, cuando todas las demás opciones se han desvanecido, eso los cambia. La mente se adapta. Llegará a necesitarme, a ansiar la familiaridad, la certeza de ello. Olvidará el dolor, te olvidará a ti. La gente siempre lo hace —inclina ligeramente la cabeza—. Cuando seamos solo nosotros dos, la moldearé exactamente en lo que estaba destinada a ser: *mía*.

La última palabra me golpea en plena cara, y un gruñido retumba en mi pecho, bajo y amenazador. Mis músculos se tensan. La idea de verla con alguien más, especialmente alguien como él, hace que algo primitivo dentro de mí se rompa. Mi visión se estrecha, fijándose en su rostro hasta que todo lo que veo es rojo.

Me muevo.

O intento hacerlo, porque el mundo a mi alrededor de repente estalla. En un momento, mi cuerpo se sacude en dirección al bastardo, y al siguiente, todo es consumido por una luz cegadora y un rugido ensordecedor. El mundo tiembla, y me pregunto qué coño cree Talon que está haciendo al volar la casa cuando aún estamos dentro. Me lanzan contra una pared que se desmorona. Caigo sobre mi brazo malo y rujo de dolor, respirando con dificultad.

El temblor no se detiene, y un grito agudo y desesperado me saca de mi aturdimiento, atravesando el zumbido en mis oídos. —No, no, no, no...

Parpadeo para ver más allá de la confusión y veo a Christian Anderson arrastrándose entre los escombros, sacándose furiosamente de los restos que deben haber caído sobre él en la explosión. La sangre brota de un corte profundo a lo largo de su frente y baja por su rostro, pero si lo nota, no lo demuestra mientras se tambalea para ponerse de pie y cae, con el tobillo doblado en la dirección equivocada.

Sigo su mirada enloquecida hacia el pasillo abierto que baja las escaleras, las paredes se agrietan, se desmoronan, se derrumban una sobre otra. Algo en mi pecho se tensa y se desgarran, inmovilizándome.

El vínculo me empuja hacia adelante, hacia la que me posee, la que tiene mi vida en sus manos.

Por segunda vez en días, la siento, apenas un destello, pero está ahí. Débil y cansada, la chispa habitual de vida al otro extremo de la atadura parpadea débilmente, como un pulso que se desvanece. *Se está muriendo.*

El miedo que se cierra alrededor de mi corazón se convierte en algo vivo, ahogando cada pensamiento, cada sonido. Corro, porque si ella muere, yo también muero. Porque... porque me niego a vivir en un mundo sin ella.

Una mano se envuelve alrededor de mi tobillo, tirándome hacia atrás, y él me muestra los colmillos alargados. —¡No puedes tocar lo que es mío! —tira con fuerza de mi tobillo y pierdo el equilibrio, golpeando el suelo con mi hombro malo. Apenas siento el dolor, pero lo que sí siento es su puño estrellándose contra mi cara, una y otra y otra vez.

Me retuerzo, cambiando nuestras posiciones, y lo tengo debajo de mí. Veo a Ken Anderson cuando clavó mi puño en su cara. Veo cada golpe en la cara de mi madre mientras luchaba contra los hombres que arruinaron mi vida. La rodilla de Christian se estrella contra mis testículos, pero todo lo que siento es rabia. Veo a Mallory, sus ojos azules, los de nuestra madre, y la luz en ellos desvaneciéndose. El agujero en su pecho. Las marcas de mordidas en sus labios, su cuello, sus manos. Sus uñas rotas. La piel arrancada de las yemas de sus dedos, como si las hubiera arañado con todo lo que tenía. Lo frágil y pequeña que se sentía en mis brazos cuando la bajé a la tumba.

No hay un espacio en la cara de Christian Anderson que no haya magullado o roto, pero queda mucha más piel en el resto de su cuerpo. El mundo que se derrumba a mi alrededor no hace nada para saciar la sed de sangre que siento. El siguiente rostro que aparece en mi mente es el de Leilani. Todas las veces que dormía acurrucada en sus brazos, y en lugar de abrazarla, él le tomaba fotos y videos y se follaba a su sirvienta mientras los miraba. Pienso en el ojo morado y el labio partido que le dio en el cementerio. Pienso en cómo mintió para protegerlo, porque no quería que su sangre manchara mis manos.

Tengo su cuello entre mis manos. Puedo sentir su corazón latiendo. Todo terminaría en un segundo. Dudo. No sé por qué, pero lo hago.

Se ríe, salpicando sangre de sus labios en mi cara. —No puedes hacerlo, ¿verdad? —su voz es un estertor moribundo—. Ella no necesita a un hombre que dude en protegerla, un hombre demasiado asustado para ensuciarse las manos por ella —está agarrándose a un clavo ardiendo, tratando de distraerme, pero su vida no me pertenece, y lo reconozco. Leilani decide qué le pasa a él. No yo. Eso se lo digo a Drustan, que todavía aúlla pidiendo su sangre.

Suelto a Christian Anderson, viendo por primera vez cuánto daño he causado en su cabeza. Si hubiera sido humano, estaría muerto por la grieta en su cráneo y los profundos cortes que mis garras han hecho en su cuello. Sanará, pero le llevará más tiempo de lo normal.

Empiezo a quitarme de encima de él, pero habla de nuevo, su voz húmeda y apenas audible. —Es demasiado tarde para el niño, si es eso lo que te tiene en frenesí.

Mi cabeza se vuelve hacia él. —¿Qué has dicho?

Intenta mirarme, pero tiene los dos ojos hinchados y cerrados, al igual que todas las partes de su cara. Aun así, sus labios ensangrentados se curvan en una sonrisa de suficiencia. —No lo sabías. Ella está... *estaba* embarazada.

Mi respiración se ralentiza. —¿Estaba?

Parece demasiado feliz de dejar que sus siguientes palabras calen hondo. —Te lo dije, Wilde. Ella es mía. Dejar que viva con un recordatorio tuyo cuando planeo matarte sería cruel. Me deshice de ello, por su bien.

El mundo se inclina, pero esta vez no tiene nada que ver con los pilares que se derrumban. Lo observo, la expresión petulante en su rostro magullado, el orgullo en su sonrisa, y en ese instante, se convierte en un hombre muerto. Un aullido de dolor escapa de mi garganta y solo entonces su sonrisa vacila. Solo entonces intenta buscar su arma, perdida entre los escombros, aunque sus miembros rotos no le permitan moverse. Solo entonces se da cuenta de que este será su último error.

Sonrío, mis colmillos apenas caben en mi boca. —Saluda a papá de mi parte, ¿quieres? —Mis dientes se hunden en su cuello y él suelta un grito desgarrador, como una maldita histérica. Hundo mis dientes más fuerte de lo necesario. Empieza a retorcerse, a borbotear, a ahogarse. Sus piernas patalean debajo de mí, y me río cuando mis colmillos rozan su vena. Me echo hacia atrás con un gran trozo de su carne en la boca.

Sabe como pensé que sabría: repugnante. Lo escupo.

Ambas manos se dirigen a su cuello, como si pudiera detener el sangrado, como si pudiera mantener la piel unida. Un destello verde brilla bajo sus párpados hinchados y veo miedo en sus ojos. Intenta hablar, pero sus palabras son un gorgoteo estrangulado.

Sus heridas intentan curarse, luego se detienen. Su cuerpo reconoce que está muriendo antes que él. Trata de hablar de nuevo, pero la sangre brota más rápido de él, su cuerpo convulsionando. Suelta un doloroso gorgoteo y dice: —...La amo...—El siguiente sonido que hace parece un sollozo—. ...más...que...tú...

Lo observo exhalar sus últimos alientos antes de alejarme tambaleante de él. —Tú no sabes lo que es el amor.

Giro, mi mundo dando vueltas, y me abanzo hacia adelante, vomitando sangre y piel por todo el suelo. Limpiándome el vómito de los labios, corro alrededor del entresuelo y subo las escaleras de cuatro en cuatro. Cruzo la planta baja, apenas evitando una viga que se estrella contra el suelo, destrozando las baldosas a su paso. Me retuerzo, evitando otra. El edificio se está derrumbando, y necesito localizar a Lei. Nunca he querido asesinar a Talon tanto como ahora.

Pero si no hubiera apuntado al edificio, probablemente estaría muerto.

Llego a los pasillos, alineados con demasiadas puertas para contar. El aire está denso con humo y yeso, ahogándome, cubriendo su olor. Cada inhalación se siente como veneno. Salto sobre un montón de escombros, agachándome bajo un marco de puerta combado mientras el techo se dobla. Miro hacia atrás en la habitación vacía.

Todas están vacías hasta que llego a la última puerta. Esta está cerrada con llave. Embisto con mi hombro bueno. Apenas cede, pero el vínculo parpadea de nuevo. Mi hombro golpea la puerta otra vez. Y otra. Y otra. Una grieta comienza a formarse en el medio. Finalmente, la madera se astilla. Miro a través de la grieta. Hay un hombre sentado en una silla, con la cabeza inclinada en un ángulo extraño... y un cabello rojo brillante esparcido sobre sábanas blancas.

Otro golpe, y la puerta se hace añicos.

En mi visión periférica, noto al hombre en la silla. Un médico. Su caja quirúrgica está sobre la mesa frente a él, pero nunca volverá a tocarla. Está muerto.

Instantáneamente estoy al lado de Leilani, quitándole las sábanas de encima. La cama está empapada en sudor y sangre, la espuma forma un rastro saliendo de sus pálidos labios. Acuno su cabeza y me estremezco. Su piel arde como fuego. Sus ojos están entrecerrados, su respiración es superficial. Sus cejas oscuras se fruncen y sus párpados revolotean, semicerrados. —Asher...

—Estoy aquí. Vamos a casa —susurro, levantándola de la cama. Está más delgada. Más pálida. Frágil. Sangrando por los muslos. Sea lo que sea que le hizo, no ha pasado mucho tiempo.

Sus ojos vuelven a parpadear, pero puedo decir que no me ve, porque sonrío. —A mamá le encantarías. —Sus manos encuentran mi rostro—. Sabía que vendrías. ¿Aún tenemos esa cita más tarde? ¿La cena después de ver el club?

Sus pupilas son casi tan grandes como sus iris mientras me mira esperanzada. —Sí. —La acuno contra mi pecho y ella gime suavemente, sus pequeños dedos aferrándose a mi camisa—. Sí —susurro, saliendo de la habitación—. Iremos a donde quieras, princesa.

Su cabeza se inclina hacia la izquierda, y su rostro se contorsiona de dolor. —Estoy cansada —me dice, sus ojos cerrándose.

—Lo siento —susurro, metiendo su cabeza bajo mi barbilla. Debería haber estado aquí antes. Por ella. Por... por nuestro hijo. No la merezco, y dudo que alguna vez lo haga, pero que me condenen si no lo intento.

CAPÍTULO 23



LEILANI

Calor.

Es lo primero que registro al salir de la inconsciencia. Un calor abrasador y ardiente se arrastra bajo mi piel y gimo, retorciéndome contra la seda que roza mi cuerpo. El leve movimiento enciende mi cuerpo, y mi siguiente gemido es casi gutural.

Mi respiración es superficial y rápida, el aire demasiado denso, demasiado pesado. Parpadeo lentamente, haciendo una mueca ante el repentino brillo que lastima mis ojos. Reconozco el espejo tintado del techo, que refleja mi pequeña forma en la gran cama de Asher.

Asher. Vino por mí.

El calor que se arrastra bajo mi piel se sumerge en mis venas, encendiendo cada nervio de mi cuerpo con un hambre voraz. Me caigo de la cama, golpeando el frío suelo con un ruido sordo, y el frío se desliza brevemente por mi espalda, proporcionando un segundo de alivio, antes de ser abrumado por el monstruo crepitante en mis venas.

Estoy en llamas.

Intento sentarme, pero la bata que me rodea se adhiere a mi piel como cadenas, sofocándome. Me la arranco con un gruñido frustrado, arrojándola sobre la pantalla negra del televisor. Es insoportable, al igual que el dolor pulsante entre mis muslos. La necesidad primaria se apodera de mí, obligándome a ponerme a gatas. Intento ponerme de pie, pero mis piernas están demasiado débiles.

¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? ¿Qué demonios me pasa?

Jadeo mientras mis caderas se arquean contra el toque fantasma del viento, mi clítoris palpitando. Mis pezones se frotan contra el material sedoso de un corto camisón azul y respiro pesadamente, apretando mis muslos. No tengo idea de lo que está pasando, pero estar rodeada por el aroma de Asher hace que el almizcle de mi excitación se intensifique, llenando el aire. Mis pezones se endurecen, mis pechos anhelan su toque...

Sí, necesito salir de aquí.

Me empujo para ponerme de pie pero caigo casi inmediatamente, mis piernas inestables. Mi intento tiene éxito en el cuarto intento, pero caminar... Me siento como una niña aprendiendo a usar sus piernas por primera vez.

—¡Estás despierta! —exclama una voz en cuanto salgo de la habitación. Parpadeo mirando a Enya. Me está sonriendo. Juro que estoy perdiendo la cabeza o teniendo otra pesadilla. Me tambaleo ligeramente, y ella extiende la mano para estabilizarme, pero gruño antes de que sus dedos puedan tocarme. El más mínimo toque hace que mi sexo se contraiga. Sería jodidamente raro tener un orgasmo porque Enya me tocara.

Ella retrocede, mirándome con el ceño fruncido. —Vuelve a la cama, jovencita. Iré a buscar al alfa...

—¡Deja de tratarme como si fuera una inválida!

—Bueno, ciertamente lo eres... —Enya deja de hablar y olfatea. Sus labios se curvan en una mueca y se acerca a mi espacio, olfateando de nuevo. Sus ojos se ensanchan y señala el pasillo —. Está en su estudio, pero hay una reunión en curso y... —Su mirada baja a mi pecho y su voz se apaga, sus labios temblando. Juro que se está riendo de mí, lo que me hace preguntarme cuán rápido puedo romperle el cuello. Reprimo mi irritación intensificada y salgo corriendo por el pasillo.

Giro el pomo de la puerta sin pensarlo y entro bruscamente en la habitación, cerrando la puerta de golpe. Me apoyo contra la puerta, jadeando, y solo entonces noto el silencio. Encuentro ocho pares de ojos sobre mí. Mi corazón golpea contra mi caja torácica, mi piel hormigueando y sonrojándose. Mis ojos viajan de un rostro a otro. Talon. Cayden. ¿Morris? Extraño, pero comprensible. ¿Gavin? Aún más raro. Dos hombres que no reconozco están junto a la estantería, con planos en la mano. Junto a ellos hay dos rostros familiares —gemelos— que he visto por la manada y durante las fiestas de Asher, pero nunca he hablado con ellos.

Finalmente, mi mirada se fija en el hombre detrás del gran escritorio. Como los demás, Asher está vestido formalmente. Su chaqueta de traje cuelga en la silla detrás de él y su camisa color granate está impecable y limpia, como siempre. Sus mangas están enrolladas hasta los antebrazos mientras sus dedos se ciernen sobre el teclado de una laptop. Tiene una quietud sobrenatural mientras me mira fijamente.

Su cabello... Diosa, ahora es más corto, el corte afilado y severo, acentuando su mandíbula cincelada y la peligrosa belleza de su rostro. Es un look profesional, pero algo sobre la severidad lo hace parecer increíblemente más masculino y deslumbrante.

Y... Me contraigo de nuevo al ver su barbilla. Tiene barba. Se ha ido la piel recién afeitada, y me quedo mirando la barba bien cuidada que enmarca su rostro de una manera que hace que mi pulso palpite entre mis piernas. Me imagino cómo se sentiría contra mi entrada, raspando contra los labios de mi sexo mientras me saborea con su lengua.

Un gemido se arrastra por mi garganta antes de que pueda detenerlo, y Asher cierra su laptop con una sola palabra: —Fuera.

Me aparto de la puerta mientras los hombres salen, casi chocando con... oh. Sasha se desenreda del sofá, alisando sus pantalones marrones arrugados. Mis ojos se estrechan, algo caliente ardiendo en mi pecho al verla en la oficina de mi marido. Espero que su rostro refleje mi expresión amenazante, pero cuando me sorprende contemplando abiertamente el asesinato por segunda vez en cinco minutos, su mirada color verde azulado se ilumina con humor y inclina un poco la cabeza, murmurando una palabra que debo estar imaginando: —*Luna*.

O todavía estoy soñando, o algo anda mal con todos hoy.

La puerta se cierra, dejándonos a Asher y a mí a solas. No puedo apartar los ojos de él. Se levanta de su asiento y las sombras cubren su rostro mientras su ancha espalda bloquea la luz del sol. Pero eso es todo lo que hace. Se queda ahí de pie, como si acortar la distancia entre nosotros fuera un movimiento letal.

Me apoyo contra la pared más alejada de él para descansar mis temblorosas extremidades. Si él no va a hacer el primer movimiento, quizás yo tampoco debería. Después de todo, nunca he buscado a un hombre porque quisiera que me... Esto no es propio de mí. —¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?

Sus ojos azules se clavan en los míos. —Seis semanas.

Asiento, exhalando un aliento caliente y tembloroso. —¿Christian?

—Muerto —la letalidad en esa única palabra hace que se me erice la piel, y espero que le siga la culpa, o incluso un toque de tristeza o dolor. Pero en su lugar siento satisfacción, y me pregunto qué significa eso.

Quiero preguntarle sobre nuestro bebé, pero me pregunto si será mejor no hablar de ello. Es un tema delicado, y ahora que lo pienso, la tristeza me invade como una ola aplastante. En su lugar, cambio de tema. —Yo... —mis mejillas se sonrojan—. Me siento... rara. Acalorada. Me... duele.

Sus puños se cierran. —Es normal. Los medicamentos ayudaron a contrarrestar el efecto del veneno, pero al hacerlo... —hace una pausa—. Ni siquiera yo entiendo la mierda que dijo el médico, pero tiene algo que ver con tus niveles hormonales siendo suprimidos mientras tu cuerpo trabajaba horas extra para asegurar tu recuperación. Dijo que esperaríamos que una vez que despertaras, rápidamente alcanzaría el progreso del embarazo...

—¿El embarazo?

Asher no dice nada.

Las lágrimas brotan de mis ojos. —No... nosotros no...

Niega con la cabeza, sus ojos brillando con lágrimas contenidas. —No. Ambos están en perfecto estado de salud.

—Oh, Diosa mía —jadeo en mi palma—. Oh, mi... gracias. —Una lágrima rueda por mis mejillas mientras repito las palabras una vez más, murmurando ininteligiblemente mientras un sollozo sacude mi cuerpo. Mis manos recorren la longitud de mi torso, mis dedos se extienden sobre mi vientre en un intento de hacerme creer que esto es real.

La risa se escapa de mis labios mientras mis sentidos agudizados captan el más débil pulso desde dentro. Apenas registro que Asher se mueve hasta que se detiene, dejando aún una distancia significativa entre nosotros. —Lo siento. Debería haber estado allí.

Lo miro. —No, no digas eso. Viniste por mí. Salvaste mi vida y la de nuestro hijo. No podías haber sabido que pasaría, ni dónde estaba. Diablos, ni siquiera yo sabía dónde estaba. Nos salvaste.

Él aún no me mira a los ojos. —Nada de esto habría pasado si no me hubiera permitido dudar de ti. —Me explica lo que sucedió después de que desaparecí, y lo escucho, observando cómo trata de ocultar sus manos temblorosas. Mientras escucho su corazón latir demasiado rápido mientras habla, me doy cuenta de que Asher está asustado.

Y de alguna manera, verlo así, completamente deshecho y asustado de perderme por su "insensatez" me hace sentir cálida por dentro. Estaría enojada, pero he hecho lo mismo. Nunca he confiado realmente en él. No creí completamente que no hubiera matado a mis padres hasta que Christian me dijo la verdad. No confié en que no tuviera nada que ver con Sasha hasta que Talon lo dijo, e incluso hace unos minutos, todavía estaba tan jodidamente celosa cuando la encontré aquí. Incluso había tenido un fugaz pensamiento imperdonable de que mientras yo luchaba por mi vida, él había estado con ella.

Acorto la distancia entre nosotros y rodeo su torso con mis brazos. Él se tensa, sus manos se agitan a sus costados. Sé que quiere abrazarme, pero no lo hará, porque siente que no lo merece. *Diosa, adoro tanto a este hombre.* —Está bien —le digo—. Apenas estamos empezando a entender cómo debería ser una relación real. Nunca te has abierto realmente a nadie, y yo he confiado en las personas equivocadas tantas veces que me resulta difícil confiar en alguien más. Nos llevará tiempo trabajar en nuestros problemas, porque esos no desaparecen mágicamente después de ver una película juntos o comer tus deliciosos panqueques.

Él suelta una risa, su aliento agitando mi cabello.

Escuchar su latido es terapéutico. —Aprenderemos. Atravesaremos esto... juntos. —Mis brazos se aprietan a su alrededor—. Te extrañé mucho, Asher.

Sus manos me rodean en un fuerte abrazo y está temblando y besando la parte superior de mi cabeza. La única vez que me sentí tan amada fue cuando me escabullía en la cama con mis padres, acunándome entre ellos y robando las sábanas. Esto es diferente, sin embargo.

Este es Asher, y estoy en celo.

Escabulléndome de su agarre, caigo de rodillas.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Asher, mirándome con sospecha mientras me echo el pelo sobre el hombro y me apoyo en mis rodillas, poniéndome cómoda entre sus piernas—. Leilani... —su voz tiembla cuando alcanzo la hebilla de su cinturón.

Me muerdo el labio inferior tímidamente. —Déjame hacer esto, ¿de acuerdo?

Me mira, largo y tendido, antes de dejarse caer en una silla. Se reclina como un rey en su trono. Da una palmadita en sus muslos, y sus ojos azules están oscuros de hambre. —Ven aquí, Leilani.

Dioses, su voz suena tan bien...

Me arrastro hacia él, arrodillándome entre sus muslos. No lo planeo, pero lo beso primero, largo y profundo. Él gruñe, agarrando la parte posterior de mi cuello con rudeza mientras su lengua se sumerge en mi boca. Tira de mis labios al soltarme, un canino rozando mi labio inferior. —No tienes idea de lo que me haces. Arrodillada así, tentándome con esa linda boca tuya. Me vas a matar un día, princesa.

Lamiéndome los labios, desabrocho su cinturón. —Diría que estás exagerando, pero soy

vergonzosamente buena en esto.

Asher se ríe oscuramente, pero se convierte en un gruñido cuando meto la mano en sus calzoncillos y lo rodeo con mis dedos. Su miembro se hincha y cuando lo aprieto lo suficiente como para doler, exhala bruscamente. —Dioses, hermosa mujer loca.

Lo recompenso con un masaje, y su mandíbula se tensa. Miro su punta, mi boca se hace agua de hambre. Paso mi lengua a lo largo de su longitud, evitando su punta. Su miembro pulsa en anticipación que él oculta bien bajo su mirada entrecerrada. Lo acaricio lentamente, bajando mis labios hasta su punta, solo para respirar sobre ella. Sus caderas se mueven bruscamente y maldice suavemente, agarrando el borde de la silla.

Está caliente al tacto, y huele a cuero y hombre. Llevo mis labios hacia él, tomando su punta hinchada en mi boca. Asher exhala un "joder" y empuja sus caderas hacia adelante, su miembro golpeando el techo de mi boca.

Acaricio su miembro suavemente, llevándolo más profundo en mi boca. Y entonces succiono. *Fuerte.*

Asher gruñe, agarrando mi cabello con el puño. Empuja mi cabeza hacia abajo suavemente, persuadiéndome para que tome más de él. Mi garganta se cierra a su alrededor y él maldice, repentinamente apartándose. —Increíble —respira, antes de ponerse de pie y bajarse los pantalones. Y sus calzoncillos.

Levantándome sobre mis rodillas, lo tomo con mi mano mientras él vuelve a agarrar mi cabello. Lo miro fijamente mientras lo trago centímetro a centímetro, hasta que golpea el fondo de mi garganta. Mis ojos se humedecen, pero no tengo arcadas.

Mi pulso late entre mis piernas y gimo mientras mi garganta se cierra alrededor de su miembro.

—Diosa, Leilani —es toda la advertencia que recibo antes de que se sumerja, sus dedos apretándose contra mi cuero cabelludo. De manera desordenada, me muevo arriba y abajo, girando mi lengua sobre él, saboreando su salinidad mientras mi boca hace fuertes sonidos de succión que envían humedad goteando por mis muslos. El dolor entre mis piernas se intensifica y siento la humedad corriendo hasta mis rodillas. Estoy prácticamente goteando y... jadeo alrededor de su miembro mientras llego al orgasmo.

—¿Te viniste? —gruñe Asher, pero escucho la diversión en su tono.

Me estremezco, agarrando sus muslos para apoyarme. Mi cuerpo tiembla mientras trato de comprender lo que está pasando. Aparentemente, eso fue solo un aperitivo, porque una ola aún más fuerte de lujuria me golpea. Como si supiera exactamente lo que estoy sintiendo, Asher sale de mi boca y me levanta del suelo.

Mis piernas están demasiado débiles para rodear sus caderas, pero él me sostiene fácilmente contra él. Se acomoda en su silla, dándome unos segundos para ponerme cómoda en su regazo. Toma mis mejillas y me mira a los ojos. —¿Estás bien?

—No —respiro, mis caderas moviéndose por voluntad propia, tratando de que su miembro entre en mí—. Para nada. Siento como si... —gimo, agarrando sus manos y poniéndolas en mi trasero—. Pudiera morir si no me tocas.

Él suelta una risa sorprendida y apoya su frente contra la mía.

Mi piel se sonroja, pero ya no tengo fuerzas para sentir vergüenza o pudor. Pasa sus manos por mis costados y gimo fuertemente, mi piel hipersensible al camisón de seda que sube por mis muslos, sobre mi trasero y caderas. No llevo bragas, y me sonrojo de nuevo cuando siento un goteo de humedad empapando sus pantalones. —Lo siento —susurro con voz ronca.

—Si tu aroma en mis pantalones me molestara aunque fuera remotamente, no te estaría follando con ellos puestos.

Otro sonrojo se extiende por mi cara, y me inclino para besarlo. Sus manos van entre mis nalgas, moldeándolas, apretándolas, acariciándolas. Doy un grito cuando me da una ligera nalgada, pero mi sexo tiembla en respuesta. Mis pezones adoloridos rozan un botón de su camisa almidonada. Mi mundo se reduce solo a él, y grito mientras bajo de otro clímax.

Asher levanta mis caderas y se entierra profundamente dentro de mí de una sola embestida. Hago sonidos impíos mientras mis caderas se mueven arriba y abajo. Los dedos se clavan en la carne. Apretones fuertes. Temblores. Un grito. Un gruñido. Dejo un rastro de mordiscos a lo largo del cuello de Asher; él me ofrece su garganta. La longitud de su miembro empuja contra paredes que no debería. Llego al orgasmo otra vez, pero estoy lejos de haber terminado con él.

Estoy hambrienta, devorando una comida que apenas comienza a saciar mi apetito.

Rujo en algún momento, y tengo que elogiar a mi esposo: su resistencia no tiene igual. Me levanta en algún momento y me presiona contra la ventana, golpeando su miembro dentro de mí mientras contemplamos nuestro hermoso hogar, un hogar que estoy dispuesta a nutrir y proteger con mi vida. Un hogar que estoy dispuesta a construir con él.

* * *

Los siguientes dos meses son intensos, y no tengo a nadie más que a mí misma para culpar por eso.

Le dije a Asher que quería estar involucrada en todo lo relacionado con la manada. Tuvimos una discusión al respecto. Él pensaba que necesitaba descansar y tomar las cosas con calma, por el bebé. Yo pensaba que si tenía que pasar un día más acostada sin hacer nada mientras me ponía más redonda, más pesada, más hormonal, más enojada, más excitada y deprimida sin ninguna maldita razón, iba a estrellar su cabeza contra la pared.

Bueno, eso lo hizo. Lo exageró, en realidad. El idiota intentó desanimarme enviándome con Jules y un séquito de guardias para manejar la situación en lo que antes era la manada de Christian. Los ancianos y algunos parientes lejanos de Christian estaban tratando de tomar el poder, y me veían como nada más que una puta que no podía ser posiblemente su luna.

Estuve cerca de llamarlo y retractarme de mis palabras, como él esperaba, pero no lo hice. Tuve que poner una daga en la garganta de un anciano y cortar el pulgar de alguien para establecer el orden, pero nadie murió. Fue un testimonio de mi autocontrol, a pesar de mi constante estado de irritación. Por el lado positivo, Jules y yo nos unimos durante ese viaje. Aparentemente, todo lo que necesitaba hacer para ganarme su simpatía era pedirle que le cortara el pulgar a un hombre.

La violencia debe correr realmente en la familia.

Para el tercer mes, la manada estaba dividida en colonias gobernadas por betas y gammas, con controles de Asher y míos en ocasiones aleatorias. En realidad, no fue fácil convencer a Asher de que me dejara salir de la manada. A medida que los meses se acercaban a mi fecha de parto, su territorialidad se triplicó.

A veces me quedaba en casa por él. Una vez golpeó a Talon porque pensó que me había mirado mal, y le gritó a Jules por accidentalmente tirarme al suelo durante el entrenamiento. Otra vez reprendió a Cayden por ayudarme a subir las escaleras, y Enya casi pierde su trabajo porque caminé por un piso que todavía estaba mojado después de que ella lo había trapeado. Y luego casi le arrancó la cabeza a Sasha cuando se coló y me trajo tantos dulces que me enfermé. Sí, ahora somos amigas. Al principio fue extraño, pero cuando comenzamos a tener conversaciones sin intentar matarnos, decidimos que disfrutábamos demasiado de la compañía de la otra como para ser enemigas.

Me había enojado por las tonterías territoriales de Asher, pero Morris me dijo que era normal. Mi padre había sido mucho peor. Ni siquiera dejaba que mi madre usara cuchillos de mantequilla que no fueran de plástico cuando estaba embarazada de mí. Machos alfa, supongo.

Pero estaría mintiendo si dijera que Asher no era dulce también. Él mismo preparaba todas mis comidas y refrigerios. Mis antojos se volvían cada vez más extravagantes, pero para cuando la comida estaba lista, ya no la quería. A Asher no le molestaba cocinar, ¿por qué lo haría? Después de todo, él puso al bebé dentro de mí.

Me arroja por las noches, me lava el pelo aunque le diga que puedo hacerlo yo misma, le habla a mi vientre cada mañana y noche, diciendo tonterías y haciendo extraños sonidos arrulladores. Es un lado de él que nunca había visto antes, y estoy absolutamente obsesionada con ello.

Y cuando nuestra pequeña Mal finalmente llegó, la sostuvo y me miró con asombro mientras decía:

—Te amo, Leilani.

No respondí, porque no estaba segura si lo dijo por las emociones que flotaban en el aire, o porque había elegido nombrar a nuestra hija como su hermana. Pero cualquiera que fuera la razón, no lo ha dicho desde entonces.

Mis tacones chirrían contra el suelo de mármol mientras me apresuro por el pasillo. Llego tarde. Pero estos días, siempre llego tarde a todo.

—Se ve hermosa, luna —me dice una criada, y se sonroja cuando le agradezco y le digo que ella también se ve hermosa.

Asher está de pie junto a la puerta, hablando con Mallory mientras le hace cosquillas. Ella se ríe, acariciando su rostro y tirando de su barba.

—Mamá llega tarde otra vez. ¿Qué te parece si la dejamos atrás y vamos a esta cita nosotros solos? ¿Solo tú y yo, Mal?

Ella chilla, lanzándose hacia adelante para besarlos directamente en los labios. Él se ríe mientras ella mordisquea su mejilla. Como si me sintiera con sus sentidos agudizados —juro que puede

captar mi aroma y el de Asher a kilómetros de distancia— se gira y comienza a retorcerse en los brazos de Asher.

—Mama... —arrulla, y comienza a inquietarse cuando beso la mejilla de Asher. A veces, me asusta lo posesiva que es con mi esposo. Eso podría tener algo que ver con que Asher le promete que la ama y que *Mamá es solo su esposa*.

—Lo siento, cariño —digo, tomando a Mallory en mis brazos—. Dame un minuto.

—Claro —dice Asher, pero no sin antes pellizcarme el trasero y guiñarme un ojo.

Me apresuro por el pasillo. Hoy es nuestro aniversario, y Asher hizo una reservación en Clyde's. Le dije que siempre había querido ir a un restaurante en la azotea, y lo hizo realidad, incluso si tuvo que reservarlo con cinco meses de anticipación.

—¡Sasha! —grito—. Nos vamos...

Me detengo en la puerta, con la boca abierta. Por puro instinto, mi mano vuela para cubrir los ojos azules de Mallory, escondiendo su cabeza pelirroja bajo mi barbilla mientras tropiezo al entrar y ver a Sasha inclinada a cuatro patas, con Talon arrodillado detrás de ella en la cama, ambos completamente desnudos. Nos miramos fijamente durante un largo segundo antes de que Sasha tome una almohada y me la lance.

—¡Sal de mi habitación, Lei!

* * *

—Es hermoso —susurro, mirando el cielo con los brazos de Asher rodeándome. Una suave música suena de fondo, y la brisa de la noche trae el aroma del vino, el filete y la colonia de Asher. Tiemblo, recostándome en su muro de calor, y su barbilla descansa sobre mi corona de trenzas.

—Tú lo haces aún más hermoso.

Me giro en sus brazos para mirarlo, y él arquea una ceja.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Quieres otro regalo? —Como si pudiera pedir más después de que me hizo reír a carcajadas al darme su última *obra maestra*: una pintura de él sin camisa, para que pueda mirarla cuando no esté cerca. También me dio un medallón, con una pequeña pintura de nosotros, nuestros padres y seis niños, cinco de los cuales no pude identificar. Luego dijo que tendríamos seis hijos: una reina y cinco caballeros para protegerla. Juro que tiene una mente bastante creativa. Y luego procedió a darme otra tarjeta negra. *Compra una casa. Un poni. El océano. Lo que quieras, mi corazón*.

¿Yo? No sabía qué regalarle. Soy una esposa terrible.

—No.

Él mira alrededor.

—¿Quieres hacerlo aquí? ¿Ahora mismo?

Le doy un puñetazo en el brazo.

—Pervertido. —Me muerdo el labio inferior—. No has dicho que me amas en cinco meses.

Asher parpadea y, incluso en la oscuridad, veo que las puntas de sus orejas se ponen rojas.

—Parecías incómoda la primera vez que lo dije. Pensé que... quizás, era demasiado pronto. No quería hacerte sentir presionada. Si no estás lista, esperaré. Esperaré por ti para siempre, Leilani. Siempre.

—No. No, no fue eso —respondo bruscamente—. Me sorprendí y antes de que pudiera responderte, saliste con el clásico "no tienes que responder ahora". ¿Qué se suponía que debía decir?

Los ojos de Asher se entrecierran, con algo travieso brillando en ellos.

—¿Que tú también me amas?

La irritación surge en mi pecho.

—No me estás tomando en serio. Si te ríes de mí ahora mismo, te arrojaré desde este balcón.

Planta un beso en la comisura de mis labios.

—¿Caer a mi muerte a manos de mi amada en nuestro aniversario de bodas? Qué poético. —Una risa retumba en su pecho cuando lo miro fijamente. Me abraza con fuerza, mirándome significativamente—. ¿Quieres la verdad? A veces, creo que el amor no es suficiente para cuantificar lo que siento por ti. Te miro, y pienso que no hay lugar al que puedas ir donde yo no te seguiría. Te miro y olvido cómo respirar. Cada vez que te ríes, se siente como un puñetazo en el estómago. Tengo un audio tuyo roncando y gritándome, y lo escucho cada vez que me estreso y no estás conmigo. Tengo tu foto en el bolsillo trasero, y babeo por ella como un adolescente loco suspirando por una mujer fuera de su liga. Los límites de la palabra "amor" ni siquiera comienzan a definir esto.

Mis ojos escuecen y él se inclina, cerrando los suyos.

—Te amo, Leilani, más allá de los límites del amor mismo.

Mi corazón se derrite, y yo también. Me acurruco más profundamente en sus brazos mientras miro a este hombre deslumbrante y perfecto. Mi compañero. Mi alfa. Mi enemigo convertido en amante.

—Yo también te amo, Asher. Más allá de los límites del amor mismo.